

**Giorgio Bassani**

**El jardín de los Finzi-Contini**

Título original: *Il giardino dei Finzi-Contini*

Giorgio Bassani, 1962

Traducción: Carlos Manzano

Portada: Escena de la película *Il giardino dei Finzi-Contini*, de Vittorio de Sica (1971)

## Prólogo

Desde hacía muchos años deseaba escribir sobre los Finzi-Contini —Micòl y Alberto, el profesor Ermanno y la señora Olga— y sobre todos los que habitaban o, como yo, frecuentaban la casa de Corso Ercole I d'Este, en Ferrara, poco antes de que estallara la última guerra. Pero el impulso, la incitación para hacerlo de verdad, no los sentí hasta hace un año, un domingo de abril de 1957.

Fue durante una de las habituales excursiones de fin de semana. Una decena de amigos, repartidos en dos automóviles, nos habíamos dirigido por la Aurelia nada más comer, sin rumbo fijo. A unos kilómetros de Santa Marinella, atraídos por las torres de un castillo medieval que habían despuntado de improviso a la izquierda, habíamos doblado por un camino de tierra y habíamos acabado después paseando en orden disperso por el desolado arenal que se extendía al pie de la \$fortaleza: mucho menos medieval, esta última, examinada de cerca, de lo que prometía desde lejos, cuando, desde la carretera general, la habíamos visto perfilarse a contraluz sobre el desierto azul y

deslumbrante del Tirreno. Embestidos de lleno por el viento, con la arena en los ojos, ensordecidos por el fragor de la resaca y sin poder siquiera visitar el interior del castillo por no contar con el permiso escrito de no sé qué institución romana de crédito, nos sentíamos profundamente descontentos e irritados por haber tenido la ocurrencia de salir de Roma en un día como ése, que ahora, a orillas del mar, resultaba de una inclemencia poco menos que invernal.

Caminamos para arriba y para abajo durante unos veinte minutos, siguiendo el arco de la playa. La única persona alegre de la comitiva era una niña de nueve años, hija de la joven pareja que me había acogido en su coche. Electrizada precisamente por el viento, el mar, los locos remolinos de la arena, Giannina daba rienda suelta a su naturaleza alegre y expansiva. Aunque la madre había intentado prohibírselo, se había quitado los zapatos y calcetines. Se lanzaba hacia las oleadas que venían al asalto de la orilla, se dejaba empapar las piernas hasta más arriba de las rodillas. Parecía divertirse de lo lindo, en una palabra: tanto, que al cabo de poco, cuando volvimos a montar en el coche, vi pasar por sus negros y vívidos ojos, chispeantes sobre sus tiernas mejillitas encendidas, una sombra evidente de pena.

Tras entrar de nuevo en la Aurelia, al cabo de unos instantes avistamos la bifurcación de Cerveteri. Como habíamos decidido regresar de inmediato a Roma, yo estaba seguro de que seguiríamos recto. Pero, mira por dónde, al llegar a ese punto, nuestro coche aminoró la velocidad más de lo necesario y el padre de Giannina sacó el brazo por la ventanilla. Indicaba al segundo coche, que nos seguía a unos treinta metros de distancia, su intención de girar a la izquierda. Había cambiado de idea.

Nos encontramos así recorriendo la lisa carretera asfaltada que conduce en un momento a un grupito de casas, recientes la mayoría, y desde allí se interna serpenteando por las colinas de tierra adentro hasta la famosa necrópolis etrusca. Nadie pedía explicaciones y también yo permanecía callado.

Pasadas las casas, la carretera, en leve subida, obligó al coche a aminorar la velocidad. Ahora pasábamos cerca de los llamados *montarozzi*, que salpicaban hasta Tarquinia y más allá, pero más por la parte de las colinas que hacia el mar, todo ese trecho del territorio del Lazio al norte de Roma, que no es, por tanto, sino un cementerio inmenso, casi ininterrumpido. Allí la hierba es más verde, más tupida, más oscura que la de la llanura situada debajo, entre la Aurelia y el

Tirreno: prueba de que el eterno siroco, que sopla al sesgo desde el mar, al llegar ahí arriba ya no es tan salobre y la humedad de las montañas no lejanas empieza a ejercer su benéfica influencia sobre la vegetación.

—¿Adónde vamos? —preguntó Giannina.

Marido y mujer iban sentados delante con la niña en el medio. El padre apartó la mano del volante y la puso sobre los morenos ricitos de su hija.

—Vamos a echar un vistazo a unas tumbas de hace más de cuatro o cinco mil años —respondió, con el tono de quien empieza a relatar un cuento y, por esa razón, no vacila en exagerar con las cifras—. Tumbas etruscas.

—¡Qué tristeza! —suspiró Giannina, al tiempo que apoyaba la nuca en el respaldo.

—¿Por qué tristeza? ¿No te han contado en el colegio quiénes eran los etruscos?

—En el libro de historia, los etruscos están al principio, cerca de los egipcios y los judíos. Pero oye, papá: en tu opinión, ¿cuáles eran más antiguos: los etruscos o los judíos?

Su padre se echó a reír.

—Pregúntaselo a ese señor —dijo, al tiempo que me señalaba con el pulgar.

Giannina se volvió. Con la boca oculta tras el borde del respaldo, me echó un vistazo rápido, severo, lleno de desconfianza. Esperé a que repitiese la pregunta. Pero nada: enseguida volvió a mirar hacia adelante.

Por la carretera, siempre en leve pendiente y bordeada por una doble fila de cipreses, bajaban hacia nosotros grupos de aldeanos, chicos y chicas. Era el paseo del domingo. Algunas muchachas, cogidas del brazo, formaban a veces cadenas, todas femeninas, de cinco o seis. Extrañas —me decía, al mirarlas—. En el instante en que nos cruzábamos, escrutaban a través de los cristales con sus risueños ojos, en los que la curiosidad se mezclaba con una especie de orgullo raro, de desprecio apenas disimulado. Extrañas de verdad. Bellas y libres.

—Papá —preguntó otra vez Giannina—, ¿por qué dan menos tristeza las tumbas antiguas que las más recientes?

Un grupo más numeroso que los otros, que ocupaba buena parte de la carretera, y cantaba en coro sin pensar en ceder el paso, había obligado al automóvil casi a detenerse. El interpelado metió la segunda.

—Es lógico —respondió—. Los muertos de hace poco están más cerca de nosotros y precisamente por eso los queremos más. Los etruscos, verdad, hace tanto tiempo que murieron —y de nuevo estaba relatando un cuento—, que es como si no hubieran vivido nunca, como si *siempre* hubiesen estado muertos.

Otra pausa, más larga, al término de la cual (estábamos ya muy cerca de la explanada contigua a la entrada de la necrópolis, llena de automóviles y autocares) fue Giannina quien dio su lección.

—Pero, ahora que dices eso —dijo con dulzura—, me recuerdas que también los etruscos vivieron y que los quiero también a ellos como a todos los demás.

La posterior visita a la necrópolis transcurrió precisamente bajo el signo de la extraordinaria ternura de esa frase. Había sido Giannina quien nos había colocado en disposición de comprender. Era ella, la más pequeña, quien en cierto modo nos llevaba de la mano.

Bajamos a la tumba más importante, la reservada a la noble familia Matuta: una baja sala subterránea que acogía unos veinte lechos fúnebres dispuestos dentro de otros tantos nichos en las paredes de toba y adornada con profusión de estucos policromados que representan los queridos y fieles objetos cotidianos:



azadas, cuerdas, hachas, tijeras, layas, cuchillos, arcos, flechas, hasta perros de caza y aves acuáticas. Y, entretanto, tras abandonar de buen grado las últimas veleidades de escrúpulos filológicos, yo iba intentando imaginarme en concreto lo que podía significar para los últimos etruscos de Cerveteri, los de los tiempos posteriores a la conquista romana, la asidua frecuentación de su cementerio suburbano.

Así como aún hoy, en los pueblos de la provincia italiana, la verja del camposanto es la meta obligada de todos los paseos vespertinos, venían de la población próxima casi siempre a pie —me imaginaba—, reunidos en grupos de parientes y consanguíneos, de simples amigos, de pandas de jóvenes acaso, semejantes a las que nosotros habíamos encontrado antes por la carretera, o bien en pareja con la persona amada, e incluso solos, para después adentrarse entre las tumbas cónicas, sólidas y macizas como los búnkers con que los soldados alemanes sembraron en vano Europa durante esta última guerra, tumbas que desde luego se asemejaban, exterior no menos que interiormente, a las habitaciones fortificadas de los vivos. Todo estaba cambiando, sí —debían de decirse mientras caminaban a lo largo del sendero empedrado que atravesaba de un extremo a otro el cementerio, en el centro del cual las ruedas de hierro de los vehículos

habían abierto poco a poco, a lo largo de siglos, dos profundos surcos paralelos—. El mundo ya no era el de un tiempo, cuando Etruria, con su federación de ciudades-estado libres y aristocráticas, dominaba casi por entero la península itálica. Nuevas civilizaciones, más toscas y populares, pero también más fuertes y aguerridas, eran ahora dueñas de la situación. Pero, ¿qué importaba, en el fondo?

Tras cruzar el umbral del cementerio, donde cada uno de ellos poseía una segunda casa, y dentro de ella el lecho ya preparado en que, al cabo de poco, sería acostado junto a los antepasados, la eternidad no debía de parecer ya una ilusión, una fábula, una promesa de sacerdotes. El futuro podía trastornar el mundo como quisiera. No obstante, allí, en el reducido recinto consagrado a los muertos familiares, en el corazón de aquellas tumbas a las que no olvidaban bajar, junto con los muertos, muchas de las cosas que hacían bella y deseable la vida, en aquel rincón de mundo defendido, resguardado, privilegiado: al menos allí (y su pensamiento, su locura, estaban presentes aún, veinticinco siglos después, en torno a los túmulos cónicos, cubiertos de hierbas silvestres) nada podía cambiar nunca.

Cuando nos marchamos, ya había oscurecido.

De Cerveteri a Roma no hay mucha distancia, suele bastar una hora para recorrerla en coche. Aquella tarde, sin embargo, el viaje no fue tan corto. A medio camino, la Aurelia empezó a quedar embotellada con coches procedentes de Ladispoli y de Fregene. Nos vimos obligados a avanzar casi a paso de hombre.

Pero, una vez más, con la tranquilidad y la somnolencia (también Giannina se había quedado dormida), volvía yo con la memoria a los años de mi primera juventud y a Ferrara, al cementerio judío situado al final de Via Montebello. Volvía a ver los grandes prados salpicados de árboles, las lápidas y los túmulos, más numerosos a lo largo de los muros exteriores y divisorios y, como si la tuviera ante los ojos, la monumental tumba de los Finzi-Contini: una tumba fea, de acuerdo —había oído decir siempre en casa, desde niño—, pero, aun así, imponente, e indicativa, aunque sólo fuera por eso, de la importancia de esa familia.

Y se me encogía el corazón más que nunca ante la idea de que en aquella tumba, edificada, al parecer, para garantizar el reposo perpetuo de quien la encargó —el suyo y el de su descendencia—, uno solo, de todos los Finzi-Contini que había conocido y amado yo, hubiera logrado reposar. En efecto, sólo Alberto, el hijo

mayor, muerto en 1942 de un linfogranuloma, fue enterrado en ella, mientras que Micòl, la hija segundogénita, y el padre, el profesor Ermanno, y la madre, la señora Olga, y la señora Regina, la muy anciana madre paralítica de la señora Olga, deportados todos a Alemania en otoño de 1943, quién sabe si encontrarían sepultura alguna.

## Primera parte

La tumba era grande, maciza, imponente de verdad: una especie de templo entre antiguo y oriental, como los que se veían en las escenografías de *Aida* y *Nabucco*, en boga en nuestros teatros de ópera hasta hace pocos años. En cualquier otro cementerio, incluso en el antiguo camposanto municipal, un sepulcro de tales pretensiones no habría sorprendido en absoluto; al contrario, confundido entre tantos otros, tal vez habría pasado inadvertido. Pero en el nuestro era el único. Y así, si bien se alzaba bastante lejos de la verja de entrada, al final de un campo abandonado en el que desde hacía más de medio siglo ya no se enterraba a nadie, destacaba, saltaba a la vista al instante.

Quien había confiado su construcción a un distinguido profesor de arquitectura, responsable de muchos otros estragos contemporáneos en la ciudad, había sido Moisè Finzi-Contini, bisabuelo paterno de Alberto y Micòl, muerto en 1863, poco después de la anexión de los territorios de las Legaciones Pontificias al Reino de Italia y la consiguiente y definitiva abolición también en Ferrara del gueto para los judíos. Gran

terrateniente, «reformador de la agricultura ferraresa» —como se leía en la lápida que la Comunidad, para perpetuar los méritos «de italiano y de judío», había mandado fijar en la escalera del templo de Via Mazzini, en el tercer rellano—, pero de gusto artístico, evidentemente, no demasiado cultivado, una vez adoptada la decisión de edificar una tumba *sibi et suis*, debía de haber dejado libertad al arquitecto. La época parecía bella, próspera: todo invitaba a la esperanza, al atrevimiento sin trabas. Arrebatado por la euforia ante la obtención de la igualdad social, la misma que de joven, en la época de la República Cisalpina, le había permitido comprar las primeras mil hectáreas de terreno pantanoso desecado, era comprensible que el rígido patriarca se hubiese sentido animado, en aquella circunstancia solemne, a no reparar en gastos. Es muy probable que diera carta blanca al distinguido profesor de arquitectura. Y con tanto y tal mármol a disposición, cándido de Carrara, rosa carne de Verona, gris con manchas negras, mármol amarillo, mármol azul, mármol verdoso, aquél, a su vez, era evidente, había perdido la cabeza.

El resultado había sido un pastel increíble, en el que confluían los ecos arquitectónicos del mausoleo de Teodorico de Rávena, de los templos egipcios de Luxor, del barroco romano e incluso, como revelaban las

rechonchas columnas del peristilo, de la Grecia arcaica de Cnosos. Pero qué más da. Poco a poco, año tras año, el tiempo, que, a su modo, repara siempre todo, se había encargado de armonizar aquella mezcolanza inverosímil de estilos arquitectónicos. Moisé Finzi-Contini, calificado aquí de «temple austero de trabajador infatigable», había desaparecido en 1863; su esposa, Allegrina Camaioni, «ángel de la casa», en 1875; en 1877, aún joven, su único hijo, doctor en ingeniería, Menotti, seguido a veinte años de distancia, en 1898, por su consorte, Josette, perteneciente a la rama de Treviso de los barones Artom. Tras lo cual la conservación de la capilla, que había acogido en 1914 sólo a otro miembro de la familia, Guido, un niño de seis años, había ido pasando claramente a manos cada vez menos activas a la hora de limpiar, arreglar y reparar los daños siempre que hiciera falta y, sobre todo, de oponerse al tenaz asedio de la vegetación circundante. Las matas de hierba, una hierba oscura, casi negra, de naturaleza poco menos que metálica, y los helechos, las ortigas, los cardos, las amapolas, habían podido avanzar e invadir con libertad cada vez mayor. De modo que en 1924, en 1925, a unos sesenta años de su inauguración, cuando yo, de niño, tuve ocasión de verla por primera vez, la capilla fúnebre de los Finzi-Contini («Un auténtico horror», no dejaba



nunca de calificarla mi madre, a cuya mano iba yo cogido) ya aparecía casi como está ahora, después de que desaparecieran todas las personas directamente interesadas en cuidarla. Medio hundida en el verde selvático, con las superficies de sus mármoles polícromos, originariamente lisas y brillantes, empañadas por grises pátinas de polvo, deteriorada en el techo y en los peldaños exteriores por canículas y heladas, ya entonces aparecía transformada en ese no sé qué de rico y maravilloso en que se trasmuta cualquier objeto sumergido durante largo tiempo.

A saber cómo nace y por qué una vocación por la soledad. El caso es que el propio aislamiento, la propia separación con que los Finzi-Contini habían rodeado a sus difuntos, circundaba también la *otra* casa que poseían, la del final de Corso Ercole I d'Este. Inmortalizada por Giosuè Carducci y Gabriele D'Annunzio, esa calle de Ferrara es tan conocida de los enamorados del arte y la poesía del mundo entero, que cualquier descripción que de ella se hiciese resultaría por fuerza superflua. Estamos, como es sabido, en el corazón mismo de esa parte norte de la ciudad que se añadió durante el Renacimiento al angosto burgo medieval y que precisamente por eso se llama Addizione Erculea. Ancho, recto como una espada desde el castillo a Mura degli Angeli, bordeado en todo

su recorrido por oscuras moles de moradas solariegas, con su lejano y sublime fondo de rojo ladrillo, verde vegetal y cielo, que parece conducirte al infinito en realidad: Corso Ercole I d'Este es tan bello, es tal su atractivo turístico, que la administración socialcomunista, que gobierna en el Ayuntamiento de Ferrara desde hace más de quince años, ha comprendido la necesidad de no tocarlo, de defenderlo con el mayor rigor de cualquier especulación inmobiliaria o comercial, de conservar, en una palabra, su carácter aristocrático originario.

Es una calle célebre y, además, está en gran medida intacta.

Y, sin embargo, por lo que se refiere en particular a la casa de los Finzi-Contini, si bien tiene su entrada aún hoy por Corso Ercole I —salvo que para llegar a ella se ha de recorrer, sin embargo, más de medio kilómetro suplementario a través de un inmenso descampado poco o nada cultivado—, si bien se conservan en ella aún las históricas ruinas de un edificio del siglo XVI, en tiempos residencia o «casa de recreo» de los Este, adquiridas por el mismo Moisè en 1850 y, más adelante, transformadas, a fuerza de adaptaciones y restauraciones sucesivas, por los herederos en una especie de quinta neogótica, al estilo inglés, ¿quién sabe,

pese a tantos motivos de interés conservados, algo de ella?, me pregunto. ¿Quién la recuerda? La guía del Touring no la cita y eso justifica a los turistas de paso. Pero, en la propia Ferrara, ni siquiera los propios judíos que siguen formando parte de la languideciente comunidad israelita parecen recordarla.

La guía del Touring no la menciona y eso está mal, sin duda. Pero seamos justos: el jardín o, para ser más precisos, el parque inmenso que circundaba la casa de los Finzi-Contini antes de la guerra, y que se extendía por casi diez hectáreas hasta debajo de Mura degli Angeli, por un lado, y hasta la Barriera di Porta San Benedetto, por otro, y representaba por sí solo algo raro, excepcional (las guías del Touring de comienzos del siglo XX no dejaban de describirlo nunca con tono curioso, entre lírico y mundano), hoy ya no existe, literalmente. Todos los árboles de tronco grueso —tilos, olmos, hayas, álamos, plátanos, castaños de Indias, pinos, abetos, alerces, cedros del Líbano, cipreses, encinas, acebos e incluso palmeras y eucaliptos—, mandados plantar a centenares por Josette Artom, fueron talados para leña durante los dos últimos años de la guerra y el terreno ha vuelto a ser desde hace años lo que era en tiempos, cuando Moisè Finzi-Contini lo compró a los marqueses Avogli: uno de los numerosos huertos situados dentro de las murallas de la ciudad.

Quedaría la casa propiamente dicha. Ahora bien, el gran edificio singular, bastante dañado por un bombardeo de 1944, está ocupado aún hoy por unas cincuenta familias de refugiados, pertenecientes al mismo y miserable subproletariado ciudadano, semejante a la plebe de las aldeas romanas, que sigue hacinándose sobre todo en los pasillos del caserón de Via Mortara: gentes malcaradas, rudas, exasperadas (hace unos meses, según he sabido, recibieron a pedradas al inspector municipal de Higiene, que había acudido en bicicleta a hacer un reconocimiento), que, con el fin de hacer abandonar cualquier posible proyecto de desahucio a la Dirección de Monumentos de Emilia y Romaña, parecen haber tenido la bonita ocurrencia de raspar las paredes para acabar hasta con los últimos restos de pinturas antiguas.

Ahora bien, ¿para qué hacer pasar apuros a los pobres turistas? —imagino que se habrán preguntado los compiladores de la última edición de la guía del Touring—. Al fin y al cabo, ¿qué iban a ver?

Si de la tumba familiar de los Finzi-Contini podía decirse que era un «horror» y sonreír, de su casa, aislada allá arriba entre los mosquitos y las ranas del canal Panfilio y los sumideros, y apodada con admiración la *magna domus*, de ésa, no, ni siquiera cincuenta años después se podía sonreír. ¡Oh, bastaba bien poco para sentirse aún ofendido! Bastaba, qué sé yo, con pasar a lo largo del interminable muro que delimitaba el jardín por el lado de Corso Ercole I d'Este, muro interrumpido, hacia la mitad, por un solemne portalón de encina oscura, carente de picaportes, o bien, por el otro lado, por la cima de Mura degli Angeli que daba al parque, penetrar con la mirada a través de la intrincada selva de troncos, ramas y follaje situada debajo, hasta vislumbrar el extraño y agudo perfil de la morada solariega, con la mancha gris, detrás, mucho más allá del campo de tenis, al margen de un claro: y al instante el antiguo desaire resultante del desconocimiento y la separación volvía a herir, a quemar casi como al principio.

¡Qué idea de nuevos ricos, qué idea estrambótica!

—solía repetir mi propio padre, con una especie de rencor apasionado, siempre que salía a relucir ese tema. Desde luego —reconocía—, por las venas de los ex propietarios del lugar, los marqueses Avogli, corría sangre «azulísima»; huerto y ruinas enarbolaban *ab antiquo* el muy decorativo nombre de Barchetto del Duca: cosas todas excelentes, ¡cómo no!, tanto más cuando que Moisè Finzi-Contini, a quien se debía reconocer el indudable mérito de haber «visto» el negocio, en su conclusión no debía de haber desembolsado sino los cuatro cuartos proverbiales. Pero ¿y qué? —añadía de inmediato—. ¿Acaso era necesario, sólo por eso, que ya el hijo de Moisè, Menotti, llamado no sin razón, por el color de su excéntrico chaquetón forrado de piel de marta, *al matt mugnàga*, «el albaricoque loco», adoptara la decisión de trasladarse con su esposa, Josette, a una parte de la ciudad tan lejana, insalubre hoy, conque, ¡no digamos entonces!, y, además, tan desierta, triste y, sobre todo, inadecuada?

Y aún ellos, los padres, que pertenecían a una época distinta y, en el fondo, podían perfectamente permitirse el lujo de invertir todos los cuartos que quisieran en piedras antiguas, se comprende. Se comprende en particular en el caso de ella, Josette Artom, hija de los barones de Artom de la rama de Treviso (mujer magnífica, en sus tiempos: cabello rubio,

pecho opulento, ojos celestes; de hecho, su madre era de Berlín, una Olschky), que, además de desvivirse por la casa de Saboya hasta el extremo de que en mayo de 1898, poco antes de morir, había tomado la iniciativa de enviar un telegrama de aprobación al general Bava Beccaris, quien había cañoneado a esos pobres diablos de socialistas y anarquistas milaneses, además de admiradora fanática de la Alemania del casco en punta de Bismarck, no se había preocupado nunca, desde que su marido, Menotti, eternamente a sus pies, la había instalado en su Walhalla, de disimular su aversión hacia el ambiente judío ferrarés, demasiado estrecho para ella —según decía—, ni, en substancia, aunque resultara bastante grotesco, su *antisemitismo fundamental*. El profesor Ermanno y la señora Olga, sin embargo (hombre de estudios él, ella una Herrera de Venecia, es decir, de familia sefardita occidental *excelente*, sin duda, pero bastante venida a menos y, por cierto, de lo más practicante), ¿qué clase de personas se imaginaban haber llegado a ser? ¿Auténticos nobles? Es comprensible, sí, muy comprensible: la pérdida de su hijo Guido, el primogénito muerto en 1914, cuando sólo contaba seis años, a consecuencia de un ataque de parálisis infantil de tipo americano, fulminante, contra el que ni siquiera Corcos había podido hacer nada, debía de haber representado para ellos un golpe

durísimo: sobre todo para ella, la señora Olga, que desde entonces no se había quitado el luto. Pero, aparte de eso, ¿no era como para pensar que, dale que dale, a fuerza de vivir separados, se les hubiera subido a la cabeza, a su vez, y hubiesen caído en las mismas quimeras absurdas que Menotti Finzi-Contini y su digna consorte? ¡Qué aristocracia ni qué niño muerto! En lugar de darse tantos aires, más les hubiese valido, al menos a ellos, no olvidar quiénes eran, de dónde venían, puesto que los judíos —sefarditas y askenazíes occidentales y levantinos, tunecinos, bereberes, yemenitas e incluso etíopes—, en cualquier parte de la tierra, bajo cualquier cielo donde la Historia los haya dispersado, son y serán siempre judíos, es decir, parientes próximos. ¡El viejo Moisé no se daba la menor importancia! ¡No tenía la menor vanidad nobiliaria! Cuando vivía en el gueto —en el número 24 de Via Vignatagliata, en la casa en la que, resistiéndose a las presiones de su arrogante nuera trevisana, impaciente por trasladarse cuando antes al Barchetto del Duca, había querido a toda costa morir—, iba en persona a hacer las compras todas las mañanas en Piazza delle Erbe con su capacho bajo el brazo: precisamente él, que, apodado por eso mismo *al gatt* (el gato), había sacado de la nada a su familia. Porque sí: si era indudable que «la» Josette había bajado hasta Ferrara acompañada de



una gran dote, consistente en una villa en Treviso con frescos de Tiepolo, una cuantiosa renta y joyas, claro está, muchas joyas, que en los estrenos del Teatro Municipal, sobre el fondo de terciopelo rojo del palco en propiedad, atraían sobre su fulgurante escote las miradas de todo el auditorio, no menos indudable era que había sido *al gatt*, sólo él, quien había juntado en la parte baja de la comarca ferraresa, entre Codigoro, Massa Fiscaglia y Jolanda di Savoia, los millares de hectáreas en que se basaba aún hoy el grueso del patrimonio familiar. La tumba monumental en el cementerio: ése era el único error, el único pecado (de gusto sobre todo), de que se podía acusar a Moisé Finzi-Contini. Pero, aparte de eso, nada.

Así decía mi padre: por Pascua, en particular, durante las largas cenas que habían seguido celebrándose en nuestra casa aun después de la muerte del abuelo Raffaello y a las que acudían una veintena de parientes y amigos, pero también por el *Yom Kippur*, cuando los mismos parientes y amigos volvían a nuestra casa para poner fin al ayuno.

Recuerdo, sin embargo, una cena de Pascua durante la cual a las críticas habituales —amargas, genéricas, siempre las mismas, y expresadas sobre todo por el gusto de evocar de nuevo las antiguas historias

de la Comunidad— mi padre añadió otras nuevas y sorprendentes.

Fue en 1933, el año de la llamada «hornada del Decenio». Gracias a la «clemencia» del Duce, que de pronto, casi inspirado, había decidido abrir los brazos a cualquier «agnóstico o adversario de ayer», hasta el ámbito de nuestra Comunidad el número de los inscritos en el Fascio había podido subir de golpe al noventa por ciento. Y mi padre, que estaba sentado allá, presidiendo la mesa como de costumbre, en el mismo sitio desde el que el abuelo Raffaello había pontificado por largos decenios con autoridad y severidad muy distintas, no había dejado de felicitarse por el acontecimiento. El rabino doctor Levi había hecho muy bien —decía— en aludir a ello en el discurso que había pronunciado hacía poco en la sinagoga italiana, cuando en presencia de las mayores autoridades de la ciudad —el prefecto, el secretario federal, el *podestà*<sup>[1]</sup>, el general de brigada comandante de la guarnición—; ¡había conmemorado el Estatuto!

Y, sin embargo, no estaba del todo contento con mi padre. En sus azules ojos de niño, llenos de ardor patriótico, leía yo una sombra de decepción. Debía de haber descubierto una dificultad, un pequeño obstáculo imprevisto y desagradable.

Y, en efecto, tras haber empezado en determinado momento a contar con los dedos cuántos de nosotros, de nosotros «*judim* ferrareses», quedaban aún «fuera» y llegar a Ermanno Finzi-Contini, que nunca había pedido el carnet, cierto es, pero, en el fondo, teniendo en cuenta también el importante patrimonio agrícola de que era propietario, nunca se había entendido bien por qué, de improviso, como cansado de sí mismo y de su discreción, se decidió a comunicar dos acontecimientos curiosos: sin relación mutua acaso —advirtió—, pero no por ello menos significativos.

Primero: que el abogado Geremia Tabet, cuando, en su calidad de *sansepolcrista*<sup>[2]</sup> y amigo íntimo del secretario federal, se había dirigido a propósito al Barchetto del Duca para ofrecer al profesor el carnet ya extendido a su nombre, no sólo se lo habían devuelto, sino que, además, al poco rato lo habían acompañado muy amablemente, sin duda, pero no por ello con menor firmeza, hasta la puerta.

«¿Y con qué excusa?», preguntó alguien, con voz débil y quejumbrosa. «Nunca se había oído decir que Ermanno Finzi-Contini fuera un jabato.»

—¿Qué con qué excusa se ha negado? —se echó a reír mi padre—. Pues con alguna de las habituales: es decir que él es un estudioso (¡me gustaría saber de qué

materia!), que es demasiado viejo, que en su vida se ha ocupado de política, etcétera. Por lo demás, ha estado astuto, el hombre. Debe de haber notado la cara de pocos amigos de Tabet y entonces, ¡zas!, le ha metido en el bolsillo cinco billetes de mil.

—¡Cinco mil liras!

—Exacto. Con destino a las colonias de playa y de montaña de la *Opera Nazionale Balilla*<sup>[3]</sup>. Eso es lo que se dice estar al quite, ¿eh? Pero escuchen la segunda novedad.

Y pasó a informar a los comensales de que el profesor, en carta enviada unos días antes al consejo de la Comunidad por mediación del abogado Renzo Galassi-Tarabini (¿podía elegirse un letrado más santurrón, más mojigato, más *halto* —beato— que ése?), había pedido permiso oficialmente para restaurar a sus expensas, «para uso de la familia y de los posibles interesados», la antigua y pequeña sinagoga española de Via Mazzini, que desde hacía por lo menos tres siglos no se dedicaba al culto, sino que servía de trastero.

En 1914, cuando murió el pequeño Guido, el profesor Ermanno tenía cuarenta y nueve años y la señora Olga veinticuatro. El niño se sintió mal, lo metieron en la cama con fiebre altísima y enseguida se sumió en un profundo sopor.

Llamaron con urgencia al doctor Corcos. Tras un interminable examen en silencio y con las cejas fruncidas, Corcos volvió a alzar la cabeza de improviso y miró fijamente y con gravedad primero al padre y luego a la madre. Las dos miradas del médico de la familia fueron largas, severas, extrañamente despectivas. Entretanto, bajo sus gruesos bigotes de estilo rey Umberto, ya canosos, los labios adoptaban el rictus amargo, casi vituperioso, de los casos desesperados.

«No hay nada que hacer», quería decir el doctor Corcos con esas miradas y esa mueca. Pero tal vez algo más. Es decir, que también él, diez años antes (y quién sabe si hablaría de ello ese mismo día antes de despedirse o bien, como así fue, sólo cinco días después

dirigiéndose al abuelo Raffaello, mientras los dos seguían despacio el imponente cortejo fúnebre), había perdido a un niño, a su Ruben.

—También yo conocí esta congoja, también yo sé muy bien lo que es ver morir a un hijo de cinco años —dijo de repente Elia Corcos.

Con la cabeza baja y las manos apoyadas en el manillar de la bicicleta, el abuelo Raffaello caminaba a su lado. Parecía que fuera contando uno por uno los guijarros de Corso Ercole I d'Este. Al oír aquellas palabras de verdad insólitas en boca de su escéptico amigo, se volvió, estupefacto, a mirarlo.

Y, de hecho, ¿qué sabía el propio Elia Corcos? Había examinado largo rato el cuerpo inerte del niño, había formulado para sus adentros un pronóstico fatal y después, tras alzar los ojos, los había clavado en los de los padres, petrificados: un viejo, el padre; la madre, aún una muchacha. ¿Por qué medios habría podido llegar a leer en sus corazones? ¿Y qué otra persona nunca, en el futuro? La inscripción dedicada al pequeño muerto en la tumba-monumento del cementerio israelita (siete líneas grabadas y coloreadas con poco relieve sobre un humilde rectángulo vertical de mármol blanco...) sólo iba a decir:

Ay  
GUIDO FINZI-CONTINI  
(1908-1914)

perfecto en forma y espíritu  
tus padres se aprestaban  
a amarte cada vez más  
no a llorarte

Cada vez más. Un sollozo sofocado y nada más. Un peso en el corazón imposible de compartir con ninguna otra persona en el mundo.

Alberto había nacido en 1915, Micòl en 1916: casi coetáneos míos. No los enviaron ni a la escuela elemental judía de Via Vignatagliata, en la que Guido había seguido, sin acabarlo, el primer curso preparatorio, ni, más adelante, al instituto público G.B. Guarini, precoz crisol de la mejor sociedad de la ciudad, judía y no judía, y, por esa razón, igualmente de rigor. Recibían, en cambio, clases particulares, tanto Alberto como Micòl, y el profesor Ermanno interrumpía de vez en cuando sus solitarios estudios de agronomía, física e

historia de las comunidades israelitas de Italia para seguir de cerca sus progresos. Eran los años locos, pero a su modo generosos, del primer fascismo emiliano. Cualquier acción, cualquier comportamiento se juzgaba —aun por parte de quien, como mi padre, citaba de buen grado a Horacio y su *aurea mediocritas*— con el tosco criterio del patriotismo y el derrotismo. Enviar a los hijos a las escuelas públicas estaba considerado en general patriótico; no hacerlo, derrotista y, por tanto, para todos aquellos que lo hacían, ofensivo en cierto modo.

Ahora bien, pese a estar así segregados, Alberto y Micòl Finzi-Contini no habían dejado nunca de mantener una relación tenue con el ambiente exterior, con los niños que, como nosotros, iban a las escuelas públicas.

Dos profesores del Guarini hacían de enlace.

El profesor Meldolesi, por ejemplo, que enseñaba italiano, latín, griego, historia y geografía en cuarto curso, cogía la bicicleta una tarde sí y otra no y desde el barrio de hotelitos surgido por aquellos años fuera de Porta San Benedetto, en el que vivía, solo, en una habitación amueblada de cuya vista y situación solía jactarse, se llegaba hasta el Barchetto del Duca, donde permanecía tres horas seguidas. Otro tanto hacía la



señora Fabiani, profesora de matemáticas.

La señora Fabiani, a decir verdad, nunca había contado nada. Era de origen boloñés, viuda sin hijos y muy religiosa y tenía más de cincuenta años; cuando nos preguntaba, la veíamos siempre a punto de caer en éxtasis. Ponía sin cesar en blanco sus ojos garzos, flamencos, susurraba para sus adentros. Rezaba. Rezaba, desde luego, por nosotros, pobrecillos, incapaces para el álgebra casi todos, pero acaso también para acelerar la conversión al catolicismo de los señores israelitas a cuya casa acudía dos veces por semana. La conversión del profesor Ermanno y la señora Olga, pero de los dos niños, sobre todo —Alberto, tan inteligente, y Micòl, tan viva y mona—, debía de parecerle un asunto demasiado importante, demasiado urgente, como para arriesgarse a comprometer sus probabilidades de éxito con una trivial indiscreción escolar.

El profesor Meldolesi, al contrario, no callaba nada. Había nacido en Comacchio de familia campesina y había estudiado el bachillerato en el seminario (tenía mucho de cura, del pequeño e ingenioso, casi femenino, cura rural); después había pasado a estudiar letras en Bolonia a tiempo para asistir a las últimas clases de Giosuè Carducci, de quien había sido —según se jactaba «humilde alumno»: las tardes pasadas en el

Barchetto del Duca en un ambiente cargado de recuerdos renacentistas, con el té de las cinco tomado en compañía de la familia entera —y muchas veces la señora Olga volvía del parque a esa hora, con los brazos llenos de flores— y más tarde, acaso arriba, en la biblioteca, gozando hasta la caída de la noche de la docta conversación del profesor Ermanno, esas tardes extraordinarias representaban, evidentemente, para él algo demasiado precioso como para que no constituyera tema de continuos discursos y divagaciones hasta con nosotros.

Además, a partir de la tarde en que el profesor Ermanno le había revelado que Giosuè había sido, en 1875, huésped de sus padres por unos diez días, le había enseñado después la alcoba que había ocupado, le había dejado tocar la cama en que había dormido y, por último, le había dado, para que se lo llevara a casa y lo examinase con toda comodidad, un «manejo» de cartas autógrafas enviadas por el poeta a su madre, su agitación, su entusiasmo, no habían conocido límites. Hasta el punto de convencerse, e intentar convencernos también a nosotros, de que ese famoso verso de la *Canzone di Legnano*:

*O bionda, o bella imperatrice, o fida*

en que se anunciaban claramente los aún más famosos:

*Onde venisti? Quali a noi secoli*

*si mite e bella ti tramandarono...*<sup>[4]</sup>

y, también, la clamorosa conversión del genio de la Maremma al «eterno femenino real» y saboyano habían sido inspirados precisamente por la abuela paterna de sus alumnos particulares Alberto y Micòl Finzi-Contini. ¡Oh, qué magnífico tema habría sido, ése —había suspirado una vez en clase el profesor Meldolesi—, para un artículo destinado a esa misma *Nova Antologia*, en la que Alfredo Grilli, su amigo y colega Grilli, iba publicando desde hacía tiempo sus agudas apostillas «serrianas»! Algún día estudiaría el modo de insinuárselo —con toda la delicadeza, claro está, que el caso requería— al propietario de las cartas. ¡Y quisiera el cielo que éste, en vista de los años transcurridos y

dada la importancia y, obviamente, la perfecta corrección de un epistolario en que Carducci se dirigía a la dama sólo en términos de «amable baronesa», «huésped gentilísima» y otros semejantes, no dijese que no! En la feliz hipótesis de un sí, él, Giulio Meldolesi —siempre y cuando recibiera permiso expreso para ello de quien tenía todo el derecho para concederlo o negarlo—, se encargaría de copiar una por una las cartas, acompañando esas santas esquirlas, esas venerables centellas del gran mazo, de un comentario mínimo. ¿Qué necesitaba, en realidad, el texto del epistolario? Una simple introducción de carácter general, completada, si acaso, con una sobria nota histórico-filológica a pie de página...

Pero, además de los profesores que teníamos en común, también los exámenes reservados a los alumnos libres —exámenes que se celebraban, en junio, al mismo tiempo que los demás exámenes, los estatales y los internos— nos ponían una vez al año en contacto directo con Alberto y Micòl.

Para nosotros, los alumnos internos, sobre todo si aprobábamos, tal vez no hubiera días más felices. Como si de pronto añoráramos los tiempos recién acabados de las clases y los deberes, no encontrábamos por lo general sitio mejor para citarnos que el vestíbulo del

instituto. Nos entreteníamos en el vasto zaguán, fresco y en penumbra como una cripta, agolpándonos ante las grandes hojas blancas de las calificaciones finales, fascinados ante nuestros nombres y los de nuestros compañeros, que, al leerlos así, transcritos en bella caligrafía y expuestos bajo cristales más allá de una ligera rejilla de alambre, no cesaban de asombrarnos nunca. Era hermoso no tener ya nada que temer de la escuela, hermoso poder salir al cabo de poco a la límpida y azul luz de las diez de la mañana, que nos hacía guiños allá, a través de la puerta de entrada, hermoso tener ante sí largas horas de ocio y libertad que pasar como nos gustara. Todo hermoso, todo estupendo, en aquellos primeros días de vacaciones. ¡Y qué felicidad al pensar, de continuo, en la próxima partida para el mar o la montaña, donde se perdería casi el recuerdo del estudio, que aún fatigaba y angustiaba a tantos otros!

Y entre esos *otros* (toscos mocetones de campo, la mayoría, hijos de campesinos, preparados para los exámenes por el párroco del pueblo, que antes de cruzar el umbral del Guarini miraban a su alrededor desorientados como corderos conducidos al matadero), ahí aparecían, mira por dónde, Alberto y Micòl Finzi-Contini, precisamente: nada desorientados, ellos, habituados como estaban, desde hacía años, a

presentarse y triunfar. Tal vez ligeramente irónicos, en especial hacia mí, cuando, al atravesar el vestíbulo, me descubrían entre mis compañeros y me saludaban desde lejos con un gesto y una sonrisa. Pero educados siempre, acaso demasiado, y amables: exactamente como unos huéspedes.

Nunca acudían a pie y menos en bicicleta, sino en coche: un *brougham* azul oscuro de grandes ruedas de goma y limoneras rojas y todo él brillante de barnices, cristales y niquelados.

El coche esperaba ante la puerta del Guarini horas y horas y sólo se movía para buscar la sombra. Y conviene decir que examinar el carruaje de cerca en todos los detalles, desde el gran caballo poderoso que de vez en cuando coceaba tranquilo, con la cola mocha y las crines cortadas a cepillo, hasta la minúscula corona nobiliaria que resaltaba argéntea sobre el fondo de las portezuelas, y conseguir a veces del indulgente cochero vestido con traje de diario, pero sentado en el pescante como en un trono, el permiso para subir a uno de los estribos laterales, y ello para que pudiéramos contemplar a gusto, con la nariz pegada al cristal, el interior, todo él gris, acolchado y en penumbra (parecía un salón: en un rincón había flores incluso dentro de un grácil jarrón oblongo, en forma de cáliz...), podía ser,

también eso, un placer, lo era, de hecho: uno de los tantos y venturosos placeres de que sabían ser pródigas aquellas maravillosas mañanas adolescentes de los últimos días de la primavera.

Por lo que a mí se refiere, personalmente, en mis relaciones con Alberto y Micòl siempre había habido algo más íntimo. Las miradas de entendimiento, los gestos confidenciales que uno y otra me dirigían siempre que nos encontrábamos en las cercanías del Guarini, no aludían, bien lo sabía yo, sino a eso, que sólo nos concernía a nosotros.

Algo más íntimo. ¿Qué exactamente?

Era lógico: en primer lugar, éramos judíos y eso, en cualquier caso, habría sido más que suficiente. Entre nosotros podía, en realidad, no haber sucedido nada nunca, ni siquiera lo poco resultante de haber intercambiado algunas palabras de vez en cuando. Pero, para nosotros, los niños, la circunstancia de que fuésemos quienes éramos, de que al menos dos veces al año, por Pascua y por el *Kippur*, nos presentáramos con nuestros respectivos padres y parientes próximos ante determinado portal de Via Mazzini —y muchas veces sucedía que, tras haber cruzado el umbral todos juntos, el zaguán contiguo, angosto y medio en penumbra,



obligaba a los mayores a saludarse descubriéndose, estrecharse la mano, inclinarse corteses, lo que durante el resto del año nunca tenían ocasión de hacer— bastaba para que, al volver a encontrarnos en otro sitio, y sobre todo delante de extraños, pasara al instante ante nuestros ojos la sombra o la sonrisa de cierta complicidad y connivencia especial.

No obstante, que fuéramos judíos y estuviésemos inscritos en los registros de la misma Comunidad israelita en nuestro caso contaba aún bastante poco. Ya que, ¿qué significaba la palabra «judío», en el fondo? ¿Qué sentido podían tener, *para nosotros*, expresiones como «Comunidad israelita» o «Universidad israelita», en vista de que prescindían completamente de la existencia de esa intimidad ulterior, secreta, apreciable en su valor sólo por quien participara de ella, debida a que nuestras dos familias, no por su voluntad, sino en virtud de una tradición más antigua que recuerdo posible alguno, pertenecieran al mismo rito religioso o, mejor dicho, a la misma sinagoga? Cuando nos encontrábamos en el portal del templo, por lo general al anochecer, tras los laboriosos cumplidos intercambiados en la penumbra del pórtico, casi siempre acabábamos subiendo también en grupo las empinadas escaleras que conducían al segundo piso, donde se encontraba, amplia, atestada de gente de

todas clases, resonante con sonidos de órgano y de cantos como una iglesia —y tan alta, sobre los tejados, que ciertas tardes de mayo, con los ventanales laterales abiertos de par en par por el lado del sol en el ocaso, en determinado momento nos encontrábamos inmersos en una especie de niebla de oro—, la sinagoga italiana. Bueno, pues, sólo nosotros, judíos, de acuerdo, pero criados en la observancia de un mismo rito, podíamos darnos cuenta de verdad de lo que quería decir tener un banco familiar propio en la sinagoga italiana, allá arriba, en el segundo piso, y no en el primero, en la alemana, tan distinta en su severa concurrencia, casi luterana, de lujosos sombreros burgueses.

Y había algo más: porque, aun dando por sabida, fuera del ambiente estrictamente judaico, la diferencia entre una sinagoga italiana y una alemana, con todo lo que de particular entrañaba semejante distinción en los planos social y psicológico, ¿quién, aparte de nosotros, habría estado en condiciones de aportar datos precisos acerca de «los de Via Vittoria», por poner un simple ejemplo? Con esta expresión solíamos referirnos a los miembros de las cuatro o cinco familias que tenían derecho a frecuentar la pequeña e independiente sinagoga levantina, también llamada *fanese*, situada en el tercer piso de una antigua casa de vecindad de Via Vittoria, a los Da Fano de Via Scienze, a los Cohen de

Via Gioco del Pallone, a los Levi de Piazza Ariostea, a los Levi-Minzi de Viale Cavour y no recuerdo a cuál otro núcleo familiar aislado: gente, todos ellos, un poco extraña, en cualquier caso, tipos siempre un poquito ambiguos y huidizos, para quienes la religión —que en la sinagoga italiana había adquirido formas de popularidad y teatralidad casi católicas, con reflejos evidentes hasta en el carácter de las personas, la mayoría extrovertidas y optimistas, muy propias de la región del Po— había seguido siendo esencialmente un culto que practicar entre pocos, en oratorios semiclandestinos a los que era conveniente acudir de noche y deslizándose en pequeños grupos por las callejuelas más oscuras y de peor fama del gueto. No, no, solo nosotros, nacidos y crecidos *intra muros*, podíamos saber, comprender de verdad esas cosas: sutilísimas, insignificantes, pero no por ello menos reales. A los demás, a todos los demás, y en primer lugar a mis muy queridos compañeros cotidianos de estudios y juegos, no había ni que pensar en informarlos sobre asunto tan privado. ¡Pobrecillos! En ese sentido, había que considerarlos seres simples y rudos condenados a permanecer toda la vida en abismos insondables de ignorancia o bien —como decía incluso mi padre, sonriendo benévolo— «*negri goyim*».

Conque, llegado el caso, subíamos juntos las

escaleras, juntos entrábamos en la sinagoga.

Y como nuestros bancos estaban contiguos, próximos, allá abajo, al fondo del recinto semicircular delimitado alrededor por una barandilla de mármol en cuyo centro se alzaba la *tevá*, o atril, del oficiante, y desde los dos se veía perfectamente el monumental armario de madera negra esculpida que custodiaba los rollos de la Ley, los llamados *serafim*, juntos cruzábamos también el sonoro pavimento de rombos blancos y rosas de la gran sala. Madres, esposas, abuelas, tías, hermanas, etcétera, se habían separado de nosotros, los hombres, en el vestíbulo. Tras desaparecer en fila india por una puertecita en el muro que daba a un tabuco, desde ahí, por una escalerita de caracol, habían subido aún más arriba, al *matroneo*<sup>[5]</sup>, y al cabo de poco las veríamos mirar desde lo alto de la jaula a ellas reservada, y situada justo bajo el techo, por las celosías. Pero aun así, estando solos los varones —es decir, mi hermano Ernesto, mi padre, el profesor Ermanno, Alberto y, a veces, los dos hermanos solteros de la señora Olga, el ingeniero y el doctor Herrera, llegados de Venecia ex profeso, y yo—, constituíamos un grupo bastante numeroso. Significativo e importante, en cualquier caso: tanto es así, que nunca, en cualquier momento de la función en que apareciéramos en el umbral, teníamos ocasión de llegar

hasta nuestros puestos sin suscitar en derredor la más viva curiosidad.

Como ya he dicho, nuestros bancos estaban contiguos, uno tras otro. Nosotros ocupábamos el de delante, en la primera fila, y los Finzi-Contini el de detrás. Aun queriendo, habría sido muy difícil hacer como si no nos conociéramos.

Por mi parte, atraído por la diversidad en la misma medida en que ésta repelía a mi padre, estaba siempre muy atento a cualquier gesto o susurro procedente del banco posterior. Nunca estaba quieto un momento. Ya fuera que charlase en voz baja con Alberto, quien tenía dos años más que yo, cierto es, pero aún no había entrado en «*minián*»<sup>[6]</sup> y, aun así, se apresuraba, nada más llegar, a envolverse en el gran *taled* de lana blanca con franjas negras que en tiempos había pertenecido al «abuelo Moisé»; ya fuese que el profesor Ermanno, sonriéndome amable a través de sus gruesos lentes, me invitara con una señal del dedo a observar los grabados en cobre de una antigua Biblia que había sacado del cajón a propósito para enseñármela; ya fuera que escuchase fascinado, con la boca abierta, a los hermanos de la señora Olga, el ingeniero ferroviario y el tisiólogo, cuchichear entre sí a medias en véneto y en español (*Cosa xé que stás meldando? Su, Giulio, alevantate ajde! E*

*procura de far star in pie anca il chico...*)<sup>[7]</sup>, y después callar, de pronto, y unirse con voz altísima, en hebreo, a las letanías del rabino: por un motivo o por otro estaba casi siempre con la cabeza vuelta hacia atrás. Ahí estaban, en fila en su asiento, los dos Finzi-Contini, y los dos Herrera, a poco más de un metro de distancia, y, sin embargo, lejanísimos, intangibles: como si los protegiera a su alrededor una pared de cristal. No se parecían entre sí. Altos, delgados, calvos, con sus largas caras pálidas sombreadas por la barba, vestidos siempre de azul o de negro y habituados, además, a poner en su devoción una intensidad, un ardor fanático de los que su cuñado y sobrino, bastaba mirarlos, no iban a ser nunca capaces, los parientes venecianos parecían pertenecer a una civilización completamente extraña a las chaquetas de punto y los pantalones color tabaco de Alberto, a las lanas inglesas y las telas pajizas, propias de un estudioso y de un noble del campo, del profesor Ermanno. Y, aun así, aun siendo tan distintos, yo los sentía entre sí profundamente solidarios. ¿Qué había en común —parecían decirse los cuatro— entre ellos y la platea distraída, cuchicheante, *italiana*, que hasta en el templo, ante el Arca abierta del Señor, seguía ocupándose de todas las mezquindades de la vida social, los negocios, política, deporte incluso, pero nunca del alma ni de Dios? Yo era un niño entonces:

entre diez y doce años. Una intuición confusa, cierto es, pero sustancialmente exacta, acompañaba en mí el despecho y la humillación, igualmente confusos pero punzantes, de formar parte de la platea, de la gente vulgar con la que se habían de guardar las distancias. ¿Y mi padre? Ante la pared de cristal al otro lado de la cual los Finzi-Contini y los Herrera, amables siempre pero distantes, seguían sin prestarle la menor atención en el fondo, se comportaba de modo opuesto al mío. En lugar de intentar acercamientos, yo lo veía exagerar por reacción —doctor en medicina y librepensador, él, voluntario de guerra, fascista con carnet de 1919, apasionado por el deporte, judío moderno, en una palabra— su sana intransigencia ante cualquier exhibición de fe demasiado servil o excesiva.

Cuando a lo largo de los bancos pasaba la alegre procesión de los *serafim* (envueltos en las ricas manteletas de seda bordada, con sus coronas de plata ladeadas y las campanillas tintineantes, los sagrados rollos de la *Torá* parecían una procesión de lactantes regios exhibidos al pueblo en apoyo de una monarquía en peligro...), el doctor y el ingeniero Herrera se apresuraban a asomarse impetuosos fuera del banco, al tiempo que besaban cuantos picos de manteleta podían con una avidez, una glotonería casi indecentes. ¿Qué importaba que el profesor Ermanno, imitado por su hijo,

se limitara a taparse los ojos con un borde del *taled* y a susurrar a flor de labios una oración?

«¡Cuántas zalamerías, cuánto *haltud!*», comentaría más tarde mi padre en la mesa con desagrado, sin que eso le impidiera, acaso, volver inmediatamente después a hablar una vez más de la soberbia hereditaria de los Finzi-Contini, del absurdo aislamiento en que vivían o incluso de su antisemitismo, subterráneo y persistente, propio de aristócratas. Pero de momento, no teniendo a mano a nadie más con quien desahogarse, la tomaba conmigo.

Como de costumbre, yo me había vuelto a mirar.

—¿Quieres hacerme el grandísimo favor de estarte quieto? —mascullaba entre dientes, al tiempo que me miraba con sus azules y coléricos ojos—. Ni siquiera en el templo sabes comportarte como es debido. Mira a tu hermano: ¡tiene cuatro años menos que tú y podría darte lecciones de educación!

Pero yo no oía. Poco después estaba dando la espalda de nuevo al salmodiante doctor Levi, sin recordar las prohibiciones.

Ahora, si quería tenerme por unos momentos bajo su dominio —físico, se entiende, ¡sólo físico!—, a mi



padre no le quedaba más remedio que esperar a la bendición solemne, cuando todos los hijos quedarían recogidos bajo los *taletod* paternos como bajo cortinas. Y de pronto y por fin (el sacristán Carpanetti ya había ido encendiendo con su vara uno a uno los treinta candelabros de plata y de bronce dorado de la sinagoga: la sala resplandecía de luces) la voz, ansiosamente esperada, del doctor Levi, por lo general tan incolora, adquiriría el tono profético apropiado para el momento supremo y final de la *berahá*<sup>[8]</sup>.

—*Yevarejejá Adonai veishmerejá*<sup>[9]</sup>... —comenzaba solemne el rabino, inclinado, casi postrado, sobre la *tevá*, tras haber cubierto su alto gorro blanco con el *taled*.

—Vamos, chicos —decía entonces mi padre, alegre y expeditivo, chasqueando los dedos—. ¡Venid aquí debajo!

Cierto es que hasta en esa circunstancia la evasión era siempre posible. Ya podía papá apretar sus duras manos deportivas sobre nuestros cogotes, sobre el mío en particular. Pese a ser enorme como un mantel, el *taled* del abuelo Raffaello, que utilizaba, estaba demasiado raído y agujereado para garantizarle la clausura hermética con que él soñaba. Y, de hecho, a través de los agujeros y los desgarros producidos por los años en la fragilísima tela, que olía a viejo y a

cerrado, no era difícil, al menos para mí, observar al profesor Ermanno, mientras ahí al lado, con las manos sobre los morenos cabellos de Alberto y los finos, rubios y ligeros de Micòl, que había bajado a todo correr del *matroneo*, pronunciaba también él una tras otra, siguiendo al doctor Levi, las palabras de la *berahá*.

Sobre nuestras cabezas, mi padre, que no sabía más de unos veinte vocablos hebreos, los habituales de la conversación familiar —por lo demás, nunca se habría doblegado—, callaba. Yo imaginaba la expresión de repente embarazada de su rostro, sus ojos, entre sardónicos e intimidados, alzados hacia los modestos estucos del techo o hacia el *matroneo*. Pero entretanto, desde donde me encontraba, miraba de abajo arriba, con estupor y envidia siempre renovados, el arrugado y vivo rostro del profesor Ermanno en ese momento como transfigurado, miraba sus ojos, que tras los lentes me parecían llenos de lágrimas. Su voz era suave y cantarina, muy entonada; su pronunciación hebrea, que con frecuencia duplicaba las consonantes, y con zetas, eses y haches más toscanas que ferraresas, se oía filtrada a través de la doble distinción de la cultura y la clase social...

Yo lo miraba. Debajo de él, todo el tiempo que duraba la bendición, Alberto y Micòl no dejaban de

explorar también ellos entre los intersticios de su tienda.  
Y me sonreían y me guiñaban el ojo, los dos  
curiosamente invitadores: sobre todo Micòl.

Sin embargo, una vez, en junio de 1929, el mismo día en que en el vestíbulo del Guarini se habían expuesto las calificaciones de los exámenes de reválida, había sucedido algo mucho más directo y particular.

Las orales no me habían salido demasiado bien.

Pese a que el profesor Meldolesi había intervenido bastante en mi favor y había conseguido incluso, contra las normas, ser él mismo quien me preguntara, en casi ningún momento había yo estado a la altura de los numerosos siete y ochos que adornaban mi libreta de notas en las materias literarias. Preguntado, en latín, por la *consecutio temporum*, había cometido muchos errores. Tampoco en griego había estado brillante, sobre todo cuando me habían puesto ante las narices una página de la edición Teubner de la *Anábasis* para que tradujese unas líneas a primera vista. Después había mejorado un poco. En italiano, por ejemplo, además de conseguir exponer con discreta desenvoltura el contenido de *Los novios* y de las *Ricordanze*, había recitado de memoria las tres primeras

octavas del *Orlando furioso* sin titubear ni una sola vez y Meldolesi se apresuró a premiarme al final con un «¡bravo!» tan estentóreo, que hizo sonreír a todo el tribunal e incluso a mí. Sin embargo, en conjunto, ni siquiera en el grupo de Letras había resultado mi rendimiento, repito, digno de la reputación de que gozaba.

Pero el auténtico fracaso había sido en matemáticas.

Desde el año anterior, el álgebra se había negado a entrarme en la cabeza. Más aún. Contando con el apoyo indefectible que recibiría en los escrutinios finales del profesor Meldolesi, con la profesora Fabiani me había portado siempre bastante mal: estudiaba el mínimo necesario para arrancar un cinco y muchas veces ni siquiera ese mínimo. ¿Qué importancia podían tener las matemáticas para quien iba a matricularse en Letras en la Universidad? —seguía diciéndome también aquella mañana, mientras subía por Corso Giovecca derecho al Guarini—. Tanto en álgebra como en geometría apenas había abierto la boca, por desgracia. Pero ¿y qué? La pobre Fabiani, que durante los dos últimos años nunca se había atrevido a ponerme menos de cinco, en la reunión de la junta de profesores no se atrevería, desde luego, a... Y evitaba pronunciar ni siquiera

mentalmente la palabra «suspenderme», hasta tal punto la idea del suspenso, con las consiguientes clases particulares, tediosas y humillantes, a que tendría que someterme todo el verano en Riccione, me parecía absurda referida a mí. Yo, precisamente yo, que no había sufrido la humillación de quedarme para septiembre ni una sola vez, sino que, al contrario, en los tres primeros cursos había recibido «por aprovechamiento y buena conducta» el codiciado título de «Guardia de honor de los monumentos a los caídos y de los parques del recuerdo», ¡yo, suspendido, reducido a la mediocridad, obligado a formar en las filas de la masa anónima! ¿Y mi padre? Si por hipótesis la señora Fabiani me dejaba para septiembre (enseñaba matemáticas también en el instituto, la Fabiani: por ese motivo me había preguntado ella, ¿estaba en su derecho!), ¿de dónde sacaría yo valor, unas horas después, para volver a casa, sentarme a la mesa ante mi padre y ponerme a comer? Tal vez me pegara. Y sería mejor, a fin de cuentas. Cualquier castigo sería preferible al reproche procedente de sus mudos y terribles ojos celestes...

Entré en el vestíbulo del Guarini. Un grupo de chicos, entre los que descubrí al instante a varios compañeros, estaban tan tranquilos ante la tabla de los promedios. Tras apoyar la bicicleta en la pared, junto a

la puerta de entrada, me acerqué temblando. Nadie parecía haber advertido mi llegada.

Miré desde detrás de una barrera de espaldas obstinadamente vueltas. La vista se me nubló. Volví a mirar: y el cuatro en rojo, único número en tinta roja de una larga fila de números en tinta negra, se me grabó en el alma con la violencia y quemazón de un hierro candente.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? —me preguntó Sergio Pavani, al tiempo que me daba una palmadita amable en el hombro—. ¡No irás a hacer una tragedia por un cuatro en matemáticas! Mira yo —y se rio—: latín y griego.

—Ánimo —añadió Otello Forti—. A mí también me ha quedado una asignatura: inglés.

Lo miré alelado. Habíamos sido compañeros de clase y de banco desde primaria, estábamos acostumbrados desde entonces a estudiar juntos, un día en su casa y otro en la mía, y convencidos los dos de mi superioridad. No pasaba año que yo no aprobara en junio, mientras que él, Otello, siempre tenía que examinarse en septiembre de alguna asignatura. Y ahora, de pronto, ¡oírme comparar con un Otello Forti y, encima, de sus propios labios! ¡Encontrarme arrojado

de golpe a su nivel!

Lo que hice y pensé en las cuatro o cinco horas siguientes, empezando por el efecto que tuvo en mí, nada más salir del Guarini, en encuentro con el profesor Meldolesi (sonriente, el buen hombre, sin sombrero ni corbata, con el cuello de la camisa a rayas echado hacia atrás sobre el de la chaqueta, se apresuró a confirmarme la «terquedad» de la señora Fabiani en relación conmigo, su negativa categórica a «hacer la vista gorda una sola vez más»), para continuar con la descripción del largo y desesperado vagabundeo sin rumbo fijo a que me abandoné nada más recibir del profesor Meldolesi un papirotazo en la mejilla a título de despedida y aliento, no vale la pena contarlos por extenso. Baste decir que hacia las dos de la tarde seguía vagando en bicicleta a lo largo de Mura degli Angeli, por el lado de Corso Ercole I d'Este. Ni siquiera había telefoneado a casa. Con la cara surcada por las lágrimas, con el corazón henchido de una inmensa piedad por mí mismo, pedaleaba casi sin saber dónde me encontraba y meditando confusos proyectos suicidas.

Me detuve bajo un árbol: uno de aquellos antiguos árboles —tilos, olmos, plátanos, castaños— que una docena de años después, en el gélido invierno de Stalingrado, serían sacrificados a fin de hacer leña para



estufas, pero que 1929 elevaban aún bien altas sus grandes sombrillas de hojas por encima de los bastiones de la ciudad.

Desierto absoluto, a mi alrededor. El caminito de tierra que, como un sonámbulo, había recorrido hasta allí desde Porta San Gionanni, continuaba serpenteando entre los troncos seculares hacia Porta San Benedetto y la estación ferroviaria. Me tumbé boca abajo en la hierba junto a la bicicleta, con el rostro ardiendo y escondido entre los brazos. Aire cálido y ventilado en torno al cuerpo tendido, deseo exclusivo de permanecer el mayor tiempo posible así, con los ojos cerrados. En el coro adormecedor de las cigarras, algún sonido no lejano se destacaba aislado: un grito de gallo, el restallido de telas producido, era de suponer, por una lavandera que se hubiese quedado a hacer la colada en el agua verdosa del canal Panfilio y, por último, muy cerca, a pocos centímetros del oído, el repiqueteo cada vez más lento de la rueda posterior de la bicicleta aún en busca del punto de inmovilidad.

En casa, ahora —pensaba—, seguro que se habrían enterado: por Otello Forti acaso. ¿Se habrían sentado a la mesa? Podía ser, si bien después, enseguida, habían tenido que dejar de comer. Tal vez estuvieran buscándome. Quizá hubiesen mandado al instante al

propio Otello, el amigo bueno, el amigo inseparable, con el encargo de explorar en bicicleta toda la ciudad, incluidos el Montagnone y las murallas, por lo que no era nada improbable que de buenas a primeras me lo encontrase delante con triste cara de circunstancias, pero de lo más contento, él, lo advertiría al primer vistazo, por haber suspendido sólo en inglés. Pero no: tal vez, vencidos por la angustia, en determinado momento mis padres se habían decidido a recurrir directamente a la comisaría. Mi padre había ido a hablar con el comisario en el Castillo. Me parecía verlo: balbuceante, espantosamente envejecido, reducido a la sombra de sí mismo. Lloraba. Sí, sí, pero si hubiera podido observarme hacia la una, en Pontelagoscuro, mientras miraba fijamente la corriente del Po desde el puente de hierro (me había quedado un buen rato mirando hacia abajo. ¿Cuánto? ¡Por lo menos veinte minutos!), entonces sí que se habría espantado... entonces sí que habría comprendido... entonces sí que...

—¡Pss!

Me desperté sobresaltado.

—¡Pss!

Alcé la cabeza despacio, girándola hacia la

izquierda, por el lado del sol. Parpadeé. ¿Quién me llamaba? Otello no podía ser. ¿Entonces?

Me encontraba más o menos en la mitad del trecho de las murallas de la ciudad, de unos tres kilómetros de largo, que comienza en el punto en que acaba Corso Ercole I d'Este para terminar en Porta San Benedetto, frente a la estación. El lugar ha sido siempre particularmente solitario. Lo era hace treinta años y lo es aún hoy, pese a que a la derecha, sobre todo, es decir, por el lado de la zona industrial, han surgido a partir de 1945 decenas y decenas de variopintas casitas de obreros, en comparación con las cuales, y con las chimeneas y los cobertizos que les hacen de fondo, el oscuro y tosco contrafuerte, cubierto de maleza y semiderruido, del baluarte del siglo XV resulta cada día más absurdo.

Miraba, buscaba, entornando los ojos a la luz. A mis pies (hasta entonces no me había dado cuenta), con las cabelleras de los nobles árboles hinchados de luz meridiana como las de una selva tropical, se extendía el Barchetto del Duca: enorme, inmenso de verdad, con las torrecillas y los pináculos de la *magna domus* en el centro, medio escondidos en el verde, y delimitado en todo su perímetro por un muro interrumpido a un cuarto de kilómetro más allá para dejar fluir el canal

Panfilio.

—¡Eh! Pero, chico, ¡estás ciego, vamos! —dijo una voz alegre de niña.

Por los cabellos rubios, de ese rubio particular estriado con mechas nórdicas, de *filles aux cheveux de lin*, que sólo podían ser de ella, reconocí al instante a Micòl Finzi-Contini. Estaba asomada al muro como a un alféizar, con los hombros fuera y apoyada en los brazos cruzados. Debía de estar a unos veinticinco metros de distancia (lo bastante cerca, por tanto, para que pudiese verle los ojos, que eran claros, grandes, tal vez demasiado grandes entonces, en su delgada carita de niña), y me observaba desde abajo.

—¿Qué haces ahí arriba? Llevo diez minutos mirándote. Si te he despertado, discúlpame... ¡Y te acompaño en el sentimiento!

—¿Cómo? ¿Por qué? —balbucí, sintiendo que el rostro se me cubría de rubor. Me había levantado—. ¿Qué hora es? —pregunté alzando la voz.

—Yo tengo las tres —dijo, con una graciosa mueca de los labios. Y después—: Me imagino que tendrás hambre.

Me quedé de piedra. Entonces, ¡también ellos lo

sabían! Por un instante llegué a creer que hubieran sabido la noticia de mi desaparición por mi padre o por mi madre: por teléfono, como tanta otra gente, seguro. Pero fue la propia Micòl quien se apresuró a explicármelo.

—Esta mañana he ido al Guarini con Alberto. Queríamos ver las listas. No te ha hecho gracia, ¿eh?

—Y tú, ¿has aprobado?

—Aún no se sabe. Tal vez esperen, para publicar las calificaciones, a que también hayan acabado todos los libros. Pero ¿por qué no bajas? Acércate un poco, anda, así no tendré que desgañitarme.

Era la primera vez que me dirigía la palabra, la primera, de hecho, que yo la oía hablar. Y de inmediato advertí cuánto se parecía su pronunciación a la de Alberto. Hablaban los dos del mismo modo: recalcando las sílabas de ciertas palabras cuyos significados e importancia auténticos sólo ellos parecían conocer y dejando curiosamente sin acentuar, en cambio, las de otras, que uno habría considerado de mucha importancia. Tenían una especie de prurito de expresarse así. Esa particular deformación del italiano, inimitable y del todo privada, era *su* verdadera lengua. Incluso le habían puesto un nombre: el finzi-continico.

Dejándome deslizar por el declive cubierto de hierba, me acerqué a la base del muro. Aunque había sombra —una sombra con intenso olor a ortigas y a estiércol—, allí abajo hacía más calor. Y ahora ella me miraba desde arriba, con la rubia cabeza al sol, tranquila, como si nuestro encuentro no hubiese sido casual, absolutamente fortuito, sino que, a partir de la primera infancia acaso, las veces que nos habíamos dado cita en aquel sitio ya no pudiesen contarse siquiera.

—De todos modos, exageras —dijo—. ¿Qué importancia puede tener que te haya quedado una asignatura para septiembre?

Pero se burlaba de mí, estaba claro, y también me despreciaba un poco. Al fin y al cabo, era bastante normal que semejante desgracia hubiese ocurrido a un tipo como yo, traído al mundo por gente tan corriente, tan «asimilada»: a un casi-goy, en una palabra. ¿Qué derecho tenía a armar tanto alboroto?

—Me parece que te circulan por la cabeza ideas extrañas —respondí.

—¿Ah, sí? —dijo con sonrisa maliciosa—. Entonces, explícame, por favor, cómo es que hoy no has ido a casa a comer.

—¿Quién os lo ha dicho? —se me escapó.

—Lo sabemos, lo sabemos. También tenemos nuestros informadores.

Había sido Meldolesi —pensé—, sólo podía haber sido él (en efecto, no me equivocaba). Pero ¿qué importaba? De repente había comprendido que lo del suspenso se había convertido en algo secundario, un asunto pueril que se arreglaría solo.

—¿Cómo te las arreglas —le pregunté—, para estar ahí arriba? Pareces asomada a una ventana.

—Tengo bajo los pies mi querida escalera de mano —respondió acentuando las sílabas de «mi querida» con su orgulloso tono habitual.

Del otro lado del muro se elevó en ese momento un ladrido: fuerte y corto, un poco ronco. Micòl volvió la cabeza y echó tras el hombro izquierdo un vistazo cargado de hastío y afectado a un tiempo. Hizo una mueca al perro y después volvió a mirar hacia mí.

—¡Uf! —resopló con calma—. Es Jor.

—¿De qué raza es?

—Es un danés. Sólo tiene un año, pero pesa casi un quintal. Siempre me va detrás. Muchas veces intento

confundir mis huellas, pero, al cabo de un poco, puedes estar seguro de que me encuentra. Es *terrible* —sonrió—. ¿Quieres entrar? —añadió, tras volver a ponerse seria—. Si quieres te enseño enseguida lo que debes hacer.



¿Cuántos años han pasado desde aquella remota tarde de junio? Más de treinta. Y, sin embargo, si cierro los ojos, Micòl Finzi-Contini sigue ahí, asomada al muro de su jardín, mirándome y hablándome. En 1929, Micòl era poco más que una niña, una muchachita de trece años, delgada y con grandes ojos claros, magnéticos; yo, un chaval con pantalón corto, muy burgués y vanidoso, a quien un pequeño contratiempo escolar bastaba para sumir en la desesperación más infantil. Los dos nos mirábamos fijamente. Por encima de su cabeza, el cielo estaba azul y compacto, un cálido cielo ya estival sin la menor nube. Nada habría podido cambiarlo, parecía, y, en efecto, nada lo ha cambiado, al menos en la memoria.

—Entonces, ¿quieres o no? —insistió Micòl.

—Pues... es que no sé... —empecé a decir, al tiempo que señalaba el muro—. Me parece muy alto.

—Porque no lo has visto bien —replicó impaciente—. Mira ahí... y ahí... y ahí —y apuntaba con el dedo para que me fijara—. Hay infinidad de

muecas y hasta un clavo, aquí arriba. Lo he puesto yo.

—No, si puntos de apoyo hay —murmuré indeciso—, pero...

—¡¿Puntos de apoyo?! —me interrumpió, al tiempo que se echaba a reír—. Yo los llamo muecas.

—Mal dicho, porque se llaman puntos de apoyo —insistí, testarudo y hosco—. Se ve que nunca has hecho montañismo.

Desde niño he sufrido siempre vértigo y, pese a ser cosa de poco, la escalada me inquietaba. De niño, cuando mi madre, con Ernesto en brazos (Fanny no había nacido aún), me llevaba al Montagnone y ella se sentaba en la hierba de la vasta explanada situada frente a Via Scandiana, desde lo alto de la cual se podía divisar el techo de nuestra casa apenas distinguible en el mar de tejados en torno a la gran mole de la iglesia de Santa Maria in Vado, no era sino con gran temor, recuerdo, como iba a asomarme al pretil que delimitaba la explanada por la parte del campo y miraba abajo, a la sima de treinta metros de profundidad. A lo largo de la pared cortada a pico había casi siempre alguien subiendo o bajando: campesinos, peones, jóvenes albañiles, todos con bicicleta en bandolera, y viejos también, bigotudos pescadores de ranas y anguilas,

cargados de cañas y cestas: todos de Quacchio, de Ponte della Gradella, de Coccomaro, de Coccomarino, de Focomorto, que tenían prisa y, en lugar de pasar por Porta San Giorgio o Porta San Giovanni (porque por ese lado los bastiones estaban intactos, en aquella época, sin brechas practicables a lo largo de por lo menos cinco kilómetros), preferían coger, como decían, «el camino de la Mura». Salían de la ciudad: en ese caso, tras cruzar la explanada, pasaban a mi lado sin mirarme, salvaban de una zancada el pretil y se dejaban caer hasta apoyar la punta del pie sobre el primer saliente o entrante de la decrepita muralla, para después alcanzar en pocos instantes el prado de abajo. Llegaban del campo: entonces subían con ojos desorbitados, fijos, me parecía, en los míos, que asomaban tímidos por el borde del pretil, pero me equivocaba, claro, sólo estaban atentos a escoger el punto de apoyo mejor. En cualquier caso, siempre durante todo el tiempo que estaban así, suspendidos sobre el abismo —por parejas, en general, uno tras otro—, los oía charlar tranquilos en dialecto, exactamente como si se encontraran caminando por un sendero en el campo. ¡Qué tranquilos, fuertes y valientes eran! —me decía—. Tras haberse acercado hasta pocas decenas de centímetros de mi cara, tanto, que muchas veces, además de reflejarme en sus escleróticas, me acometía el tufo a vino de su aliento, se

aferraban con sus gruesos dedos callosos a la arista interna del pretil, emergían del vacío con todo el cuerpo y, ¡aúpa!, ya estaban a salvo. Yo no habría sido nunca capaz de hacer eso —me repetía siempre, al tiempo que los miraba alejarse, lleno de admiración pero también de horror—. Nunca, pero es que nunca.

Bueno, pues algo semejante sentía también ahora, ante el muro a cuya cima Micòl Finzi-Contini me invitaba a subir. Desde luego, la pared no parecía tan alta como la de los bastiones del Montagnone. Sin embargo, estaba más lisa, bastante menos corroída por los años y la intemperie. ¿Y si, al trepar hasta allá arriba —pensaba, con los ojos fijos en las muescas apenas marcadas que Micòl me había indicado—, me daba un vahído y perdía el equilibrio? Podía perfectamente matarme, igual.

No obstante, no era tanto por ese motivo por lo que vacilaba aún. Lo que me retenía era una repugnancia distinta de la puramente física del vértigo: análoga, pero distinta y más fuerte. Por un instante llegué a añorar mi desesperación de poco antes, mi bobo y pueril llanto de niño suspendido.

—Y, además, no veo por qué —continué—, he de ponerme a hacer alpinismo precisamente aquí. Si debo entrar en vuestra casa, mil gracias, con mucho gusto,

pero, francamente, me parece mucho más cómodo pasar por ahí —y, al decir eso, alzaba el brazo en dirección de Corso Ercole I d'Este—, por el portalón de entrada. No se tarda nada. Cojo la bicicleta y en un momento doy la vuelta.

Advertí al instante que esa propuesta no le gustaba.

—No, no... —dijo, deformando el rostro, con una expresión de intenso fastidio—, si pasas por ahí, te verá por fuerza Perotti y entonces adiós, se acabó, ya no tiene gracia.

—¿Perotti? ¿Quién es?

—El portero... quizá lo hayas visto, el que hace también de cocinero y *chauffeur*... Si él te ve (y no puede dejar de verte porque, aparte de las veces que sale con la berlina o con el coche, está siempre ahí de guardia, ¡el *maldito*!) después yo tendría sin remedio que llevarte a tu casa... Y dime tú si... ¿No te parece?

Me miraba fijo a los ojos: seria, ahora, aunque muy tranquila.

—De acuerdo —respondí, al tiempo que volvía la cabeza y señalaba el terraplén—, pero ¿dónde dejo la bicicleta? ¡No puede dejarla ahí, abandonada! Es una Wolsit nueva, con el faro eléctrico, la bolsita de las

herramientas, la bomba, figúrate... Si *encima* me roban la bicicleta...

Y no añadí nada más, presa de nuevo de la angustia ante el inevitable encuentro con mi padre. Aquella misma tarde, a más tardar, tendría que volver a casa. No tenía otra opción.

Volví a dirigir los ojos hacia Micòl. Mientras yo hablaba, se había sentado, en el muro, dándome la espalda, y ahora alzaba decidida una pierna y se ponía a horcajadas.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, sorprendido.

—Se me ha ocurrido una idea para la bicicleta y al mismo tiempo te enseño los puntos donde es mejor poner los pies. Fíjate bien en dónde los pongo yo. Mira.

Se volvió muy desenvuelta allí arriba y después, tras aferrarse al grueso clavo oxidado que me había indicado poco antes, empezó a bajar. Lo hacía despacio, pero segura, buscando los apoyos con las puntas de las zapatillas de tenis, ora con una ora con otra, y encontrándolos siempre sin demasiado esfuerzo. Bajaba bien. No obstante, antes de tocar tierra, le faltó un apoyo y resbaló. Cayó de pie. Pero se había hecho daño en los dedos de una mano. Además, al rozar

contra el muro, el vestidito de tela rosa, de playa, se le había rasgado ligeramente bajo la axila.

—¡Qué tonta! —masculló, al tiempo que se llevaba la mano a la boca y soplab—. Es la primera vez que me ocurre.

También se había desollado una rodilla. Se alzó un borde del vestido hasta descubrir el muslo extrañamente blanco y fuerte, ya de mujer, y se agachó a examinar el rasguño. Dos largos mechones, de los más claros, se salieron del arillo que usaba para sujetarse los cabellos, cayeron y le taparon la frente y los ojos.

—¡Qué tonta! —repitió.

—Tienes que ponerte alcohol. —Dije yo maquinalmente y sin acercarme, con el tono un poco lastimero que poníamos todos, en mi familia, en circunstancias semejantes.

—Nada de alcohol.

Dio un rápido lametón a la herida, una especie de besito afectuoso, y al instante se enderezó.

—Ven —dijo, muy roja y desmelenada.

Se volvió y se puso a trepar en diagonal por la

pendiente del terraplén. Se ayudaba con la mano derecha, agarrándose a los matojos de hierbas; al tiempo, con la izquierda, alzada a la altura de la cabeza, se quitaba y se ponía el arillo de sujetar el pelo. Repitió la maniobra varias veces, con rapidez, como si estuviera peinándose.

—¿Ves ese agujero de ahí? —me dijo después, tan pronto como llegamos a la cima—. La bicicleta puedes esconderla dentro y ya está.

Me indicaba, a unos cincuenta metros de distancia, uno de esos montículos cónicos, de no más de dos metros de alto y con la abertura de la entrada casi siempre enterrada, con los que es bastante frecuente tropezarse al dar la vuelta a los muros de Ferrara. Al verlos, se parecen un poco a los *montarozzi* etruscos del campo romano: en escala mucho menor, claro está. Ahora bien, la cámara subterránea, muchas veces enorme, a que algunas de ellas dan entrada, nunca ha servido de casa para muerto alguno. Los antiguos defensores de los muros guardaban allí las armas: culebrinas, arcabuces, pólvora, etcétera. Y tal vez aquellos extraños proyectiles de cañón, de mármol fino, que en los siglos XV y XVI habían vuelto tan temible en Europa la artillería ferraresa y de los que aún se puede ver algún ejemplar en el Castillo, colocado de adorno



en el patio central y en las terrazas.

—¿A quién quieres que se le ocurra que haya una Wolsit nueva, ahí abajo? Habría que saberlo. ¿Has estado alguna vez dentro?

Dije que no con la cabeza.

—¿No? Yo sí, infinidad de veces. Es *magnífico*.

Se movió decidida y yo, tras coger la Wolsit del suelo, la seguí en silencio.

La alcancé en el umbral del agujero. Era una especie de grieta vertical, cortada directamente en el manto de hierba que cubría compacto el montículo: tan estrecha, que no permitía el paso a más de una persona a la vez. Justo después del umbral comenzaba el descenso y se veía a lo largo de ocho, diez metros, no más. Más allá, no había sino tinieblas. Como si la galería acabase contra una cortina negra.

Se asomó a mirar, luego se volvió de repente.

—Baja tú —susurró y sonreía débilmente y con embarazo—. Prefiero esperar aquí arriba.

Se hizo a un lado, al tiempo que juntaba las manos a la espalda y se pegaba a la pared de hierba, junto a la entrada.

—No te impresionará, ¿verdad? —me preguntó, también en voz baja.

—No, no —mentí y me incliné para alzar la bicicleta y cargarla al hombro.

Sin añadir nada más, pasé ante ella y me interné en la galería.

Debía avanzar despacio, también por la bicicleta, cuyo pedal derecho no cesaba de chocar contra la pared, y, al principio, durante tres o cuatro metros al menos, estuve como ciego, no veía absolutamente nada, pero a unos diez metros de la boca de entrada («Estate atento», gritó en ese momento la voz ya lejana de Micòl, a mi espalda, «¡que hay escalones!») empecé a distinguir algo. La galería acababa un poco más adelante: sólo quedaban unos pocos metros más de bajada. Y era precisamente allí, a partir de una especie de rellano en torno al cual adivinaba, ya antes de llegar, un espacio totalmente distinto, donde empezaban los escalones anunciados por Micòl.

Una vez que llegué al rellano, me detuve un momento.

Al infantil miedo a la oscuridad y lo desconocido que había sentido en el instante en que me había

separado de Micòl había ido sustituyendo en mí, a medida que me internaba en el intestino subterráneo, una sensación no menos infantil de alivio: como si, al haberme sustraído a tiempo a la compañía de Micòl, hubiera escapado a un gran peligro, al peligro mayor a que un muchacho de mi edad («Un muchacho de tu edad», era una de las expresiones favoritas de mi padre) podía exponerse. Pues sí —pensaba—: Esa noche, al volver a casa, tal vez me pegara mi padre. Pero ahora ya podía afrontar sus golpes tranquilo. Una asignatura para septiembre: tenía razón Micòl al reírse. ¿Qué era una asignatura para septiembre en comparación con lo demás —y temblaba— que allí abajo, en la oscuridad, habría podido suceder entre nosotros? Tal vez habría encontrado valor para darle un beso, a Micòl: un beso en los labios. Pero ¿y después? ¿Qué habría sucedido después? En las películas que había visto y en las novelas, ¡los besos siempre eran largos y apasionados! En realidad, en comparación con el *resto*, los besos no representaban sino un instante en el fondo insignificante, si, después de que los labios se habían unido y las bocas compenetrado una dentro de la otra, el hilo del relato no podía la mayoría de las veces reanudarse antes de la mañana siguiente o incluso antes de que hubieran transcurrido varios días. Si Micòl y yo hubiésemos llegado a besarnos de ese modo —y la

oscuridad lo habría favorecido, desde luego—, después del beso el tiempo habría seguido transcurriendo tranquilo, sin que ninguna intervención extraña y providencial pudiera ayudarnos a llegar hasta la mañana siguiente. ¿Qué habría debido hacer, en tal caso, para llenar los minutos y las horas? Oh, pero eso no había sucedido, por fortuna. Menos mal que me había salvado.

Comencé a descender los escalones. Algún rayo de luz llegaba de detrás —ahora me daba cuenta— filtrándose a través de la galería. Y un poco con la vista, un poco con el oído (bastaba con que chocara la bicicleta contra la pared o que el talón se me escurriera escalón abajo y al instante el eco aumentaba y multiplicaba el sonido, con lo que medía espacios y distancias), muy pronto me di cuenta de las enormes dimensiones del recinto. Debía de tratarse de una sala de unos cuarenta metros de diámetro, circular, con la bóveda de cúpula de otros tantos metros de altura por lo menos. Quién sabe, tal vez comunicara mediante un sistema de corredores secretos con otras salas subterráneas del mismo tipo, que se escondieran por decenas en el cuerpo de los bastiones. Nada más fácil.

El fondo de la sala era de tierra batida, liso, compacto, húmedo. Mientras seguía a tientas la curva

de la pared, tropecé con un ladrillo, pisé paja. Por fin, me senté y me quedé con una mano aferrada a la llanta de la bicicleta, que había apoyado en la pared, y un brazo en torno a las rodillas. Sólo rompía el silencio algún crujido, algún gañido: ratones, probablemente, murciélagos...

¿Y si hubiese sucedido? —pensaba—. ¿De verdad habría sido tan terrible, si hubiera sucedido?

Casi seguro que no habría vuelto a casa, ¡y en vano me habrían buscado mis padres y Otello Forti y Sergio Pisani y todos los demás, incluida la policía! Los primeros días se habrían apresurado a hacer batidas por todas partes. Hasta los periódicos habrían hablado del asunto, emitiendo las hipótesis de costumbre: rapto, desgracia, suicidio, expatriación clandestina, etcétera. Sin embargo, poco a poco, las aguas habrían ido calmándose. Mis padres se habrían resignado (en el fondo, quedaban Ernesto y Fanny), se habría abandonado la búsqueda. Y, al final, la que habría pagado el pato habría sido ella, esa estúpida beata de la señora Fabiani, a la que habrían sancionado y trasladado «a otro destino». ¿Adónde? A Sicilia o a Cerdeña, naturalmente. Y le habría estado bien empleado. Así habría aprendido, a su costa, a ser menos pérfida y asquerosa.

En cuanto a mí, en vista de que los demás se resignaban, me lo tomaría con calma también yo. Podía contar con Micòl, fuera: ella se ocuparía de suministrarme comida y todo lo que necesitaba. Y vendría a reunirse conmigo todos los días, bajando por el muro de su jardín, en verano y en invierno. Y todos los días nos besaríamos en la oscuridad: porque yo era su hombre y ella mi mujer.

Pero después, ¿no había que descartar para siempre la posibilidad de salir al exterior! Durante el día dormía, como es lógico, y sólo interrumpía el sueño cuando sentía el roce en mis labios de los de Micòl y luego volvía a dormirme con ella entre los brazos. De noche, sin embargo, podía perfectamente hacer largas salidas, sobre todo a partir de la una, las dos, cuando todos están durmiendo y por las calles de la ciudad no queda casi nadie. Extraño y terrible, pero, al fin y al cabo, divertido, pasar por Via Scandiana, volver a ver nuestra casa, la ventana de mi alcoba, que ahora habían convertido en sala de estar, divisar desde lejos, oculto en la sombra, a mi padre, que en ese preciso momento vuelve del Círculo de Comercio y no se le ocurre siquiera que estoy vivo y observándolo. En efecto, saca del bolsillo la llave, abre, entra y después vuelve a cerrar tranquilo —como si yo, su hijo mayor, nunca hubiera existido— el portal de un golpe.

¿Y mamá? ¿No podría intentar un día u otro hacer saber al menos a ella, por mediación de Micòl acaso, que no estaba muerto? ¿Y volver a verla, incluso, antes de que, cansado de mi vida subterránea, me marchara de Ferrara y desapareciese definitivamente? ¿Por qué no? ¡Claro que podía!

No sé cuánto tiempo me quedé. Tal vez diez minutos, tal vez menos. Recuerdo con precisión que, mientras volvía a subir las escaleras y atravesaba la galería (sin el peso de la bicicleta iba rápido, ahora), seguía pensando e imaginando. ¿Y mamá? —me preguntaba—. ¿Se olvidaría también ella de mí, como todos?

Al final me volví a ver en el exterior y Micòl ya no estaba esperándome donde la había dejado poco antes sino —como vi casi al instante protegiéndome los ojos con la mano de la luz del sol— allá abajo otra vez, sentada a horcajadas en el muro del Barchetto del Duca.

Estaba discutiendo y parlamentando con alguien al otro lado del muro: el cochero Perotti, probablemente, o incluso el profesor Ermanno en persona. Estaba claro: al ver la escalera apoyada en el muro, habían advertido enseguida su breve evasión. Ahora la invitaban a bajar. Y ella no se decidía a obedecer.

En determinado momento se volvió y me divisó en la cima del terraplén. Entonces hinchó las mejillas como diciendo:

—¡Uff! ¡Por fin!

Y su última mirada, antes de desaparecer al otro lado del muro (una mirada acompañada de un guiño sonriente, justo como cuando, en el templo, me espiaba desde debajo del *taled* de su padre), había sido para mí.



## Segunda parte

La vez que conseguí pasar de verdad al otro lado del muro del Barchetto del Duca, y adentrarme entre los árboles y los claros del gran bosque privado hasta llegar a la *magna domus* y el campo de tenis, fue unos diez años después.

Estábamos en 1938, a unos dos meses de la promulgación de las leyes raciales. Recuerdo bien. Una tarde hacia finales de octubre, pocos minutos después de habernos levantado de la mesa, había recibido una llamada telefónica de Alberto Finzi-Contini. ¿Era cierto o no —me había preguntado al instante, sin apenas preámbulos (téngase en cuenta que no habíamos tenido ocasión de cambiar una sola palabra desde hacía más de cinco años)— que yo y «todos los demás» habíamos sido expulsados en bloque del club con cartas firmadas por el vicepresidente y secretario del Círculo de Tenis *Eleonora d'Este*, marqués Barbicinti: que nos habían puesto «de patitas en la calle», vamos?

Lo negué rotundamente: no era cierto, no había recibido ninguna carta de esa clase; al menos, yo no.

Pero él, de inmediato, como si considerara mi desmentido sin valor o como si ni siquiera hubiese escuchado, me propuso, sin más ni más, ir a jugar a su casa. Si me contentaba con un campo de tierra batida blanca —continuó—, con pocos *outs*, y sobre todo si me «dignaba echar un partidito», pues seguro que yo jugaba mucho mejor, con Micòl y con él, ellos, los dos, se alegrarían mucho y se sentirían muy «honrados». Y cualquier tarde les iría bien, si me interesaba —había añadido—. Hoy, mañana, pasado mañana: podía ir cuando quisiera, acompañado de quien me pareciese, y también el sábado, por supuesto. Aparte de que él se iba a quedar en Ferrara otro mesecito por lo menos, ya que los cursos del Instituto Politécnico de Milán no comenzarían antes del 20 de noviembre (Micòl se lo tomaba siempre con calma y ese año, con el cuento de que era alumna libre y no necesitaba ponerse a mendigar firmas, a saber si pondría los pies una sola vez en Ca' Foscari), ¿es que no veía los espléndidos días que estaban haciendo? Mientras el tiempo lo permitiera, habría sido un auténtico crimen no aprovecharlo.

Pronunció estas últimas palabras con menor convicción. Parecía como si de repente se le hubiera ocurrido una idea poco alegre o como si una sensación de hastío, tan repentina como inmotivada, le hiciera desear que yo no fuese, que no tuviera en cuenta su

invitación.

Le di las gracias, sin prometer nada preciso. ¿Por qué aquella llamada? —me preguntaba, no sin estupor, al colgar—. En el fondo, desde que su hermana y él se habían ido a estudiar fuera de Ferrara (Alberto en 1933, Micòl en 1934: por los mismos años en que el profesor Ermanno había conseguido que la Comunidad le permitiera restaurar «para uso de la familia y de los posibles interesados» la antigua sinagoga española incorporada al edificio del templo de Via Mazzini, con lo que en adelante el banco de detrás del nuestro, en la sinagoga italiana, había permanecido vacío) no nos habíamos visto sino rarísimas veces y de soslayo y a distancia. Durante todo ese tiempo habíamos llegado a ser tan extraños mutuamente, en una palabra, que una mañana de 1935, en la estación de Bolonia (yo estaba ya en segundo de Letras e iba y venía en en tren, se puede decir, todos los días), al chocar violentamente en el andén junto a la vía primera con un muchacho alto, moreno, pálido, con un *plaid* bajo el brazo y un mozo cargado de maletas tras él, que se dirigía a grandes pasos hacia el rápido de Milán, a punto de partir, en el momento no había reconocido a Alberto Finzi-Contini. Tras llegar a la cola del tren, se había vuelto a meter prisa al mozo y después había desaparecido dentro del vagón. Esa vez —seguía yo pensando— ni siquiera

había sentido necesidad de saludarme. Cuando yo me había vuelto a protestar por el empujón, él me había dirigido una mirada distraída. Y ahora, en cambio, ¿por qué tanta cortesía?

—¿Quién era? —preguntó mi padre, en cuanto volví a entrar en el comedor.

Se había quedado solo en la habitación. Estaba sentado en un sillón junto al mueblecito de la radio, en la ansiosa espera habitual de las noticias de las dos.

—Alberto Finzi-Contini.

—¿Quién? ¿El muchacho? ¡Qué gran honor! ¿Y qué quiere?

Me escrutaba con sus ojos azules, asustados, que desde hacía mucho habían perdido la esperanza de imponerme nada, de conseguir adivinar lo que me pasaba por la cabeza. Bien lo sabía —me decía con los ojos— que sus preguntas me fastidiaban, que su continua pretensión de inmiscuirse en mi vida era indiscreta, injustificada. Pero, por Dios santo, ¿es que no era mi padre? ¿Y no veía yo cómo había envejecido, en aquel último año? A mi madre y a Fanny no era cosa de hacerles confidencias: eran mujeres. A Ernesto tampoco: demasiado *putín* (niño). ¿Con quién debía

hablar entonces? ¿Era posible que yo no comprendiese que me necesitaba precisamente a mí?

Le conté apretando los dientes de qué se trataba.

—¿Y vas a ir?

No me dio tiempo a responderle. Enseguida, con el calor con que lo veía animarse siempre que se le presentaba la oportunidad de arrastrarme a una conversación cualquiera —y si era de tema político, mejor—, ya se había lanzado de cabeza a «recapitular la situación».

Por desgracia, era *cierto* —había empezado incansable—: El 22 de septiembre pasado, después del primer anuncio oficial del 9, todos los periódicos habían publicado la circular complementaria del secretario del Partido que hablaba de varias «medidas prácticas» de cuya aplicación inmediata debían encargarse las federaciones provinciales respecto de nosotros. En el futuro, «además de seguir en vigor la prohibición de matrimonios mixtos, la exclusión de todos los jóvenes con pertenencia reconocida a la raza judía de todas las escuelas estatales de cualquier orden y grado», así como su dispensa de la obligación, «profundamente honrosa», del servicio militar, nosotros, «los judíos», no íbamos a poder insertar esquelas en los diarios, figurar

en la guía de teléfonos, tener servicio doméstico de raza aria, frecuentar «círculos recreativos» de ningún género. Y, sin embargo y a pesar de ello...

—¿No irás a repetirme la historia de siempre? —lo interrumpí en ese punto, al tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Qué historia?

—La de que Mussolini es mejor que Hitler.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo él—. Pero debes reconocerlo. Hitler es un loco sanguinario, mientras que Mussolini será lo que sea, maquiavélico y chaquetero como nadie, pero...

Volví a interrumpirlo. ¿Estaba o no de acuerdo —pregunté, al tiempo que lo miraba a la cara— con la tesis del ensayo de León Trotski que le había «pasado» unos días antes?

Me refería a un artículo publicado en un número atrasado de la *Nouvelle Revue Française*, revista de la que guardaba con amor varios años completos en mi habitación. Había sucedido lo siguiente: no recuerdo por qué motivo, había tratado a mi padre con descortesía. Él se había ofendido, se había puesto de morros, con que yo, deseoso de restablecer relaciones

normales, en determinado momento no había encontrado cosa mejor que hacerlo partícipe de la más reciente de mis lecturas. Halagado por ese gesto de estima, mi padre no se había hecho de rogar, había leído, mejor dicho, devorado, el artículo enseguida, subrayando con lápiz muchas líneas y cubriendo los márgenes de las páginas con apretadas notas. En sustancia, y me lo había declarado explícitamente, el escrito de «ese buenapieza del antiguo amigote de Lenin» había sido también para él una auténtica revelación.

—Pero ¡claro que estoy de acuerdo! —exclamó, contento de verme dispuesto a iniciar una discusión y, al tiempo, desconcertado—. No hay duda, Trotski es un polemista magnífico. ¡Qué vivacidad, qué lenguaje! Capaz de haber redactado el artículo directamente en francés. Sí —y sonrió con orgullo—, los judíos rusos y polacos serán poco simpáticos acaso, pero siempre han tenido auténtico genio para las lenguas. Lo llevan en la sangre.

—Déjate de lenguas y ocupémonos de las ideas —lo interrumpí, con un asomo de acritud profesoral de la que al instante me arrepentí.

El artículo hablaba claro —proseguí en tono más sosegado—. En la fase de expansión imperialista, el



capitalismo no puede por menos de mostrarse intolerante con todas las minorías nacionales y con los judíos en particular, que son la minoría por antonomasia. Ahora bien, a la luz de esa teoría general (el ensayo de Trotski era de 1931, convenía no olvidarlo, es decir, el año en que había comenzado el auténtico ascenso de Hitler), ¿qué importaba que Mussolini como persona fuese mejor que Hitler? Y, además, ¿es que de verdad era mejor, Mussolini, incluso como persona?

—De acuerdo, de acuerdo... —seguía repitiendo sumiso mi padre, mientras yo hablaba.

Tenía los párpados bajados, el rostro contraído en una mueca de resignación dolorosa. Por último, cuando estuvo seguro de que yo no tenía nada más que añadir, me puso la mano sobre una rodilla.

De acuerdo —repitió una vez más, al tiempo que volvía a abrir los párpados despacio—. No obstante, tenía que permitirle decírmelo: en su opinión, yo lo veía todo demasiado negro, era demasiado catastrofista.

==¿Por qué no reconocía que, después del comunicado del 9 de septiembre e incluso después de la circular complementaria del 22, las cosas, al menos en Ferrara, habían seguido casi como antes? Sí, sí, desde luego —reconoció, sonriendo con melancolía—:

Durante aquel mes, entre los setecientos cincuenta miembros de la Comunidad no había habido fallecimientos de importancia como para que valiera la pena comunicarlos en el *Padano* (si no andaba equivocado, sólo habían muerto dos viejecitas del asilo de Via Vittoria: una Saralvo y una Rietti, y esta última ni siquiera era ferraresa, sino que procedía de un pueblo de la provincia de Mantua: Sabbioneta, Viadana, Pomponesco o algo semejante). Pero debíamos ser justos: no habían retirado la guía de teléfonos para sustituirla por una reimpresión expurgada; no había habido aún *havertà*, doncella, cocinera, niñera o vieja aya al servicio de alguna de nuestras familias que, al descubrirse de improviso una «conciencia racial», hubiese pensado de verdad en liar los bártulos; en el Círculo Mercantil, cuya vicepresidencia ocupaba, desde hacía más de diez años, el abogado Lattes —Círculo que él mismo, como debía de saber yo, continuaba frecuentando casi todos los días, sin que nadie lo molestara—, no habían exigido hasta la fecha dimisión alguna. Y a Bruno Lattes, el hijo de Leone Lattes, ¿lo habían expulsado acaso del *Eleonora d'Este*? Yo, sin la menor consideración para mi hermano Ernesto, que seguía mirándome, pobrecito, con la boca abierta, imitándome como si fuera Dios sabe qué gran *jajam* (sabio), había dejado de ir al tenis y hacía mal, debía

permitirle decírmelo, hacía muy mal encerrándome, segregándome, sin ver a nadie, para después, con la excusa de la Universidad y del abono ferroviario, largarme de continuo a Bolonia (ni siquiera con Nino Bottecchiari, Sergio Pavani y Otello Forti, hasta el año pasado amigos míos, inseparables, quería estar ya, en Ferrara, ¡y eso que ellos, ora uno ora el otro, no dejaban pasar mes, se podía decir, sin telefonearme, los pobres!). Debía, en cambio, fijarme, por favor, en Lattes hijo. A juzgar por lo que decía el *Padano*, no sólo había podido participar con regularidad en el torneo social, sino que, además, en el de dobles mixto, emparejado con esa muchacha tan guapa, Adriana Trentini, la hija del ingeniero jefe de la provincia, estaba quedando muy bien: habían pasado tres eliminatorias y ahora se preparaban para jugar la seminifal. Ah, no: del bueno de Barbicinti podía decirse cualquier cosa, a saber, que se ocupaba demasiado de sus modestos cuarteles de nobleza y demasiado poco de la gramática de los artículos de propaganda del tenis que el Federal le mandaba escribir de vez en cuando para el *Padano*. Pero que era un hombre de bien, nada hostil a los judíos, fascista bastante moderado —y, al decir «fascista bastante moderado», la voz de mi padre tuvo un temblor, un leve temblor de timidez—, no había que ponerlo en duda ni discutirlo.

En cuanto a la invitación de Alberto, y al comportamiento de los Finzi-Cotini en general, ¿a qué venía ahora, de buenas a primeras, toda esa agitación, toda esa necesidad casi espasmódica de contactos?

Ya había sido bastante curioso lo que había sucedido la semana pasada en el templo, por *Roshashaná* (yo no había querido ir, como de costumbre, y una vez más había hecho mal). Sí, ya había sido bastante curioso ver, en el momento culminante de la ceremonia y con casi todos los bancos ya ocupados, a Ermanno Finzi-Contini, a su esposa e incluso a su suegra, seguidos de los dos hijos y los inevitables tíos Herrera de Venecia —la tribu entera, en una palabra, sin distinción entre hombres y mujeres—, presentarse de nuevo con toda solemnidad en la sinagoga italiana, tras sus buenos cinco años de aislamiento desdeñoso en la española, y con unas caras, además, satisfechas y afables, exactamente como si con su presencia pretendieran premiar y *perdonar* no sólo a los presentes, sino también a la Comunidad entera. Eso, no obstante, no había bastado, evidentemente. Ahora llegaban al colmo de invitar a gente a su casa: al Barchetto del Duca, nada menos, donde ningún conciudadano ni forastero había puesto los pies desde la época de Josette Artom, salvo en ocasiones de extrema emergencia. ¿Y quería saberlo yo, por qué? Pues ¡porque se alegraban de lo

que estaba pasando! Porque a ellos, con lo *halti* que habían sido siempre (contrarios al fascismo, de acuerdo, pero sobre todo *halti*), ¡*las leyes raciales les daban placer en el fondo!* ¡Y si al menos hubieran sido buenos sionistas! Si —ya que se habían encontrado siempre tan a disgusto, tan de prestado, en Italia y en Ferrara— al menos hubiesen aprovechado la situación para trasladarse de una vez por todas a *Erez*! Pero no. Aparte de dar de vez en cuando un poco de dinero para *Erez* (nada extraordinario, en cualquier caso), nunca habían querido hacer nada más. Ellos las sumas de verdad siempre habían preferido gastarlas en aristocráticas futilidades: como cuando, en 1933, para encontrar un *hejal* y un *parojet*<sup>[10]</sup> dignos de figurar en su sinagoga personal (¡auténticos muebles sefarditas, qué caramba, pero no portugueses, ni catalanes, ni provenzales, sino españoles, y de las medidas adecuadas!), se habían desplazado en coche, con un camión detrás, hasta Cherasco, en la provincia de Cuneo, un pueblo que hasta 1910 o un poco después había sido sede de una pequeña Comunidad ya extinta y donde sólo el cementerio había seguido abierto, porque algunas familias de Turín originarias del lugar —Debenedetti, Momigliano, Terracini, etcétera— continuaban enterrando en él a sus muertos. También, en sus tiempos, Josette Artom, la abuela de Alberto y Micòl,

importaba sin cesar palmas y eucaliptos del Jardín Botánico de Roma, el que está al pie del Gianicolo, y por eso, pero también por razones de prestigio, no hace falta decirlo, había obligado a su marido, aquel pobre Menotti, a hacer ensanchar por lo menos el doble el gran portalón de la casa que daba a Corso Ercole I d'Este a fin de que los carros pasaran con toda comodidad. La verdad es que a fuerza de hacer colecciones —de cosas, de plantas, de todo— se acaba poco a poco queriendo hacerlas también de personas. Ahora, que, si ellos, los Finzi-Contini, añoraban el gueto (soñaban, estaba claro, con ver encerrados en el gueto a todos y acaso estuvieran dispuestos, con vistas a ese hermoso ideal, a parcelar el Barchetto del Duca para convertirlo en una especie de *kibbutz* sometido a su alto patronazgo), eran muy dueños, que lo hicieran. Él, en cualquier caso, siempre preferiría Palestina, Alaska, Tierra del Fuego o Madagascar...

Era un martes. No sabría decir cómo fue que al cabo de pocos días, el sábado de aquella misma semana, me decidí a hacer lo contrario de lo que mi padre deseaba. No creo que se debiera al mecanismo habitual de contradicción y desobediencia típico de los hijos. Lo que me animó, de repente, a sacar la raqueta y la ropa de tenis, que descansaba en un cajón desde hacía más de un año, tal vez fuese simplemente el día luminoso, el

aire ligero y suave de una primera tarde otoñal extraordinariamente soleada.

Pero entretanto habían sucedido varias cosas.

Ante todo, dos días después, me parece, de la llamada de Alberto, el jueves, por tanto, me había llegado, en efecto, la carta que «aceptaba» mi dimisión de socio del Círculo de Tenis *Eleonora d'Este*. La carta, certificada y urgente, escrita a máquina, pero con la firma y todo, al pie, del marqués Barbicinti, no se detenía en consideraciones personales ni particulares. En pocas líneas muy secas, torpe remedo del estilo burocrático, iba derecha al grano, al declarar sencillamente «inatmisible» (*sic*) toda futura presencia de mi distinguida persona. (¿Podía el marqués de Barbicinti dejar de sazonar su prosa con alguna falta de ortografía? Al parecer, no. Pero aquella vez me había resultado un poco más difícil que las anteriores observarlo y reírme.)

En segundo lugar, había recibido el día siguiente una nueva llamada por teléfono procedente de la *magna domus* y no de Alberto, esa vez, sino de Micòl.

El resultado había sido una larga o, mejor dicho, larguísima conversación, cuyo tono se había mantenido, gracias sobre todo a Micòl, en el nivel de una charla

normal, irónica y vaga, de dos estudiantes universitarios maduros entre los cuales puede que, de niños, hubiera algo de cariño, pero que ahora, tras diez años más o menos, no tienen otra intención que la de hacer un reencuentro discreto.

—¿Cuánto hará que no nos vemos?

—Cinco años, por lo menos.

—Y ahora, ¿cómo eres?

—Fea. Una solterona con la nariz roja. ¿Y tú? A propósito: leí, leí...

—¿Qué?

—Sí, hombre, hará dos años, en el *Padano*, en la tercera página, me parece, que participaste en los *Littoriali*<sup>[11]</sup> de la Cultura y del Arte en Venecia... Nos lucimos, ¿eh? ¡Te felicito! Claro, que tú siempre fuiste muy bueno en italiano, desde los tiempos del Guarini. Meldolesi estaba de verdad *encantado* con algunas redacciones tuyas. Creo incluso que nos trajo algunas para que las leyésemos.

—No es para tomarlo a risa. Y tú, ¿qué haces?

—Nada. El pasado junio debería haberme doctorado en inglés en Ca' Foscari. Pero ¡qué va!



Esperemos que lo consiga este año, si la pereza lo permite. ¿Crees que dejarán acabar *igual* a los libres?

—Comprendo que te voy a dar un disgusto, pero no me cabe la menor duda. ¿Has elegido ya tema para la tesis?

—Elegirlo, lo he elegido: Emily Dickinson, ya sabes, esa poetisa americana del siglo XIX, esa especie de *mujer terrible*... Pero ¿cómo la voy a hacer? Tendría que estar dando la lata continuamente al profesor, pasar en Venecia quincenas enteras, cuando, en realidad, a mí la Perla de la Laguna, al cabo de poco... En todos estos años, sólo me he quedado el mínimo necesario. Además, francamente, estudiar no ha sido nunca mi fuerte.

—Mentirosa. Mentirosa y snob.

—Que no, *te lo juro*. Y este otoño me siento aún menos capaz de ponerme a la tarea como una buena estudiante. Mira, chico, ¿sabes lo que me gustaría hacer, en lugar de sepultarme en una biblioteca?

—No, dime.

—Jugar al tenis, bailar y coquetear, ¡tú fíjate!

—Diversiones honestas, incluidos el tenis y el baile, a las que, si quisieras, podrías dedicarte perfectamente

en Venecia también.

—Sí, sí. ¡Con el aya del tío Giulio y del tío Federico siempre detrás de mí!

—En fin, al tenis no me dirás que no ibas a poder jugar. Yo, por ejemplo, en cuanto puedo cojo el tren y salgo pitando para Bolonia a...

—A pelar la pava, anda, confiésalo: con tu novia.

—No, no. Tengo que doctorarme también yo el año próximo, aún no sé si en historia del arte o en italiano (pero ahora creo que en italiano...), y, cuando me apetece, me concedo una hora de tenis. Alquilo una pista excelente en Via del Cestello o en el Littoriale y nadie puede decir nada. ¿Por qué no haces tú lo mismo, en Venecia?

—La cuestión es que para jugar al tenis y bailar hay que tener *partner* y yo en Venecia no conozco a nadie que valga la pena. Y, además, te digo: Venecia será bellísima, no lo discuto, pero a mí no me va. Me siento provisional, desarraigada... un poco como en el extranjero.

—¿Vas a dormir a casa de tus tíos?

—Claro que sí: a dormir y a comer.

—Comprendo. De todos modos, te agradezco que no vinieras a los *Littoriali* que se celebraron, hace dos años, en Ca' Foscari. Sinceramente. La considero la página más negra de mi vida.

—Pero ¿por qué? Al fin y al cabo... Te diré incluso que en determinado momento, al saber que te presentabas, acaricié la idea de acudir a hacer un poco de *claque* por... el honor del pabellón. Pero, oye, una cosa: ¿recuerdas aquella vez en Mura degli Angeli, aquí fuera, el año que te suspendieron en matemáticas? Debías de haber llorado como un ternero, *pobrecito*, ¡tenías unos ojos! Yo quería consolarte. Se me había ocurrido incluso hacerte saltar el muro, entrar en el jardín. ¿Y por qué razón no entraste, después? Sé que no entraste, pero no recuerdo por qué.

—Porque alguien nos sorprendió en lo mejor.

—Ah, sí, Perotti, el *maldito* Perotti, el jardinero.

—¿Jardinero? Pensaba que era el cochero.

—El jardinero, el cochero, el *chauffeur*, el portero, todo.

—¿Aún vive?

—¡Ya lo creo!

—¿Y el perro, el perro de verdad, el que ladraba?

—¿Quién? ¿Jor?

—Sí, el danés.

—También él está vivito y coleando.

Había repetido la invitación de su hermano («No sé si te habrá telefoneado Alberto, pero ¿por qué no vienes a casa a echar un partido?»), pero sin insistir y sin referirse en ningún momento, al contrario que él, a la carta del marqués Barbicinti. No se refirió sino al puro placer de volver a vernos después de tanto tiempo y de gozar juntos, pese a todas las prohibiciones, de toda la belleza que aún podía ofrecer la estación.

No había sido yo el único invitado.

Cuando aparecí, aquel sábado por la tarde, al final de Corso Ercole I (procedía de la cercana Piazza della Certosa, tras evitar la Giovecca y el centro), advertí de inmediato que ante el portalón de la casa de los Finzi-Contini había un grupo de tenistas parados a la sombra. Eran cinco, también ellos en bicicleta: cuatro chicos y una chica. Los labios se me torcieron en una mueca de contrariedad. ¿Quiénes eran? Salvo uno al que no conocía ni siquiera de vista, un tipo mayor, de unos veinticinco años, con pipa entre los dientes, pantalones largos de lino blanco y chaqueta de fustán marrón, los demás, todos con jerséis de colores y pantalones cortos, parecían enteramente frequentadores habituales del *Eleonora d'Este*. Habían llegado hacía un momento y esperaban a poder entrar. Pero, como el portalón tardaba en abrirse, de vez en cuando, en señal de alegre protesta, cesaban de hablar en voz alta y de reír para ponerse a tocar rítmicamente los timbres de las bicicletas.

Estuve tentado de dar media vuelta. Demasiado tarde. Habían dejado de tocar los timbres y me miraban con curiosidad. Además, uno, en el que, al acercarme, reconocí de repente a Bruno Lattes, hacía señas incluso blandiendo la raqueta en lo alto de su largo y delgadísimo brazo. Era para que lo reconociese (nunca habíamos sido grandes amigos: era dos años más joven que yo y ni siquiera en Bolonia, en Letras, nos habíamos encontrado con frecuencia) y también para exhortarme a que me acercara.

Ahora estaba yo parado, justo enfrente de Bruno, con la mano izquierda apoyada en la lisa madera de encina del portalón.

—Buenos días —dije y sonreí con malicia—. ¿A qué se debe hoy tanta concurrencia por aquí? ¿Ha acabado acaso el torneo social? ¿O es que me encuentro ante un pelotón de eliminados?

Había hablado con voz y palabras cuidadosamente estudiadas. Entretanto, los observaba uno a uno. Miraba a Adriana Trentini: sus hermosos cabellos rubios, sus piernas largas y ahusadas, magníficas sin duda, pero de piel demasiado blanca, salpicada de extrañas manchas rojas, que siempre le aparecían cuando estaba acalorada; miraba al joven taciturno con pantalón de lino y chaqueta marrón (seguro que no era

ferrarés, me decía); miraba a los otros dos muchachos, mucho más jóvenes que este último y que la propia Adriana, aún estudiantes de bachillerato los dos, tal vez, o del instituto técnico, y precisamente por eso, por haber «crecido» durante el último año, durante el cual yo me había ido apartando poco a poco de todos los ambientes de la ciudad, para mí semidesconocidos, y, por último, a Bruno, ahí delante, cada vez más alto y flaco, cada vez más parecido, por ser de tez tan oscura, a un joven negro vibrante y aprensivo y presa también aquel día de tal agitación nerviosa, que conseguía transmitírmela a través del ligero contacto de las gomas anteriores de nuestras dos bicicletas.

Intercambiamos, rápida, la inevitable mirada de connivencia judaica, que, entre anhelante y disgustado, ya preveía yo. Después añadí, sin dejar de mirarlos:

—Espero que, antes de atreveros a venir a jugar en un sitio distinto del habitual, hayáis pedido permiso al señor Barbicinti.

El desconocido forastero, bien porque estuviera asombrado ante mi sarcástico tono bien porque se sintiese a disgusto, hizo un pequeño movimiento a mi lado. En vez de moderarme, eso me excitó aún más.

—Sed buenos chicos y tranquilizadme —insistí—.

¿Se trata de una escapada consentida o de una evasión?

—Pero ¡cómo! —prorrumpió Adriana con su torpeza habitual: inocente, desde luego, pero no por ello menos ofensiva—. ¿No sabes lo que sucedió el miércoles pasado, durante la final del torneo de parejas mixtas? No digas que no estabas, anda, ¡y abandona tus eternos aires de Vittorio Alfieri! Mientras jugábamos, te vi entre el público. Te vi perfectamente.

—Pues no estaba —repliqué con sequedad—. Hace por lo menos un año que no voy por allí.

—¿Y por qué?

—Porque estaba seguro de que un día u otro me echarían igual. En efecto, no me equivocaba. Aquí tienes la carta de expulsión.

Saqué del bolsillo de la chaqueta el sobre.

—Supongo que tú también la habrás recibido —añadí dirigiéndome a Bruno.

Sólo entonces pareció recordar Adriana. Torció los labios. Pero la perspectiva de poder comunicarme un acontecimiento importante, ignorado por mí, evidentemente pudo más en ella que cualquier otro pensamiento.



Alzó una mano.

—Habrás que explicarle —dijo.

Resopló, alzó los ojos al cielo.

Había sucedido una cosa muy antipática —comenzó después a contar en tono de maestra, mientras uno de los muchachos más jóvenes volvía a apretar el pequeño y agudo botón de cuerno negro del timbre de la entrada—. De acuerdo, yo no lo sabía, pero, en el torneo social de clausura, iniciado precisamente a mediados de la semana anterior, Bruno y ella habían llegado a la final ni más ni menos: resultado, ése, al que nunca, pero es que nunca, habrías soñado con poder aspirar. En fin. El encuentro decisivo aún no había concluido e incluso las cosas habían empezado a adquirir el cariz más extraño (era como para desorbitar los ojos, palabra de honor: Desirée Baggioli y Claudio Montemezzo, dos ases, puestos en un aprieto por una pareja que no se había clasificado, hasta el punto de perder el primer *set* por diez a ocho y encontrarse en mala posición también en el segundo), cuando de pronto, por decisión exclusiva e imprevisible del marqués de Barbicinti, juez-árbitro del torneo como siempre y una vez más en actitud de ordeno y mando, en una palabra, el partido había tenido que interrumpirse de repente. Eran las seis, ya se veía

bastante poco, de acuerdo. Pero no tan mal como para no poder continuar con otros dos *games*. ¿Cómo se puede hacer una cosa así, Dios santo? Con un tanteo de cuatro a dos en el segundo *set* de un partido importante, no hay derecho, mientras no se demuestre lo contrario, a ponerse a gritar «¡alto!», entrar en la pista con los brazos alzados y declarar suspendido el partido por «haberse hecho de noche» y aplazar la continuación y conclusión hasta la tarde del día siguiente. Además, no iba con buena fe, el señor marqués, ¡ni mucho menos! Que si ella no lo hubiera visto, ya hacia el final del primer *set*, hablando sin parar con un tipo tan siniestro como Gino Cariano, el secretario del GUF (se habían apartado un poco de la gente, junto al pabellón de los vestuarios), quien, tal vez para llamar menos la atención, daba la espalda al campo, a ella le habría bastado la cara que tenía el marqués en el momento de inclinarse a abrir la cancela de la entrada, tan pálida y descompuesta, que nunca se la había visto así, nunca («una cara de muerto de miedo, ¡en serio!»), para darse cuenta de que lo de la oscuridad era una simple excusa inane, «una trola». Por lo demás, ¿se podía poner en duda, acaso? Del *match* interrumpido no se había vuelto a hablar siquiera, ya que también Bruno había recibido, la mañana siguiente, una carta urgente e idéntica a la mía: «lo que se quería demostrar». Y ella, Adriana,

había quedado tan disgustada e indignada por toda aquella historia, que había jurado no volver a pisar el *Eleonora d'Este*: al menos por un tiempo. ¿Que tenían algo contra Bruno? Si era así, podían perfectamente prohibirle inscribirse en el torneo. Decirle sinceramente: «Como las cosas están de tal y cual modo, lo lamentamos, pero no podemos aceptar tu inscripción». Pero con el torneo comenzado, mejor dicho, casi acabado, y estando él, además, a punto de ganar uno de los partidos, no debían comportarse en modo alguno como lo habían hecho. Cuatro a dos. ¡Qué guarrada! ¡Trato semejante era propio de zulúes, pero no de personas bien educadas y civilizadas!

Adriana Trentini hablaba, cada vez más acalorada, y también Bruno intervenía para añadir algún detalle.

Según él, la culpa de que hubieran interrumpido el partido había sido de Cariani, del que, bastaba con conocerlo, se podía haber esperado otra cosa. Era más que evidente: un «chichirivainas» como él, con pecho de tísico y huesos de jilguero, cuyo único pensamiento, desde el momento en que había ingresado en el GUF, había sido el de hacer carrera, motivo por el que no desperdiciaba ocasión, en público o en privado, de lamer los pies al federal (¿no lo había visto yo nunca, en el Café de la Bolsa, las raras veces que conseguía

sentarse en el velador de los «viejos granujas de la *Bombamano*»? Se hinchaba, blasfemaba, lanzaba ostentosas palabrotas más gruesas que él, pero, en cuanto el cónsul Bolognesi o Sciagura o cualquier otro jerarca del grupo lo reprendían, metía al instante la cola entre las patas, capaz, acaso, con tal de hacerse perdonar y volver a caer en gracia, de los servicios más humildes, como correr al estanco a comprar la cajetilla de *Giubek* para el federal o telefonar a «casa de Sciagura» para anunciar la próxima vuelta a casa del gran hombre a su «esposa ex lavandera»...): ¡un «gusano de ese calibre» no habría dejado escapar, desde luego —se habría jugado el cuello Bruno—, la oportunidad de hacer méritos una vez más ante la Federación! El marqués Barbicinti era quien era: un señor distinguido, sin duda, pero bastante incapaz tocante a «autonomía de combustible» y cualquier cosa menos un héroe. Si lo mantenían de director del *Eleonora d'Este*, era por su buena presencia y por el nombre sobre todo, que a saber qué clase de señuelo se imaginaba aquella gente que era. Conque debía de haber sido cosa de coser y cantar para Cariani, infundir miedo al pobre Ene Hache. Acaso le hubiera dicho: «Y mañana, ¿qué? ¿Ha pensado, marqués, en que mañana por la tarde, cuando venga aquí el Federal, para el baile, y se encuentre con que tiene que premiar a un... Lattes

con copa de plata y saludo romano y todo? Yo, por mi parte, preveo un gran escándalo. Y broncas, montones de broncas. Yo que usted, no lo pensaría dos veces y, dado que empieza a oscurecer, interrumpiría el partido». Había bastado con eso, «como dos y dos son cuatro», para inducirlo a la grotesca y penosa irrupción.

Antes de que Adriana y Bruno hubieran acabado de ponerme al corriente de los acontecimientos (en cierto momento Adriana encontró incluso modo de presentarme al joven forastero: un tal Malnate, Giampiero Malnate, milanés, químico recién contratado de una de las nuevas fábricas de goma sintética de la zona industrial), se había abierto por fin el portalón. En el umbral había aparecido un hombre de unos sesenta años, grueso, robusto, con cabellos grises y muy cortos, de los que el sol de las dos y media, al prorrumpir a raudales a través de la abertura vertical a sus espaldas, arrancaba reflejos de nitidez metálica, y bigotes, igualmente cortos y grises bajo su carnosa y violácea nariz: un poco del estilo de Hitler —se me ocurrió—, nariz y bigote. Era precisamente él, el viejo Perotti, jardinero, cochero, *chauffeur*, portero, todo, como había dicho Micòl: no había cambiado nada en conjunto desde los tiempos de Guarini, cuando, sentado en el pescante, esperaba impasible a que el antro oscuro y amenazador que se había tragado a sus «señoritos»,

impávidos y con la sonrisa en los labios, se decidiera de una vez a devolverlos, no menos serenos y seguros de sí mismos, al coche todo cristales, barnices, niquelados, telas afelpadas, maderas exquisitas —semejante de verdad a un estuche precioso—, de cuya conservación y guía él era el único encargado. Los ojillos, por ejemplo, grises y penetrantes, centelleantes con la dura y campesina astucia véneta, reían afables bajo sus pobladas cejas casi negras: idénticos a los de otro tiempo. Pero ¿de qué ahora? ¿De que nos hubieran dejado allí, esperando diez minutos por lo menos? ¿O bien de sí mismo, que se había presentado con chaqueta de rayadillo y guantes de hilo blanco: flamantes, éstos, tal vez estrenados para aquella ocasión?

Conque habíamos entrado y nos habían recibido, más allá del portalón, cerrado de pronto con gran portazo por el diligente Perotti, los pesados ladridos de Jor, el danés blanco y negro. Bajaba por la avenida de entrada el perrazo, hasta nosotros, trotando de mala gana y con aire nada amenazador. No obstante, Bruno y Adriana callaron de golpe.

—¿No morderá? —preguntó Adriana atemorizada.

—No se preocupe, señorita —respondió Perotti—. Con los tres o cuatro dientes que le quedan, ¿qué quiere usted que muerda, ya? Polenta, si acaso...

Y mientras el decrepito Jor, tras detenerse en medio de la avenida con calma escultural, nos miraba fijamente con sus ojos helados y sin expresión, uno oscuro y el otro azul claro, Perotti empezó a excusarse. Sentía habernos hecho esperar —dijo—. Pero no era culpa suya, sino de la corriente eléctrica, que de vez en cuando faltaba (menos mal que la señorita Micòl, al darse cuenta, lo había mandado enseguida a ver si por casualidad habíamos llegado), y también de la distancia de más de medio kilómetro, por desgracia. Él en bicicleta no sabía montar. Pero cuando a la señorita Micòl se le metía una cosa en la cabeza...

Suspiró, alzó los ojos al cielo, sonrió, a saber por qué, una vez más, descubriendo entre sus sutiles labios una dentadura mucho más compacta y fuerte que la del danés, y, entretanto, nos indicaba con el brazo alzado la avenida que, al cabo de un centenar de metros, se internaba por una espesura de cañas de Indias. Aun cuando hubiera podido utilizar la bicicleta —advirtió—, tan sólo para llegar al «palacio» se tardaban tres o cuatro minutos.

Tuvimos de verdad mucha suerte, con el tiempo. Durante diez o doce días se mantuvo perfecto, inmóvil en esa especie de suspensión mágica, de inmovilidad dulcemente vítrea y luminosa, propia de algunos de nuestros otoños. En el jardín hacía calor: apenas menos que en verano. Quien lo deseara podía continuar con el tenis hasta las cinco y media y más tarde, sin miedo a que la humedad de la tarde, ya tan intensa hacia noviembre, dañase las cuerdas de las raquetas. A aquella hora, naturalmente, en la pista ya casi no se veía. Pero la luz que continuaba dorando allí abajo, al final, los declives herbosos de Mura degli Angeli, llenos, sobre todo los domingos, de una tranquila muchedumbre multicolor (muchachos que corrían tras el balón, niñeras sentadas haciendo punto junto a los cochecitos, soldados de paseo, parejas de enamorados en busca de lugares donde abrazarse), esa última luz invitaba a insistir, a dar a la pelota, aunque ya casi a ciegas. El día no había acabado, valía la pena jugar un poco más.

Volvíamos todas las tardes, al principio avisando



antes por teléfono, después sin avisar siquiera, y siempre los mismos, a excepción tan vez de Giampiero Malnate, que en 1933 había conocido a Alberto en Milán y, a diferencia de lo que había creído yo el primer día, al encontrarlo ante el portalón de la casa de los Finzi-Contini, no sólo no había visto nunca antes a los cuatro chicos que lo acompañaban, sino que, además, no había tenido relación alguna ni con el *Eleonora d'Este* ni con su vicepresidente y secretario, marqués Ippolito Barbicinti. Los días se presentaban demasiado bellos y, al tiempo, demasiado acechados por el invierno inminente. Perderse uno solo parecía en verdad un delito. Llegábamos, sin habernos dado cita, siempre hacia las dos, justo después de comer. Al principio, volvía a suceder muchas veces que nos encontrásemos todos en grupo ante el portalón, en espera de que Perotti viniese a abrir. Pero, gracias a la instalación, una semana después más o menos, de un interfono y una cerradura con mando a distancia, con lo que la entrada al jardín ya no representaba un problema, con frecuencia aparecíamos de improviso y en pequeños grupos, según íbamos llegando.

Por lo que a mí respecta, no falté ni una sola tarde, ni siquiera para hacer una de mis habituales escapadas a Bolonia. Y tampoco los otros, si no recuerdo mal: ni Bruno Lattes, ni Adriana Trentini, ni Carletto Sani, ni

Tonino Collevatti, a quienes sucesivamente se sumaron, aparte de mi hermano Ernesto, otros tres o cuatro muchachos y muchachas. El único que, como he dicho, acudía con menor regularidad era «el» Giampiero Malnate (así empezó Micòl a llamarlo y pronto se generalizó ese uso). Tenía que respetar los horarios de la fábrica —explicó una vez—: No es que fueran muy severos, desde luego, ya que la empresa Montecatini, donde trabajaba, no había producido hasta entonces ni un kilo de goma sintética, pero no dejaban de ser horarios. Fuera como fuese, sus ausencias nunca duraban más de dos días seguidos. Y, además, era también el único, él, junto conmigo, que no daba muestras de excesivo interés por jugar al tenis (a decir verdad, jugaba bastante mal) y a veces, cuando aparecía en bicicleta hacia las cinco, tras salir del laboratorio, se contentaba con hacer de árbitro en un partido o sentarse aparte con Alberto a fumar la pipa y conversar.

Nuestros huéspedes eran más asiduos incluso que nosotros. Ya podíamos presentarnos cuando aún no habían sonado las dos en el lejano reloj de la plaza: por temprano que llegáramos, podíamos estar seguros de encontrarlos ya en la pista, y ni siquiera jugando entre ellos, ahora, como aquel sábado que habíamos aparecido en el claro de detrás de la casa en el que se encontraba la pista, sino dedicados a comprobar que

todo se encontraba en orden —la red en su sitio, el terreno bien allanado y regado, las pelotas en buenas condiciones— o, si no, sentados en dos tumbonas con grandes sombreros de paja a la cabeza, inmóviles tomando el sol. No podían haber sido mejores anfitriones. Si bien estaba claro que el tenis, entendido como puro ejercicio físico, como deporte, a ellos les interesaba sólo hasta cierto punto, se quedaban, no obstante, allí hasta después del último partido (uno u otro siempre, pero a veces los dos), sin despedirse nunca por adelantado con el pretexto de una obligación, cosas que hacer, una indisposición. Alguna tarde incluso eran ellos, en la oscuridad casi total, quienes insistían para que jugáramos «un partidito más, ¡el último!» e instaban a volver a la pista a quienes ya salían de ella.

Como habían declarado enseguida, sin siquiera bajar la voz, Carletto Sani y Tonino Collevatti, no se podía decir, desde luego, que la pista fuera gran cosa.

Como expertos de quince años que eran, demasiado jóvenes para haber frecuentado terrenos de juego distintos de los que llenaban de legítimo orgullo al marqués de Barbicinti, se habían puesto de inmediato a confeccionar la lista de los defectos de aquella especie de «campo de patatas» (así se había expresado uno de

ellos, al tiempo que torcía los labios en una mueca de desprecio). Es decir: casi nada de *outs*, sobre todo tras las líneas de fondo; terreno blando y, además, mal avenado, que por poco que lloviera se transformaría en un pantano; ningún seto de plantas de hoja perenne en contacto con las redes metálicas que rodeaban el recinto.

Ahora bien, en cuanto hubieron acabado su «desafío a muerte» (Micòl no había logrado impedir que su hermano la alcanzase a los cinco tantos y entonces habían dejado el juego), se habían apresurado a denunciar los mismos defectos sin sombra de reticencia, con una especie de extraño entusiasmo, incluso, los propios Alberto y Micòl, a porfía.

Pues sí —había dicho Micòl, mientras aún estaba pasándose una toalla de felpa por su sudado rostro—: Para gente como nosotros, «enviciada» con los rojos terrenos del *Eleonora d'Este*, ¡habría sido muy difícil sentirse a gusto en aquel polvoriento campo de patatas! ¿Y los *outs*? ¿Cómo íbamos a poder jugar con tan poco espacio, sobre todo a la espalda? ¡En qué abismos de decadencia nos veíamos precipitados, pobres de nosotros! Ahora bien, ella tenía la conciencia tranquila. Había repetido infinitas veces a su padre que había que decidirse a retirar todas las redes metálicas por lo

menos tres metros. Pero ¡sí, sí! Él, su padre, revelando siempre el típico modo de ver de los agricultores, a quienes la tierra, si no sirve para plantar algo, les parece desperdiciada (aludía, claro está, a que Alberto y ella habían jugado desde niños en un campo como ése, por lo que podían perfectamente seguir jugando también de mayores), nunca se había decidido. ¡Ay, señor, qué paciencia! Sin embargo, ahora era distinto. Ahora tenía huéspedes, «huéspedes ilustres». Razón por la cual iba a volver a la carga con energía, fastidiando y atormentando tanto a su «anciano progenitor», que para la primavera próxima, creía poder garantizarlo, Alberto y ella estarían en condiciones de ofrecernos «algo digno».

Hablaba más que nunca con su estilo habitual y sonreía con malicia. Y a nosotros no nos había quedado más remedio que protestar, asegurando en coro que, al contrario, todo, incluida la pista, estaba perfecto, y alabar, además, el verde marco del jardín, en comparación con el cual los demás jardines privados de la ciudad, incluido el del duque Massari (había sido Bruno Lattes quien lo había dicho: en el preciso momento en que Micòl y Alberto habían salido juntos de la pista, cogidos de la mano), quedaban reducidos a la categoría de atildados jardincillos burgueses.

Pero el campo de tenis no era «digno», en realidad, y además, al no haber más que uno, había que hacer turnos de descanso demasiado largos. Conque, todas las tardes, a las cuatro en punto —sobre todo con el fin, tal vez, de que los dos quinceañeros de nuestra heterogénea compañía no echaran demasiado de menos las horas mucho más intensas por el lado deportivo que habrían podido pasar bajo las alas del marqués Barbicinti—, aparecía Perotti sin falta, con su taurino cuello tenso y rojo por el esfuerzo de sostener en sus manos una gran bandeja de plata.

Estaba rebosante, la bandeja: de bocadillos con mantequilla y lechuga, salmón ahumado, caviar, *foie-gras*, jamón; de pequeños *vol-au-vents* rellenos de picadillo de pollo con bechamel; de minúsculos *buricchi* procedentes, desde luego, de la prestigiosa tienda kosher que la señora Betsabea, la célebre señora Betsabea (Da Fano), regentaba desde hacía decenios en Via Mazzini para delicia y placer de toda la ciudadanía. Y no acababa ahí la cosa. El bueno de Perotti debía aún colocar el contenido de la bandeja en la mesita de mimbre preparada a tal fin, ante la entrada lateral del campo, bajo una ancha sombrilla a rayas rojas y azules, hasta donde llegaba una de sus hijas, o Dirce o Gina, ambas de la misma edad que Micòl más o menos y al servicio ambas «de la casa», Dirce de doncella, Gina de

cocinera (los dos hijos, Titta y Bepi, el primero de unos treinta años, el segundo de dieciocho, se ocupaban, en cambio, del jardín en la doble condición de jardineros y hortelanos: y tan sólo habíamos conseguido divisarlos a veces a lo lejos, mientras trabajaban curvados y volvían rápidos hacia nosotros, que pasábamos en bicicleta, el brillo de sus azules e irónicos ojos). Ella, la hija, había bajado arrastrando, a su vez, por el sendero que conducía de la *magna domus* al campo de tenis, un carrito con ruedas de goma, cargado también de jarras, cafeteras, vasos y tazas. Y dentro de las cafeteras de porcelana y peltre, había té, leche, café; dentro de las aljofaradas jarras de cristal de Bohemia, limonada, zumo de frutas, *Skiwasser*: bebida para la sed, esta última, compuesta de agua y jarabe de frambuesa a partes iguales, con una rodaja de limón y algunos granos de uva, que Micòl prefería a cualquier otra y de la que se mostraba particularmente orgullosa.

¡Ah, el *Skiwasser*! En las pausas del juego, además de morder algún bocadillo, que siempre, no sin ostentación de anticonformismo religioso, escogía entre los de jamón, muchas veces Micòl se soplabá de un trago un vaso entero de su querido «brebaje», al tiempo que nos incitaba sin cesar a tomar nosotros también «en homenaje» —decía riendo— «al difunto Imperio austrohúngaro». La receta —había contado— se la

habían dado en la propia Austria, en Offgastein, en el invierno de 1934: el único invierno que Alberto y ella, «coaligados», habían conseguido ir allí por quince días solos, a esquiar. Y, si bien el *Skiwasser*, como lo indicaba su propio nombre, era una bebida invernal, razón por la que debería haberse servido hirviendo, también en Austria había, no obstante, quien en verano, para seguir bebiéndolo, lo tomaba así, en «versión» helada y sin rodaja de limón y en ese caso lo llamaban *Himbeerwasser*.

En cualquier caso, debíamos darnos cuenta —había añadido con cómico énfasis, alzando un dedo—: Había sido ella quien, por iniciativa propia, había introducido los granos de uva, «¡importantísimos!», en la receta clásica tirolesa. Había sido idea suya y estaba orgullosa de ello, no era para tomarlo a risa. Representaban, las uvas, la contribución particular de Italia a la santa y noble causa del *Skiwasser* o, para ser más exactos, su particular «variante italiana, por no decir ferraresa, por no decir... etcétera, etcétera».



Los demás miembros de la casa tardaron un tiempo en dejarse ver.

En ese sentido, incluso, el primer día había sucedido algo curioso, tal que, al recordarlo hacia la mitad de la semana siguiente, cuando ni el profesor Ermanno ni la señora Olga habían aparecido aún, me había inducido a sospechar en todos aquellos que Adriana Trentini llamaba, en bloque, el «*côté-viejos*», la decisión unánime de mantenerse alejados del tenis: tal vez por no estorbar, quién sabe, para no desnaturalizar con su presencia recepciones que en el fondo no eran tales, sino simples reuniones de muchachos en el jardín.

El hecho curioso había sucedido al comienzo, poco después de que nos hubiéramos separado de Perotti y de Jor, que se había quedado mirándonos mientras nos alejábamos en bicicleta a lo largo de la avenida de entrada. Tras haber cruzado el canal Panfilio, a través de un extraño puente macizo de vigas negras, nuestra panda ciclista había llegado a un centenar de metros de distancia de la solitaria mole neogótica de la *magna*

*domus* o, para ser más exactos, de la triste explanada, cubierta de grava y enteramente a la sombra, que se extendía ante ella, cuando la atención de todos se había visto atraída por dos personas situadas en el centro de la explanada: una señora anciana sentada en un sillón con una pila de cojines a la espalda y, de pie tras ella, una joven rubia y lozana, con aspecto de doncella. Apenas nos había divisado avanzando, la señora se había visto sacudida por una especie de sobresalto. Tras lo cual se había puesto al instante a hacer señas aparatosamente con los brazos para indicar que no, no debíamos seguir adelante, avanzar hasta la explanada donde ella se encontraba, pues allí, detrás, no había más que la casa, sino dirigirnos a la izquierda, por el sendero cubierto con una galería de rosales trepadores que nos indicaba, al final del cual (Micòl y Alberto estaban ya jugando: ¿no se oían desde donde estábamos los golpes regulares que daban a las raquetas, al enviarse la pelota?) encontraríamos automáticamente el campo de tenis. Era la señora Regina Herrera, la madre de la señora Olga. Yo la había reconocido al instante por la particular e intensa blancura de sus tupidos cabellos recogidos en un moño en la nuca, por mí siempre admirados, cuando, en el templo, de niño, tenía la oportunidad de divisarlos a través de la rejilla del *matroneo*. Agitaba brazos y manos con iracunda

energía, al tiempo que hacía señas a la muchacha, que era Dirce, para que la ayudara a ponerse en pie. Estaba cansada de estar allí, quería volver a la casa. Y la doncella había obedecido la orden con instantánea solicitud.

No obstante, una tarde, contra lo que era de esperar, fueron el profesor Ermanno y la señora Olga los que se presentaron. Parecían haber pasado por el tenis por pura casualidad, de vuelta de un largo paseo por el jardín. Iban del brazo. El profesor, más bajo que su esposa y mucho más curvado que diez años antes, en la época de nuestros coloquios susurrados de un banco a otro en la sinagoga italiana, llevaba uno de sus habituales trajes ligeros de tela clara, con panamá de cinta negra calado sobre los gruesos lentes de *pince-nez* y apoyándose para caminar en un bastón de bambú. La señora, vestida de luto, llevaba en los brazos un grueso manojo de crisantemos cogidos en cualquier rincón remoto del jardín durante el paseo. Los apretaba contra el pecho a través, rodeándolos con el brazo derecho en actitud tiernamente posesiva, casi maternal. Si bien se mantenía derecha y sacaba a su marido toda la cabeza, también ella aparecía muy aviejada. Los cabellos se le habían vuelto uniformemente grises: de un gris feo, tétrico. Bajo la frente huesuda y saliente, sus negríssimos ojos brillaban con el ardor fanático y sufrido de

siempre.

Aquellos de nosotros que estaban sentados bajo la sombrilla se levantaron, los que jugaban se interrumpieron.

—Sigan, sigan —dijo el profesor con su amable voz musical—. No se molesten, por favor. Sigan jugando.

No le obedecimos. Micòl y Alberto se apresuraron a presentarnos: sobre todo, Micòl. Además de decir nombres y apellidos, se detenía a ilustrar lo que de cada uno había de suscitar —suponía ella— el interés de su padre: estudios y ocupación en primer lugar. Había empezado conmigo y con Bruno Lattes, hablando ora de uno ora del otro en tono desapasionado, marcadamente objetivo: como para no inspirar a su padre en aquella circunstancia particular idea alguna de reconocimiento y preferencia. Éramos «los dos literatos de la panda», «tipos estupendos». Después pasó a Malnate. ¡Ahí tenía un hermoso ejemplo de devoción científica! —exclamó con énfasis irónico—. Sólo la química, por la que sentía una pasión evidentemente irresistible, había podido inducirlo a dejar atrás una metrópoli tan llena de recursos como Milán («*Milàn l'è ori grand Milàn!*») para venir a enterrarse en una «ciudad de mala muerte» como la nuestra.

—Trabaja en la zona industrial —explicó Alberto, sencillo y serio—. En una empresa de la Montecatini.

—Deberían producir goma sintética —rio burlona Micòl—, pero no parece que lo hayan conseguido hasta ahora.

El profesor Ermanno tosió. Apuntó un dedo hacia Malnate.

—Usted ha sido compañero de universidad de Alberto —inquirió con amabilidad—. ¿No es así?

—Hombre, en cierto sentido —respondió el otro, al tiempo que asentía con una señal de la cabeza—. Aparte de que íbamos a facultades diferentes, yo había empezado tres años antes. Pero igual nos hicimos muy buena compañía.

—Lo sé, lo sé. Mi hijo nos ha hablado mucho de usted. También nos ha contado que estuvo varias veces en su casa y que sus padres, en diversas ocasiones, lo colmaron de amables atenciones. ¿Quiere usted darles las gracias en nuestro nombre, cuando los vuelva a ver? Entretanto, nos alegramos mucho de tenerlo aquí, en nuestra casa. Y vuelva, eh... vuelva todas las veces que lo desee.

Se volvió hacia Micòl y le preguntó, indicando a

Adriana:

—Y esta señorita, ¿quién es? Si no me equivoco, debería ser una Zanardi...

La conversación continuó en este tono hasta el fin de las presentaciones, incluidas las de Carletto Sani y Tonino Collevatti, calificados por Micòl de «las dos esperanzas» del tenis ferrarés. Por último, el profesor Ermanno y la señora Olga, que había permanecido todo el tiempo junto a su marido sin decir palabra y limitándose a sonreír de vez en cuando con aspecto bonachón, se alejaron sin dejar de darse el brazo hacia la casa.

Si bien el profesor se había despedido con un «¡hasta la vista!» más que cordial, a nadie se le había ocurrido tener demasiado en cuenta su promesa.

Y, sin embargo, el domingo siguiente, mientras, en el campo, Adriana Trentini y Bruno Lattes, por un lado, y Desirée Baggioli y Claudio Montemezzo, por otro, estaban jugando con extraordinario empeño un partido cuyo éxito, según los declarados propósitos de Adriana, quien lo había propuesto y organizado, debía resarcir a Bruno y a ella, «al menos moralmente», de la mala pasada que les había jugado el marqués Barbicinti (pero esa vez las cosas no parecían ir por el mismo camino:

Adriana y Bruno estaban perdiendo, y con bastante diferencia): hacia el final del encuentro, aparecieron, mira por dónde, uno a uno por el sendero de los rosales trepadores el *côté*-viejos en pleno.

Formaban un pequeño cortejo. En cabeza, el profesor Ermanno y su esposa. Seguían, a poca distancia, los tíos Herrera de Venecia: el primero, con el pitillo entre sus gruesos labios prominentes y las manos cruzadas a la espalda, mirando a su alrededor con el aspecto un poco violento del ciudadano de la capital que se encuentra en el campo contra su voluntad; el segundo, unos metros más atrás, llevando del brazo a la señora Regina y caminando al paso, lentísimo, de su madre. Si el tisiólogo y el ingeniero estaban en Ferrara —me decía yo—, debía de ser para alguna solemnidad religiosa. Pero ¿cuál? Después de *Roshashaná*, que había caído en octubre, yo no recordaba qué otra fiesta había en otoño. ¿*Sucot*, tal vez? Era probable. A menos que el despido del ingeniero Federico, igualmente probable, de los Ferrocarriles del Estado hubiera sugerido la convocatoria de un consejo de familia extraordinario...

Se sentaron circunspectos, sin hacer apenas ruido. La única excepción, la señora Regina. En el momento en que la hacían arrellanarse en una tumbona, pronunció en voz alta, de sorda, dos o tres palabras en la jerga de

su casa (español). Se lamentaba de la «*mucha*» humedad del jardín a aquella hora. Pero a su lado estaba vigilante su hijo Federico, que, con voz no menos alta (si bien neutra: un tono de voz que también mi padre ponía siempre que en ambiente «mixto» pretendía comunicar con alguien de la familia y exclusivamente con él), se apresuró a hacerla callar.

Que estuviera «*callada*». Que estaba el «*musafir*».

Acerqué los labios al oído de Micòl.

—Eso de «*callada*» lo entiendo. Pero «*musafir*», ¿qué significa?

—Huésped —me respondió ella con una sonrisa—. Pero *goy*.

Y se rio, al tiempo que se tapaba, infantil, la boca, con una mano y guiñaba un ojo: estilo Micòl 1929.

Más adelante, al final del partido, y después de que las «nuevas adquisiciones», Desirée Baggioli y Claudio Montemezzo, fueran presentados, a su vez, me encontré aparte con el profesor Ermanno. En el jardín el día estaba extinguiéndose, como de costumbre, en sombra difusa, color leche. Me había alejado unas docenas de metros de la cancela de entrada. Con los ojos fijos en la lejana Mura degli Angeli, iluminada por



el sol, oía a mis espaldas la aguda voz de Micòl que dominaba todas las demás. A saber con quién se las había y por qué.

—*Era già l'ora che volge il disìo...*<sup>[12]</sup> —declamó una voz irónica y queda, cercanísima.

Me volví, asombrado. Era el profesor Ermanno, precisamente, que, muy contento de haberme hecho estremecer, sonreía bonachón. Me cogió con delicadeza de un brazo y después, muy despacio, manteniéndonos siempre bien alejados de la red metálica que delimitaba el recinto y deteniéndonos de vez en cuando, comenzamos a caminar en torno al campo de tenis. Dimos una vuelta casi completa, para después, al final, volver sobre nuestros pasos. Hacia adelante y hacia atrás. En la oscuridad que aumentaba por momentos, repetimos la maniobra varias veces. Entretanto, hablábamos: o, mejor dicho, hablaba sobre todo él, el profesor.

Comenzó preguntándome qué opinión me merecía el campo de tenis, si me parecía de verdad tan impresentable. A Micòl no le cabía duda: de hacerle caso, habría que renovarlo de arriba abajo, con criterios modernos. Él, en cambio, no acababa de decidirse. Tal vez, como de costumbre, su «querido terremoto» exagerara, tal vez no fuera indispensable tirar por los

aires todo, como creía ella.

—En cualquier caso —añadió—, dentro de unos días empezará a llover, es inútil hacerse ilusiones. Es mejor dejar cualquier posible iniciativa para el año próximo, ¿no te parece también a ti?

Dicho eso, pasó a preguntarme qué hacía, qué tenía intención de hacer en el futuro inmediato. Y cómo estaban mis padres.

Mientras me preguntaba por mi padre, noté dos cosas. Ante todo, que le costaba tutearme, hasta el punto de que, al cabo de poco, deteniéndome de improviso, me lo dijo explícitamente y yo me apresuré a pedirle con calor y sinceridad que me hiciera el favor de no hablarme de usted, que, si no, me ofendería. En segundo lugar, que el interés y el respeto que había en su voz y en su rostro, mientras se informaba sobre la salud de mi padre (sobre todo en sus ojos: los cristales de los lentes, al agrandarlos, acentuaban la gravedad y la afabilidad de su expresión), no parecían nada forzados, nada hipócritas. Me pidió que le diera recuerdos. Y su «aplausos», también: por los muchos árboles que se habían plantado en nuestro cementerio desde que él había empezado a cuidarlo. Más aún: ¿servirían pinos? ¿Cedros del Líbano? ¿Abetos? ¿Sauces llorones? Que se lo preguntase a mi padre, si por

casualidad servían (en la actualidad, con los medios de que disponía la agricultura moderna, trasplantar árboles de tallo grueso había llegado a ser cosa de nada), a él le encantaría poner a su disposición los que necesitara. Estupenda idea, ¡no se podía negar! Poblado con grandes y bellas plantas, también nuestro cementerio iba a estar, con el tiempo, en condiciones de rivalizar con el de San Nicolò del Lido, en Venecia.

—¿No lo conoces?

Respondí que no.

—Ah, ¡pues tienes, *tienes* que procurar visitarlo cuanto antes! —dijo con viva animación—. ¡Es monumento nacional! Además, tú que eres literato recordarás, seguro, cómo comienza la *Edmenegarda* de Giovanni Prati.

Me vi obligado a reconocer una vez más mi ignorancia.

—Bueno, pues —prosiguió el profesor Ermanno—, Prati comienza su *Edmenegarda* precisamente allí, en el cementerio israelita del Lido, considerado en el siglo XIX uno de los lugares más románticos de Italia. Pero cuidado: cuando vayas no olvides decir enseguida al guarda del cementerio (él es quien tiene la llave de la

cancela) que desees visitar el *antiguo*, fíjate bien, el cementerio antiguo, donde no entierran a nadie desde el siglo XVIII, y no el otro, el moderno, contiguo a él pero separado. Yo lo descubrí en 1905, imagínate. Aunque tenía casi el doble de edad que tú ahora, aún estaba soltero. Vivía en Venecia (estuve allí dos años) y, cuando no estaba en el Archivo del Estado, en Campo dei Frari, hojeando los manuscritos relativos a las diversas «naciones», como las llamaban, en que estaba dividida la Comunidad veneciana en los siglos XVI y XVII —la levantina, la ponentina, la alemana, la italiana—, estaba allá abajo, a veces también en invierno. Cierto es que casi nunca iba solo —y en ese momento sonrió— y que en cierto modo, al descifrar una a una las lápidas del cementerio, muchas de las cuales se remontan a comienzos del siglo XVI y están escritas en español y portugués, continuaba mi labor de archivo al aire libre. Ah, eran tardes deliciosas, aquéllas... Qué paz, qué serenidad... ¡con la cancelita, frente a la laguna, que se abría sólo para nosotros! Nos hicimos novios precisamente allí dentro, Olga y yo.

Guardó silencio por unos instantes. Aproveché para preguntarle cuál era el objeto preciso de sus investigaciones de archivo.

—Al principio, mi idea era escribir una historia de

los judíos de Venecia —respondió—, tema que me sugirió precisamente Olga y que Roth, el inglés Cecil Roth (judío), desarrolló una decena de años después con tanta brillantez. Después, como con frecuencia sucede a los historiadores demasiado... apasionados, ciertos documentos del siglo XVI con los que me tropecé por casualidad absorbieron mi interés y acabaron desviándome de mi camino. Ya te contaré, si vuelves... Una auténtica novela, desde cualquier punto de vista... En cualquier caso, en lugar del grueso tomo de historia a que aspiraba, al cabo de dos años sólo conseguí (aparte de una esposa, claro está) preparar dos opúsculos: uno, que aún considero útil, en que recogí todas las inscripciones del cementerio, y otro en que di noticia de esos documentos del siglo XVI de que te hablaba, pero exponiendo los hechos simplemente y sin aventurar interpretación alguna de ellos. ¿Te interesa verlos? ¿Sí? Un día de éstos me permitiré regalártelos. Pero, aparte de eso, no dejes de ir al cementerio israelita del Lido (¡el *antiguo*, repito!). Vale la pena, ya verás. Lo encontrarás tal como era hace treinta y cinco años: exactamente igual.

Volvimos despacio hacia el campo de tenis. No había quedado nadie mirando. Y, sin embargo, en las tinieblas casi completas, Micòl y Carletto Sani jugaban aún, Micòl se lamentaba: que si «Cochet» la hacía correr

demasiado, que si se mostraba muy poco «caballero», y de la oscuridad, también, «francamente excesiva».

—He sabido por Micòl que dudabas entre doctorarte en Historia del Arte o en Italiano —me decía, entretanto, el profesor Ermanno—. ¿Te has decidido ya?

Respondí que sí, que había optado por una tesis de italiano. Mi vacilación —expliqué— se había debido sobre todo a que hasta pocos días antes había esperado poder doctorarme con el profesor Longhi, catedrático de Historia del Arte, pero, en el último momento, el profesor Longhi había pedido la excedencia por dos años. La tesis que me habría gustado redactar bajo su guía se refería a un grupo de pintores ferrareses de la segunda mitad del siglo XVI y comienzos del XVII: Scarsellino, Bastianino, Bastarolo, Bonone, Caletti, Calzolareto y otros. Sólo guiado por Longhi habría podido hacer algo que valiera la pena en relación con semejante tema. Y, en vista de que Longhi había conseguido del Ministerio dos años de excedencia, me había parecido más oportuno dedicarme a una tesis cualquiera de Italiano.

Me había escuchado meditabundo.

—Longhi —me preguntó al final, torciendo los

labios con gesto de perplejidad—. ¿Cómo? ¿Ya han nombrado al nuevo titular de la cátedra de Historia del Arte?

Yo no comprendía.

—Sí, sí —insistió—. Siempre he oído decir que el profesor de Historia del Arte en Bolonia es Iginio Benvenuto Supino, una de las mayores glorias del judaísmo italiano. Conque...

Lo había sido —lo interrumpí—, lo había sido: hasta 1933. Pero desde 1934, para el puesto de Supino, tras la jubilación de éste, habían llamado a Roberto Longhi. ¿No conocía él —proseguí, contento de sorprender una laguna en su erudición—, los fundamentales ensayos de Roberto Longhi sobre Piero della Francesca y sobre Caravaggio y su escuela? ¿No conocía la *Officina ferrarese*, obra que había tenido tanta resonancia en 1933, en la época de la Exposición del Renacimiento ferrarés celebrada ese año en el Palazzo dei Diamanti? Para redactar mi tesis, yo me iba a basar en las últimas páginas de la *Officina*, que trataban el tema sólo de pasada: de modo marginal, pero sin profundizar.

Yo hablaba y el profesor Ermanno, más encorvado que nunca, me escuchaba en silencio. ¿En qué pensaba?

¿En el número de «glorias» universitarias que habían sido ornato del judaísmo italiano desde la Unidad hasta nuestros días? Era probable.

Cuando, mira por dónde, lo vi animarse de repente. Mirando a su alrededor y bajando la voz hasta reducirla a un susurro ahogado, como si fuera a comunicarme un secreto de estado, me dio la gran nueva: que él poseía algunas cartas inéditas de Carducci, cartas escritas por el poeta a su madre en 1875. Si me interesaba verlas y si las consideraba objeto válido para una tesis de doctorado en italiano, estaba dispuesto a cedérmelas.

Pensando en Meldolesi, no pude por menos de sonreír. ¿Y el ensayo que había de enviar a la *Nuova Antologia*? Así, después de tanto hablar, ¿no había llegado a hacer nada? Pobre Meldolesi. Hacía varios años que lo habían trasladado al Minghetti de Bolonia: ¡con gran satisfacción suya, por supuesto! Un día de aquellos tenía yo que ir a verlo...

Pese a la oscuridad, el profesor Ermanno advirtió mi sonrisa.

—¡Ya sé, ya sé! —dijo—, que vosotros, los jóvenes, de un tiempo a esta parte subestimáis a Giosuè Carducci. Ya sé que preferís a un Pascoli y a un D'Annunzio.



No me fue difícil convencerlo de que había sonreído por una razón muy distinta: por una contrariedad. ¡Si hubiera sabido que existían en Ferrara cartas inéditas de Carducci! En lugar de proponer al profesor Calcaterra, como, por desgracia, había hecho ya, una tesis sobre Panzacchi, habría podido perfectamente proponerle un «Carducci en Ferrara», de interés sin duda mayor. Pero quién sabe: tal vez hablando con franqueza del asunto al profesor Calcaterra, que era una persona excelente, consiguiese pasar aún de Panzacchi a Carducci sin perder la cara.

—¿Cuándo piensas doctorarte? —me preguntó por último el profesor Ermanno.

—Pues... el año que viene en junio, espero. No olvide que *también* yo soy alumno libre.

Asintió varias veces, en silencio.

—¿Libre? —suspiró por último—. En fin, poco importa.

E hizo un gesto vago con la mano, como diciendo que, con lo que estaba sucediendo, tanto yo como sus hijos teníamos tiempo por delante, demasiado incluso.

Pero tenía razón mi padre. En el fondo, apenas parecía afligido por ello. Todo lo contrario.



Micòl quiso enseñarme personalmente el jardín. A toda costa. «Me parece que tengo cierto derecho», había dicho mirándome y sonriendo con malicia.

El primer día, no. Había jugado al tenis hasta tarde y había sido Alberto, cuando había dejado de enfrentarse en el juego a su hermana, quien me había acompañado hasta una especie de refugio alpino en miniatura, semioculto en medio de un bosque de abetos y que distaba del campo un centenar de metros (*Hütte*, lo llamaban Micòl y él), refugio, convertido en vestuario, en el que había podido cambiarme y más tarde, al oscurecer, darme una ducha caliente y volver a vestirme.

Pero el día siguiente había sido distinto. Un partido de dobles que oponía a Adriana Trentini y Bruno Lattes con los dos quinceañeros (mientras Malnate, encaramado en la silla arbitral, contaba paciente los tantos) había cobrado enseguida el cariz de los partidos que no acaban nunca.

—¿Qué hacemos? —me había dicho en

determinado momento Micòl, al tiempo que se ponía en pie—. Para llegar a ocupar el sitio de éstos, tengo la impresión de que tú, Alberto, el amigo milanés y yo vamos a tener que esperar una buena hora. Oye: ¿por qué no nos vamos entretanto, nosotros dos, a ver plantas? En cuanto el campo quedara libre —había añadido—, Alberto no dejaría, desde luego, de llamarnos. Se metería tres dedos en la boca, ¡y lanzaría su célebre silbido!

Se había vuelto sonriendo hacia Alberto, que dormitaba echado al sol en una tumbona contigua y con la cara oculta bajo un sombrero de paja de segador.

—¿No es así, señor pachá?

Por debajo del sombrero, el señor pachá había asentido con una seña de la cabeza y nosotros nos habíamos puesto en marcha. Sí, su hermano era formidable —seguía, entretanto, explicándome Micòl—. En caso necesario, sabía lanzar unos silbidos tan potentes, que, en comparación, los de los pastores eran cosa de risa. Extraño, ¿eh?, en un tipo como él. A simple vista, nadie lo hubiera dicho. Y, sin embargo... ¡A saber de dónde sacaba todo ese aliento!

Así empezaron, casi siempre para engañar la espera entre partido y partido, nuestras largas

escapadas en pareja. Las primeras veces cogíamos las bicicletas. Como el jardín tenía «unas» diez hectáreas de extensión y las avenidas, entre mayores y menores, sumaban en conjunto una docena de kilómetros, la bicicleta era indispensable, desde luego —se había apresurado a declarar mi acompañante—. Hoy, cierto —había admitido—, íbamos a limitarnos a hacer un simple «reconocimiento» allí, al final, por la parte de poniente, donde Alberto y ella iban muchas veces de niños a mirar los trenes que hacían maniobras en la estación. Pero, si hubiéramos ido a pie, ¿cómo nos las habríamos arreglado, aun hoy? Nos arriesgábamos a que el «olifante» de Alberto nos sorprendiera sin que pudiésemos regresar con la necesaria prontitud.

Así, pues, aquel primer día habíamos ido a ver los trenes que hacían maniobras en la estación. ¿Y después? Después habíamos vuelto atrás, habíamos pasado junto al campo de tenis, habíamos atravesado la explanada situada delante de la *magna domus* (desierta, como de costumbre, más triste que nunca), recorriendo en sentido contrario, más allá del oscuro puente de tablas que atravesaba el canal Panfilio, la avenida de entrada: hasta el túnel de las cañas de Indias y el portalón de Corso Ercole I. Llegados allí, Micòl había insistido para que nos internáramos por el sinuoso sendero que corría junto al muro: primero a la izquierda, por el lado de

Mura degli Angeli, hasta el punto de que en un cuarto de hora habíamos alcanzado de nuevo la zona del jardín desde la que se veía la estación, y después por el lado opuesto, bastante más tupido, bastante sombrío y melancólico, que lindaba con la desierta Via Arianuova. Nos encontrábamos precisamente allí, abriéndonos paso con dificultad por entre matorrales de helechos, ortigas y espinosas zarzas, cuando, de pronto, desde detrás de la tupida valla de troncos, se había elevado lejanísimo el silbido de pastor de Alberto para llamarnos con urgencia a la «dura tarea».

Con pocas variaciones en el recorrido, las tardes siguientes repetimos aquellas exploraciones de amplio radio. Cuando el espacio lo permitía, pedaleábamos uno junto al otro. Y, entretanto, hablábamos: de árboles, sobre todo, al menos al principio.

Yo de eso no sabía nada, o casi nada, lo que no cesaba de sorprender a Micòl. Me miraba como si fuera un monstruo.

—¿Es posible que seas tan ignorante?  
—exclamaba—. ¡En el instituto habrás estudiado algo de botánica!

—Veamos —preguntaba después, ya preparada para arquear las cejas ante algún nuevo desatino—.

¿Podría decirme, por favor, de que especie de árbol cree *usted* que es ese de ahí?

Podía referirse ya a honrados olmos y tilos locales, ya a rarísimas plantas africanas, asiáticas, americanas, que sólo un especialista habría podido identificar: pues había de todo, en el Barchetto del Duca, lo que se dice de todo. Por mi parte, yo respondía siempre a la buena de Dios: en parte porque no sabía de verdad distinguir un olmo de un tilo y en parte porque me había dado cuenta de que nada le daba mayor placer que oírme decir disparates.

Le parecía absurdo, a ella, que existiera en el mundo un tipo como yo, que no abrigara por los árboles, «los grandes, los quietos, los fuertes, los pensativos», los mismos sentimientos de apasionada admiración que ella. ¿Cómo podía ser que no *comprendiera*, Dios mío, que no *sintiese*? Había, al final del claro del tenis, por ejemplo, al oeste del campo, un grupo de siete esbeltas y altísimas *Washingtoniae graciles*, o palmeras del desierto, separadas del resto de la vegetación situada detrás (árboles normales de tronco grueso propios del bosque europeo: encinas, acebos, plátanos, castaños de Indias, etcétera) y con un buen trecho de prado alrededor. Pues bien, cada vez que pasábamos por allí, Micòl tenía para el grupo solitario

de las *Washingtoniae* nuevas palabras tiernas.

—Ahí están mis siete viejecitos —podía decir—. ¡Mira qué venerables barbas tienen!

En serio —insistía—: ¿No me parecían también a mí siete eremitas de la Tebaida, resecos por el sol y los ayunos? ¡Cuánta elegancia, cuánta *santidad* en sus pardos, secos, curvados, escamosos troncos! Parecían otros tantos San Juan Bautistas, ¿no es verdad?, alimentados sólo con saltamontes.

Pero sus simpatías no se limitaban, en absoluto, ya lo he dicho, a los árboles exóticos.

Por un plátano enorme, de tronco blanquecino y nudoso, más grueso que el de cualquier otro árbol del jardín y —me parecía— de toda la provincia, su admiración rayaba en la reverencia. Naturalmente, no había sido su «abuela Josette» quien lo había plantado, sino Ercole I d'Este en persona, acaso, o Lucrecia Borgia.

—Tiene casi quinientos años, ¿comprendes? —susuraba, desorbitando los ojos—. ¡Imagínate la de cosas que ha de haber visto desde que vino al mundo!

Y parecía que también él, el plátano gigantesco, tuviera ojos y oídos: ojos para vernos y oídos para



escucharnos.

Por los árboles frutales, a los que estaba reservada una larga faja de terreno al abrigo de los viento del norte y expuesto al sol justo al lado de Mura degli Angeli, Micòl sentía un afecto muy semejante —había yo notado— al que mostraba hacia Perotti y todos los miembros de su familia. Me hablaba de aquellas humildes plantas domésticas con la misma afabilidad, la misma paciencia y pasando muchas veces al dialecto, que utilizaba sólo para hablar con Perotti, precisamente, o con Titta y Bepi, cuando nos los encontrábamos por casualidad y nos deteníamos a cambiar unas palabras. Un auténtico rito era todas las veces el alto ante un gran ciruelo de tronco poderoso como el de una encina: su predilecto. «*Il brogn sèrbi*», las ciruelas ácidas, que daba aquel ciruelo —me contaba—, le parecían extraordinarias, de niña. Las prefería, entonces, a cualquier chocolatina Lindt. Después, hacia los dieciséis años, habían dejado de repente de apetecerle, de gustarle, y hoy prefería las chocolatinas Lindt y de otras marcas (las amargas, eso sí, ¡exclusivamente las amargas!) a las «*brogne*». Así, las manzanas eran «*i pum*»; los higos, «*i fighi*»; los albaricoques, «*il mugnàgh*»; los melocotones, «*il bèrsagh*». De esas cosas sólo se podía hablar en dialecto. Sólo el habla dialectal permitía, al nombrar árboles y fruta, torcer los labios en

la mueca entre enternecida y desdeñosa que el corazón sugería.

Más adelante, acabados los reconocimientos, se iniciaron «los píos peregrinajes». Y como todos los peregrinajes debían hacerse, según Micòl, a pie (de lo contrario, ¿qué clase de peregrinajes eran?), dejamos de usar la bicicleta. Íbamos a pie, pues, casi siempre acompañados paso a paso por Jor.

Para empezar, me llevó a ver un pequeño y apartado embarcadero sobre el canal Panfilio, oculto entre una tupida vegetación de sauces, álamos blancos y calas. Desde aquel minúsculo puertecito, delimitado alrededor por un musgoso poyete de ladrillo rojo, era probable que en la antigüedad se zarpara para llegar ora hasta el Po ora hasta el Foso del Castillo. Y zarpaban también ellos, Alberto y ella, cuando eran niños —me contó Micòl—, para largos paseos en una piragua con pagaya doble. A los pies de las torres del Castillo, en pleno centro urbano, nunca habían llegado en barca (como bien sabía yo, en la actualidad el Panfilio comunicaba con el Foso del Castillo sólo por vía subterránea). Pero hasta el Po, justo frente a la Isola Bianca, ¡vaya si habían llegado! Actualmente, «*ça va sans dire*», no había ni que pensar, desde luego, en coger la piragua: medio desfondada, cubierta de polvo,

reducida a una especie de «espectro de piragua», alguna vez podría yo ver su armazón en la cochera, si se acordaba de llevarme. Pero hasta el poyete del embarcadero había seguido viniendo: siempre, siempre. Tal vez porque lo utilizaba para preparar en él los exámenes en santa paz, cuando empezaba a hacer calor y tal vez porque... El caso es que aquel lugar había seguido siendo en cierto modo *suyo*, exclusivamente: su refugio personal y secreto.

En otra ocasión acabamos en casa de Perotti, que habitaba en una auténtica alquería, con henil y establo anexos, a medio camino entre la casa de los amos y la zona de los frutales.

Fuimos recibidos por la mujer del viejo Perotti, Vittorina, pálida *arzdóra*<sup>[13]</sup> de edad indefinible, triste, muy flaca, y por Italia, la mujer del hijo mayor, Titta, una treintañera de Codigoro, gruesa y robusta, con ojos de un celeste acuoso y cabellos rojos. Sentada en el umbral de la casa, sobre una silla de paja, y rodeada por una multitud de gallinas, la esposa estaba amamantando y Micòl se inclinó a acariciar al niño.

—Bueno, ¿qué? ¿Cuándo vuelves a invitarme a comer la menestra de alubias? —preguntaba a Vittorina en dialecto.

—Cuando usted quiera, *sgnurina*. Siempre que se conforme...

—Tenemos que quedar un día de éstos —respondió Micòl seria—. Has de saber —añadió, dirigiéndose a mí—, que Vittorina hace unas menestras de alubias fenomenales. Con tocino, naturalmente...

Se rio y después dijo:

—¿Quieres echar un vistazo al establo? Tenemos *nada menos* que seis vacas.

Precedidos por Vittorina, nos dirigimos hacia el establo. La *arzdóra* nos abrió la puerta con una gran llave que llevaba en el bolsillo del delantal negro y después se hizo a un lado para dejarnos pasar. Mientras cruzábamos el umbral del establo, advertí que nos miraba a hurtadillas: con preocupación, me pareció, pero también con complacencia secreta.

Un tercer peregrinaje lo dedicamos a los lugares consagrados al «*vert paradis des amours enfantines*».

Por allí habíamos pasado los días anteriores varias veces: pero en bicicleta y sin detenernos nunca. Ahí tenía el punto exacto del muro —me decía ahora Micòl, indicándomelo con el dedo— en el que ella solía apoyar la escalera y esas eran las «muescas» («¡*muescas*, sí,

señor!») que utilizaba cuando, como ocurría a veces, la escalera no estaba disponible.

—¿No crees que sería oportuno colocar una placa conmemorativa en este lugar? —me preguntó.

—Supongo que ya habrás pensado en la inscripción.

—Más o menos. Por aquí... eludiendo la vigilancia de dos enormes perrazos...

—Un momento. Hablabas de una placa, pero a este paso temo que necesitarás una gran losa del tipo de las del Boletín de la Victoria. El segundo renglón es demasiado largo.

Aquello provocó una discusión. Yo hacía el papel de interruptor testarudo y ella, alzando la voz y haciéndose la niña, me acusaba de la «pedantería habitual». Era evidente —gritaba—, yo *debía* de haberme olido su intención de no citarme siquiera, en su inscripción, y, por pura envidia, me negaba a escucharla.

Después nos calmamos. Se puso a hablarme una vez más de cuando Alberto y ella eran niños. Si quería saber la pura verdad, tanto Alberto como ella habían sentido siempre una gran envidia de quien, como yo,

tenía la fortuna de estudiar en una escuela pública. ¿Me lo creía? Llegaban hasta el extremo de esperar todos los años con impaciencia la época de los exámenes sólo por el gusto de ir también ellos a la escuela.

—Pero, entonces, ¿por qué, si os gustaba tanto ir a la escuela, estudiabais en casa? —pregunté.

—Mi padre y mi madre, sobre todo mi madre, se oponían en redondo. Mi madre siempre ha tenido la obsesión de los microbios. Decía que las escuelas están hechas a propósito para difundir las enfermedades más horribles y de nada sirvió nunca que el tío Giulio, siempre que venía aquí, intentara hacerle entender que no era cierto. El tío Giulio se burlaba de ella, pero él, pese a ser médico, no cree ni mucho menos en la medicina; al contrario: cree en la inevitabilidad y utilidad de las enfermedades. Imagínate si iba a hacerle caso mi madre que, después de la desgracia de Guido, nuestro hermanito mayor muerto antes de que Alberto y yo nacióéramos, en 1914, ¿se puede decir que no ha vuelto a sacar la nariz fuera de casa! Más adelante nos rebelamos un poco, como es lógico: conseguimos ir los dos a la universidad e incluso a Austria, a esquiar, un invierno, como creo haberte contado ya.

»Pero de niños, ¿qué podíamos hacer? Yo muchas veces me escapaba (Alberto, no; él siempre ha sido con

mucha diferencia más tranquilo que yo, mucho más obediente). Por otra parte, un día que me quedé demasiado tiempo por ahí, por la Mura, dejándome llevar en las barras de las bicicletas por una banda de chicos con los que había hecho amistad, cuando volví a casa los vi tan desesperados, a mi madre y a mi padre, que en adelante (porque Micòl es de buena pasta, ¡un auténtico corazón de oro!) me decidí a portarme bien y no volví a escapar. La única reincidencia, la de junio de 1929, ¡fue en honor *suyo*, egregio señor!

—¡Y yo que pensaba haber sido el único! —suspiré.

—Bah, si no el único, el último seguro. Y, además, ¡a entrar en el jardín nunca invité a nadie más!

—¿Será verdad?

—Ya lo creo que sí. Miraba siempre a donde tú estabas, en el templo... Cuando te volvías a hablar con mi padre y con Alberto ¡tenías unos ojos tan celestes! Hasta te había puesto un apodo en secreto.

—¿Un apodo? ¿Cuál?

—Celestino.

—*Che fece per viltade il gran rifiuto...*<sup>[14]</sup> —farfullé.

—¡Exacto! —exclamó riendo—. No obstante, creo

que por un tiempo estuve un poco chiflada por ti.

—¿Y después?

—Después la vida nos separó.

—¡Qué idea, de todos modos, restaurar un templo exclusivamente para vosotros! ¿Qué ha sido? ¿Miedo a los microbios también?

Hizo un gesto con la mano.

—Pues... casi... —dijo.

—¿Cómo que casi?

Pero no hubo modo de inducirla a confesar la verdad. Bien sabía yo el motivo por el que el profesor Ermanno había pedido permiso, en 1933, para restaurar él y los suyos la sinagoga española: había sido la vergonzosa «hornada del Decenario», vergonzosa y grotesca, la que lo había decidido. No obstante, ella sostenía que lo determinante, una vez más, había sido la voluntad de su madre. Los Herrera, en Venecia pertenecían a la sinagoga española. Y como su madre, su abuela Regina y sus tíos Giulio y Federico habían estado siempre muy apegados a las tradiciones familiares, pues su padre para contentar a su madre...

—Pero ahora, perdona, ¿por qué habéis vuelto a la



sinagoga italiana? —objeté—. Yo no estaba en el templo, la noche de *Roshashaná*; no piso el templo desde hace por lo menos tres años. Pero mi padre, que estaba, me ha contado la escena con todo detalle.

—Oh, no tema. ¡Su ausencia no pasó inadvertida, señor librepensador! —respondió—. Ni siquiera a mí.

Volvió a ponerse seria y después dijo:

—¿Qué quieres...? Ahora estamos todos en la misma barca. En el punto en que nos encontramos, también a mí me parece que habría sido bastante ridículo seguir haciendo tantas distinciones.

Otro día, el último, se había puesto a llover y, mientras los otros se refugiaban en la *Hütte* y jugaban a las cartas y al ping-pong, nosotros dos, sin temor a empaparnos, atravesamos corriendo medio jardín para ir a refugiarnos en la cochera. Ahora ésta sólo servía de cochera —me había dicho Micòl—. Sin embargo, en otro tiempo por lo menos la mitad del espacio interior había estado ocupada por un gimnasio, con pértigas, cuerdas, barras de equilibrio, anillas, espaldera sueca, etcétera. Y eso con el exclusivo fin de que Alberto y ella pudiesen presentarse bien preparados también al examen anual de educación física. No eran, desde luego, clases demasiado serias las que el profesor Anacleto

Zaccarini, jubilado desde hacía tiempo y con más de ochenta años (¡había que ver!), les daba una vez a la semana. Ahora, divertidas, sí, tal vez las más divertidas de todas. Ella nunca se olvidaba de llegar al gimnasio una botella de vino de Bosco. Y el viejo Zaccarini, cuya nariz y mejillas, de encarnadas que eran normalmente, se volvían cada vez más violáceas, se la soplabá poco a poco hasta la última gota. Ciertas tardes de invierno, cuando se marchaba, parecía incluso que irradiara luz propia.

Se trataba de una construcción de ladrillos pardos, baja y larga, con dos ventanas laterales protegidas por fuertes rejas, el techo en pendiente cubierto de tejas y las paredes exteriores cubiertas casi por completo de yedra. Estaba cerca del henil de los Perotti y del vítreo paralelepípedo de un invernadero y se accedía a ella a través de un ancho portalón pintado de verde que daba a la parte opuesta de Mura degli Angeli, hacia la casa.

Nos quedamos unos instantes en el umbral, pegados al portalón. Llovía a cántaros, con chorros de agua oblicuos y larguísimos, sobre los prados, sobre las grandes masas negras de los árboles, sobre todo. Hacía frío. Castañeteando los dientes, mirábamos los dos hacia delante. El hechizo en que hasta entonces había estado suspendida la estación se había roto

irreparablemente.

—¿Entramos? —propuse al final—. Dentro no hará tanto frío.

En el interior de la vasta estancia, en cuyo extremo, en penumbra, se traslucían las puntas de dos brillantes pértigas amarillas, de gimnasio, que llegaban hasta el techo, había un olor extraño, mezcla de gasolina, aceite lubricante, polvo viejo, cítricos. El olor era muy bueno —dijo enseguida Micòl, al advertir que yo olfateaba—. También a ella le gustaba mucho. Y me indicó una especie de alta estantería de madera oscura, pegada a una de las paredes laterales y atestada de grandes frutos amarillos y redondos, más gruesos que las naranjas y los limones, que yo no había visto nunca. Se trataba de pomelos puestos allí a madurar —me explicó—, productos de invernadero. ¿No los había probado yo nunca? —preguntó después, al tiempo que cogía uno y me lo ofrecía para que lo oliera—. Qué lástima que no tuviese allí un cuchillo para cortarlo en dos «hemisferios». El sabor del zumo era híbrido: se parecía al de la naranja y el limón, con un asomo de amargor, además, muy particular.

El centro estaba ocupado por dos coches, uno al lado del otro: un largo Dilambda gris y una carroza azul, cuyas limoneras, levantadas, eran casi tan altas

como las pértigas situadas detrás.

—La carroza ya no la utilizamos —decía entretanto Micòl—. Las pocas veces que mi padre tiene que ir al campo se hace acompañar en el coche. Y lo mismo hacemos Alberto y yo, cuando tenemos que partir: él para Milán, yo para Venecia. El eterno Perotti es quien nos lleva a la estación. En casa, los únicos que saben conducir son él (lo hace muy mal) y Alberto. Yo, no; aún no he sacado el carnet y la primavera próxima tengo que decidirme... siempre que... ¡Lo malo es también que traga *tanto*, ese armatoste!

Se acercó a la carroza, que tenía un aspecto no menos lustroso y eficaz que el automóvil.

—¿La reconoces?

Abrió una portezuela, montó y se sentó. Por último, dando un golpecito con la mano en el tejido del asiento contiguo, me invitó a hacer lo mismo.

Subí y me senté, a mi vez, a su izquierda. Y apenas me había acomodado, cuando, girando despacio sobre los goznes por pura inercia, la portezuela se cerró sola con un chasquido seco y preciso, propio de un cepo.

Ahora el crepitar de la lluvia sobre el techo de la cochera había dejado de oírse. Parecía, realmente, que

nos encontráramos en un saloncito: un saloncito sofocante.

—Qué bien la conserváis —dije, sin conseguir dominar una emoción repentina que se manifestó en un ligero temblor de la voz—. Parece aún nueva. Sólo faltan las flores en el jarrón.

—Oh, Perotti pone hasta flores, cuando sale con la abuela.

—Entonces, ¿aún la utilizáis!

—No más de dos o tres veces al año y sólo para dar unas vueltas por el jardín.

—¿Y el caballo? ¿Es aún el mismo?

—Aún el mismo Star de siempre. Tiene veintidós años. ¿No lo viste el otro día, al fondo del establo? Ya está casi ciego, pero enganchado aquí hace... *pésimo papel*.

Se echó a reír, sacudiendo la cabeza.

—Perotti tiene una auténtica chifladura con esta carroza —prosiguió con amargura—, y sobre todo por darle gusto a él (detesta y desprecia los automóviles: ¡no te puedes imaginar hasta qué punto!) es por lo que de vez en cuando le dejamos que lleve de paseo a la

abuela por las avenidas del jardín. Cada diez o quince días viene aquí con cubos de agua, esponjas, gamuzas, batidores: y ahí tienes explicado el milagro, ya ves por qué la carroza, sobre todo si se la ve entre dos luces, consigue aún engañar bastante.

—¿Bastante? —protesté—. ¡Si parece nueva!

Resopló fastidiada.

—¡No digas estupideces, por favor!

Movida por un impulso imprevisible, se había apartado bruscamente y se había acurrucado en su rincón. Con las cejas fruncidas, las facciones afiladas por la misma expresión de extraña perversidad que le aparecía ciertas veces, cuando, jugando al tenis, se concentraba enteramente para vencer, miraba hacia adelante. Parecía de pronto haber envejecido diez años.

Nos quedamos unos instantes así, en silencio. Después, sin cambiar de posición, con los brazos cruzados en torno a las rodillas bronceadas, como si sintiera mucho frío (llevaba pantalón corto, camiseta de hilo y un jersey anudado al cuello por las mangas), Micòl empezó a hablar de nuevo.

—¡Buena gana tiene Perotti! —decía—, de perder por esta penosa ruina tanto tiempo y tanta energía! No,

créeme: aquí, en esta semioscuridad, puedes incluso gritar que es un milagro, pero fuera, a la luz natural, no hay nada que hacer, saltan a la vista al instante infinitos achaques: le falta pintura aquí y allá, todos los radios y cubos de la rueda son pura carcoma, el tejido de este asiento (ahora no puedes darte cuenta, pero te lo garantizo yo) en ciertos puntos es una pura telaraña. Por eso, me pregunto: ¿para qué sirve toda la *struma* (esfuerzo) de Perotti? ¿Vale la pena? A él, pobrecillo, le gustaría conseguir permiso de mi padre para volver a pintarla entera, restaurarla y arreglarla a su gusto. Pero mi padre duda, como de costumbre, y no se decide...

Calló. Se movió apenas.

—Mira, en cambio, la piragua —prosiguió, al tiempo que me indicaba, a través del cristal de la portezuela, que nuestro aliento empezaba a empañar, una silueta gris, oblonga y esquelética, pegada a la pared opuesta a la ocupada por la estantería de los pomelos—. Mira ahí, en cambio, la piragua y admira, te lo ruego, el decoro, la dignidad y el valor moral con que ha sabido sacar todas las consecuencias que debía de su absoluta pérdida de función. También las cosas mueren, muchacho. Conque, si también ellas han de morir, qué se le va a hacer, lo mejor es dejarlas. Tiene mucho más estilo, sobre todo, ¿no te parece?





## **Tercera parte**

Infinitas veces durante el invierno, la primavera y el verano que siguieron volví a pensar en lo que entre Micòl y yo había sucedido (o, mejor dicho, no había sucedido) dentro del carruaje predilecto del viejo Perotti. Si aquella tarde de lluvia en que había acabado de repente el luminoso veranillo de San Martín de 1938 hubiera yo conseguido al menos declararme —pensaba con amargura—, tal vez lo sucedido entre nosotros habría sido distinto de lo que había sido. Hablarle, besarla; ¡entonces, cuando todo podía suceder aún —no cesaba de repetirme—, debía haberlo hecho! Y olvidaba preguntarme lo esencial: si en aquel momento supremo, único, irrevocable —un momento que tal vez hubiera decidido mi vida y la suya—, yo hubiese estado de verdad en condiciones de iniciar un gesto, una palabra cualquiera. ¿Lo sabía, entonces, por ejemplo, que me había enamorado de verdad? Pues, no; no lo sabía. No lo sabía entonces y no lo iba a saber durante otras dos largas semanas, cuando ya el mal tiempo, que no iba a cambiar, había dispersado sin remedio nuestra ocasional compañía.

Recuerdo: la lluvia insistente, sin interrupción por días y días —y después vendría el invierno, el rígido, sombrío invierno del valle del Po—, había vuelto improbable de pronto cualquier frecuentación ulterior del jardín. Y, sin embargo, pese al cambio de tiempo, todo lo que había ocurrido a continuación había contribuido a mantener mi ilusión de que nada había cambiado en sustancia.

A las dos y media del día siguiente al de nuestra última visita a la casa de los Finzi-Contini —la hora, aproximada, en que se nos veía aparecer uno tras otro por la galería de los rosales trepadores y gritar «¡hola!» o «¿qué tal?»—, el teléfono de mi casa había sonado para ponerme igualmente en contacto con la voz de Micòl. Aquella misma noche había telefoneado yo y ella a mí de nuevo la tarde siguiente. Habíamos podido seguir, en una palabra, hablándonos exactamente como en los últimos tiempos, contentos, ahora como antes, de que Bruno Lattes, Adriana Trentini, Giampiero Malnate y todos los demás nos dejaran tranquilos, no diesen muestras de acordarse de nosotros. Y, por lo demás, ¿cuándo habíamos pensado en ellos, Micòl y yo, durante nuestras largas escapadas por el jardín, tan largas, que con frecuencia, al regreso, ya no encontrábamos a nadie en el campo ni en la *Hütte*?

Seguido por las miradas preocupadas de mis padres, me encerraba en la cabina del teléfono. Marcaba el número. Y casi siempre era ella quien respondía: con tal prontitud, que me hacía sospechar que tenía siempre el auricular al alcance de la mano.

—¿Desde dónde hablas? —me aventuré a preguntarle.

Se echó a reír.

—Pues... desde mi casa, supongo.

—Gracias por la información. Sólo quería saber cómo consigues siempre responder al punto: quiero decir, con tanta rapidez. ¿Es que tienes el teléfono en el escritorio, como un hombre de negocios? ¿O te pasas de la mañana a la noche rondando cerca del aparato, paseándote como el tigre en la jaula del *Nocturno* de Machaty?

Me había parecido captar desde el otro extremo del hilo una ligera vacilación. Si ella llegaba antes que los otros —había respondido después—, se debía, además de a la legendaria eficacia de sus reflejos musculares, a la intuición que la caracterizaba y le permitía, todas las veces que a mí se me ocurría llamarla, encontrarse cerca del teléfono. Luego había cambiado de tema. ¿Cómo iba

mi tesis sobre Panzacchi? Y, aunque sólo fuera por cambiar de aires un poco, ¿cuándo pensaba reanudar mis idas y venidas a Bolonia?

Sin embargo, a veces eran los otros: Alberto o el profesor Ermanno o una de las dos criadas o incluso la señora Regina, una vez, que en el teléfono demostró una sorprendente finura de oído. En esos casos no podía dejar de pronunciar mi nombre, como es lógico, ni de decir que era con la «señorita» Micòl con la que deseaba hablar. No obstante, al cabo de unos días (al principio, eso me ponía aún más violento, pero poco a poco fui acostumbrándome), bastó con que dijera «hola» para que en el otro extremo me pasaran solícitos a quien buscaba. El propio Alberto, cuando era él quien descolgaba, no se comportaba de modo distinto. Y Micòl acudía enseguida a quitar el aparato a quien lo tuviera: como si estuviesen siempre reunidos todos en una única habitación, *living room*, salón o biblioteca cada uno arrellanado en un gran sillón de cuero y con el teléfono a pocos metros de distancia. Era como para sospecharlo, en serio. Para avisar a Micòl, que, al sonar el timbre del teléfono (me parecía verla), alzaba los ojos de golpe, tal vez se limitaran a ofrecerle desde lejos el auricular, Alberto tal vez añadiendo, por su parte, un guiño entre sardónico y afectuoso.

Una mañana me decidí a pedirle la confirmación de mis suposiciones y ella estuvo escuchándome en silencio.

—¿No es así? —insistí.

Pero no era así. En vista de que me interesaba tanto conocer la verdad —dijo—, bueno, pues, era ésta: cada uno de ellos disponía en su habitación de un supletorio telefónico (después de que ella lo hubo conseguido, el resto de la familia había acabado adoptándolo), mecanismo utilísimo, de lo más recomendable, gracias al cual uno podía telefonear a cualquier hora del día o de la noche sin molestar ni verse molestado y, sobre todo de noche, sin dar un paso fuera de la cama. ¡Vaya una idea! —añadió después, riendo—. ¿Cómo se me había podido ocurrir que todos ellos estuvieran siempre juntos como en un *hall* del hotel? ¿Y por qué motivo, además? De todos modos, era extraño que cuando no era ella la que respondía directamente no hubiese advertido yo el clic del conmutador.

—No —repitió categórica—. Para defender la libertad propia no hay nada mejor que un buen supletorio telefónico. Lo digo en serio: deberías mandarte instalar uno tú también, en tu habitación. ¡Te obligaría a escucharme discursos kilométricos, sobre todo de noche!

—O sea, que ahora me estás hablando desde tu habitación.

—Claro. Y desde la cama, además.

Eran las once de la mañana.

—No es que seas muy madrugadora —observé.

—¡Oh, tú también! —se lamentó—. Que mi padre, a sus sesenta años cumplidos y con la que se está preparando, siga levantándose todas las mañanas a las seis y media para dar buen ejemplo, como él dice, e inducirnos a no holgazanear en muelles plumas, *transeat*; pero que también los mejores amigos se pongan ahora a hacer de pedagogos me parece francamente excesivo. ¿Tú sabes desde qué hora está en pie una servidora, muchacho? Desde las siete. ¡Y te atreves a maravillarte, a las once, de sorprenderme de nuevo en la cama! Además, apenas duermo: leo, garrapateo algunas líneas de la tesis, miro afuera. Hago siempre multitud de cosas, cuando estoy en la cama. El calor de las mantas me vuelve sin comparación más activa.

—Describeme tu habitación.

Chasqueó varias veces la lengua contra los dientes, en señal de negativa.

—Eso nunca. *Verboten. Privat.* Puedo, si quieres, describirte lo que veo por la ventana.

Veía por los cristales, en primer plano, las barbudas cimas de sus *Washingtoniae graciles*, que la lluvia y el viento estaban azotando «de modo indigno», y a saber si los cuidados de Titta y Bepi, que ya habían empezado a fajar sus troncos con las acostumbradas camisas de paja de todos los inviernos, bastarían para preservarlos los próximos meses de la muerte por entumecimiento que acompañaba a cada regreso del mal tiempo, hasta ahora, por fortuna, siempre evitada. Después, más allá, ocultas a trechos por jirones de nieblas errantes, veía las cuatro torres del Castillo, que los aguaceros habían vuelto negras como tizones apagados. Y, detrás de las torres, los lejanos mármoles de la fachada y del campanario de la catedral, lívidos como para dar escalofríos y también ocultos de vez en cuando por la niebla... ¡Oh, la niebla! No le gustaba, cuando era así, porque le recordaba a trapos sucios. Pero tarde o temprano la lluvia cesaría y entonces la niebla, traspasada por los débiles rayos del sol, se transformaría, de mañana, en algo precioso, delicado y opalescente, con reflejos del todo semejantes en su mudar a los «*làttimi*» que llenaban su cuarto. El invierno era aburrido, de acuerdo, entre otras cosas porque impedía jugar al tenis. Pero tenía sus



compensaciones.

—Pues no existe situación, por triste y fastidiosa que sea —concluyó—, que no ofrezca en el fondo alguna compensación, y con frecuencia sustanciosa.

—¿*Làttimi*? —pregunté—. ¿Qué es eso? ¿Algo de comer?

—Qué va, qué va —gimoteó, horrorizada, como de costumbre, ante mi ignorancia—. Son vidrios. Vasos, copas, frascos, frasquitos, cajitas: cositas, por lo general saldos de anticuario. En Venecia los llaman *làttimi*; fuera de Venecia, *opalines* y también *flûtes*. No puedes imaginarte cómo adoro estos chismes. Sé literalmente todo al respecto. Pregúntame y verás.

Había sido en Venecia —prosiguió—, tal vez por sugestión de las nieblas locales, tan distintas de nuestras sombrías y densas nieblas del valle del Po, infinitamente más luminosas y vagas (sólo un pintor en el mundo había sabido reproducirlas: más que el último Monet, «nuestro» De Pisis), donde había empezado a apasionarse por los *làttimi*. Pasaba horas y horas recorriendo las tiendas de anticuarios. Había algunas, sobre todo por San Samuele, en torno a Campo Santo Stefano, o en el gueto, allá abajo, hacia la estación, que no vendían otra cosa, se puede decir. Sus tíos Giulio y

Federico vivían en Calle del Cristo, cerca de San Moisè. Al atardecer, no sabiendo qué otra cosa hacer, y con el aya, la señorita Blumenfeld (una distinguida «*yodé*» de Francfort del Main, que tenía sesenta y tantos años y llevaba más de treinta en Italia, «¡una verdadera lata!»), pegada a ella, naturalmente, salía a la Calle XXII Marzo en busca de *làttimi*. Campo Santo Stefano queda a pocos pasos de San Moisè. No así San Geremia, el barrio del gueto, adonde, si tomas por San Bartolomè y la Lista di Spagna, tardas en llegar por lo menos media hora y, sin embargo, está muy cerca, basta con cruzar el Canal Grande a la altura de Palazzo Grassi y después bajar por I Frari... Pero volviendo a los *làttimi*, ¡qué escalofrío «rabdomántico» cada vez que conseguía uno nuevo, raro! ¿Quería saber cuántas piezas había conseguido juntar? Casi doscientas.

Me guardé muy mucho de hacerle notar que lo que me contaba poco condecía con su declarada aversión a cualquier intento de sustraer, siquiera por poco tiempo, las cosas, los objetos, a la muerte inevitable que les esperaba y a la manía conservadora de Perotti, en particular. Me urgía que me hablara de su habitación, que olvidase haber dicho poco antes «*verboten*», «*privat*».

Lo logré. Ella seguía hablando de sus *làttimi* (los

había dispuesto en orden en tres estantes de caoba oscura que cubrían casi por entero la pared de enfrente de aquella a la que estaba pegada la cama) y, entretanto, la habitación, no sé con cuánta inadvertencia por su parte, iba adquiriendo forma, se definía poco a poco en todos los detalles.

Conque: las ventanas, para ser precisos, eran dos. Daban ambas a mediodía y estaban tan separadas del suelo, que, al asomarse, con la extensión del jardín, abajo, y los tejados que se extendían allende el límite del jardín hasta perderse de vista, parecía que lo hiciera desde el puente de un trasatlántico. Entre las dos ventanas había un cuarto estante: el de los libros ingleses y franceses. Contra la ventana de la izquierda, un escritorio de los de oficina, junto al que se encontraba la mesita de la máquina de escribir portátil, por una parte, y, por otra, un quinto estante, el de los libros de literatura italiana, clásicos y contemporáneos, y las traducciones: del ruso, la mayoría, Pushkin, Gogol, Tolstoi, Dostoievski, Chéjov. En el suelo una gran alfombra persa y, en el centro del cuarto, largo y bastante estrecho, tres sillones y un sofá estilo Récamier, para tumbarse a leer. Dos puertas: una de entrada, al fondo, junto a la ventana de la izquierda, que comunicaba directamente con la escalera y el ascensor, y otra, a pocos centímetros del ángulo opuesto del

cuarto, que daba al baño. Por la noche dormía sin echar las persianas nunca, con una lamparita siempre encendida sobre la mesita de noche y siempre al alcance, también, el carrito con el termo del *Skiwasser* (¡y el teléfono!), de modo que para llegar hasta él le bastaba con extender el brazo. Si durante la noche se despertaba, le bastaba con tomar un trago de *Skiwasser* (era tan cómodo tener siempre a disposición un poco y bien caliente: ¿por qué no me conseguía también yo un termo?) y después, tras volver a acostarse, dejar errar las miradas entre las nieblas luminiscentes de sus queridos *làttimi*. Y entonces el sueño, insensible como una «marea alta» veneciana, volvía despacito a inundarla y aniquilarla.

Pero no eran ésos nuestros únicos temas de conversación. Como si también ella quisiese mantener mi ilusión de que nada había cambiado, de que todo continuaba, entre nosotros, del mismo modo que «antes», es decir, cuando podíamos vernos todas las tardes, Micòl no dejaba pasar ocasión de transportarme a aquella serie de días estupendos, «increíbles».

Siempre habíamos hablado de muchas cosas, entonces, mientras paseábamos por el jardín: de árboles, de plantas, de nuestras infancias, de nuestras familias. Y, entretanto, Bruno Lattes, Adriana Trentini, «el»

Malnate, Carletto Sani, Tonino Collevatti y, con ello, los que habían venido después, no merecían sino una seña, una alusión de vez en cuando, no recibían otra gratificación acaso que un expeditivo y bastante desdeñoso «aquellos», referido a todos ellos juntos. Ahora, en cambio, por teléfono, nuestras conversaciones volvían de continuo sobre ellos y, en especial, sobre Bruno Lattes y Adriana Trentini, entre los cuales, según Micòl, había «algo», seguro. Pero ¡cómo! —no cesaba de decirme—. ¿Era posible que no me hubiese dado cuenta de sus relaciones? ¡Era tan evidente! Él no le quitaba los ojos de encima un momento y también ella, pese a maltratarlo como a un esclavo, al tiempo que coqueteaba un poco con todos, conmigo, con ese oso de Malnate e incluso con Alberto, también ella en el fondo le correspondía. ¡Ay, «ese» Bruno! Con su sensibilidad (un tanto morbosa, todo hay que decirlo: ¡bastaba para darse cuenta observar cómo veneraba a dos simpáticos tontines del calibre del pequeño Sani y ese otro, el pequeño Collevatti!), le esperaban meses nada fáciles, la verdad, dada la situación. Adriana le correspondía, sin duda (más aún, una noche, en la *Hütte*, ella los había visto medio echados en el diván besándose como locos), pero de eso a que fuera la clase de mujer capaz de mantener *algo* tan comprometido, pese a las leyes raciales y a las familias

respectivas, había un buen trecho. No iba a tener un invierno fácil, Bruno; no, la verdad. Y no era que Adriana fuese mala chica, ¡ni mucho menos! Tan alta como Bruno, rubia, con esa espléndida piel a lo Carol Lombard que tenía, en otros momentos habría sido acaso la chica que le convenía, a Bruno, a quien, por lo visto, gustaban las de tipo «muy ario». Que, por otra parte, era un poco ligerita y vacía, e inconscientemente cruel, pues sí, también eso era innegable. ¿No recordaba yo la cara que le había puesto al pobre Bruno la vez que, jugando de pareja con él, habían perdido el famoso partido de revancha con el dúo Desirée Baggioli y Claudio Montemezzo? Había sido precisamente ella la que había perdido el encuentro, con la cantidad de faltas dobles que había cometido (al menos tres por *game*), ¡y no Bruno! En cambio, como una auténtica inconsciente, durante todo el partido no había hecho otra cosa que ponerlo de vuelta y media, como si él, ¡pobre!, no estuviera ya bastante humillado y deprimido. ¡Habría sido como para reírse, en serio, si no hubiese resultado, pensándolo bien, bastante desagradable! Pero daba igual. Como si lo hicieran a propósito, los moralistas como Bruno siempre iban a enamorarse de tipejas del estilo de Adriana, con las consiguientes escenas de celos, persecuciones, sorpresas, llantos, juramentos, bofetadas acaso y...

cuernos, mira tú, cuernos hasta el infinito. No, no: al fin y al cabo, Bruno debía estar agradecido a las leyes raciales. Le esperaba un invierno difícil, desde luego. Pero no hay mal que por bien no venga; las leyes raciales le iban a impedir hacer la tontería mayor: prometerse con Adriana.

—¿No te parece? —añadió una vez—. Y, además, también él, como tú, es un literato, le tira la escritura. Creo haber visto hace dos o tres años versos suyos publicados en la tercera página del *Padano* con el título de conjunto de *Poesías de un vanguardista*.

—¡Huy, huy! —suspiré—. De todos modos, ¿qué quieres decir? No entiendo.

Se reía en silencio, lo sentí perfectamente.

—Sí, hombre —añadió—, a fin de cuentas, un poco de pena no le sentará mal. «*Non mi lasciare ancora, sofferenza*»,<sup>[15]</sup> dice Ungaretti. ¿Que quiere escribir? Pues que se cueza en su jugo, de momento; después veremos. Por lo demás, basta con mirarlo: se ve a la legua que en el fondo no aspira sino al dolor.

—Eres de un cinismo repugnante. Igualita a Adriana.

—En eso te equivocas. Me ofendes, incluso.

Adriana es un ángel inocente. Caprichosa, acaso, pero inocente como *tutte / le femmine di tutti / i sereni animali / che avvicinano a Dio*<sup>[16]</sup>. En cambio, Micòl es buena, ya te lo he dicho y te lo repito, y siempre sabe lo que hace, recuérdalo.

Aunque con menos frecuencia, también citaba a Giampiero Malnate, hacia el cual siempre había mantenido una actitud curiosa, fundamentalmente crítica y sarcástica: como si estuviera celosa de la amistad que lo unía a Alberto (un poco exclusiva, a decir verdad), pero al mismo tiempo le fastidiara un poco reconocerlo y, precisamente por eso, se dedicase con ahínco a «derribar al ídolo».

Según ella, Malnate no era gran cosa ni siquiera en el físico. Demasiado alto, demasiado grueso, demasiado «padre», para poderlo tomar en consideración, en serio, desde ese punto de vista. Era uno de esos tipos excesivamente vellosos, que, por muchas veces que se afeiten en un día, siempre tienen aspecto un poco sucio, poco lavado: y eso a ella no le iba, la verdad. Eso sí, tal vez, por lo que se traslucía a través de las gafotas de un dedo de espesor tras las que se camuflaba (parecía que le hiciesen sudar y daban ganas de quitárselas), acaso los ojos no estuvieran mal: grises, «de acero», de hombre fuerte. Pero demasiado serios y severos, esos



ojos. Demasiado constitucionalmente matrimoniales. Pese a su despectiva misoginia de superficie, amenazaban con sentimientos tan eternos como para hacer estremecer a cualquier muchacha, hasta la más tranquila y morigerada.

Era un huraño de cuidado, eso desde luego: y tampoco tan original como parecía creerse. ¿Qué me apostaba a que, si se le preguntaba oportunamente, en determinado momento acabaría declarando que él en traje de ciudad se sentía incómodo, pues en cualquier caso prefería el anorak, los pantalones bombachos, las botas de montaña de los infalibles *week-ends* en el Mottarone o en el Monte Rosa? En ese sentido, su fiel pipa era bastante reveladora: equivalía a todo un programa de austeridad masculina y subalpina, toda una bandera.

Su hermano y él eran grandísimos amigos, si bien Alberto, con su carácter más pasivo que un *punching ball*, era siempre amigo de todos y de ninguno. Habían vivido años enteros juntos en Milán y eso, desde luego, tenía su importancia. De todos modos, ¿no me parecía también a mí que exageraba un poco con su continua cháchara aparte? Venga cuchichear: apenas se encontraban, ya estaba, nadie podía impedirles apartarse a parlotear por los codos. ¡Y a saber de qué,

además! ¿De mujeres? ¡Qué va! Conociendo a Alberto, que en ese terreno siempre había sido bastante reservado, por no decir misterioso, ella no se habría atrevido a apostar ni un céntimo, sinceramente.

—¿Seguís viéndolo? —me decidí a preguntar un día, con el tono más indiferente que pude.

—Pues sí... creo que de vez en cuando viene a ver a su Alberto... —respondió tranquila—. Se encierran en la habitación, a tomar el té, a fumar la pipa (también Alberto se ha puesto a fumar en pipa, de un tiempo a esta parte) y hablan y hablan, dichosos ellos, no paran de hablar.

Era demasiado inteligente, demasiado sensible, como para no haber adivinado lo que yo ocultaba tras la indiferencia: el deseo de repente vivísimo, y sintomático, de volver a verla. No obstante, se comportó como si no hubiese comprendido, sin aludir siquiera indirectamente a la posibilidad de que, tarde o temprano, fuese invitado también yo a su casa.

Pasé la noche siguiente presa de gran agitación. Me dormía, me despertaba, volvía a dormirme. Y no dejaba de soñar con ella.

Soñaba, por ejemplo, que estaba, exactamente como el día que había pisado el jardín por primera vez, mirándola mientras jugaba al tenis con Alberto. Ni siquiera en sueños le quitaba los ojos de encima un solo instante. Volvía a decirme que estaba espléndida, tan sudorosa y arrebolada, con esa arruga de terquedad y decisión tan feroz que le dividía la frente en vertical, de tan alerta como estaba en el esfuerzo por derrotar a su sonriente hermano mayor, un poco flojo y aburrido. Ahora, sin embargo, me sentía oprimido por un malestar, una amargura, un dolor casi insoportables. De la niña de diez años antes —me preguntaba desesperado—, ¿qué había quedado en esa Micòl de veintidós años, en shorts y camiseta de algodón, en esa Micòl de aspecto tan libre, deportivo, moderno (¡sobre todo, libre!), como para hacer pensar que había pasado los últimos años recorriendo las mecas del tenis internacional, Londres, París, la Costa Azul, Forest

Hills? Sí —comparaba—: Ahí quedaban de la niña los cabellos rubios y ligeros, estriados con mechones casi canos, los iris celestes, casi escandinavos, la piel color miel y, en el pecho, centelleando de vez en cuando fuera del escote de la camiseta, el disquito de oro del sciaddài. Pero ¿qué más?

Después, nos encontrábamos encerrados en la carroza, en aquella penumbra gris y rancia: con Perotti sentado en el asiento delantero, inmóvil, mudo, amenazador. Si Perotti estaba ahí arriba —razonaba yo—, dándonos la espalda obstinado, lo hacía, desde luego, para no tener que ver lo que sucedía o podría suceder en el interior de la carroza, por discreción de criado, en una palabra. Y, sin embargo, estaba igualmente informado de todo, el viejo palurdo, ¡vaya si lo estaba! Su mujer, la pálida Vittorina, estaba ahí, de facción, espiando a través de los postigos entornados del portalón de la cochera (de vez en cuando atisbaba yo su cabecita, como de reptil, con sus lisos, negros cabellos brillantes, que asomaba cauta junto al postigo) con sus tristes ojos descontentos, preocupados, clavados en él, haciéndole a hurtadillas gestos y muecas convenidos.

Y estábamos incluso en su habitación, Micòl y yo, pero ni siquiera entonces solos, sino «estorbados»

(había sido ella quien lo había susurrado) por la inevitable presencia extraña, que esta vez era la de Jor, que nos miraba fijamente con sus dos ojos de hielo, uno negro y otro azul. El cuarto era largo y estrecho y estaba, como la cochera, lleno de cosas de comer, pomelos, naranjas, mandarinas, y làttimi, sobre todo, ordenados en fila como libros sobre los tableros de grandes estantes negros, austeros, eclesiásticos, que llegaban hasta el techo: ya que los làttimi no eran en absoluto los objetos de vidrio de que Micòl me había hablado, sino, precisamente como yo había supuesto, quesos, pequeñas y goteantes formas de queso blanquecino, como botellas.

Micòl insistía riendo para que yo probara uno de sus quesos. Y entonces iba y se alzaba sobre las puntas de los pies, ya estaba a punto de tocar con la punta del índice de la mano derecha uno de los colocados más arriba (los de ahí arriba eran los mejores —me explicaba—, los más frescos), pero yo no, no aceptaba en absoluto, angustiado, además de por la presencia del perro, porque sabía que fuera, mientras así discutíamos, la marea de la laguna estaba subiendo con rapidez. Si tardaba un poco más, la marea alta me dejaría sitiado, me impediría salir de su habitación sin ser visto. En efecto, había entrado de noche y a escondidas, en la alcoba de Micòl: a escondidas de Alberto, del profesor

Ermanno, de la señora Olga, de la abuela Regina, de los tíos Giulio y Federico, de la cándida señorita Blumenfeld. Y Jor, el único que sabía, el único testigo de lo que había también entre nosotros, no podía contarlos.

Soñaba también con que nos hablábamos y por fin sin fingir ya, con las cartas boca arriba.

Reñíamos un poco, como de costumbre. Micòl sostenía que lo que había entre nosotros había comenzado el primer día, es decir, cuando ella y yo, aún sorprendidos de volver a encontrarnos y reconocernos, habíamos escapado para ver el parque, y yo, en cambio, aducía que ni hablar, que, en mi opinión, había comenzado antes, al teléfono, desde el momento en que ella me había anunciado que se había vuelto «fea», una «solterona de nariz roja». Yo no la había creído, como es lógico. No obstante, ella no podía imaginar siquiera —añadía yo, con un nudo en la garganta— cómo me habían hecho sufrir aquellas palabras suyas. En los días siguientes, antes de que volviera a verla, no había dejado de pensar en eso, sin conseguir resignarme.

—Bah, tal vez sea así —convenía entonces Micòl, colocando una mano sobre la mía—. Si la idea de que yo me hubiera vuelto fea y con la nariz roja te preocupó al instante, entonces me rindo, quiere decir que tienes

razón tú. Pero ahora ¿qué hacemos? La excusa del tenis ya no sirve y en casa, por otra parte, con el peligro de quedar sitiados por la marea alta (¿ves cómo es Venecia?), no es oportuno ni adecuado que te deje entrar.

—¿Qué necesidad hay de eso? —replicaba yo—. Al fin y al cabo, podrías salir tú.

—¡¿Salir yo?! —exclamaba ella, con ojos desencajados—. Pero vamos a ver, dear friend: ¿para ir adónde?

—No... no sé... —respondía yo balbuceando—. Al Montagnone, por ejemplo, o a Piazza d'Armi, por el lado del Acueducto, o, si no deseas comprometerte, a Piazza della Certosa, por el lado de Via Borso. Allí es donde todo el mundo ha ido siempre a pelar la pava (tus padres no sé, pero los míos en sus tiempos también iban a hacerlo allí). Y si pelamos la pava un poco, perdona, ¿qué hay de malo en eso? No es lo mismo que hacer el amor, ¡ni mucho menos! Es estar en el primer escalón, al borde del abismo. Pero de eso a tocar el fondo del abismo, ¡falta aún pero que mucho por bajar!

Y estaba a punto de añadir que, si, como parecía, ni siquiera Piazza della Certosa le hacía gracia, podríamos incluso coger dos trenes distintos y darnos cita en

Bolonia. Pero callaba yo, falto del valor aun en sueños. Y, por lo demás, ella, sacudiendo la cabeza y sonriendo, ya me declaraba que era inútil, imposible, «verboten»: conmigo no iría nunca fuera del jardín ni de su casa. ¿Qué andaba tramando? —decía guiñando un ojo divertida—. ¿Llevarla a Bolonia, por casualidad —después de que se hubiera dejado conducir una y otra vez de paseo por los sitios habituales «al aire libre», gratos al «eros de la salvaje villa natal»—, a algún «hotelazo» acaso de los preferidos también por su abuela Josette, tipo Brun y Baglioni (y, en cualquier caso, tras enseñar en la réception nuestros bonitos certificados raciales perfectamente en regla)?

La noche siguiente, nada más regresar de un repentino viaje a Bolonia, a la universidad, probé a telefonar.

Respondió Alberto.

—¿Cómo te va? —dijo con voz cantarina, demostrando al instante, una vez más, que reconocía mi voz—. Hace una eternidad que no nos vemos. ¿Cómo estás? ¿Qué haces?

Desconcertado, con el corazón presa de gran desasosiego, me puse a hablar atropelladamente. Acumulé muchas cosas: di noticias sobre la tesis de



doctorado, que se erguía ante mí como un muro infranqueable; hice consideraciones sobre el tiempo, que, después de esos quince últimos días de borrascas, parecía ofrecer algún respiro (pero no había que fiarse demasiado: el aire frío no dejaba lugar a dudas, ya estábamos sumergidos en el invierno y debíamos olvidar los hermosos días del pasado octubre) y, sobre todo, me explayé acerca de mi rápido viaje a Bolonia.

Por la mañana —conté— había pasado por Via Zamboni, donde, tras haber resuelto algunos asuntos en secretaría, había podido comprobar una serie de fichas de la bibliografía de Panzacchi que estaba preparando. Después, hacia la una, había ido a comer al Pappagallo: pero no al llamado asciutto, al pie de Gli Asinelli, que, además de ser carísimo, me parecía de cocina muy inferior a su fama, sino al otro, el Pappagallo in brodo, que se encontraba en una callejuela lateral de Via Galliera y se distinguía precisamente por sus cocidos y sus sopas y por los precios, incluso, módicos de verdad. Luego, por la tarde, había visto a algún amigo, había dado una vuelta por las librerías del centro, había tomado un té en el Zanarini, el de Piazza Galvani, al final del Pavaglione: en una palabra, me lo había pasado bastante bien —concluí—, «más o menos como cuando asistía con regularidad».

—Imagínate —añadí en ese momento, y a saber qué genio maligno me había sugerido de repente que contara semejante historia, inventada del principio al fin—, que antes de volver a la estación he tenido tiempo incluso para echar un vistazo en Via dell'Oca.

—¿En Via dell'Oca? —preguntó Alberto de golpe, animándose y, aun así, como intimidado. No necesité más para sentirme presa del mismo impulso mordaz que animaba a veces a mi padre a mostrarse para con los Finzi-Contini mucho más grosero y «asimilado» de lo que era en realidad.

—¿Cómo? —exclamé—. ¡No me irás a decir que no sabes que en Via dell'Oca, en Bolonia, existe una de las... casas de huéspedes más célebres de Italia!

Tosió.

—No, no la conocía —dijo.

Añadió después, con tono de voz distinto, que de allí a unos días también él debería salir para Milán. Se iba a quedar una semana por lo menos. A fin de cuentas, no faltaba tanto para junio como parecía y aún no había encontrado un profesor que le permitiese redactar «una tesis cualquiera», ni lo había buscado tampoco, a decir verdad.

Tras lo cual, cambiando de tema de nuevo, me preguntó si por casualidad había pasado yo un poco antes en bicicleta a lo largo de Mura degli Angeli. En ese momento se encontraba en el jardín, pues había salido a ver en qué estado había dejado la lluvia el campo de tenis. Pero en parte por la distancia y en parte por la poca luz no había conseguido cerciorarse de si de verdad era yo el tipo que sin bajar de la bicicleta y apoyándose con una mano en el tronco de un árbol estaba allí arriba, parado, mirando. ¿Ah, sí? ¿Era yo, entonces? —continuó, tras haber yo reconocido, no sin titubeos, que, para volver a casa desde la estación, había tomado precisamente por el camino de Mura degli Angeli: y ello, expliqué, por la íntima repugnancia que experimentaba siempre que me tropezaba con ciertas «jetas desagradables» reunidas ante el Café de la Borsa, en Corso Roma, o desperdigadas a lo largo de la Giovecca—. ¿Ah, sí? ¿Era yo? —repitió—. ¡Ya le había parecido a él! En cualquier caso, si era yo, ¿por qué no había respondido a sus gritos y silbidos? ¿No los había oído?

No los había oído —volví a mentir—; más aún: ni siquiera había advertido que él estuviese en el jardín. Y ahora ya no teníamos de verdad nada más que decirnos, nada con que llenar el repentino silencio que se había abierto entre nosotros.

—Pero tú... tú buscabas a Micòl, ¿no es cierto?  
—dijo por fin él, como recordándolo.

—Pues sí —respondí—. ¿Te molestaría pasármela?

Con mucho gusto me la habría pasado —contestó—. Pero es que (y era muy extraño que, por lo que parecía, «ese ángel» no me hubiese avisado) Micòl se había marchado a primera hora de la tarde a Venecia, con la idea de dar también ella el empujón definitivo a la tesis. Había bajado a comer ya vestida para el viaje, con maletas y todo, y había anunciado a la «pasmada familia» su propósito. Había llegado a estar harta, según había declarado, de cargar con esa tarea sin acabarla. En lugar de doctorarse en junio, lo haría en febrero, cosa que en Venecia, con la Marciana y la Querini-Stampalia a mano, le resultaría muy fácil, mientras que en Ferrara no, por un montón de razones su tesis sobre la Dickinson nunca podría avanzar con la necesaria rapidez. Eso había dicho la jovencita. Pero a saber si podría resistir la atmósfera depresiva de Venecia y de una casa, la de los tíos, que no le gustaba. Lo más fácil era que al cabo de una o dos semanas la viésemos volver a la base con el rabo entre las piernas. Tendría que verlo él para creerlo que por primera vez Micòl consiguiese resistir lejos de Ferrara más de veinte días seguidos...

—En fin —concluyó—. En cualquier caso, ¿qué te parecería, a ti, si organizáramos (esta semana no es posible, la próxima tampoco, pero la siguiente sí, me parece que sí que sería posible) una excursión en automóvil hasta Venecia? Sería divertido presentarnos a ver a mi hermanita. ¡Tú, el Giampi Malnate y yo, por ejemplo!

—No es mala idea —dije—. ¿Por qué no? Podríamos hablarlo.

—Entretanto —proseguía, con un esfuerzo en el que yo notaba un gran deseo de ofrecirme enseguida un consuelo por lo que me había revelado—, permíteme la sugerencia, ¿por qué no vienes, siempre que no tengas nada mejor que hacer, a verme aquí, a casa, mañana, por ejemplo, hacia las cinco de la tarde? Creo que también estará el Malnate. Tomamos el té... escuchamos algún disco... charlamos... No sé si te apetecerá, a ti que eres un literato, estar con un ingeniero (ése sería yo) y con un químico industrial. Pero si te dignas, nada de cumplidos: ven, a nosotros nos encantará.

Seguimos hablando un poco más, Alberto cada vez más entusiasta y animado con su proyecto, que parecía acabar de ocurrírsele, de tenerme en su casa y yo atraído pero también repelido. Era cierto —recordaba—:

Poco antes, desde Mura degli Angeli, me había quedado casi media hora mirando al jardín y la casa, sobre todo, que, desde el lugar donde me encontraba y a través de las ramas casi desnudas de los árboles, veía recortarse en el cielo de la tarde, erguida y esbelta como un emblema heráldico. Dos ventanas del entresuelo, al nivel de la terraza desde la que se bajaba al jardín, estaban ya iluminadas y también se filtraba luz eléctrica de arriba, de la única ventanita altísima que se abría apenas bajo la cima del puntiagudo techo. Había permanecido largo rato, con los globos de los ojos doloridos en las órbitas, mirando fijamente la lucecilla de la ventanita superior (un quieto y trémulo centelleo, suspendido en el aire cada vez más oscuro, como el de una estrella) y sólo los lejanos silbidos y los gritos tiroleses de Alberto, que suscitaron en mí, junto con el temor de haber sido reconocido, la impaciencia por volver a oír enseguida la voz de Micòl al teléfono, habían podido en determinado momento alejarme de allí...

Pero ¿ahora, en cambio? —me preguntaba desconsolado—. ¿Qué me importaba ir a casa de ellos, ahora, si ya no iba a ver a Micòl?

Ahora bien, la noticia que me dio mi madre mientras salía de la cabina de teléfono, a saber, que

hacia mediodía Micòl Finzi-Contini había telefoneado para preguntar por mí («Me ha rogado que te dijera que ha tenido que marcharse a Venecia y que te escribirá y me ha encargado darte recuerdos», añadió mi madre, sin mirarme), fue suficiente para hacerme cambiar de opinión. Desde aquel momento el tiempo que me separaba de las cinco de la tarde del día siguiente se puso a transcurrir con extraordinaria lentitud.

Fue, pues, desde entonces cuando empecé a ser recibido, se puede decir diariamente, en el apartamentito particular de Alberto (él lo llamaba estudio y estudio era, de hecho, pues la alcoba y el baño estaban contiguos): en aquella famosa «habitación» tras cuya puerta, al pasar por el pasillo vecino, oía Micòl resonar las voces confusas de su hermano y el amigo de éste, Malnate, y en la que, aparte de las criadas, cuando llevaban el carrito del té, durante el invierno nunca tuve oportunidad de encontrar a miembro alguno de la familia. ¡Oh, el invierno de 1938-1939! Recuerdo aquellos largos meses inmóviles, como suspendidos por encima del tiempo y la desesperación (en febrero nevó, Micòl tardaba en regresar de Venecia), y aún ahora, a más de veinte años de distancia, las cuatro paredes del estudio de Alberto Finzi-Contini vuelven a ser para mí el vicio, la droga tan necesaria como inconsciente de todos los días de entonces...

Cierto es que no estaba desesperado en absoluto aquella primera tarde de diciembre en que volví a cruzar en bicicleta el Barchetto del Duca. Micòl se había



marchado. Y, sin embargo, yo pedaleaba por la avenida de entrada, en la oscuridad y la niebla, como si al cabo de poco esperara volver a verla a ella y sólo a ella. Iba emocionado, alegre y casi feliz. Miraba hacia adelante, buscando con el faro los lugares de un pasado que me parecía remoto pero aún recuperable, aún no perdido. Y ahí tenía el bosquecillo de las cañas de India; ahí veía más allá, a la derecha, la vaga silueta de la alquería de los Perotti, por una de cuyas ventanas, en el primer piso, se filtraba un poco de luz amarillenta; ahí, un poco más allá, me venía al encuentro el espectral armazón del puente sobre el Panfilio y ahí estaba, por fin, anunciada de antemano durante un corto trecho por el crujido de los neumáticos sobre la grava de la explanada, la gigantesca mole de la *magna domus*, inaccesible como una roca aislada, sumergida toda ella en las tinieblas, a no ser por la luz blanca, vivísima, que salía a raudales de una puertecita de la planta baja, abierta, evidentemente, para acogerme.

Desmonté de la bicicleta y me quedé mirando por un instante el umbral desierto. Vislumbraba, cortada al sesgo por el negro bastidor del batiente de la izquierda, que seguía cerrado, una escalerita empinada y cubierta de una alfombra roja; de un rojo encendido, escarlata, sanguíneo. En cada escalón había una varilla de latón, bruñida y centelleante como si fuera de oro.

Tras haber pegado la bicicleta a la pared, me agaché a cerrarla con el candado. Y estaba aún ahí, en la sombra, agachado junto a la puerta, por la cual, además de la luz, salía intenso calor de radiadores (en la oscuridad no conseguía hacer funcionar el candado, hasta el punto de que ya estaba pensando en encender un fósforo), cuando la conocida voz del profesor Ermanno resonó muy cerca.

—¿Qué haces? ¿La cierras con llave? —decía el profesor, parado en el umbral—. Pero haces bien. Nunca se sabe, toda precaución es poca.

Sin comprender, como de costumbre, si con su cortesía un poco quejumbrosa se burlaba de mí solapadamente, al instante volví a ponerme en pie.

—Buenas tardes —dije, al tiempo que me quitaba el sombrero y le tendía la mano.

—Buenas tardes, muchacho —respondió—. Pero ¡no te descubras, no te descubras!

Sentí una pequeña y gordezuela mano que entraba casi inerte en la mía y de inmediato se retiraba. Iba sin sombrero, con una vieja gorra deportiva calada sobre las gafas y una bufanda de lana envuelta en torno al cuello.

Miró desconfiado hacia la bicicleta.

—La has cerrado, ¿verdad?

Respondí que no. Y entonces él, contrariado, insistió en que volviera atrás e hiciese el favor de cerrarla con llave, porque —repitió— nunca se sabe. Un hurto no era probable —seguía diciendo desde el umbral, mientras yo estaba intentando de nuevo introducir entre los radios de la rueda posterior el gancho del candado—. No obstante, del muro del jardín podía uno fiarse sólo hasta cierto punto. A lo largo de su perímetro, sobre todo por el lado de Mura degli Angeli, existían por lo menos una decena de puntos cuya escalada no entrañaría ninguna dificultad para un muchacho, por poco ágil que fuera. Largarse, después, aun con el peso de una bicicleta en bandolera, sería para el mismo muchacho una operación igualmente fácil.

Conseguí, por fin, disparar el candado. Alcé la vista, pero el umbral volvía a estar desierto.

El profesor me esperaba en el pequeño vestíbulo, a los pies de la escalera. Entré, cerré la puerta y sólo entonces advertí que él me miraba perplejo, arrepentido.

—Me pregunto —dijo—, si no habrías hecho mejor metiendo la bicicleta dentro incluso... Es más, hazme caso, y, la próxima vez que vengas, entra con la bicicleta. Si la colocas ahí, bajo la escalera, no molestará lo más mínimo a nadie.

Se volvió y empezó a subir. Más encorvado que nunca, sin quitarse la gorra ni la bufanda, subía despacio, sujetándose a la barandilla. Al tiempo, hablaba o, mejor dicho, falfullaba: como si, más que a mí, que iba tras él, se dirigiera a sí mismo.

Había sido Alberto quien le había dicho que ese día iba a ir yo a verlo. De modo que, como Perotti por la mañana había tenido un poco de fiebre (se trataba sólo de una ligera bronquitis: que se debía curar, sin embargo, entre otras cosas para evitar posibles contagios) y como precisamente con Alberto, siempre desmemoriado, distraído, en las nubes, no había que contar, había tenido que asumir él la tarea de «estar vigilante». Desde luego, si hubiera estado Micòl, él no habría tenido ningún motivo de inquietud, ya que Micòl, a saber cómo lo conseguía, encontraba siempre tiempo para ocuparse de todo, no sólo de sus estudios, sino también de la marcha general de la casa e incluso de los «hornillos», ya lo creo, por los que, al contrario, sentía una pasión poco inferior a la que le inspiraban

novelas y poesías (ella era la que hacía las cuentas de fin de semana con Gina y Vittorina, ella la que, cuando era necesario, se encargaba de *schiahtare* con sus propias manos los pollos: y ello a pesar de lo mucho que amaba los animales, ¡pobrecilla!). Sólo que Micòl no estaba en casa (¿me había advertido Alberto que Micòl no estaba?), pues había tenido, por desgracia, que marcharse el día antes por la tarde a Venecia. Y con eso quedaban explicadas todas las razones por las que él, al no poder recurrir ni a Alberto ni a su «ángel tutelar» y, por si fuera poco, no estar disponible Perotti, se había visto obligado a hacer por una vez de portero.

Dijo también otras cosas que no recuerdo. Recuerdo, no obstante, que al final volvió a hablar de nuevo de Micòl y esa vez para lamentarse de cierta «inquietud suya reciente», debida, como es lógico, a «tantos factores», si bien... Entonces calló, de golpe. Y durante todo ese tiempo no sólo habíamos subido hasta el final de la escalera; además, habíamos entrado por dos pasillos y los habíamos recorrido, habíamos cruzado varias habitaciones, sin dejar el profesor Ermanno de precederme y permitiéndome adelantarlo sólo cuando se ocupaba de ir apagando las luces.

Yo, absorto como estaba en lo que oía sobre Micòl (el detalle de que fuera ella, con sus manos, la que

degollaba los pollos en la cocina me había fascinado de modo extraño), miraba, pero casi sin ver. Por lo demás, pasábamos por ambientes bastante semejantes a los de otras casas de la buena sociedad ferraresa, judaica y no judaica, también éstos invadidos por el mobiliario habitual: armarios monumentales, pesados arquibancos del siglo XVII con patas en forma de garras de león, mesas tipo refectorio, sillas de cuero con tachuelas de bronce, butacas *frau*, complicadas arañas de vidrio o hierro forjado colgadas del centro de techos artesonados, gruesas alfombras de color tabaco, zanahoria y sangre de buey, extendidas por todos lados sobre los parqués de brillos oscuros. Allí, tal vez, había una cantidad mayor de cuadros del siglo XIX, paisajes y retratos, y de libros, la mayoría encuadernados, en filas tras los cristales de grandes librerías de caoba oscura. Los grandes radiadores de termosifón soltaban un calor que en mi casa mi padre habría considerado (¡me parecía oírlo!) demencial: un calor, más que de casa privada, de gran hotel, y tal, de hecho, que casi al instante, por haber empezado a sudar, había tenido que quitarme el abrigo.

Él delante y yo detrás, atravesamos al menos una docena de aposentos de distintas dimensiones, unos vastos como auténticas salas, otros pequeños, mínimos incluso, y unidos a veces por pasillos no siempre rectos

ni al mismo nivel. Por último, al llegar a la mitad de uno de dichos pasillos, el profesor Ermanno se detuvo ante una puerta.

—Ya hemos llegado —dijo.

Señaló la puerta con el pulgar y me guiñó un ojo.

Se disculpó por no poder entrar también él, porque —explicó— tenía que revisar ciertas cuentas de las fincas; prometió enviar al cabo de un rato a «una de las chicas con algo caliente», tras lo cual, después de haberme hecho prometer que volvería (seguía guardando para mí las copias de sus trabajos históricos venecianos, ¡que no lo olvidara!), me estrechó la mano y desapareció rápido al final del pasillo.

Entré.

—¡Ah, ya estás aquí! —me saludó Alberto.

Estaba arrellanado en una butaca. Se alzó apoyando las dos manos en los brazos de la butaca, se puso en pie, dejó abierto y boca abajo el libro que estaba leyendo, sobre una mesita baja contigua y, por último, vino a mi encuentro.

Llevaba pantalones de franela grises, uno de sus hermosos jerséis de color de hoja seca, zapatos ingleses

marrones (eran Dawson auténticos —me dijo después—: Los encontraba en Milán en una tiendecita cercana a San Babila), camisa de franela con cuello abierto y sin corbata y entre los dientes la pipa. Me estrechó la mano sin excesiva cordialidad. Entretanto, miraba fijamente un punto situado detrás de mí. ¿Qué era lo que atraía su atención? Yo no comprendía.

—Perdona —murmuró.

Me esquivó, ladeando su larga espalda, y en el instante en que pasaba ante mí advertí que había dejado entornada la doble puerta. No obstante, ya estaba allí Alberto y se ocupaba personalmente de cerrarla. Cogió el pomo de la puerta exterior, pero, antes de tirar de él, se asomó a mirar fuera, en el pasillo.

—¿Y Malnate? —pregunté—. ¿No ha llegado aún?

—No, aún no —respondió, mientras volvía.

Me hizo entregarle sombrero, bufanda y abrigo, tras lo cual desapareció en el cuartito contiguo. Así, a través de la puerta de comunicación, tuve la oportunidad de conocer ya desde entonces algo de dicha habitación: parte de la cama con una colcha de lana a cuadros rojos y azules, de tipo deportivo, a los pies de la cama un *pouf* de piel y un pequeño desnudo



masculino de De Pisis enmarcado en un sencillo listón de color claro y colgado de la pared junto a la puertecita que daba al baño, también entornada.

—Siéntate —decía, entretanto, Alberto—. Vuelvo enseguida.

En efecto, reapareció enseguida y ahora, sentado ante mí, en la butaca de la que lo había visto levantarse poco antes con ligerísima expresión de simpatía distante, objetiva, que en él, ya lo sabía yo, era señal del máximo interés por los demás de que era capaz. Me sonreía descubriendo sus grandes incisivos, heredados de la familia de su madre: demasiado grandes y fuertes para su largo y pálido rostro y para las propias encías, no menos exangües que el rostro.

—¿Quieres oír un poco de música? —propuso, al tiempo que señalaba un radiogramófono colocado en un ángulo del estudio junto a la entrada—. Es un Philips, excelente de verdad.

Hizo ademán de alzarse de nuevo de la butaca, pero lo detuve.

—No, espera —dije—. Si acaso luego.

Miré a mi alrededor.

—¿Qué discos tienes?

—Oh, un poco de todo: Monteverdi, Scarlatti, Bach, Mozart, Beethoven. Pero no temas, también dispongo de bastante jazz: Armstrong, Duke Ellington, Fats Waller, Benny Goodman, Charlie Kunz...

Siguió enumerando nombres y títulos, cortés y ecuánime como de costumbre, pero con indiferencia: ni más ni menos que si me diera a escoger en una lista de manjares que él, por su parte, se abstendría de probar. Sólo se animó, moderadamente, para explicarme las virtudes de *su* Philips. Era —dijo— un aparato bastante excepcional y ello gracias a ciertos «mecanismos» ideados por él y que había introducido un excelente técnico milanés. Esas modificaciones se referían sobre todo a la calidad del sonido, emitido, no ya por un altavoz único, sino por cuatro fuentes sonoras distintas. En efecto, había un altavoz reservado a los sonidos bajos, otro a los medios, otro a los altos y otro a los muy altos; de modo que, por el altavoz destinado, pongamos por caso, a los sonidos muy altos, hasta los silbidos —y se echó a reír con ganas— «salían» a la perfección. Y, por favor, no fuera yo a creer que los cuatro altavoces estaban juntos. Dentro del mueblecito del radiogramófono sólo había dos: el de los sonidos medios y el de los altos. El de los muy altos se le había

ocurrido ocultarlo ahí, al fondo, junto a la ventana, mientras que el cuarto, el de los bajos, lo había colocado precisamente bajo el diván en que estaba yo sentado. Y todo ello con el fin de conseguir cierto efecto estereofónico.

En aquel momento entró Dirce, en bata de tela azul y delantal blanco, ceñido a la cintura, y arrastrando tras de sí el carrito del té. Vi aparecer en el rostro de Alberto una expresión de ligera contrariedad. También la muchacha debió de advertirlo.

—Ha sido el profesor quien me ha ordenado que lo trajera enseguida —dijo.

—No tiene importancia. Mientras, tomaremos una taza nosotros.

La hija de Perotti, de cabellos rubios y rizados y mejillas arreboladas propias de las mujeres vénetas de las estribaciones de los Alpes, preparó en silencio y con los ojos bajos las tazas, las colocó sobre la mesita y, por último, se retiró. En el aire del cuarto quedó un agradable olor a jabón y borotalco. También el té, a lo que me pareció, tenía ligeramente ese sabor.

Mientras bebía, seguía yo mirando a mi alrededor. Admiraba la decoración del cuarto, tan racional,

funcional, moderna, tan diferente de la del resto de la casa, y, sin embargo, no comprendía por qué me invadía una sensación cada vez mayor de incomodidad, de opresión.

—¿Te gusta cómo he arreglado el estudio? —me preguntó Alberto.

Parecía de pronto deseoso de obtener mi aprobación, que yo no le negué, naturalmente: me deshice en elogios de la sencillez del mobiliario (tras ponerme en pie, había ido a examinar de cerca una gran mesa de dibujo, colocada de través junto a la ventana, encima de la cual había una perfecta lámpara articulada, de metal) y, sobre todo, de las luces indirectas que —dije— me parecían no sólo muy sedantes, sino también de lo más adecuadas para trabajar.

Me dejaba hablar y parecía contento.

—¿Has diseñado tú los muebles?

—Pues no. Los he copiado un poco de *Domus* y de *Casabella* y un poco de *Studio*, ya sabes, esa revista inglesa... Me los ha hecho un ebanista de Via Coperta.

Oírme aprobar sus muebles —añadió— no podía sino llenarlo de satisfacción. En realidad, para estar o para trabajar, ¿qué necesidad había de rodearse de

cosas feas o de antiguallas acaso? En cuanto a Giampi Malnate (se incorporó un poco, al nombrarlo), ya podía insinuar que el estudio así decorado se parecía más a una *garçonnière* que a un estudio y sostener, además, como buen comunista, que las cosas pueden ofrecer como máximo paliativos, sucedáneos, ya que él era contrario por principios a sucedáneos y paliativos de cualquier clase e incluso a la técnica, también, siempre que la técnica parece confiar a un cajón de cierre perfecto, por poner un ejemplo, la resolución de todos los problemas del individuo, incluidos los morales y políticos. De todos modos, él —y se tocó el pecho con un dedo— era de parecer diferente. Aun respetando las opiniones del Giampi (era comunista, ya lo creo: ¿no lo sabía yo?), la vida le parecía ya bastante confusa y aburrida como para que también lo fueran muebles y objetos cotidianos, nuestros mudos y fieles compañeros de habitación.

Fue la primera y última vez que lo vi acalorarse, tomar partido por unas ideas frente a otras. Tomamos otra taza de té, pero ahora la conversación languidecía, hasta el punto de que hubo que recurrir a la música.

Escuchamos un par de discos. Volvió Dirce con una bandeja de pastas. Por fin, hacia las siete, sonó el teléfono, situado sobre una escribanía junto a la mesa

de dibujo.

—¿Qué te apuestas a que es el Giampi? —farfulló Alberto, al tiempo que acudía a cogerlo.

Antes de descolgar, vaciló un instante: como el jugador que, tras recibir las cartas, retrasa el momento de mirar cara a cara la suerte.

Pero era Malnate, efectivamente, como comprendí enseguida.

—Entonces, ¿qué haces? ¿No vienes? —decía Alberto, decepcionado, con tono de queja casi infantil.

El otro habló un buen rato (pegado a la oreja de Alberto, el auricular vibraba bajo el embate de su grueso y tranquilo acento lombardo). Por último, distinguí un «adiós» y se interrumpió la comunicación.

—No viene —dijo Alberto.

Volvió despacio hacia la butaca, se dejó caer en ella, se estiró y bostezó.

—Parece que ha debido quedarse en la fábrica —añadió—, y que tiene aún para dos o tres horas. Se ha disculpado y me ha dicho que te diera recuerdos.

Más que el genérico «hasta pronto» que había intercambiado con Alberto al despedirme de él, fue una carta de Micòl, que llegó unos días después, lo que me animó a volver.

Se trataba de una carta ingeniosa, ni demasiado larga ni demasiado corta, escrita por las cuatro caras de dos hojas de papel azul que una caligrafía impetuosa y al tiempo ligera había llenado rápidamente, sin titubeos ni correcciones. Micòl empezaba excusándose: se había marchado de improviso, ni siquiera me había dicho adiós, y eso no había sido elegante de su parte, estaba más que dispuesta a reconocerlo. Sin embargo, antes de partir —añadía—, había intentando telefonearme, por desgracia sin encontrarme; además, había recomendado a Alberto que en el caso posible de que yo no volviera a dar señales de vida se encargase él de buscarme. Si así había sido, ¿había mantenido Alberto su juramento de recuperarme «a toda costa»? Él, con su famosa flema, acababa siempre dejando perder todos los contactos y, sin embargo, ¡necesitaba tanto los contactos, el desdichado! La carta continuaba con otras

dos páginas y media, hablando de la tesis, que ya «navegaba hacia el puerto final», aludía a Venecia, que en invierno hacía «llorar sencillamente», y concluía, por sorpresa, con la traducción en verso de un poema de Emily Dickinson:

Ésta:

*Morii per la Bellezza; e da poco ero*

*discesa nell'avello,*

*che, caduto pel Vero, uno fu messo*

*nell'attiguo sacello.*



*«Perché sei morta?», mi chiese sommesso.*

*Dissi: «Morii pel Bello».*

*«Io per la Verità: dunque è lo stesso*

*—disse—, son tuo fratello».*

*Da tomba a tomba, come due congiunti*

*incontrastisi a notte,*

*parlavamo così; finché raggiunti*

*l'erba ebbe nomi e bocche.*

Seguía una posdata, que decía textualmente: «*Alas, poor Emily*. ¡Ya ves a qué clase de compensaciones se ve obligada a recurrir la abyecta soltería!».

Me gustó la traducción, pero sobre todo me impresionó la posdata. ¿A quién debía yo referirla? ¿A la «*poor Emily*» o, más bien, a una Micòl en fase depresiva, de autoconmiseración?

En mi respuesta procuré una vez más ocultarme detrás de espesas cortinas de humo. Tras haber hablado de mi primera visita a su casa, sin contar lo que de decepcionante había tenido para mí, y prometer que no tardaría en volver, me ceñí, prudente, a la literatura. El poema de Dickinson era estupendo —escribí—, pero excelente también la traducción que ella había hecho y,

precisamente por su sabor un poco anticuado, un poco «estilo Carducci». Me había gustado sobre todo por su fidelidad. Con el diccionario en la mano, la había comparado con el texto inglés y sólo había encontrado un punto tal vez discutible: que tradujera *moss*, que significaba propiamente «musgo, moho», por «hierba». Por supuesto —proseguí—: aun en su estado actual, su traducción quedaba bastante bien, pues en ese terreno siempre era preferible una bella infidelidad a una fealdad servil. De todos modos, el defecto que le señalaba era muy fácil de remediar. Bastaría corregir la última estrofa así:

*Da tomba a tomba, come due congiunti*

*incontrastisi a notte,*

*parlavamo: finché il muschio raggiunti*

*ebbe i nomi, le bocche.*

Micòl respondió dos días después con un telegrama en el que me agradecía «de todo corazón, ¡de verdad!» mis consejos literarios y después, el día siguiente, con una nota por correo en la que me enviaba dos nuevas redacciones mecanografiadas de la traducción. Yo, a mi vez, mandé una epístola de una decena de caras que refutaba punto por punto su nota. En resumidas cuentas, por carta nos mostrábamos mucho más torpes y apagados que por teléfono, hasta el punto de que en breve dejamos de escribirnos. Pero, entretanto, yo había reanudado las visitas al estudio de Alberto y ahora con regularidad, más o menos todos los días.

Acudía también Giampiero Malnate, casi tan asiduo y puntual. Conversando, discutiendo, con frecuencia riñendo (odiándonos y estimándonos a un tiempo, en una palabra, desde el primer momento), así fue como pudimos conocernos a fondo y empezar muy pronto a tutearnos.

Recordaba yo cómo se había expresado Micòl a

propósito de su «físico». También a mí me parecía rudo y pesado, el Malnate; también yo, como ella, experimentaba con frecuencia auténtica impaciencia ante esa sinceridad, esa lealtad, esa eterna protesta de franqueza viril, ante esa pacata fe en un futuro lombardo y comunista que se traslucía en sus ojos grises, demasiado humanos. No obstante, a partir de la primera vez que yo me había sentado frente a él, en el estudio de Alberto, sólo había deseado una cosa: que me estimara, que no me considerase un intruso entre Alberto y él y que, por último, no juzgara desafortunado el trío cotidiano en que, no por su propia iniciativa, desde luego, se había visto embarcado. Creo que la adopción también por mí de la pipa se remonta precisamente a aquella época.

Hablábamos de muchas cosas, nosotros dos (Alberto prefería quedarse escuchando), pero sobre todo de política, evidentemente. Eran los meses que siguieron al pacto de Múnich y eso precisamente, el pacto de Múnich y sus consecuencias, era el tema que aparecía con mayor frecuencia en nuestras conversaciones. ¿Qué haría Hitler, ahora que la región de los Sudetes había quedado incorporada al Gran Reich? ¿En qué dirección golpearía ahora? Por mi parte, yo no era pesimista y por una vez Malnate me daba la razón. En mi opinión, el acuerdo que Francia e

Inglaterra se habían visto obligadas a firmar al término de la crisis del pasado septiembre no duraría mucho. Sí, Hitler y Mussolini habían inducido a Chamberlain y a Daladier a abandonar la Checoslovaquia de Beneš a su destino. Pero ¿y después? Dentro de poco, Francia e Inglaterra, cambiando acaso a Chamberlain y Daladier por hombres más jóvenes y decididos (¡ésa era la ventaja del sistema parlamentario! —exclamaba yo—), estarían en condiciones de enseñar los dientes. El tiempo había de jugar por fuerza a su favor.

No obstante, bastaba con que habláramos de la guerra de España, a punto de acabar ya, o que nos refiriésemos de algún modo a la URSS, para que la actitud de Malnate respecto a las democracias occidentales o, en aquel caso concreto, a mí, considerado con ironía su representante y paladín, se volviera al instante menos flexible. Aún lo veo adelantar su gran cabeza morena con la frente brillante de sudor, clavar la mirada en la mía con el habitual e insoportable intento de chantaje, entre moral y sentimental, al que recurría tan de buena gana, mientras su voz adoptaba tonos bajos, cálidos, persuasivos, pacientes. Pero, por favor —preguntaba—, ¿quiénes habían sido los auténticos responsables de la rebelión franquista? ¿Acaso no lo habían sido las derechas francesas e inglesas, que no sólo la habían

tolerado, al comienzo, sino que, además, la habían apoyado y aplaudido incluso, después? Exactamente igual que el comportamiento anglofrancés, correcto en la forma pero ambiguo en realidad, había permitido a Mussolini, en 1935, engullir de un bocado a Etiopía, también en España había sido sobre todo la culpable decisión de los Baldwin, los Halifax y el propio Blum, lo que había hecho inclinarse la balanza de la suerte del lado de Franco. De nada servía acusar a la URSS y a las Brigadas Internacionales —insinuaba con tono cada vez más afable—, imputar a Rusia, que había pasado a ser la cómoda cabeza de turco al alcance de todos los imbéciles, que ya se estuviesen precipitando los acontecimientos allí. La verdad era muy otra: sólo Rusia había comprendido desde el comienzo quiénes eran el Duce y el Führer, sólo ella había previsto con claridad el inevitable entendimiento entre los dos y enseguida había actuado en consecuencia. En cambio, las derechas francesas e inglesas, subversoras del orden democrático como todas las derechas de todos los países y de todas las épocas, siempre habían visto la Italia fascista y la Alemania nazi con mal disimulada simpatía. A los reaccionarios de Francia y de Inglaterra, el Duce y el Führer podían parecerles, desde luego, tipos un poco incómodos, un tanto mal educados y excesivos, pero preferibles desde cualquier punto de vista a Stalin, pues

Stalin, ya se sabe, había sido siempre el demonio. Tras haber agredido y anexionado a Austria y Checoslovaquia, Alemania empezaba ya a presionar sobre Polonia. Bueno, pues, si Francia e Inglaterra habían quedado reducidas al papel de observadoras resignadas, la responsabilidad de su impotencia actual había que atribuirle precisamente a esos honrados caballeros, dignos y decorativos, con sombrero de copa y levita (tan adecuados para corresponder al menos en la forma de vestir a las nostalgias decimonónicas de tantos literatos decadentes...), que aún ahora las gobernaban.

Pero la actitud polémica de Malnate se volvía aún más enérgica siempre que pasábamos a hablar de la historia italiana de los últimos decenios.

Era evidente —decía—: Para mí y para el propio Alberto el fascismo no había sido otra cosa, en el fondo, que la enfermedad repentina e inexplicable que ataca a traición al organismo sano o, por usar una frase grata a Benedetto Croce, «vuestro común maestro» (en ese momento Alberto no dejaba nunca de ponerse a mover la cabeza desolado, en señal de desacuerdo, pero él no le hacía caso), la invasión de los hicsos. Para nosotros dos, en una palabra, la Italia liberal de los Giolitti, los Nitti, los Orlando e incluso la de los Sonnino, los



Salandra y los Facta, había sido enteramente hermosa y santa, producto milagroso de una especie de edad de oro que, si se hubiera podido, habría sido oportuno recobrar tal cual. Pero estábamos en un error, ¡y qué error! El mal no había sobrevenido de improviso, ni mucho menos. Al contrario, venía de muy lejos, de los primerísimos años del *Risorgimento*, caracterizados por una ausencia total, había que ser sinceros, de participación del pueblo, del pueblo de verdad, en la causa de la Libertad y la Unidad. ¿Giolitti? Si Mussolini había podido superar la crisis que había seguido al asesinato de Matteotti, en 1924, cuando todo parecía desmoronarse a su alrededor y hasta el rey vacilaba, debíamos agradecerse precisamente a nuestro Giolitti, y a Benedetto Croce, también, dispuestos ambos a tragar cualquier sapo con tal de impedir y retrasar el avance de las clases populares. Habían sido precisamente ellos, los liberales de nuestros sueños, quienes habían concedido a Mussolini el tiempo necesario para recuperar el aliento. Apenas seis meses después, el Duce les había pagado el servicio suprimiendo la libertad de prensa y disolviendo los partidos. Giovanni Giolitti se había retirado de la vida política y se había refugiado en sus haciendas del Piamonte; Benedetto Croce había vuelto a sus predilectos estudios filosóficos y literarios. Pero había

habido personas muchísimo menos culpables, o incluso del todo inocentes, que lo habían pagado mucho más caro. Amendola y Gobetti habían muerto apaleados; Filippo Turati se había extinguido en el exilio, lejos de su Milán, donde pocos años antes había enterrado a la pobre señora Anna; Antonio Gramsci había seguido el camino de las cárceles patrias (había muerto el año pasado, en la cárcel: ¿no lo sabíamos?); los obreros y campesinos italianos, junto con sus jefes naturales, habían perdido toda esperanza efectiva de emancipación social y dignidad humana y ahora vegetaban y morían en silencio desde hacía casi veinte años.

No me resultaba fácil oponerme a esas ideas y por diversas razones. En primer lugar, porque la cultura política de Malnate, que había mamado el socialismo y el antifascismo en familia desde su más tierna infancia, era superior a la mía. En segundo lugar, porque el papel al que pretendía reducirme (el de literato decadente o «hermético», como él decía, formado en política con los libros de Benedetto Croce) me parecía inadecuado, falso y refutable, por tanto, aun antes de que se iniciara cualquier discusión entre nosotros. El caso es que yo prefería callar, poniendo una sonrisa vagamente irónica. Me aguantaba y sonreía.

En cuanto a Alberto, también guardaba silencio: en parte porque por lo general no tenía nada que objetar, pero sobre todo para permitir a su amigo ensañarse contra mí, cosa que le satisfacía sobremanera. Entre tres personas encerradas días y días discutiendo en una habitación, es casi fatal que dos de ellas acaben haciendo frente común contra la tercera. Con tal de coincidir con el Giampi, de mostrársele solidario, Alberto parecía dispuesto a aceptarlo todo, de él, incluso que lo metiese a menudo en el mismo saco conmigo. Era cierto: Mussolini y sus compinches estaban acumulando contra los judíos italianos infamias y atropellos de todas clases —decía, por ejemplo, Malnate—; el tristemente famoso Manifiesto de la Raza del pasado julio, redactado por diez supuestos «estudiosos fascistas», no se sabía cómo considerarlo: si más vergonzoso que ridículo o al revés. Pero, una vez admitido eso —añadía—, ¿podíamos decirle, nosotros, cuántos habían sido en Italia los «israelitas» antifascistas antes de 1938? Muy pocos, se temía él, una minoría exigua, si también en Ferrara, como Alberto le había dicho varias veces, el número de ellos afiliados al Fascio había sido siempre elevadísimo. Yo mismo en 1936 había participado en los *Littoriali* de la Cultura. ¿Leía ya, en aquella época, la *Historia de Europa* de Croce? ¿O había esperado para sumergirme

en su lectura al año siguiente, el del *Anschluss* y las primeras escaramuzas de un racismo italiano?

Yo me aguantaba y sonreía, a veces rebelándome, pero con mayor frecuencia no, repito, conquistado a mi pesar por su franqueza y sinceridad, en cierto modo demasiado rudas y despiadadas, desde luego, demasiado propias de un *goy* —me decía a mí mismo—, pero en el fondo compasivas de verdad, porque eran de verdad igualitarias y fraternales. Y si en determinado momento Malnate se ponía a demostrar a Alberto, acusando acaso, y no en broma precisamente, a él y a su familia de ser, «al fin y al cabo», inmundos terratenientes, siniestros latifundistas y aristócratas y, encima, nostálgicos, evidentemente, del feudalismo medieval, razón por la que no era, «al fin y al cabo», tan injusto que ahora pagaran de algún modo el tributo de los privilegios que habían disfrutado hasta entonces (Alberto, doblado en dos como para defenderse de las ráfagas de un huracán, se reía hasta las lágrimas, al tiempo que decía con la cabeza que sí, que él, por su cuenta, estaba dispuesto a pagar con mucho gusto), no sin complacencia secreta lo escuchaba yo lanzar invectivas contra mi amigo. El niño de los años anteriores a 1929, el que, caminando junto a su mamá por los senderos del cementerio, siempre la había oído calificar la solitaria tumba monumental de los

Finzi-Contini de «auténtico horror», surgía de repente desde lo más profundo de mí para aplaudir con maldad.

Podía, sin embargo, suceder, a veces, que Malnate pareciera casi olvidar mi presencia. Y eso en general le sucedía cuando se ponía a evocar de nuevo con Alberto «los tiempos» de Milán, los amigos y las amigas comunes de entonces, los restaurantes que solían frecuentar juntos, las noches en La Scala, los partidos de fútbol en la Arena o en San Siro, las excursiones de fin de semana a la montaña y a la Riviera. Habían formado parte los dos de un «grupo» —se había dignado explicarme una tarde— que exigía, unánime, a sus miembros un solo requisito: la inteligencia. ¡Grandes tiempos, aquéllos, de verdad! —había suspirado—. Caracterizado por el desprecio hacia cualquier forma de provincianismo y retórica, habrían podido considerarse, además de los mejores de su juventud, los de la Gladys, una bailarina del Lírico que había sido por unos meses amiga suya (en serio, no estaba nada mal, la Gladys: alegre, «buena compañera», desinteresada en el fondo, puta como Dios manda...) y después, por haberse encaprichado sin éxito de Alberto, había acabado dejándolos plantados a los dos.

—Nunca he comprendido por qué rechazó siempre

Alberto a la pobre Gladys —había añadido con un ligero guiño.

Luego, volviéndose hacia Alberto, había dicho:

—Ánimo. Ya han pasado más de tres años, nos encontramos a casi trescientos kilómetros de distancia del lugar del delito. ¿Ponemos, por fin, las cartas sobre la mesa?

Pero Alberto había escurrido el bulto, ruborizado, y nunca más se habló de Gladys.

Le gustaba el trabajo que lo había traído por allí —repetía con frecuencia—; también Ferrara le gustaba, como ciudad, y le parecía absurdo, por no decir algo peor, que Alberto y yo pudiéramos considerarla una especie de tumba o de cárcel. Nuestra situación podía calificarse de particular sin duda. Pero nuestro error consistía en considerarnos miembros de la única minoría perseguida en Italia. ¡Vamos, hombre! Los obreros de la empresa donde él trabajaba, ¿qué creíamos que eran? ¿Brutos sin sensibilidad? Él habría podido nombrarnos a bastantes que no sólo no habían aceptado nunca el carnet, sino que, además, por ser socialistas o comunistas, habían sido apaleados y obligados a tomar aceite de ricino varias veces, pero seguían impertérritos y apegados a sus ideas. Había

asistido a algunas de sus reuniones clandestinas, con la agradable sorpresa de encontrarse, además de obreros y campesinos que habían acudido a propósito, en bicicleta acaso, hasta de Mesola y Goro, también a tres o cuatro abogados de los más conocidos de la ciudad: prueba de que tampoco aquí, en Ferrara, estaba toda la burguesía a favor del fascismo, no todos sus sectores habían traicionado. ¿Habíamos oído por casualidad hablar alguna vez de Clelia Trotti? ¿No? Bueno, pues, se trataba de una ex maestra de escuela, una viejecita que de joven, según le habían contado, había sido el alma del socialismo ferrarés, y seguía siéndolo, ¡ya lo creo!, pues a sus setenta años cumplidos no había reunión en la que no participara, alegre y vivaz. Él la había conocido precisamente así. Sobre su socialismo de tipo humanitario, estilo Andrea Costa, mejor era no hablar, no podía conducir a nada, claro está. Y, sin embargo, ¡cuánto ardor, en ella, cuánta fe, cuánta esperanza! Le había recordado incluso en el físico, sobre todo por sus azules ojos de antigua rubia, a la señora Anna, la compañera de Filippo Turati, a quien él había conocido de niño en Milán hacia 1922. Su padre, que era abogado, había pasado en 1898 con los Turati casi un año de cárcel. Íntimo amigo de los dos, había sido de los pocos que habían seguido atreviéndose a visitarlos los domingos por la tarde en su modesto piso de la Galleria.

Y él lo acompañaba con frecuencia.

No, por favor, Ferrara no era en absoluto esa cárcel que dábamos a entender nosotros. Desde luego, observándola desde la zona industrial, encerrada como aparecía en el recinto de sus viejas murallas, sobre todo los días de mal tiempo, la ciudad era fácil que diese una impresión de soledad, de aislamiento. No obstante, alrededor de Ferrara estaba el campo, rico, vivo, laborioso y, detrás del campo, a cuarenta kilómetros apenas, el mar, con playas desiertas ribeteadas de espléndidos bosques de acebos y pinos: el mar, sí, que siempre es un gran recurso. Pero aparte de eso, la propia ciudad, si se entraba en ella como él había decidido hacerlo, si se la observaba desde cerca sin prejuicios, albergaba en su seno, como cualquier otra, tales tesoros de rectitud, inteligencia, bondad y también valor, que sólo personas ciegas y sordas o, si no, duras de corazón podían dejar de conocerlos y valorarlos.



En los primeros tiempos, Alberto no cesaba de anunciar su inminente partida para Milán. Después, poco a poco, dejó de hablar de eso y la de su tesis de doctorado acabó convirtiéndose en una cuestión embarazosa que se debía eludir con cautela. Él no hablaba de ella y, según comprendíamos, deseaba que también nosotros la olvidáramos.

Como ya he indicado, sus intervenciones en nuestros debates eran escasas y siempre intrascendentes. Estaba a favor de Malnate, de eso no había duda: alegre, si triunfaba; preocupado, si, al contrario, era yo quien se perfilaba vencedor. Pero la mayor parte del tiempo guardaba silencio. Lanzaba, como máximo, alguna exclamación de vez en cuando. («¡Ah, ésta sí que es buena, la verdad...!»; «Sí, pero en cierto sentido...»; «Un momento: ¡examinémoslo con calma...!»), a la que tal vez seguía una breve risita, un quedo carraspeo.

Hasta físicamente solía escabullirse, anularse, desaparecer. Malnate y yo solíamos sentarnos frente a

frente, en el centro del cuarto, uno en el diván y el otro en uno de los dos sillones: con la mesita en el medio y los dos bien iluminados. Nos levantábamos sólo para pasar al pequeño baño contiguo a la alcoba o para ir a mirar qué tiempo hacía por los cristales del amplio ventanal que daba al jardín. Alberto prefería, al contrario, quedarse al fondo, protegido tras la doble barricada del escritorio y la mesa de dibujo. Las veces que se alzaba, lo veíamos rondar de aquí para allá por el cuarto de puntillas y con los codos pegados al cuerpo. Sustituía uno tras otro los discos de la radiogramola, atento siempre a que el volumen del sonido no cubriese nuestras voces, vigilaba los ceniceros y se ocupaba de vaciarlos en el baño, cuando estaban llenos, regulaba la intensidad de las luces indirectas, preguntaba bajito si deseábamos otro poco de té, rectificaba la posición de ciertos objetos. Adoptaba, en una palabra, la actitud atareada y discreta del anfitrión preocupado por una sola cosa: por que los importantes cerebros de sus huéspedes puedan funcionar en las mejores condiciones ambientales posibles.

No obstante, estoy convencido de que quien difundía por la estancia aquella sensación de vaga opresión que se respiraba era precisamente él con su meticuloso orden, sus cautas iniciativas imprevisibles, sus estratagemas. Bastaba, no sé, con que en las pausas

de la conversación comenzara a explicar las virtudes del sillón en que estaba yo sentado, cuyo respaldo «garantizaba» a las vértebras la posición «anatómicamente» más correcta y ventajosa, o que, al ofrecerme abierta la bolsita de piel oscura del tabaco de pipa, me recordase las diversas calidades de picadura indispensables, en su opinión, para que obtuviéramos de nuestras Dunhill y G.B.D. el mejor rendimiento (tanto de suave, tanto de fuerte, tanto de Maryland), o que, por motivos nunca del todo claros, sólo por él conocidos, anunciara con vaga sonrisa, al tiempo que indicaba con la cabeza la radiogramola, la exclusión temporal del sonido de alguno de los altavoces: en cada una de tales circunstancias, o semejantes, yo siempre estaba a punto de estallar con una crispación nerviosa.

Una tarde no conseguí contenerme. Desde luego —grité, dirigiéndome a Malnate—: Su actitud de diletante, de turista en el fondo, le permitía adoptar hacia Ferrara un tono de longanimidad e indulgencia que yo le envidiaba. Pero ¿cómo veía, él que hablaba tanto de tesoros de rectitud, bondad, etcétera, lo que me había sucedido a mí, precisamente a mí, unos días antes?

Había tenido la bonita idea —empecé a contar— de trasladarme con papeles y libros a la sala de consulta de

la Biblioteca Municipal de Via Scienze, lugar que frecuentaba desde los años del bachillerato y en el que me sentía casi como en casa. Todos muy amables, conmigo, entre aquellas viejas paredes. Después de que me matriculara en Letras, el director, doctor Ballola, había empezado a considerarme del oficio. En cuanto me veía, venía a sentarse a mi lado para comunicarme los progresos de ciertas investigaciones suyas, emprendidas hacía diez años, en torno al material biográfico de Ariosto que guardaba en su despacho particular, investigaciones con las que estaba seguro de «superar sin duda los resultados, por lo demás notables, obtenidos en este terreno por Catalano». En cuanto a los diversos empleados, me trataban con tal confianza y familiaridad, que no sólo me dispensaban del fastidio de rellenar los impresos para los libros, sino que, además, me dejaban incluso fumar un cigarrillo de vez en cuando.

Conque, como decía, aquella mañana se me había ocurrido la bonita idea de pasarla en la biblioteca. Pero apenas había tenido tiempo de sentarme a una mesa de la sala de consulta y sacar lo que precisaba, cuando uno de los empleados, un tal Poledrelli, un tipo de unos sesenta años, grueso, jovial, célebre devorador de tallarines e incapaz de pronunciar dos palabras seguidas, si no era en dialecto, se me había acercado

para ordenarme que me marchara y al instante. El bueno de Poledrelli, muy tieso, metiendo la barriga hacia dentro y consiguiendo hasta expresarse en italiano, había explicado en voz alta, oficial, que el señor director había dado órdenes terminantes al respecto: razón por la cual —había repetido— debía yo hacer el favor de levantarme y salir.

Aquella mañana la sala de consulta estaba particularmente llena de muchachos de las escuelas medias. La escena había sido seguida, en un silencio sepulcral, por no menos de cincuenta pares de ojos y otros tantos de oídos. Bueno, pues, precisamente por esa razón —proseguí—, no me había resultado nada agradable levantarme, recoger mis cosas de la mesa, volver a meter todo en la cartera y ganar después, paso a paso, el portalón de cristales de la entrada. De acuerdo: aquel infeliz de Poledrelli se había limitado a cumplir órdenes. Pero que se anduviese con mucho ojo, él, Malnate, si por casualidad tenía oportunidad de conocerlo (¡a saber si no pertenecería también Poledrelli al círculo de la maestra Trotti!), que se anduviera con mucho ojo, él, para no dejarse engañar por la falsa apariencia de bondad de su carota plebeya. Dentro de aquel pecho vasto como un armario albergaba un corazoncito así de pequeño: rico en linfa popular, de acuerdo, pero indigno de la menor confianza.

Pero es que, además —insistí—, ¿no estaba por lo menos fuera de lugar que viniese ahora a sermonear, no digo ya a Alberto, cuya familia siempre se había mantenido apartada de la vida social ciudadana, sino a mí, que, al contrario, había nacido y crecido en un ambiente demasiado dispuesto incluso a abrirse, a mezclarse con los demás en todo y por todo? Mi padre, voluntario de guerra, había entrado en el Fascio en 1919; yo mismo había pertenecido hasta ayer al GUF. Como habíamos sido, pues, siempre gente muy normal, nosotros, más aún, trivial incluso por su normalidad, habría sido de verdad absurdo que ahora, de buenas a primeras, se nos exigiese precisamente a nosotros un comportamiento fuera de la norma. Habría sido extraño, la verdad, que mi padre, a quien habían convocado a la Federación para anunciarle su expulsión del partido y, después, habían expulsado de la Cámara de Comercio por indeseable, opusiera, el pobre, a semejante trato un rostro menos angustiado y desalentado que el que yo le conocía. ¿Y mi hermano Ernesto, que, para entrar en la universidad, había tenido que emigrar a Francia y matricularse en la Escuela Politécnica de Grenoble? ¿Y Fanny, mi hermana, que apenas tenía trece años, obligada a continuar el bachillerato en la escuela israelita de Via Vignatagliata? ¿También de ellos, apartados bruscamente de sus compañeros de escuela,

de los amigos de infancia, se esperaba por casualidad un comportamiento excepcional? ¡Mejor no hablar! Una de las formas más odiosas de antisemitismo era precisamente ésa: lamentar que los judíos no fuesen bastante como los demás y después, en cambio, al comprobar su casi total asimilación al ambiente circundante, lamentar que fueran idénticos a los demás, ni siquiera un poco diferentes del término medio.

Me había dejado llevar por la rabia y me había salido un poco de los términos de la discusión y Malnate, que había estado escuchándome con atención, no dejó de hacérmelo notar al final. ¿Antisemita él? —farfullaba—. Francamente, ¡era la primera vez que le dirigían semejante acusación! Aún excitado, yo estaba a punto de replicar, de volver a la carga con mayor ímpetu. Pero en ese preciso instante, mientras pasaba por detrás de la espalda de mi adversario con la vertiginosa velocidad de un pájaro asustado, Alberto me lanzó una mirada implorante. «¡Basta, por favor!», decía su mirada. Que él, a escondidas de su amigo del alma, recurriera por una vez a lo que de más secreto había entre nosotros dos, me impresionó como un acontecimiento extraordinario. No repliqué, no dije nada. Inmediatamente, las primeras notas de un cuarteto de Beethoven interpretado por los Busch se elevaron en la humosa atmósfera del cuarto para sellar

mi victoria.

Pero la noche no fue importante sólo por eso. Hacia las ocho se puso a llover con tal violencia, que Alberto, tras una rápida consulta telefónica en jerga, tal vez con su madre, nos propuso que nos quedáramos a cenar.

Malnate se declaró encantado de aceptar. Cenaba casi siempre en Giovanni —contó—, «solo como un perro». Le parecía increíble poder pasar una velada «en familia». También yo acepté. Pero pedí permiso para telefonar a casa.

—¡Naturalmente! —exclamó Alberto.

Me senté donde solía sentarse él, tras el escritorio, y marqué el número. Mientras esperaba, miraba de soslayo, a través de los cristales de la ventana bañados por la lluvia. En la densa oscuridad apenas se distinguían las masas de los árboles. Más allá del negro intervalo del jardín, a saber dónde, centelleaba una lucecita.

Respondió por fin la quejumbrosa voz de mi padre.

—¿Ah, eres tú? —dijo—. Estábamos empezando a preocuparnos. ¿Desde dónde llamas?

—Voy a cenar fuera de casa —respondí.



—¡Con esta lluvia!

—Pues por eso precisamente.

—¿Estás aún en casa de los Finzi-Contini?

—Sí.

—Cuando vuelvas a casa, sea la hora que sea, pasa un momento a verme, por favor. Ya sabes que me cuesta mucho conciliar el sueño...

Colgué y alcé la vista. Alberto me miraba.

—¿Listo? —preguntó.

—Listo.

Salimos los tres al pasillo, atravesamos varias salas y salitas, bajamos por una escalinata a cuyo pie, con chaqueta y guantes blancos, esperaba Perotti y desde allí pasamos directamente al comedor.

El resto de la familia ya se encontraba en él. Estaban el profesor Ermanno, la señora Olga, la señora Regina y uno de los tíos de Venecia, el tisiólogo, quien, al ver entrar a Alberto, se levantó, fue a su encuentro y lo besó en ambas mejillas, tras lo cual, mientras le bajaba distraídamente con el dedo el borde de uno de los párpados inferiores, empezó a contarle la razón por

la que se encontraba allí. Había tenido que ir a Bolonia para una consulta —decía— y después, al regreso, había decidido quedarse a cenar, entre un tren y otro. Cuando entramos, el profesor Ermanno, su esposa y su cuñado estaban sentados ante la chimenea encendida, con Jor echado a sus pies cuan largo era. La señora Regina, en cambio, estaba sentada a la mesa, justo bajo la araña central.

Es inevitable que el recuerdo de mi primera cena en casa de los Finzi-Contini (estábamos aún en enero, creo) tienda a confundirse un poco en mí con los recuerdos de las muchas otras cenas en que participé durante el mismo invierno en la *magna domus*. Recuerdo, no obstante, con extraña precisión lo que comimos aquella noche: a saber, una sopa de arroz con menudillos, pavo trufado en gelatina, lengua curada con guarnición de aceitunas negras y espinacas en vinagre, una tarta de chocolate, fruta del tiempo y frutos secos, nueces, avellanas, pasas, piñones. Recuerdo también que casi de inmediato, apenas nos hubimos sentado a la mesa, Alberto tomó la iniciativa de relatar la historia de mi reciente exclusión de la Biblioteca Municipal y que una vez más me sorprendió el escaso asombro suscitado en los cuatro ancianos por semejante noticia. Tampoco sus comentarios posteriores sobre la situación general ni los relativos al dúo Ballola-Poledrelli, sacado a relucir de

vez en cuando a lo largo de toda la cena, fueron, en realidad, demasiado acerbos, sino, como de costumbre, elegantes y sarcásticos, casi alegres. Y alegre, claramente alegre y satisfecho, era más tarde el tono de voz con que el profesor Ermanno, tras cogerme del brazo, me propuso aprovechar a partir de entonces con libertad, como y cuando quisiera, los casi veinte mil libros de la casa, gran parte de los cuales —me dijo— se referían a la literatura italiana de mediados y fines del siglo XIX.

Pero lo que mayor impresión me causó, desde aquella primera cena, fue sin duda el comedor en sí, con sus muebles de madera rojiza, de estilo floreado, su gran chimenea de boca arqueada y sinuosa, casi humana, sus paredes forradas con cuero excepto una, totalmente acristalada, que encuadraba la oscura y silenciosa tempestad del jardín como la portilla del *Nautilus*: tan íntimo, tan resguardado, tan enterrado casi diría y, sobre todo, tan adecuado para quien yo era entonces, ¡ahora lo comprendo!, a fin de proteger esa especie de brasa perezosa que tantas veces es el corazón de los jóvenes.

Al cruzar el umbral, tanto yo como Malnate habíamos sido recibidos con gran amabilidad y no sólo por el profesor Ermanno, cortés, jovial y vivaz como

siempre, sino también por la señora Olga. Había sido ella quien había distribuido los puestos en la mesa. Malnate, a su derecha; yo, por el lado opuesto de la mesa, a la derecha de su marido; su hermano Giulio, a su izquierda, entre ella y su anciana madre. También esta última, entretanto, bellísima con sus rosadas mejillas, sus blancos cabellos de seda, más poblados y luminosos que nunca, miraba a su alrededor, afable y divertida.

El sitio frente a mí, con todos sus platos, vasos y cubiertos, parecía en espera de un séptimo convidado. Mientras Perotti estaba aún sirviendo en torno a la mesa la sopa de arroz, yo había preguntado en voz baja al profesor Ermanno a quién estaba reservada la silla a su izquierda. Y él, en voz no menos baja, me había respondido que aquella silla, «era de suponer», ya no esperaba a nadie (miró la hora en su grueso Omega de pulsera, movió la cabeza, suspiró), pues era precisamente la silla que solía ocupar Micòl: «mi Micòl», según dijo exactamente.

El profesor Ermanno no había exagerado. Entre los casi veinte mil libros de la casa, muchísimos de los cuales de tema científico o histórico o de diversas materias de erudición (en alemán, la mayoría de estos últimos), había, en efecto, varios centenares relativos a la literatura de la Nueva Italia. Además se puede decir que no faltaba nada de lo que se había publicado en el ambiente literario carducciano de fines de siglo, en los decenios en que Carducci había enseñado en Bolonia. Estaban los volúmenes en verso y en prosa no sólo del Maestro, sino también de Panzacchi, Severino Ferrari, Lorenzo Stecchetti, Ugo Brilli, Guido Mazzoni, el joven Pascoli, el joven Panzini, el jovencísimo Valgimigli; primeras ediciones, en general, casi todas con dedicatorias autógrafas a la baronesa Josette Artom di Susegana. No cabe duda de que aquellos libros, reunidos en tres estantes aislados y con cristales que ocupaban toda una pared de un vasto salón del primer piso contiguo al estudio personal del profesor Ermanno y cuidadosamente catalogados, representaban en conjunto una colección con la que cualquier biblioteca pública, incluida la del Archiginnasio de Bolonia,

habría deseado adornarse. No faltaban en dicha colección ni siquiera los casi inencontrables tomitos de prosas líricas de Francesco Acri, el famoso traductor de Platón, que hasta entonces conocía yo sólo como traductor: no tan «santo», pues, como nos aseguraba en quinto de bachillerato el profesor Meldolesi (porque había sido alumno también de Acri, Meldolesi), ya que sus dedicatorias a la abuela de Alberto y Micòl resultaban, en el coro, las más galantes tal vez, las más masculinamente conscientes de la excelsa belleza a la que se referían.

Al poder disponer de toda una biblioteca especializada y, además, con la extraña avidez por volver a encontrarme todas las mañanas allí, en la gran sala, cálida y silenciosa, iluminada por tres altos ventanales adornados con cortinajes de seda blanca a tiras rojas verticales y en cuyo centro se extendía la mesa de billar cubierta con un forro de color gris, en los dos meses y medio que siguieron conseguí acabar mi tesis sobre Panzacchi. Si lo hubiese deseado de verdad, quién sabe, tal vez habría logrado terminarla antes. Pero ¿era de verdad eso lo que había pretendido? ¿O había procurado, más bien, conservar por el mayor tiempo posible el derecho a presentarme en la casa de los Finzi-Contini *también* por la mañana? Ciertamente es que hacia mediados de marzo (entretanto, había llegado la

noticia de que Micòl se había doctorado: con la máxima calificación) yo seguía aún perezosamente apegado a aquel pobre privilegio mío de usar, incluso por la mañana, la casa de la que ella insistía en mantenerse alejada. Ya nos separaban pocos días de la Pascua católica, que aquel año casi coincidía con *Pésaj*, la Pascua judaica. Si bien la primavera estaba al caer, una semana antes había nevado con extraordinaria abundancia, tras lo cual el frío había vuelto intenso. Parecía como si el invierno no quisiera marcharse nunca. Y también yo, con el corazón embargado por un oscuro y misterioso lago de temor, me aferraba al pequeño escritorio que desde el pasado enero el profesor Ermanno había mandado colocar para mí bajo la ventana central del salón de billar, como si, con eso, pudiera detener el imparable avance del tiempo. Me levantaba, me acercaba a la ventana, miraba abajo, al jardín. Sepultado bajo una capa de nieve de medio metro de altura, el Barchetto del Duca, tan blanco, aparecía transformado en un paisaje de saga nórdica. A veces me sorprendía a mí mismo esperando precisamente eso: que nieve y hielo no se disolvieran nunca, que durasen eternamente.

Por dos meses y medio, mis jornadas habían sido más o menos las mismas. Puntual como un empleado, salía de casa con el frío de las ocho y media, casi

siempre en bicicleta, pero a veces también a pie. Veinte minutos después como máximo, ahí estaba ya llamando al portalón del final de Corso Ercole I d'Este y, después, atravesando el jardín, invadido hacia comienzos de febrero por el delicado olor de las amarillas flores del calicanto. A las nueve estaba ya trabajando en el salón de billar, en el que permanecía hasta la una y al que volvía hacia las tres de la tarde. Más adelante, hacia las seis, pasaba a ver a Alberto, seguro de que encontraría también a Malnate. Y, por último, como ya he dicho, a los dos nos invitaban con frecuencia a cenar. En ese sentido, muy pronto había llegado a ser incluso tan normal para mí no ir a cenar a casa, que ya ni siquiera telefoneaba a mis padres. Acaso hubiera dicho a mi madre, al salir: «Creo que esta noche me quedaré a cenar allí». Allí: y no hacían falta otras precisiones.

Trabajaba horas y horas sin que nadie apareciera por allí, salvo Perotti, hacia las once, que traía una tacita de café en una bandejita de plata. También eso, el café de las once, había pasado a ser casi un rito cotidiano, una costumbre adquirida sobre la que no valía la pena que ni él ni yo gastáramos saliva. De lo que me hablaba, Perotti, mientras esperaba a que hubiese acabado de tomar el café, era, si acaso, de la «marcha» de la casa, en su opinión gravemente comprometida por la ausencia demasiado prolongada de la «señorita», que, de



acuerdo, desde luego, tenía que obtener el título de profesora, si bien... (y ese «si bien», acompañado de una mueca dubitativa, podía aludir a muchas cosas: a que los señores, dichosos ellos, no tenían la menor necesidad de ganarse la vida, como también a las leyes raciales que en cualquier caso convertirían *nuestros* diplomas de doctorado en simples pedazos de papel, carentes de la menor utilidad práctica)... pero que habría podido hacer alguna escapada, dado que sin ella la casa estaba yendo *a ramengo* (a la ruina), alguna escapadita, acaso una semana sí y otra no. Conmigo, Perotti encontraba siempre la forma de quejarse de los señores. En señal de desconfianza y desaprobación, apretaba los labios, guiñaba un ojo, movía la cabeza. Cuando se refería a la señora Olga, llegaba incluso a tocarse la frente con un tosco índice. Yo no le daba cuerda, por supuesto, firmemente decidido a no aceptar esas repetidas invitaciones tuyas a una complicidad servil que, además de repugnarme, me hería. Y al cabo de poco, ante mis silencios, mis frías sonrisas, no quedaba otro remedio a Perotti que marcharse, dejarme de nuevo solo.

Un día, en su lugar, se presentó la hija menor, Dirce. También ella esperó junto al escritorio a que acabara de beber el café. Yo bebía y la miraba de soslayo.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté, al devolverle la tacita vacía, al tiempo que el corazón se me ponía a latir como loco.

—Dirce —dijo sonriendo y la cara se le cubrió de rubor.

Llevaba puesta su habitual bata de tela azul, que, cosa curiosa, olía a *nursery*. Escapó sin responder a mi mirada, que intentaba encontrarse con la suya. Y un instante después yo me avergonzaba de lo que había sucedido (pero, en realidad, ¿qué había sucedido?), como si se tratara de la más vil, la más sordida de las traiciones.

El único de la familia que de vez en cuando aparecía era el profesor Ermanno. Abría la puerta del estudio, allá, al fondo, y después, de puntillas, avanzaba por el salón con tal cautela, que la mayoría de las veces sólo advertía su presencia cuando ya estaba ahí, a mi lado, inclinado respetuosamente sobre los papeles y los libros que yo tenía delante.

—¿Cómo va? —preguntaba complacido—. ¡Me parece que avanzamos a toda vela!

Yo hacía ademán de levantarme.

—No, no, sigue trabajando —exclamaba él—. Me

marcho enseguida.

No solía quedarse más de cinco minutos, durante los cuales encontraba siempre la forma de manifestarme toda la simpatía y la consideración que mi tenacidad en el trabajo le inspiraba. Me miraba con ojos ardientes, brillantes, como si de mí, de mi futuro literario, de estudioso, esperara quién sabe qué, como si contase conmigo para algún secreto designio suyo que trascendía no sólo a él, sino también a mí mismo... Y recuerdo, en relación con eso, que esa actitud suya hacia mí, pese a halagarme, me afligía un poco. ¿Por qué no pretendía lo mismo de Alberto —me preguntaba yo—, que era su hijo? ¿Por qué motivo aceptaba, en su caso, sin protestas ni lamentaciones que hubiera renunciado a doctorarse? ¿Y Micòl? En Venecia, Micòl estaba haciendo exactamente lo mismo que yo allí; estaba acabando de escribir su tesis. Y, sin embargo, nunca la nombraba, a Micòl, o, si lo hacía, no dejaba de suspirar. Parecía decir: «Es una chica y las mujeres es mejor que piensen en la casa, ¡y no en la literatura!». Pero ¿debía yo creerle de verdad?

Una mañana se quedó conversando más tiempo de lo habitual. Burla burlando, pasó a hablar una vez más de las cartas de Carducci y de sus «trabajillos» de tema veneciano: cosas todas ellas —dijo, señalando su

estudio, a mis espaldas— que guardaba «allá», al tiempo que sonreía misteriosamente, con expresión picaresca e invitante. Estaba claro: quería llevarme «allá» y quería al mismo tiempo que fuese yo quien se lo propusiera.

Me apresuré a complacerlo.

Conque nos trasladamos al estudio, que era una habitación casi tan grande como el salón de billar, pero empuñecida, hasta parecer angosta incluso, por una increíble acumulación de objetos de lo más diversos.

Libros, para empezar, había también allí muchísimos. Los de tema literario mezclados con los de ciencia (matemáticas, física, economía, agricultura, medicina, astronomía, etcétera); los de historia patria, ferraresa o veneciana, con los de «antigüedades judaicas»: los volúmenes abarrotaban sin orden, al azar, los acostumbrados estantes con cristales, ocupaban buena parte de la gran mesa de nogal, al otro lado de la cual el profesor Ermanno, sentado, probablemente no lograra sobresalir salvo con la punta del gorro; se amontonaban en pilas tambaleantes sobre las sillas, se apilaban hasta en el suelo, en montones dispersos prácticamente por todos lados. Además, un gran planisferio, un atril, un microscopio, media docena de barómetros, una caja fuerte de acero pintada de rojo

oscuro, una blanca camita de ambulatorio médico, varias clepsidras de diversos tamaños, un timbal de latón, un pianito vertical alemán, encima del cual había dos metrónomos encerrados en sus estuches piramidales, y muchos otros objetos más de dudosa utilidad y que recuerdo conferían al ambiente un aire de gabinete faustiano, respecto al cual él, el profesor Ermanno, fue el primero en sonreír y excusarse como si se tratara de una debilidad suya personal, privada: casi un resto de manías juveniles. Pero olvidaba decir que allí, al contrario que en las demás habitaciones de la casa, por lo general recargadas de pinturas, sólo se veía un cuadro: un enorme retrato tamaño natural de Lenbach, que colgaba, como un retablo, de la pared de detrás de la mesa. La espléndida dama rubia en él representada de pie, con los hombros desnudos, el abanico en la mano, enguantada, y la sedosa cola de su vestido blanco echada hacia adelante para realzar la longitud de sus piernas y la plenitud de sus formas, no era otra, evidentemente, que la baronesa Josette Artom di Susegana. ¡Qué frente de mármol, qué ojos, qué labios altaneros, qué pecho! Parecía de verdad una reina. El retrato de su madre fue la única cosa, entre las innumerables presentes en el estudio, ante la que el profesor Ermanno no sonrió: ni aquella mañana ni nunca.

En cualquier caso, aquella misma mañana me regaló, por fin, los dos opúsculos venecianos. En uno de ellos —me explicó el profesor— estaban recogidas y traducidas todas las inscripciones del cementerio israelita del Lido. El segundo, en cambio, trataba de una poetisa judía que había vivido en Venecia en la primera mitad del siglo XVII, tan conocida, en su tiempo, como olvidada ahora, «por desgracia». Se llamaba Sara Enríquez (o Enriques) Avigdòr. En su casa del Ghetto Vecchio había tenido abierto por algunos decenios un importante salón literario, asiduamente frecuentado, además de por el doctísimo rabino ferrarés-veneciano Leone da Modena, por muchos literatos de primera fila de la época y no sólo italianos. Había compuesto gran número de sonetos «excelentes», que aún esperaban a la persona capaz de reivindicar su belleza; por más de cuatro años, había mantenido una brillante correspondencia epistolar con el famoso Ansaldo Cebà, caballero genovés autor de un poema épico sobre la reina Ester, quien se había propuesto convertirla al catolicismo, pero después, al final, en vista de la inutilidad de su insistencia, había tenido que renunciar a ello. Una gran mujer, en conclusión: honor y gloria del judaísmo italiano en plena Contrarreforma y en cierto modo de la «familia» también —añadió el profesor Ermanno, mientras se sentaba a escribir unas líneas de

dedicatoria—, ya que parecía comprobado que su esposa descendía, por parte de madre, precisamente de ella.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa, me cogió del brazo y me condujo hasta el vano de la ventana.

Había, no obstante, una cosa —continuó, bajando la voz, como si temiera que alguien pudiese oír— sobre la que se sentía obligado a advertirme. Si, en el futuro, llegaba a ocuparme también yo de esta Sara Enríquez, o Enriques, Avigdòr (y era uno de esos temas que merecía un estudio mucho más prolijo y profundo que el hecho por él en su juventud), en determinado momento, fatalmente, tendría que habérmelas con alguna opinión contraria... disconforme... en una palabra, con ciertos escritos de literatos de cuarto orden, contemporáneos de la poetisa la mayoría (libeluchos rebosantes de envidia y antisemitismo), quienes tendían a insinuar que no todos los sonetos que circulaban con su firma, ni todas las cartas, siquiera, por ella escritas a Cebà, eran... en fin... de su cosecha. Ahora bien, él, al redactar su memoria, no había podido, desde luego, pasar por alto la existencia de tales habladurías y, de hecho, como vería yo, las había registrado puntualmente. En cualquier caso...

Se interrumpió para escrutar mi cara, inseguro de

mis reacciones.

En cualquier caso —prosiguió—, si también yo «en el futuro» pensaba... en fin... decidía intentar una revaloración... una revisión... él me aconsejaba desde ese momento no dar excesivo crédito a malignidades acaso pintorescas, acaso divertidas, pero, al fin y al cabo, desorientadas. En el fondo, ¿qué debe hacer un buen historiador? Procurar, sí, como ideal, alcanzar la verdad, pero sin extraviar nunca por el camino el sentido de la oportunidad y la justicia. ¿Estaba yo de acuerdo?

Incliné la cabeza en señal de asentimiento y él, aliviado, me dio una ligera palmadita en la espalda. Tras lo cual se separó de mí, atravesó encorvado el estudio, se agachó a maniobrar en la caja fuerte, la abrió y después sacó un cofrecito cubierto de terciopelo azul.

Se volvió, regresó muy sonriente hacia la ventana y, aun antes de abrir el cofrecito, dijo que adivinaba que yo había adivinado: allí dentro estaban guardadas precisamente las famosas cartas de Carducci. Eran quince: y tal vez no todas —añadió— me parecieran de gran interés, ya que el tema único de por lo menos cinco de las quince era una salchicha en adobo «de nuestros campos» que el poeta había recibido de regalo y había dado muestras de apreciar «vivamente». No obstante, encontraría una que me impresionaría, seguro. Era una



carta del otoño de 1875, es decir, escrita cuando ya empezaba a perfilarse en el horizonte la crisis de la derecha histórica. En el otoño de 1875 la posición política de Carducci era la siguiente: como demócrata, como republicano, como revolucionario, afirmaba no poder alinearse sino con la izquierda de Agostino Depretis. Por otra parte, el «híspido vinatero de Stradella», y las «turbas» de sus amigos le parecían gente vulgar, «chichirivainas». Ésos nunca serían capaces de devolver a Italia su misión, de convertir a Italia en una gran nación, digna de los Padres antiguos...

Estuvimos hablando hasta la hora del almuerzo. Con el siguiente resultado, en resumidas cuentas: que a partir de aquella mañana la puerta de comunicación entre la sala de billar y el estudio contiguo, en lugar de estar siempre cerrada, con frecuencia permanecía abierta. La mayor parte del tiempo cada uno de nosotros lo pasaba en su habitación respectiva. Pero nos veíamos bastante más a menudo que antes, unas veces en la suya y otras en la mía. A través de la puerta, cuando estaba abierta, intercambiábamos alguna frase incluso: «¿Qué hora es?», «¿Cómo va el trabajo?» y similares. Algunos años después, durante la primavera de 1943, las frases que iba yo a intercambiar, en la cárcel, con un desconocido vecino de celda, gritando hacia

arriba, hacia la tronera de la boca de lobo, iban a ser de ese tipo: dichas así, sobre todo por la necesidad de oír nuestras propias voces, de sentirnos vivos.

En casa, aquel año, la Pascua se celebró con una sola cena.

Fue mi padre quien lo quiso así. Dada también la ausencia de Ernesto —había dicho—, en una Pascua como la de los años pasados no había ni que pensar. Además, aparte de eso, ¿cómo habríamos podido? Ellos, *mis* Finzi-Contini, una vez más habían demostrado ser muy listos. Con la excusa del jardín habían conseguido conservar todas las criadas, de la primera a la última, haciéndolas pasar por campesinas dedicadas a las tareas del huerto. Pero ¿nosotros? Desde que nos habíamos visto obligados a despedir a Elisa y a Mariuccia, y a tomar en su lugar a esa panoli de la vieja Cohèn, nosotros ya no teníamos a nadie, en realidad. En semejantes condiciones, ni siquiera nuestra madre podría hacer milagros.

—¿No es cierto, ángel mío?

El «ángel mío» no abrigaba hacia la sesentona señora Ricca Cohèn, distinguida jubilada de la Comunidad, sentimientos mucho más calurosos que los

de mi padre. Además de alegrarse, como siempre, cuando oía a uno de nosotros hablar mal de aquella desdichada, mi madre se había sumado con gratitud sincera a la idea de una Pascua en tono menor. Muy bien —había aprobado—: Preparar una cena, la de la primera noche, y se acabó, era cosa de nada. Fanny y ella casi se las arreglarían solas, sin que «esa» —y señalaba con la cabeza a la Cohèn, encerrada en la cocina— tuviera que ponerse, como de costumbre, de morros. Eso es: pero para que «esa» no tuviese que ir y venir demasiado con platos y tazones, con el riesgo, entre otras cosas, en vista de lo poco firmes que tenía las piernas, de provocar algún desastre, habría que hacer, si acaso, una cosa: en lugar de poner la mesa en el salón, tan distante de la cocina, y aquel año, con la nieve, más frío que Siberia, ponerla ahí, en el comedor...

No fue una cena alegre. En el centro de la mesa, la cestita en que se encontraban, además de los «bocados» rituales, el tarro del *jaroset*<sup>[17]</sup>, las macollas de hierba amarga, el pan ácimo y el huevo duro reservado para mí, el primogénito, destacaba inútilmente bajo el pañuelo de seda blanco y azul que la abuela Ester había bordado con sus propias manos cuarenta años antes. Pese a que la habían puesto con todo cuidado o, mejor dicho, precisamente por eso, la mesa había adquirido

un aspecto bastante parecido al que presentaba las noches de *Kippur*, cuando la preparaban sólo para Ellos, los muertos familiares, cuyos huesos yacían en el cementerio situado al final de Via Montebello y que, sin embargo, estaban bien presentes, allí, en espíritu y efigie. Allí, en sus puestos, aquella noche estábamos sentados nosotros, los vivos. Pero en menor número que en otro tiempo y no ya alegres, risueños, vocingleros, sino tristes y pensativos como muertos.

Yo miraba a mi padre y a mi madre, ambos muy aviejados en pocos meses. Miraba a Fanny, que ya tenía quince años, pero que, como si un arcano temor hubiera detenido su desarrollo, no aparentaba más de doce. Miraba a mi alrededor, uno a uno, a tíos y primos, gran parte de los cuales serían engullidos al cabo de unos años por los hornos crematorios alemanes y, desde luego, no se imaginaban que acabarían así, ni yo tampoco lo imaginaba, y, aun así, ya entonces, aquella noche, aunque los veía tan insignificantes en sus pobres rostros tocados con sombreritos burgueses o enmarcados por las burguesas permanentes, aunque sabía hasta qué punto eran obtusos, hasta qué punto incapaces de valorar el alcance real del hoy y leer en el mañana, ya entonces me parecían envueltos en la misma aura de misteriosa fatalidad estatuaría que los rodea ahora, en la memoria. Miraba a la vieja Cohèn, las

raras veces que se aventuraba a asomarse a la puerta de la cocina: Ricca Cohèn, la distinguida solterona sexagenaria que había salido del asilo de Via Vittoria para ir a servir en una casa de correligionarios acomodados, pero no deseaba otra cosa que volver a él, al asilo, y, antes que los tiempos empeoraran aún más, en él morir. Me miraba, por último, a mí mismo, reflejado en el agua opaca del espejo de enfrente, también yo ya un poco canoso, preso también yo en el mismo engranaje, pero reacio, aún no resignado. Yo no estaba muerto —me decía—. ¡Yo estaba aún bien vivo! Pero entonces, si aún vivía, ¿por qué me quedaba allí con los demás? ¿Con que fin? ¿Por qué no escapaba enseguida de aquella desesperada y grotesca reunión de espectros o, al menos, no me tapaba los oídos para no oír hablar más de «discriminaciones», «méritos patrióticos», «certificados de antigüedad», «cuartos de sangre», no oír más la mezquina lamentación, el monótono, gris, inútil treno que con voz queda entonaban parientes y consanguíneos a mi alrededor?

La cena iba a prolongarse así, entre discursos mascullados, a saber por cuántas horas y con las evocaciones de mi padre a cada rato, entre amargado y complacido, de las diversas «afrentas» que había debido soportar a lo largo de los últimos meses, empezando por el día en que, en la Federación, el

secretario federal, cónsul Bolognesi, le había anunciado con ojos culpables, apenados, que se veía obligado a «borrarlo» de la lista de miembros del partido y acabando con aquel otro en que el presidente de la Cámara de Comercio lo había citado para comunicarle, con ojos no menos afligidos, que debía considerarlo «dimisionario». ¡La de cosas que podría contar! ¡Hasta medianoche, hasta la una, hasta las dos! ¿Y después? Después vendría la última escena, la de las despedidas. Ya la veía yo. Habíamos bajado todos en grupo por las escaleras oscuras, como un rebaño oprimido. Al llegar al vestíbulo, alguien (tal vez yo) se había adelantado a entreabrir la puerta y ahora, por última vez, antes de separarnos, se renovaban por parte de todos, incluido yo, las buenas noches, los parabienes, los apretones de manos, los abrazos, los besos en las mejillas. Pero de improviso, por la puerta que ha quedado entornada, ahí, contra la negrura de la noche, irrumpe dentro del vestíbulo una ráfaga de viento. Es viento huracanado y viene de la noche. Acomete el vestíbulo, lo atraviesa, sobrepasa silbando las cancelas que separan el vestíbulo del jardín y, al tiempo que dispersa a la fuerza a quienes aún querían quedarse, acalla de golpe, con su salvaje aullido, a quienes aún se entretenían hablando. Voces tenues, gritos débiles, al instante dominados. Expulsados, todos: como hojas ligeras, como pedazos

de papel, como cabellos de una melena encanecida por los años y el terror... Oh, en el fondo Ernesto había tenido suerte al no haber podido ir a la universidad en Italia. Escribía desde Grenoble que pasaba hambre, que de las lecciones de la Escuela Politécnica, con el poco francés que sabía, no conseguía entender casi nada. Pero feliz él que pasaba hambre y temía no aprobar los exámenes. Yo me había quedado aquí y para mí, que me había quedado y que una vez más había elegido por orgullo y aridez una soledad nutrida de vagas esperanzas, nebulosas e impotentes, ya no había en realidad esperanza, *ninguna* esperanza.

Pero ¿quién puede prever nunca?

En efecto, hacia las once, mientras mi padre, con el objeto evidente de disipar la melancolía general, acababa de ponerse a entonar la alegre cantinela del *Caprét ch'avea comperà il signor Padre* (era su preferida: su «caballo de batalla», como él decía), en determinado momento, al alzar por casualidad los ojos y mirar al espejo de enfrente noté que la puerta de la cabina telefónica se entreabría despacio a mis espaldas. A través de la rendija, asomó, cauto, el rostro de la vieja Cohèn. Me miraba a mí, precisamente a mí, y parecía casi pedir ayuda.

Me levanté y me acerqué.



—¿Qué ocurre?

Señaló el auricular, que colgaba del hilo, y desapareció por el otro lado, por la puerta que daba al recibidor.

Al quedarme solo, en la más absoluta oscuridad, aun antes de acercar el auricular al oído, reconocí la voz de Alberto.

—Oigo cantar —gritaba, extrañamente alegre—. ¿Por dónde vais?

—Por el *Caprét ch'avea comperá il signor Padre*.

—Ah, bien. Nosotros ya hemos acabado. ¿Por qué no te vienes por aquí?

—¡Ahora! —exclamé, asombrado.

—¿Por qué no? Aquí la conversación empieza a languidecer y tú, con tus conocidos recursos, podrías reanimarla fácilmente —se echó a reír sin ganas—. Y, además... —añadió—, es que te hemos preparado una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Y en qué consiste?

—Ven y lo verás.

—Cuántos misterios.

El corazón me latía como loco.

—Pongamos las cartas sobre la mesa.

—Anda, no te hagas de rogar. Te repito: ven y verás.

Pasé sin demora al recibidor, cogí el abrigo, la bufanda y el sombrero, asomé la cabeza a la cocina para encargarme a la Cohèn que, si por casualidad me buscaban, dijera que había debido salir un momento y dos minutos después estaba ya en la calle.

Espléndida noche de luna, gélida, limpidísima. Por las calles no pasaba nadie o casi nadie y Corso Giovecca y Corso Ercole d'Este, lisas, vacías y de una blancura casi salina, se abrían ante mí como dos grandes pistas. Pedaleaba por el centro de la calzada, a plena luz, con las orejas doloridas por el hielo, pero en la cena había bebido varios vasos de vino y no sentía el frío; al contrario, sudaba. El neumático de la rueda delantera chirriaba apenas sobre la nieve endurecida y la seca polvareda que levantaba me embargaba con una sensación de alegría intrépida, como si estuviera esquiando. Avanzaba rápido, sin miedo a resbalar. Al tiempo, pensaba en la sorpresa que, según las palabras

de Alberto, me esperaba en la casa de los Finzi-Contini. ¿Habría vuelto Micòl tal vez? Pero era extraño. ¿Por qué no se habría puesto ella al teléfono? ¿Y por qué, antes de la cena, no la había visto nadie en el templo? Si hubiera estado en el templo, yo ya me habría enterado. Mi padre, en la mesa, al pasar la revista, como de costumbre, a los presentes en la ceremonia (lo había hecho también por mí: para reprocharme indirectamente no haber asistido), no habría olvidado nombrarla, desde luego. Los había nombrado uno a uno a todos, Finzi-Contini y Herrera, pero a ella no. ¿Era posible que hubiese llegado por separado justo en el último momento, con el rápido de las nueve y cuarto?

Con una claridad aún más intensa de nieve y luna, me adentré por el Barchetto del Duca. A medio camino, poco antes de entrar en el puente sobre el canal Panfilio, se detuvo ante mí de improviso una sombra gigantesca. Era Jor. Tardé un instante en reconocerlo, cuando ya estaba a punto de gritar. Pero en cuanto le reconocí, el espanto se transformó, en mí, en una sensación casi igualmente paralizadora, de presagio. Entonces, era verdad —me decía—: Micòl había vuelto. Avisada por el timbre de la calle, se había levantado de la mesa, había bajado y, ahora, tras enviar a Jor a mi encuentro, me esperaba en el umbral de la puertecita secundaria, que sólo usaban los familiares y los íntimos. Unas pocas

pedaladas más y después, Micòl, ella en persona, figurita oscura recortada sobre un fondo de luz blanquísima, como de central eléctrica, y lamida en las espaldas por el hálito protector de la calefacción. Unos segundos más y oiría su voz, su «hola».

—Hola —dijo Micòl, parada en el umbral—. Te agradezco que hayas venido.

Yo había previsto todo, con exactitud: todo salvo que la besaría. Bajé de la bici y respondí:

—Hola, ¿desde cuándo estás aquí?

Ella había tenido tiempo de decir:

—Desde esta tarde, he venido con mis tíos.

Y después... después la besé en la boca.

Sucedió de pronto. Pero ¿cómo? Estaba todavía con el rostro oculto en el tibio y perfumado cuello de ella (un perfume extraño: un olor a piel infantil y a borotalco) y ya me lo estaba preguntando. ¿Cómo había podido suceder? Yo la había abrazado, ella había hecho un débil intento de resistencia y, al final, me había dejado. ¿Había sido así? Tal vez hubiera sido así. Pero ahora ¿qué?

Me separé despacio. Ahora ella estaba allí, con su

rostro a veinte centímetros del mío. Yo la miraba fijamente sin hablar ni moverme, incrédulo, ya incrédulo. Apoyada a la jamba de la puerta, con los hombros cubiertos por un chal de lana negro, también ella me miraba fijamente y en silencio. Me miraba a los ojos y su mirada entraba en mí derecha, segura, dura: con la límpida inexorabilidad de una espada.

Fui yo el primero en apartar los ojos.

—Perdona —murmuré.

—¿Por qué «perdona»? Tal vez haya sido yo la que me haya equivocado al venir a tu encuentro. La culpa es mía.

Movió la cabeza. Después esbozó una sonrisa buena, afectuosa.

—¡Cuánta nieve y qué hermosa! —dijo, señalando con la cabeza el jardín—. Imagínate que en Venecia, nunca, ni siquiera un centímetro. Si hubiese sabido que aquí había caído tanta...

Terminó con un gesto de la mano: de la mano derecha. La había sacado de debajo del chal y al instante advertí un anillo.

La cogí de la muñeca.

—¿Qué es esto? —pregunté al tiempo que tocaba el anillo con la punta del índice.

Hizo una mueca, como de desprecio.

—Estoy prometida, ¿no lo sabes? —Acto seguido, lanzó una gran carcajada—. No, hombre, no... —dijo—, ¿no ves que es broma? Es un anillo sin importancia. Mira.

Se lo quitó con un amplio movimiento de los codos, me lo dio y era, en efecto, un anillo insignificante: un arito de oro con una turquesita. Se lo había regalado su abuela Regina muchos años antes —explicó—, escondiéndoselo en un «huevecito» de Pascua.

Tras recobrar el anillo, volvió a ponérselo y después me cogió de la mano.

—Ahora ven —susurró—, que, si no, ahí arriba son capaces —y se rio—, de figurarse no sé qué.

Durante el trayecto, sin soltarme la mano (en la escalera se detuvo, me escrutó los labios a la luz y concluyó el examen con un desenvuelto: «¡*Perfecto!*»), no dejó de hablar ni un momento.

Sí —decía—: El asunto de la tesis había ido mejor de lo que hubiera podido esperar. Durante la lectura,

había «sentado cátedra» durante una buena hora, «sermoneando a diestro y siniestro». Al final, la habían hecho salir y, desde detrás de la puerta de cristales esmerilados del Aula Magna, había podido escuchar con toda comodidad todo lo que el tribunal de profesores había dicho sobre ella. La mayoría eran partidarios de concederle el *cum laude*, pero había uno, el profesor de alemán (¡un nazi de aúpa!), que no quería dar su brazo a torcer. Había estado de lo más explícito, el «buen señor». Según él, no podía concedérsele el *cum laude* sin provocar un escándalo gravísimo. Pero ¡cómo! —gritaba—. Esa señorita era judía: además, no se la había discriminado en absoluto, ¡y aún hablaban de concederle el *cum laude*! ¡Estaría bueno! Bastante habían hecho con permitirle doctorarse... El director de su tesis, el profesor de inglés, apoyado también por otros, había replicado con mucha energía que la escuela era la escuela, que inteligencia y preparación (¡qué hombre más bueno!) nada tenían que ver con los grupos sanguíneos, etcétera, etcétera. Pero, llegado el momento de decidir, el triunfo del nazi era obvio y previsible. Y a ella no le había quedado otra satisfacción, aparte de las excusas que más tarde, persiguiéndola escaleras abajo de Ca' Foscari, le había presentado el profesor de inglés (pobrecillo: le temblaba la barbilla, tenía lágrimas en los ojos...), que la de recibir el veredicto con el más

impecable de los saludos romanos. En el acto de nombrarla doctor, el presidente de la facultad había alzado el brazo. ¿Cómo debería haberse comportado ella? ¿Haberse limitado a una melindrosa inclinación de cabeza? ¡Ah, no!

Reía contentísima y también yo reía, electrizado, y le contaba, a mi vez, con lujo de detalles cómicos, mi expulsión de la Biblioteca Municipal. Pero cuando le pregunté por qué motivo, tras haberse doctorado, se había quedado en Venecia un mes más (en Venecia —añadí—, ciudad en la que, según decía, no sólo no se había encontrado nunca bien, sino que, además, no podía contar con ningún amigo ni amiga), se puso seria, retiró su mano de la mía, al tiempo que por única respuesta me lanzaba una rápida mirada de soslayo.

Un anticipo de la alegre acogida que íbamos a recibir en el comedor nos vino de Perotti, que nos esperaba en el vestíbulo. Apenas nos vio bajar por la escalinata, seguidos por Jor, nos dirigió una sonrisa extraordinariamente complacida, casi cómplice. En otra ocasión su comportamiento me habría irritado, me habría sentido ofendido. Pero desde hacía unos minutos me encontraba en una disposición de ánimo muy especial. Sofocando en mí cualquier motivo de inquietud, avanzaba embargado por una extraña



ligereza, como transportado por alas invisibles. En el fondo, Perotti era un buen hombre —pensaba—. Estaba contento también él de que la «señorita» hubiera vuelto a casa. ¿Podría echársele en cara, al pobre viejo? En adelante dejaría de refunfuñar, desde luego.

Nos presentamos uno al lado del otro en el umbral del comedor y nuestra aparición fue saludada, como decía, con el alborozo más sincero. Los rostros de todos los comensales estaban sonrosados, encendidos; todas las miradas, dirigidas hacia nosotros, expresaban simpatía y afecto. Pero también la estancia, tal como se me mostró de repente aquella noche, me pareció con mucha diferencia más acogedora de lo habitual, rósea también ella en cierto modo en la clara madera bruñida de sus muebles, en los que la llama alta y culebreante de la chimenea provocaba tiernos reflejos de color carne. Nunca la había visto tan iluminada. Aparte del resplandor que desprendían los leños ardientes, en la mesa, cubierta con un bello mantel blanquísimo (platos y cubiertos habían sido retirados ya, evidentemente), la gruesa corola invertida de la araña central derramaba una auténtica catarata de luz.

—¡Adelante, adelante!

—¡Bienvenido!

—Empezábamos a pensar que no te ibas a dejar convencer.

Había sido Alberto quien había pronunciado esta última frase, pero yo sentía que mi llegada lo llenaba de alegría auténtica. Todos me miraban: unos, como el profesor Ermanno, volviéndose completamente hacia atrás; otros acercando el pecho al borde de la mesa o apartándolo de sí, con los brazos rígidos; otros, por último, como la señora Olga, sentada sola allá enfrente con el fuego de la chimenea a la espalda, adelantando el rostro y entornando los párpados. Me observaban, me examinaban, me contemplaban de pies a cabeza y parecían todos bastante satisfechos de mí, de la figura que hacía junto a Micòl. Sólo Federico Herrera, el ingeniero ferroviario, que había quedado sorprendido, como perplejo, tardó en unirse a la complacencia general. Pero fue cosa de un instante. Tras recibir información de su hermano Giulio (los oí conversar brevemente a espaldas de su anciana madre, acercando sus calvas cabezas), multiplicó enseguida las demostraciones de simpatía hacia mí. Además de hacer con la boca una mueca que le descubrió sus enormes incisivos superiores, alzó un brazo incluso en un gesto, más que de saludo, de solidaridad, de estímulo casi deportivo.

El profesor Ermanno insistió para que me sentara a su derecha. Era mi sitio habitual —explicó a Micòl, que entretanto se había sentado a su izquierda, frente a mí—: El que ocupaba, «por regla general», yo, cuando me quedaba a cenar. Giampiero Malnate —añadió después—, el amigo de Alberto, se sentaba, en cambio, «allí, al otro lado», a la derecha de su madre. Y Micòl escuchaba con expresión curiosa, entre picada y sardónica, como si le disgustara comprobar que en su ausencia la vida de la familia había seguido un curso no previsto exactamente por ella, y al tiempo contenta de que las cosas hubieran ido precisamente así.

Me senté y sólo entonces me di cuenta, asombrado de haber observado mal, de que el mantel no estaba vacío. En el centro de la mesa había una bandeja de plata, baja, circular y bastante amplia, y en el centro de la bandeja, rodeada a dos palmos de distancia por un nimbo de tarjetitas blancas, cada una de las cuales llevaba escrito en lápiz rojo una letra del alfabeto, destacaba solitaria una copa de champaña.

—Y eso, ¿qué es? —pregunté a Alberto.

—Pues, ¡la gran sorpresa de que te había hablado! —exclamó Alberto—. Es algo formidable, sencillamente. Basta con que tres o cuatro personas en círculo pongan el dedo en el borde de la copa y al instante va

respondiendo, letra por letra.

—¿Respondiendo?!

—¡Desde luego! Escribe despacito todas las respuestas. Y sensatas, verdad, ¿no puedes imaginar siquiera lo sensatas que son!

Hacía tiempo que no veía a Alberto tan eufórico, tan excitado.

—¿Y de dónde procede —pregunté—, esta novedad?

—Es un simple juego —terció el profesor Ermanno, al tiempo que me ponía una mano sobre el brazo y movía la cabeza—. Lo ha traído Micòl de Venecia.

—¡Ah, entonces eres tú la responsable! —dije, dirigiéndome a Micòl—. ¿Y lee también el futuro, tu vaso?

—¡Cómo no! —exclamó ella, riendo—. Es más. Te diré que su especialidad es precisamente ésa.

En aquel momento entró Dirce, que traía en alto, en equilibrio sobre una sola mano, una bandeja de madera oscura, rebosante de dulces de Pascua (también las mejillas de Dirce eran sonrosadas, brillantes de salud y buen humor).

Como huésped y último en llegar, fui servido el primero. Los dulces, los llamados *zucarín*, hechos de pastaflora mezclada con pasas, parecían ser casi iguales a los que media hora antes había probado de mala gana en mi casa. Sin embargo, los *zucarín* de la casa Finzi-Contini me parecieron de repente mucho mejores, mucho más sabrosos: y así lo dije, incluso dirigiéndome a la señora Olga, que, por estar sirviéndose del plato que Dirce le tendía, no pareció oír mi cumplido.

Intervino después Perotti, con sus gruesas manos de campesino aferradas a los bordes de otra bandeja (de peltre, esta), sobre la que había una botella de vino blanco y varios vasos. Y después, mientras seguíamos sentados y comedidos en torno a la mesa, bebiendo todos Albana a pequeños sorbos y mordisqueando *zucarín*, Alberto iba explicándome a mí en particular las «virtudes adivinatorias de la copa», que ahora estaba en silencio, cierto, pero hasta un poco antes les había respondido, cuando le habían preguntado, con una «*verve*» excepcional, admirable.

Quise saber qué le habían preguntado.

—Oh, de todo un poco.

Le habían preguntado, por ejemplo —continuó—, si conseguiría él doctorarse alguna vez en ingeniería y

la copa, diligente, había replicado con un «no» sequísimo. Después Micòl había querido saber si se casaría y cuándo y ante eso la copa se había mostrado mucho menos perentoria, bastante confusa incluso, pues había dado una respuesta propia de auténtico oráculo clásico, es decir, que se prestaba a las más opuestas interpretaciones. Hasta sobre el campo de tenis, le habían preguntado, «¡pobre santa copa!», para intentar averiguar si su padre abandonaría su eterna cantinela de dejar siempre para el año próximo el comienzo de los arreglos. Y sobre eso, demostrando buena dosis de paciencia, «la Pitia» había vuelto a mostrarse explícita, al asegurar que las ansiadas mejoras se harían «enseguida», en una palabra, ese mismo año.

Pero en materia política sobre todo había hecho maravillas la copa. Pronto, al cabo de pocos meses, había sentenciado, estallaría la guerra: una guerra larga, sangrienta, dolorosa para todos, capaz de trastornar el mundo entero, pero que acabaría, tras muchos años de batallas inciertas, con la victoria total de las fuerzas del bien. «¿Del bien?», había preguntado en ese momento Micòl, que siempre era especialista en *gaffes*. «Dedidme, por favor: ¿cuáles serían las fuerzas del bien?» A lo que la copa, dejando a todos los presentes de piedra, había replicado con una sola palabra: «Stalin».

—¿Te imaginas? —exclamó Alberto, entre las carcajadas generales—. ¿Te imaginas qué contento se habría puesto el Giampi, si hubiera estado aquí? Se lo voy a contar por carta.

—¿No está en Ferrara?

—No. Se marchó anteayer. Fue a pasar la Pascua en su casa.

Alberto siguió un buen rato contando lo que había dicho la copa y después reanudamos el juego. También yo puse el índice sobre el borde de la copa, también yo hice preguntas y esperé respuestas. Pero ahora, a saber por qué, el oráculo no decía nada comprensible. En vano insistía Alberto, tenaz y terco como nunca. Nada.

Yo, en cualquier caso, no me daba demasiado por enterado. Más que ocuparme de él y del juego de la copa, miraba sobre todo a Micòl: Micòl, que de vez en cuando, al sentir mi mirada sobre ella, dejaba de fruncir la frente, como cuando jugaba al tenis, para dedicarme una rápida sonrisa pensativa, tranquilizadora.

Yo miraba fijamente sus labios, teñidos apenas de rojo. Yo mismo los había besado, poco antes. Pero ¿no había sido demasiado tarde? ¿Por qué no lo había hecho seis meses antes, cuando todo habría sido posible

aún, o al menos durante el invierno? ¡Cuánto tiempo habíamos perdido, yo aquí, en Ferrara, y ella en Venecia! Un domingo habría podido perfectamente tomar el tren e ir a verla. Había un rápido que salía de Ferrara a las ocho de la mañana y llegaba a Venecia a las diez y media. Nada más bajar del tren, la telefoneaba y le proponía que me llevara al Lido (así, entre otras cosas —le decía yo—, visitaría por fin el famoso cementerio israelita de San Niccolò). Hacia la una habríamos comido algo juntos, también allí, y después, tras llamar a casa de sus tíos para tranquilizar a la *Fräulein* (¡oh, el rostro de Micòl mientras la telefoneaba, sus muecas, sus gestos bufonescos!), íbamos de paseo por la playa desierta. También para eso habría habido tiempo de sobra. En cuanto al regreso, habría tenido a mi disposición dos trenes: uno a las cinco y otro a las siete, uno y otro excelentes para que tampoco mi familia se diera cuenta de nada. Claro: si lo hubiese hecho antes, cuando debía, todo habría sido muy fácil. Una broma.

¿Qué hora era? La una y media, las dos acaso. Dentro de un poco tendría que irme y probablemente Micòl volvería a acompañarme hasta abajo, hasta la puerta del jardín.

Tal vez fuera en eso en lo que estaba pensando



también ella, eso lo que la inquietaba. Habitación tras habitación, pasillo tras pasillo, caminaríamos uno junto a otro sin valor ya ni para mirarnos ni para cambiar palabra. Temíamos los dos la misma cosa, yo lo sentía: la despedida, el momento cada vez más próximo y cada vez menos imaginable de la despedida, del beso del adiós. Y, sin embargo, en caso de que Micòl renunciara a acompañarme y dejase que fuera Alberto o incluso Perotti quien lo hiciese, ¿con qué ánimo podría afrontar yo el resto de la noche? ¿Y el día siguiente?

Pero tal vez no —volvía yo a soñar, testarudo y desesperado—: Levantarse de la mesa resultaría tal vez inútil, innecesario. Aquella noche no acabaría nunca.

## Cuarta parte

Enseguida, el propio día siguiente, empecé a darme cuenta de que me iba a resultar muy difícil restablecer con Micòl las antiguas relaciones.

Tras mucho vacilar, hacia las diez probé a telefonear. Me respondieron (Dirce) que los «señoritos» estaban aún en su habitación y que tuviese la amabilidad de volver a llamar «hacia mediodía». Para engañar la espera me eché en la cama. Había cogido un libro al azar, *Le Rouge et le Noir*, pero por mucho que lo intentaba no conseguía concentrarme. ¿Y si no la telefonease al mediodía? Pero no tardé en cambiar de idea. De repente, me pareció desear de Micòl ya sólo una cosa: su amistad. Mucho mejor que desaparecer —me decía— era comportarme como si la noche anterior no hubiese sucedido nada. Ella comprendería. Impresionada por mi tacto, del todo tranquilizada, muy pronto me devolvería toda su confianza, su preciosa familiaridad de otro tiempo.

Al mediodía en punto, me armé de valor y marqué por segunda vez el número de los Finzi-Contini.

Tuve que esperar un buen rato, más que de costumbre.

—Hola —dije por fin, con la voz rota por la emoción.

—¿Ah, eres tú?

Era precisamente la voz de Micòl. Bostezó.

—¿Qué hay?

Desconcertado, sin saber de qué hablar, lo único que se me ocurrió fue decir que ya había telefoneado dos horas antes. Había sido Dirce —añadí balbuceando— quien me había sugerido que volviera a llamar hacia mediodía.

Micòl estuvo escuchando. Después se puso a quejarse de la jornada que la esperaba, con tantas cosas que ordenar después de dos meses y medio de ausencia, maletas por deshacer, papeles de todas clases por ordenar de nuevo, etcétera, y con la perspectiva final, no precisamente atractiva para ella, de un segundo «ágape». Ése era el inconveniente de los viajes —rezongó—: Que después, para volver a la vida normal, para recuperar el tran-tran habitual, tenías que hacer aún mayor esfuerzo que el —ya importante— que habías debido hacer para «quitarte de en medio».

Le pregunté si aparecería más tarde por el templo. Respondió que no lo sabía. Tal vez sí, pero tal vez no incluso. De momento, no se sentía capaz de asegurármelo.

Colgó sin invitarme a volver a su casa por la noche y sin decidir cómo y cuándo volveríamos a vernos.

Aquel día me abstuve de llamarla de nuevo e incluso de ir al templo. Pero hacia las siete, al pasar por Via Mazzini y ver el Dilambda gris de los Finzi-Contini parado en la esquina de Via Scienze, por el lado de los adoquines, y a Perotti con gorra y uniforme de chófer sentado al volante y esperando, no pude resistir la tentación de apostarme a la entrada de Via Vittoria y esperar. Esperé largo rato, en el frío penetrante. Era la hora de mayor afluencia vespertina, la que precede a la cena. A lo largo de las dos aceras de Via Mazzini, cubiertas de nieve sucia ya medio derretida, la muchedumbre se apresuraba en ambas direcciones. Al final tuve mi recompensa. De repente, si bien lejos, la vi de improviso salir por el portalón del templo y quedarse parada y sola en el umbral. Llevaba un chaquetón de piel de leopardo, ceñido en el talle por un cinturón de cuero. Con sus rubios cabellos relucientes a la luz de los escaparates, miraba a uno y otro lado, como si buscara a alguien. ¿Sería a mí a quien buscaba?

Ya estaba yo por salir de la sombra y acercarme, cuando los familiares, que, evidentemente, la habían seguido a distancia por las escaleras, aparecieron en grupo a sus espaldas. Estaban todos, incluida la abuela Regina. Giré sobre mis talones y me alejé a paso rápido por Via Vittoria.

El día siguiente y los sucesivos insistí en mis llamadas, pero raras veces conseguía hablar con ella. Casi siempre se ponía al aparato otra persona: Alberto o el profesor Ermanno o Dirce o incluso Perotti, todos los cuales, con la única excepción de Dirce, escueta y pasiva como una telefonista, razón precisamente por la que me dejaba confuso y helado, me enzarzaban en conversaciones largas e inútiles. A Perotti lo interrumpía en determinado momento. Pero con Alberto y con el profesor no me resultaba tan fácil. Les dejaba hablar. Esperaba siempre a que fuesen ellos quienes nombraban a Micòl. En vano. Como si se hubieran propuesto evitarlo e incluso hubiesen hablado de ello, padre y hermano dejaban a mi cargo toda iniciativa al respecto. Con el resultado de que muchas veces colgaba sin haber encontrado fuerzas para pedirles que me pusieran con ella.

Entonces reanudé las visitas: bien por la mañana, con la excusa de la tesis, bien por la tarde, para ir a ver a

Alberto. Nunca hacía nada para comunicar a Micòl mi presencia en la casa. Estaba seguro de que lo sabía y de que un día u otro sería ella quien apareciera.

La tesis, en realidad, pese a haberla acabado, tenía aún que pasarla en limpio. Por eso llevaba conmigo la máquina de escribir, cuyo repiqueteo, apenas rompió por primera vez el silencio del salón de billar hizo salir de inmediato al profesor Ermanno al umbral del estudio.

—¿Qué haces? ¿Ya estás copiando? —gritó alegre.

Se me acercó y quiso ver la máquina. Se trataba de una portátil italiana, una Littoria, que mi padre me había regalado unos años antes, cuando había aprobado el examen de reválida. El nombre de la máquina no provocó su sonrisa, como había temido yo. Al contrario. Al comprobar que «también» en Italia se producían ya máquinas de escribir que, como la mía, daban la impresión de funcionar a la perfección, pareció sentirse complacido. Ellos en casa tenían tres —dijo—, una usada por Alberto, otra por Micòl y otra por él: las tres americanas, marca Underwood. Las de los muchachos eran portátiles, sin duda muy resistentes, pero, desde luego, no tan ligeras como ésta (y al mismo tiempo la sopesaba, cogiéndola por el asa). La suya, en cambio, era de tipo normal: de oficina, si se quiere.

Pero...

Tuvo una especie de sobresalto.

¿Sabía yo cuántas copias permitía sacar, si se quería? —añadió, al tiempo que guiñaba el ojo—. Hasta siete.

Me condujo al estudio y me la enseñó, tras levantar no sin esfuerzo un negro y fúnebre cofre, metálico tal vez, en el que nunca antes me había fijado. Ante semejante pieza de museo, raras veces usada evidentemente, ni siquiera de nueva, moví la cabeza. No, gracias —dije—. Con mi Littoria no conseguiría sacar más de tres copias, dos de las cuales en papel cebolla. No obstante, prefería continuar así.

Tecleaba capítulo tras capítulo, pero mi cabeza estaba en otra parte. Y se escapaba también cuando, por la tarde, me encontraba abajo, en el estudio de Alberto. Malnate había vuelto de Milán diez días después de Pascua, lleno de indignación por lo que estaba sucediendo aquellos días (la caída de Madrid: ah, pero ¡no acaba ahí la cosa!; la conquista de Albania: ¡qué vergüenza, qué payasada!). Respecto a este último acontecimiento, contaba lo que le habían dicho ciertos amigos milaneses comunes de él y de Alberto. Más que del Duce —contaba—, la empresa albanesa había sido deseo de «Ciano Galeazzo», quien, celoso de Von



Ribbentrop, había querido hacer ver al mundo con esa asquerosa canallada que no era menos que el alemán en materia de diplomacia relámpago. ¿Lo creíamos? Al parecer, hasta el cardenal Schuster se había pronunciado al respecto con amonestaciones y lo había deplorado y, aunque sólo había hablado de ello con los más íntimos, toda la ciudad lo había sabido. Hablaba también de otras cosas de Milán, el Giampi: de una representación en La Scala del *Don Giovanni* de Mozart, a la que por suerte no había faltado; de una exposición de cuadros de un «grupo nuevo», en Via Bagutta; y de Gladys, precisamente ella, a la que había encontrado por casualidad en la Galleria cubierta de visón y del brazo de un conocido industrial del acero: simpatiquísima como siempre, le había hecho al cruzarse con él una pequeña seña con el dedo, que significaba sin la menor duda «telefonéame» o «te telefonearé». ¡Lástima que hubiera tenido que volver enseguida «a la fábrica»! Con mucho gusto le habría puesto un par de cuernos al conocido industrial siderúrgico, logrero de la guerra «inminente»... Hablaba y hablaba, como de costumbre dirigiéndose sobre todo a mí, pero, en el fondo, un poco menos didáctico y perentorio que los meses pasados: como si su viaje a Milán, para ver a su familia y sus amigos, le hubiese dado una nueva disposición a la indulgencia

para con los demás y sus opiniones.

Con Micòl, ya lo he dicho, sólo tenía pequeñas charlas por teléfono, durante las cuales procurábamos los dos no aludir a nada íntimo. Pero algunos días después de haberla esperado más de una hora ante el templo, no pude resistir la tentación de quejarme de su frialdad.

—¿Sabes una cosa? —dije—. La segunda noche de Pascua te vi.

—¿Ah, sí? ¿Estabas tú también en el templo?

—No. Pasaba por Via Mazzini y vi vuestro coche, pero preferí esperarte fuera.

—Vaya una idea.

—Estabas muy elegante. ¿Quieres que te cuente cómo ibas vestida?

—Te creo, te creo, me basta con tu palabra. ¿Dónde estabas *estacionado*?

—En la acera de enfrente, en la esquina de Via Vittoria. En determinado momento te pusiste a mirar hacia mí. Di la verdad: ¿me reconociste?

—Y dale. ¿Por qué había de decirte una cosa por

otra? Pero tú, en realidad, no comprendo por qué motivo... Perdona, pero ¿no podías acercarte?

—Estaba a punto de hacerlo. Después, cuando me di cuenta de que no estabas sola, renuncié.

—¡Que no estaba sola! ¡Vaya descubrimiento! Pero eres un tipo extraño. Podías venir a saludarme igual, me parece a mí.

—Sí, desde luego, pensándolo bien. Lo malo es que no siempre se consigue pensar. Además, ¿te habría gustado?

—¡Dios mío, cuántas historias! —suspiró.

La vez siguiente que conseguí hablar con ella, no menos de una docena de días después, me dijo que estaba enferma, con un fuerte resfriado y una décima de fiebre. ¡Qué aburrimiento! ¿Por qué no iba a verla nunca? La había olvidado de verdad.

—¿Estás... estás en la cama? —balbucí desconcertado, sintiéndome víctima de una injusticia enorme.

—Pues claro y, además, bajo las sábanas. Confiesa: te niegas a venir por miedo a la gripe.

—No, no, Micòl —respondí con amargura—. No

me creas más cobarde de lo que soy. Me asombra solamente que me acuses de haberte olvidado, cuando, en realidad... No sé si te acuerdas —proseguí con la voz helada—, pero antes de que te fueses a Venecia era facilísimo telefonearte, mientras que ahora, tienes que reconocerlo, se ha vuelto una especie de hazaña. ¿Sabes que he ido varias veces a tu casa, estos días? ¿Te lo han dicho?

—Sí.

—¡Entonces! Si querías verme, sabías perfectamente dónde encontrarme: por la mañana en la sala de billar y por la tarde abajo, con tu hermano. La verdad es que no tenías ninguna gana.

—¡Qué tonterías! Al cuarto de Alberto nunca me ha gustado ir, sobre todo cuando recibe amigos. En cuanto a ir a verte por la mañana, ¿no estás trabajando? Si algo *detesto* es precisamente molestar a la gente cuando trabaja. En cualquier caso, si de verdad lo deseas, mañana o pasado pasaré un momento a saludarte.

La mañana siguiente no vino, pero por la tarde, cuando me encontraba con Alberto (debían de ser las siete: Malnate se había despedido de repente hacía unos minutos), entró Perotti con un mensaje de Micòl. La «señorita» agradecería que yo subiera arriba un

momento —anunció impasible, pero, me pareció, de mal humor—. Lo sentía, pero estaba aún en la cama; si no, habría bajado ella. ¿Qué prefería: subir al instante o quedarme a cenar y subir después? La señorita preferiría que fuera enseguida, ya que tenía un poco de dolor de cabeza y quería apagar la luz muy temprano. Pero si decidía quedarme...

—No, por Dios —dije, al tiempo que miraba a Alberto—. Voy enseguida. —Me levanté y me dispuse a seguir a Perotti.

—No hagas cumplidos, por favor —decía entretanto Alberto, al tiempo que me acompañaba, atento, hasta la puerta—. Creo que esta noche en la mesa estaremos mi padre y yo solos. También la abuela está en la cama con gripe y mi madre no se aleja de su habitación ni un momento. Conque, si te apetece tomar algo con nosotros e ir a ver a Micòl después... A mi padre le encantaría.

Respondí que no podía, que a las nueve tenía que encontrarme «en la Piazza» con una «persona» y corrí tras Perotti, que ya había llegado al final del pasillo.

Sin cambiar palabra, no tardamos en llegar al pie de la larga escalera helicoidal que conducía arriba del todo, a la torrecita-lucernario. El cuarto de Micòl, ya lo

sabía yo, era el que estaba situado en el punto más alto de la casa, sólo medio tramo de escalera por debajo del último rellano.

No vi el ascensor y me dispuse a subir a pie.

—Bien está que usted sea joven —dijo sonriendo Perotti—, pero ciento veintitrés escalones son muchos. ¿No quiere que tomemos el ascensor? Funciona, ¿sabe usted?

Abrió la portezuela de la negra jaula exterior y después la puerta corredera de la cabina y, por último, se hizo a un lado para que yo pasase.

Cruzar el umbral de la cabina, que era una gran caja antediluviana, toda ella de brillantes maderas de color vino, contelleantes placas de cristal adornadas con una M, una F y una C primorosamente trenzadas, sentir en la garganta el penetrante olor, un poco sofocante, entre moho y aguarrás, que impregnaba el aire encerrado en aquel angosto espacio y advertir de repente una inmotivada sensación de calma, de tranquilidad fatalista, de distanciamiento irónico incluso, fue todo uno. ¿Dónde había conocido un olor de esa clase? —me preguntaba—. ¿Cuándo?

La cabina empezó a elevarse despacio por el hueco

de la escalera. Yo husmeaba el aire, al tiempo que miraba a Perotti delante de mí, con su espalda vestida de rayadillo. El viejo había dejado a mi completa disposición el asiento cubierto de mullido terciopelo. En pie a dos palmos de distancia, absorto, tenso, con una mano asida al pomo de latón de la puerta corredera y la otra apoyada en la placa de los botones de mando, que también brillaba con bruñidos latones, Perotti había vuelto a encerrarse en un silencio grávido de todos los significados posibles. Pero fue entonces cuando recordé y comprendí: Perotti callaba, no ya porque desaprobaba, como por un momento había yo pensado, que Micòl me recibiese en su habitación, sino porque la oportunidad que se le ofrecía de manejar el ascensor (oportunidad tal vez rara) lo colmaba de una satisfacción tanto más intensa cuanto más íntima, más secreta. El ascensor no era menos precioso para él que la carroza que estaba abajo, en la cochera. Con esas cosas, con esos venerables testimonios de un pasado ya suyo también, desahogaba él su tenaz amor hacia la familia a la que servía desde niño, su rabiosa fidelidad de viejo animal doméstico.

—Sube bien —exclamé—. ¿De qué marca es?

—Es americano —respondió, al tiempo que volvía el rostro a medias y torciendo la boca con la típica

mueca de desprecio tras la que los campesinos ocultan su admiración—. *El gà*<sup>[18]</sup> más de cuarenta años, pero aún subiría a un regimiento.

—Debe de ser un Westinghouse —dije al azar.

—Pues, *sogio mì*...<sup>[19]</sup> —masculló—. Un nombre de éstos.

De ahí pasó a contarme cómo y cuándo se había hecho la instalación. Pero la cabina, al detenerse de pronto, lo obligó con evidente disgusto a interrumpirse casi al instante.



En el estado de ánimo en que me encontraba en aquel momento, de serenidad provisional y sin ilusiones, la acogida de Micòl me sorprendió como un regalo imprevisto, inmerecido. Había temido que me tratara mal, con la misma indiferencia cruel de los últimos tiempos. En cambio, me bastó entrar en su cuarto (tras haberme introducido, Perotti había vuelto a cerrar la puerta discretamente a mis espaldas) para ver que me sonreía benévola, amable, amiga. Aún más que la invitación explícita a ir a verla, fue aquella sonrisa luminosa, llena de ternura y perdón, lo que me decidió a salir del fondo oscuro de la habitación y adelantarme.

Me acerqué, pues, a la cama, y coloqué las dos manos sobre la barandilla de Micòl, con la espalda apoyada en dos almohadones, tenía todo el busto fuera de las mantas. Tenía puesto un jersey verde oscuro de cuello alto y manga larga. En el pecho, la medallita de oro de *shaddái* brillaba sobre la lana del jersey... Cuando entré, estaba leyendo: una novela francesa, como había yo comprendido al instante, al reconocer de lejos el tipo de cubierta blanca y roja, y había sido la

lectura, probablemente, más que el resfriado, lo que había dejado en sus ojos señales de cansancio. No, seguía siendo bella —me decía ahora, al contemplarla—, tal vez nunca hubiera estado tan bella y atrayente.

Junto a la cama, a la altura de la cabecera, había un carrito de dos pisos de madera de nogal, el de arriba ocupado por una lámpara extensible encendida, el teléfono, una tetera de loza roja, un par de tazas de porcelana blanca con el borde dorado y un termo de alpaca. Micòl alargó la mano para dejar el libro sobre el estante inferior y después se volvió, en busca de la perita de la luz eléctrica que colgaba del lado opuesto de la cabecera. Pobre chico —decía al mismo tiempo entre dientes—: ¡No debía mantenerme en semejante velatorio! Y, en cuanto consiguió aumentar la luz, lo saludó con un gran «aah» de satisfacción.

Luego siguió hablando: del «triste» resfriado que la obligaba a guardar cama desde hacía sus buenos cuatro días; de las pastillas de aspirina con las que, a escondidas de su padre, no menos acérrimo enemigo que su tío Giulio de los sudoríferos (dañaban al corazón, según ellos, pero ¡no era cierto ni mucho menos!), había intentado en vano acelerar el fin de la dolencia; del aburrimiento de las interminables horas en cama sin ganas siquiera de leer. ¡Ah, leer! En tiempos, en la época

de las famosas gripes con fiebre de caballo de sus trece años, era pero que muy capaz de devorar en pocos días todo *Guerra y Paz* y el ciclo entero de los *Tres mosqueteros* de Dumas, mientras que ahora, durante un miserable resfriado, aunque fuera de cabeza, debía dar gracias si conseguía «despachar» alguna novelita francesa de las impresas con un tipo de letra muy grande. ¿Conocía yo *Les enfants terribles* de Cocteau? —preguntó, al tiempo que recogía el libro del carrito y me lo tendía—. No estaba mal, era divertido y *chic*. Pero ¿comparado con *Los tres mosqueteros*, *Veinte años después* y *El vizconde de Bragelonne*? ¡Ésas sí que eran novelas! Francamente: hasta desde el punto de vista de lo *chic* «funcionaban» muchísimo mejor.

De repente se interrumpió.

—Pero, bueno, ¿por qué te quedas ahí como un pasmarote? —exclamó—. Santo Dios bendito, ¡eres peor incluso que un niño pequeño! Coge ese silloncito —y me lo indicó—, y ven a sentarte más cerca.

Me apresuré a obedecer, pero no bastaba. Ahora *debía* beber algo.

—¿Qué te puedo ofrecer? —decía—. ¿Quieres té?

—No, gracias —respondí—, antes de la cena no me

apetece. Inunda el estómago y me quita el apetito.

—¿Tal vez un poco de *Skiwasser*?

—Ídem de ídem.

—Está muy caliente, ¡eh! Si no me equivoco, tú sólo has probado la versión estival, la helada, en el fondo *herética*: el *Himbeerwasser*.

—No, no, gracias.

—Dios mío —se quejó—. ¿Quieres que toque el timbre y te mande traer un aperitivo? Nosotros nunca tomamos, pero creo que en casa debe de haber en algún sitio una botella de Bitter Campari. Perotti, *honni soit*, sabe seguro dónde encontrarlo...

Moví la cabeza.

—¡Así que no quieres nada! —exclamó desilusionada—. ¡Qué tipo más raro!

—Mejor no.

Dije «mejor no» y ella estalló en una gran carcajada.

—¿Por qué te ríes? —pregunté, un poco ofendido.

Me observaba como si percibiese mis auténticas facciones por primera vez.

—Has dicho «mejor no», como Bartleby. Con la misma cara.

—¿Bartleby? ¿Quién es ese señor?

—Va a resultar que no has leído los relatos de Melville.

De Melville —dije— sólo conocía *Moby Dick*, traducido por Cesare Pavese. Entonces quiso que me levantara, fuese a coger en el estante de ahí enfrente, el situado entre las dos ventanas, el volumen de los *Piazza Tales* y se lo trajera. Mientras yo buscaba entre los libros, me iba contando el argumento del relato. Bartleby era un escribiente —decía—: un escribiente empleado por un conocido abogado de Nueva York (profesional excelente, este último: activo, capaz, «liberal», «uno de esos americanos del siglo XIX en cuyo papel está tan bien Spencer Tracy») para que le copiara expedientes, memorias, etcétera. Ahora bien, él, Bartleby, mientras le ordenaban escribir, se afanaba concienzudo. Pero si a Spencer Tracy se le ocurría encargarle cualquier trabajito suplementario, como el de cotejar una copia con el texto original o ir de un salto al estanco de la esquina a comprar un sello, él ni hablar: se limitaba a sonreír evasivo y a responder con educada firmeza: «*I prefer not to*».

—¿Y por qué motivo? —pregunté, al tiempo que volvía con el libro en la mano.

—Porque no le apetecía hacer sino de escribiente: escribiente y se acabó.

—Pero, perdona —objeté—. Me imagino que Spencer Tracy le pagaría un sueldo regular.

—Desde luego —respondió Micòl—. Pero ¿qué significa eso? Con el sueldo se paga el trabajo, pero no a la *persona* que lo realiza.

—No comprendo —insistí—. Sin duda Spencer Tracy había tomado a Bartleby como copista, pero también, supongo, para que ayudara en la marcha general del negocio. ¿Qué le pedía, en el fondo? *Un poco más*, que acaso fuera un poco *menos*. Para alguien obligado a permanecer siempre sentado, el salto al estanco de la esquina puede representar una útil distracción, una pausa necesaria: en cualquier caso, una magnífica ocasión para desentumecer un poco las piernas. No, lo siento. En mi opinión, Spencer Tracy tenía todas las razones para pretender que tu Bartleby no estuviera haciendo de pegote y cumpliera prontamente con lo que se le pedía.

Discutimos bastante rato sobre el pobre Bartleby y

sobre Spencer Tracy. Ella me reprochaba *no comprender*, ser «un» trivial, el habitual conformista inveterado. ¿Conformista? Seguía bromeando. El caso era, sin embargo, que antes, con aire de conmiseración, me había comparado con Bartleby. Ahora, al contrario, al ver que estaba de parte de los «abyectos explotadores», se había puesto a exaltar en Bartleby el «inalienable derecho de cualquier ser humano a la no colaboración», es decir, a la libertad. Seguía criticándome, en una palabra, pero por motivos del todo opuestos.

En determinado momento sonó el teléfono. Llamaban desde la cocina, para preguntar si y cuándo deberían subir la bandeja de la cena. Micòl declaró que por ahora no tenía hambre y que más tarde llamaría ella. ¿Que si le apetecía una sopita de verdura? —respondió, con una mueca, a una pregunta concreta que le hicieron por el aparato—. Naturalmente. Pero que no se pusieran a preparársela ahora mismo, por favor: nunca había podido soportar la «comida demasiado hecha».

Tras colgar el auricular, se volvió hacia mí. Me miraba fijamente con ojos dulces y graves a un tiempo y por unos segundos no dijo nada.

—¿Qué tal? —preguntó, por fin, en voz baja.

Tragué saliva.

—Así, así.

Sonreí y miré a mi alrededor.

—Es extraño —continué—. Todos los detalles de esta habitación corresponden exactamente a como me la había imaginado. Ahí está el Récamier, por ejemplo. Es como si la hubiera visto ya. Pero es que la he visto.

Le conté el sueño que había tenido hacía seis meses, la noche antes de que ella se marchara a Venecia. Señalé las hileras de los *làttimi*, que relucían en la penumbra de sus estantes: los únicos objetos, allí dentro —dije—, que en el sueño se me habían aparecido diferentes de como eran en la realidad. Le expliqué con qué forma los había visto y ella escuchaba seria, atenta, sin interrumpirme en ningún momento.

Cuando hube acabado, me rozó la manga de la chaqueta con una ligera caricia. Entonces me arrodillé junto a la cama, la abracé, la besé en el cuello, en los ojos, en los labios. Y ella se dejaba, pero sin mirarme en ningún momento e intentando siempre con ligeros movimientos de la cabeza impedirme que la besara en la boca.

—No... no... —no cesaba de decir—. No hagas eso... te lo ruego... Sé bueno... No, no... puede venir



alguien... No.

En vano. Poco a poco, primero con una pierna y después con la otra, me subí a la cama. Ahora descansaba sobre ella con todo mi peso. Seguía besándola, ciego, en el rostro, sin encontrar sus labios más que raras veces, ni conseguir nunca que bajara los párpados. Por último, oculté la cara en su cuello. Y mientras mi cuerpo, casi por su cuenta, se agitaba convulso sobre el de ella, inmóvil bajo las sábanas como una estatua, de golpe, en un arrebató repentino y terrible de todo mi ser, supe con certeza que la estaba perdiendo, que la había perdido.

Ella fue la primera en hablar.

—Levántate, por favor —oí que decía, cercanísima a mi oído—. Así no puedo respirar.

Yo estaba anonadado, literalmente. Bajar de aquella cama me parecía una empresa superior a mis fuerzas. Pero no tenía otra opción.

Me puse en pie. Di unos pasos por el cuarto, vacilando. Por último, me dejé caer de nuevo en el silloncito contiguo a la cama y escondí la cara entre las manos. Las mejillas me ardían.

—¿Por qué actúas así? —dijo Micòl—. ¿No ves que

es inútil?

—¿Por qué inútil? —pregunté, al tiempo que alzaba los ojos con viveza—. ¿Se puede saber por qué?

Me miraba, con un asomo de sonrisa aleteando en torno a su boca.

—¿No quieres ir un momento ahí? —dijo, señalando la puerta del baño—. Estás muy rojo, rojo *impizà*<sup>[20]</sup>. Lávate la cara.

—Gracias, sí. Tal vez sea mejor.

Me levanté de un salto y me dirigí hacia el baño. Pero, precisamente en ese momento, la puerta que daba a la escalera fue sacudida por un golpe vigoroso. Parecía que alguien intentara entrar a empujones.

—¿Qué es eso? —susurré.

—Es Jor —respondió tranquila Micòl—. Ve a abrirle.

Dentro del espejo ovalado que había encima del lavabo veía reflejada mi cara.

La examinaba atento como si no fuera la mía, como si perteneciese a otra persona. Pese a haberla sumergido varias veces en el agua fría, seguía roja, roja *impizà* —como había dicho Micòl—, con manchas más oscuras entre la nariz y el labio superior, por encima y alrededor de los pómulos. Escrutaba con minuciosa objetividad aquel gran rostro iluminado, ahí, ante mí, atraído sucesivamente por el latido de las arterias bajo la piel de la frente y las sienes, por la densa red de venillas escarlatas que, al abrir los ojos de par en par, parecía estrechar en una especie de cerco los azules discos de los iris, por los pelos de la barba, más espesos en la barbilla y a lo largo de las mandíbulas, por un forunculillo apenas distinguible... No pensaba en nada. A través del delgado tabique divisorio oía a Micòl hablando por teléfono. ¿Con quién? Con el personal de la cocina, era de suponer, para decirles que podían subir la cena. Bien. La próxima despedida resultaría menos embarazosa. Para los dos.

Entré en el momento en que colgaba y de nuevo, no sin asombro, comprendí que no tenía nada contra mí.

Se inclinó fuera de la cama para llenar una taza con té.

—Ahora hazme el favor de sentarte —dijo—, y bebe algo.

Obedecí en silencio. Bebía despacio, a lentos sorbos, sin alzar la vista. Tendido sobre el parqué, a mis espaldas, Jor dormía. Su pesado estertor de mendigo borracho llenaba el cuarto.

Dejé la taza.

Y fue también entonces Micòl la que empezó a hablar. Sin referirse en absoluto a lo que había sucedido poco antes, comenzó diciendo que, desde hacía mucho tiempo, mucho más tiempo, tal vez, de lo que yo me imaginaba, se había propuesto hablar francamente conmigo de la situación que poco a poco había ido creándose entre nosotros. ¿Acaso no recordaba yo aquella vez —prosiguió— y, en el mes de octubre pasado, cuando para no quedar empapados habíamos acabado en la cochera y después habíamos ido a sentarnos dentro de la carroza? Bueno, pues, a partir de aquella vez precisamente ella había advertido el feo

cariz que iban cobrando nuestras relaciones. Lo había comprendido enseguida, ella, que entre nosotros había nacido algo falso, equivocado, muy peligroso: y la culpa mayor de que la bola hubiera seguido rodando un buen rato pendiente abajo había sido suya, estaba más que dispuesta a admitirlo. ¿Qué debería haber hecho? Muy sencillo: llamarme aparte y hablarme claro entonces, enseguida. Pero ¡qué va!: como una auténtica cobarde, había elegido el camino peor, al escapar. Pues, sí, huir es fácil. Pero ¿a qué conduce, casi siempre, sobre todo en el caso de «situaciones delicadas»? Noventa y nueve veces de cada cien, el rescoldo sigue ardiendo bajo las cenizas, con el magnífico resultado de que más adelante, cuando los dos se vuelven a ver, hablarse tranquilos, como buenos amigos, se ha vuelto difícilísimo, casi imposible.

También yo lo comprendía —la interrumpí en ese preciso momento— y, a fin de cuentas, le agradecía mucho su sinceridad.

Pero había algo que me habría gustado que me explicara. Había escapado de la noche a la mañana, sin despedirse siquiera, pero después, nada más llegar a Venecia sólo había tenido una preocupación: la de asegurarse de que yo no dejaba de ver a su hermano Alberto.

—Eso ¿por qué? —pregunté—. Si de verdad querías, como dices, que yo te olvidara (perdona la expresión, ¡no te vayas a reír en mis narices!), ¿no podías dejarme para siempre? Era difícil, desde luego. Pero tampoco era imposible que por falta de alimento, digamos, el rescoldo acabara poco a poco apagándose del todo, solo.

Me miró sin ocultar una expresión de sorpresa, asombrada tal vez de que yo encontrara fuerzas para pasar al contraataque, si bien, en resumidas cuentas, con tan poca convicción.

No me faltaba razón —reconoció entonces, pensativa, al tiempo que movía la cabeza—, no me faltaba razón ni mucho menos. No obstante, me rogaba que la creyera. Al actuar como lo había hecho, no había tenido la menor intención de pescar en río revuelto. Quería conservar mi amistad, nada más, en modo un poco posesivo incluso. Y, además, en serio, más aún que en mí había pensado en Alberto, que, exceptuando a Giampiero Malnate, se había quedado aquí sin un amigo con el que charlar un poco de vez en cuando. ¡Pobre Alberto! —suspiró—. ¿No lo había advertido también yo, al frecuentarlo los meses pasados, cuánta *necesidad* tenía de compañía? Para alguien que, como él, ya se había acostumbrado a pasar el invierno en Milán,

con teatros, cine y todo lo demás a su disposición, la perspectiva de quedarse aquí, en Ferrara, encerrado en casa por meses y meses y, además, sin tener casi nada que hacer, no era alegre precisamente, debía yo reconocerlo. ¡Pobre Alberto! —repitió—. Ella, en comparación, era mucho más fuerte, mucho más autónoma: capaz de soportar, en caso necesario, las soledades más feroces. Y, por otro lado, le parecía habérmelo dicho ya: Venecia en invierno, en cuanto a desolación, acaso fuera peor aún que Ferrara y la casa de sus tíos no era menos triste y aislada que ésta.

—Ésta no es triste ni mucho menos —dije, conmovido de repente.

—¿Te gusta? —preguntó animada—. Pues te voy a confesar una cosa (pero tú después no me regañes, eh, ¡no vayas a acusarme de hipocresía, o acaso de ambigüedad!). Deseaba con toda el alma que la vieras.

—¿Y por qué?

—No sé por qué. No sabría decírtelo exactamente, por qué. Por la misma razón, supongo, por la que de niña, en el templo, te habría metido con tanto gusto también a ti bajo el *taled* de mi padre... ¡Ah, si hubiera podido! Todavía te veo ahí, bajo el *taled* del tuyo, en el banco de delante del nuestro. ¡Qué pena me dabas! Es

absurdo, lo sé: y, sin embargo, al mirarte, sentía la misma pena que si hubieras sido huérfano, sin padre ni madre.

Calló por unos instantes, con los ojos clavados en el techo. Después, tras apoyar el codo en la almohada, volvió a hablarme, pero seria, ahora, y grave.

Dijo que sentía causarme dolor, que lo sentía muchísimo. Por otra parte, era necesario que me convenciese: no debíamos en absoluto estropear, como estábamos exponiéndonos a hacerlo, los hermosos recuerdos de infancia que teníamos en común. ¡Ponernos a hacer el amor nosotros dos! ¿De verdad me parecía posible?

Pregunté por qué le parecía tan imposible.

Por infinitas razones —respondió—, pero sobre todo porque la idea de hacer el amor conmigo la desconcertaba, la ponía violenta: exactamente como si imaginara hacerlo con un hermano, ya ves tú, con Alberto. Era cierto, de niña yo le había hecho «tilín»: y, quién sabe, tal vez fuera eso precisamente lo que ahora la paralizaba tanto respecto a mí. Yo... yo estaba «al lado», verdad, no «enfrente», mientras que el amor (así al menos se lo figuraba ella) era algo para gente decidida a dominarse mutuamente, un deporte cruel,



feroz, ¡mucho más cruel y feroz que el tenis!, que había de practicarse sin excluir los golpes y sin recurrir, para suavizarlo, a la bondad del alma ni a la honradez de propósitos.

*Maudit soit à jamais le rêveur inutile,*

*qui voulut le premier dans sa stupidité,*

*s'éprenant d'un problème insoluble et stérile,*

*aux choses de l'amour mêler l'honnêteté!*

había advertido Baudelaire, que entendía de eso. ¿Y nosotros? Estúpidamente honrados los dos, iguales en todo y por todo como dos gotas de agua («y los

iguales no se combaten, ¡créeme!)), ¿habríamos podido nunca dominarnos el uno al otro, nosotros, desear de verdad «destrozarnos»? No, por Dios. En vista de cómo nos había hecho el Señor, no hubiera sido deseable ni posible.

Pero aun admitiendo, por pura hipótesis, que hubiésemos sido distintos de como éramos, que hubiese habido, en una palabra, una posibilidad, por pequeña que fuera, de una relación entre nosotros de tipo «cruento», ¿cómo deberíamos comportarnos? ¿«*Prometernos*», acaso, con el consiguiente intercambio de anillos, visitas paternas, etc? ¡Qué historia tan edificante! Si hubiera vivido aún y se hubiese enterado, seguro que el propio Israel Zangwill habría compuesto con ella un codicilo jugoso que añadir a sus *Soñadores del gueto*. ¡Y qué satisfacción, qué «pía» satisfacción, en todos, cuando apareciéramos juntos en la sinagoga italiana, el próximo *Kippur*: con los rostros un poco demacrados a causa del ayuno, pero hermosos, aun así, dignísimamente emparejados! No faltaría, desde luego, quien, al vernos, bendijera las leyes raciales, al proclamar que ante la realidad de una unión tan bella sólo se podía decir una cosa: no hay mal que por bien no venga. ¡Y a saber si el propio secretario federal no se enternecería, desde Viale Cavour! Aunque en secreto, ¿acaso no había seguido siendo, en realidad, un gran

filosemita, aquella excelente persona del cónsul Bolognesi? ¡Puah!

Yo callaba, abrumado. Ella aprovechó para alzar el auricular y decir a la cocina que le trajeran la cena, pero dentro de media horita, antes no, ya que —volvió a repetir— aquella noche no tenía «ni pizca de gana». Hasta el día siguiente, al volver a pensar en todo, no iba yo a acordarme de cuando estaba encerrado en el baño y la había oído hablar por teléfono. Entonces me había equivocado —me iba a decir el día siguiente—. Podía estar hablando con cualquier otra persona de la casa (e incluso de fuera), pero *no* con la cocina.

Ahora estaba absorto en pensamientos muy diferentes. Cuando Micòl colgó, alcé la cabeza.

—Has dicho que nosotros dos somos iguales —dije—. ¿En qué sentido?

Pues claro, claro que sí —exclamó—, en el sentido de que también yo, como ella, carecía de ese gusto instintivo por las cosas que caracteriza a la gente normal. Lo intuía perfectamente: para mí, no menos que para ella, más que el presente contaba el pasado, más que la posesión, su recuerdo. Ante la memoria, cualquier posesión tiene que parecer por fuerza decepcionante, trivial, insuficiente... ¡Cómo me

comprendía! Mi ansia por que el presente pasara a ser *enseguida* pasado para poder amarlo y contemplarlo a placer era también suya, idéntica. Era *nuestro* vicio, ése: el de avanzar con la cabeza siempre vuelta hacia atrás. ¿No era así?

Así era —no pude por menos de reconocer para mis adentros—, exactamente así. ¿Cuándo la había abrazado? Una hora antes como máximo. Y todo se había vuelto ya irreal y fabuloso como siempre: un acontecimiento como para no creerlo o como para temerlo.

—¿Quién sabe? —respondí—. Tal vez sea más sencillo. Tal vez yo no te guste físicamente. Y punto.

—No digas tonterías —protestó—. ¿Qué tiene eso que ver?

—¡Ya lo creo que tiene que ver!

—*You are fishing for compliments* y lo sabes muy bien. Pero esa satisfacción no te la quiero dar, no te la mereces. Y, además, aunque ahora me pusiera a repetirte cuánto me han gustado siempre tus famosos ojos glaucos (¡y no sólo los ojos!), ¿qué sacaría con ello? Serías tú el primero en juzgarme mal, una maldita hipocritona. Pensarías: mira, mira, después del palo, el

dulce, la propina...

—A menos que...

—A menos que... ¿qué?

Vacilaba, pero al fin me decidí.

—A menos que —continué—, haya algún otro por medio.

Dijo que no con la cabeza, al tiempo que me miraba fijamente.

—No hay nadie, pero es que nadie, por medio —respondió—. ¿Quién debería haber?

La creía. Pero estaba desesperado y quería herirla.

—¿A mí me lo preguntas? —dije frunciendo los labios—. Todo es posible. ¿Quién me garantiza que durante este invierno no has conocido a alguien en Venecia?

Se echó a reír: una carcajada alegre, fresca, cristalina.

—Qué ideas —exclamó—. ¡Si no he hecho otra cosa que trabajar en la tesis todo el tiempo!

—¡No irás a decirme que en estos cinco años de

universidad no has hecho el amor con nadie! Vamos, anda, ¡algún tipo habrá habido, en la Escuela, que te fuera detrás!

Estaba seguro de que diría que no. Pero me engañaba.

—Sí, novios he tenido algunos —admitió.

Fue como si una mano me aferrara el estómago y lo retorciera.

—¿Muchos? —logré preguntar.

Tumbada boca arriba como estaba, con los ojos fijos en el techo, alzó apenas un brazo.

—Pues... no sabría decirte —dijo—. Déjame pensar.

—¿Tantos has tenido, entonces?

Me miró de soslayo con expresión taimada, claramente canallesca, que no le conocía y que me aterró.

—Bah... digamos tres o cuatro. Mejor dicho, cinco, para ser exactos... Pero todos pequeños *flirts*, a ver si nos entendemos, muy insignificantes... e incluso bastante aburridos.

—¿Qué clase de *flirts*?

—Pues eso... grandes paseos por el Lido... dos o tres excursiones a Torcello... algún beso de vez en cuando... mucho cogerse de la mano... y *mucho* cine. *Orgías* de cine.

—¿Siempre con compañeros de la Escuela?

—Más o menos.

—Católicos, me imagino.

—Naturalmente. Pero no por principio. Como comprenderás, hay que aprovechar lo que se encuentra.

—Pero ¿con...?

—No. Con *judim*, no, la verdad. No es que no hubiese ninguno en la Escuela. Pero ¡eran tan serios y tan feos!

Se volvió de nuevo a mirarme.

—De todos modos, este invierno nada —añadió sonriendo—, podría jurártelo incluso. No he hecho otra cosa que estudiar y fumar, hasta el punto de que era la señorita Blumenfeld, precisamente ella, quien me animaba a salir.

Sacó de debajo de la almohada una cajetilla de Lucky Strike, intacta.

—¿Quieres uno? Como ves, he empezado por los fuertes.

Indiqué en silencio la pipa, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta.

—¡Tú también! —dijo riendo, extraordinariamente divertida—. Pero ¡ese Giampi vuestro va haciendo escuela, la verdad!

—¡Y tú que te quejabas de no tener amigos en Venecia! —deploré—. Cuántas mentiras. Anda, anda, que eres como las demás tú también.

Sacudió la cabeza, no sé si para compadecerme a mí o a sí misma.

—Ni siquiera los *flirts*, por pequeños que sean, se pueden mezclar con la amistad —dijo melancólica—. Y, por eso, cuando te hablaba de amigos, debes reconocer que te mentía sólo hasta cierto punto. Pero tienes razón. También yo soy como todas las demás: mentirosa, traidora, *infiel*... No demasiado diferente de una Adriana Trentini cualquiera, en el fondo.

Había dicho «infiel» separando, como de



costumbre, las sílabas, pero, además, con una especie de orgullo amargo. Añadió que si yo me había equivocado en algo, había sido siempre en sobrevalorarla demasiado. No es que quisiera disculparse con eso, qué va. No obstante, ella había leído siempre en mis ojos tanto «idealismo», que se había sentido obligada a parecer mejor de lo que era en realidad.

No quedaba mucho más que decir. Al poco, cuando Gina entró con la cena (ya eran las nueve pasadas), me puse en pie.

—Perdona, pero ahora tengo que irme —dije, al tiempo que le tendía la mano.

—Conoces el camino, ¿verdad? ¿O prefieres que te acompañe Gina?

—No, no es necesario. Lo encontraré solo.

—Coge el ascensor, ¿eh?

—Sí, sí.

En el umbral me volví. Micòl estaba ya llevándose la cuchara a los labios.

—Adiós —dije.

Me sonrió.

—Adiós. Mañana te llamo.

Pero lo peor no empezó hasta unos veinte días después, cuando hube regresado del viaje a Francia que hice en la segunda quincena de abril.

Había ido a Francia, a Grenoble, por un motivo muy concreto. Los pocos centenares de liras al mes que estaba permitido enviar a mi hermano Ernesto por medios legales no le bastaban, como él mismo repetía de continuo en sus cartas, sino para pagar el alquiler de la habitación donde dormía, en Place Vaucanson. Urgía, pues, proveerlo de más dinero. Y había sido mi padre, una noche que yo había vuelto a casa más tarde de lo habitual (me había esperado despierto a propósito para hablarme), quien había insistido para que fuera yo a llevárselo en persona. ¿Por qué no aprovechaba la ocasión? Respirar una bocanada de aire distinto «del de aquí», ver un poco de mundo, distraerme: ¡eso era lo que debía hacer! Me probaría bien tanto física como moralmente.

Conque me había ido. Me había detenido dos horas en Turín, cuatro en Chambéry y, por fin, había llegado

a Grenoble. En la pensión a la que Ernesto iba para las comidas había conocido enseguida a varios estudiantes italianos, todos en las mismas condiciones que mi hermano y todos matriculados en la Escuela Politécnica: un Levi de Turín, un Segre de Saluzzo, un Sorani de Trieste, un Cantoni de Mantua, un Castelnuovo de Florencia, un Pincherle de Roma. No me había unido a ninguno de ellos durante la docena de días que me había quedado, la mayor parte del tiempo lo había pasado en la Biblioteca Municipal hojeando manuscritos de Stendhal. Hacía frío, en Grenoble, llovía. Las montañas que rodeaban la población raras veces dejaban vislumbrar las cimas ocultas por la nieve y las nubes, mientras que, por la noche, los apagones de prueba te quitaban las ganas de salir. Ferrara me parecía lejanísima: como si no debiera volver nunca a ella. ¿Y Micòl? Desde que me había marchado, no había dejado de oír su voz, la que había puesto para decirme: «¿Por qué haces esto? ¿No ves que es inútil?». Sin embargo, un día había sucedido algo. Tras leer por azar en uno de los cuadernos stendhalianos estas palabras aisladas: *All lost, nothing lost*, de golpe, como por milagro, me había sentido libre, curado. Había cogido una tarjeta, había escrito en ella las palabras de Stendhal y después se la había enviado a ella, a Micòl, tal cual, sin añadir nada, ni siquiera la firma, que

pensara lo que quisiese. Todo perdido, nada perdido. ¡Qué cierto era! —me decía—. Y respiraba.

Me había engañado. A primeros de mayo, de regreso en Italia, había encontrado la primavera en pleno estallido, los prados entre Alessandria y Piacenza cubiertos de manchas amarillas, las carreteras del campo emiliano recorridas por muchachas en bicicleta con brazos y piernas desnudos, los grandes árboles de los muros de Ferrara cargados de hojas. Había llegado un domingo, hacia mediodía. Nada más llegar a casa había tomado un baño, había comido con la familia y había respondido con suficiente paciencia a gran cantidad de preguntas. Pero el repentino frenesí que me había embargado en el instante en que, desde el tren, había visto despuntar en el horizonte las torres y los campanarios de Ferrara, no me había permitido entremeterme más. A las dos y media ya corría en bicicleta a lo largo de Mura degli Angeli, con los ojos fijos en el inmóvil esplendor vegetal del Barchetto del Duca, cada vez más próximo a la izquierda. Todo había vuelto a ser como antes, como si los quince últimos días los hubiera pasado durmiendo.

Estaban jugando, allí abajo, en el campo de tenis, Micòl contra un joven con pantalón largo blanco en el que no me fue difícil reconocer a Malnate, y enseguida

advirtieron mi presencia y me reconocieron, porque los dos, tras dejar de jugar, se pusieron a mover los brazos con grandes gestos y las raquetas levantadas. Pero no estaban solos, estaba también Alberto. Lo vi que aparecía por el lindero del follaje y corría al centro del campo, miraba hacia mí y después se llevaba las manos a la boca. Silbó dos, tres veces. ¿Se podía saber qué hacía yo en lo alto de la Mura? —parecía preguntar cada uno, a su modo—. ¿Y por qué diablos no entraba enseguida en el jardín? Un tipejo muy raro, eso es lo que era. Ya me dirigía hacia la desembocadura de Corso Ercole I d'Este, ya había llegado, pedaleando a lo largo del muro, a la vista del portalón y Alberto seguía tocando su «olifante». «¡No te escabullas, eh!,» decían ahora sus silbidos siempre potentísimos, pero que entretanto se habían vuelto en cierto modo afables, apenas admonitorios.

—¡Hola! —grité como siempre, al salir de la galería de los rosales trepadores.

Micòl y Malnate habían reanudado el juego y, sin detenerse, respondieron al tiempo con otro «hola». Alberto se puso en pie y vino a mi encuentro.

—¿Quieres decirnos dónde te has metido durante todos estos días? —preguntó—. He telefoneado varias veces a tu casa, pero nunca estabas.

—Ha estado en Francia —respondió por mí Micòl, desde el campo.

—¡En Francia! —exclamó Alberto, con los ojos marcados por un asombro que me pareció sincero—. ¿Y qué has ido a hacer allí?

—He ido a Grenoble a ver a mi hermano Ernesto.

—Ah, sí, es cierto que tu hermano está estudiando en Grenoble. ¿Y cómo está? ¿Cómo se las arregla?

Entretanto, nos habíamos acomodado en dos tumbonas, colocadas una junto a la otra ante la entrada lateral del campo, en posición excelente para poder seguir el desarrollo del juego. A diferencia del otoño anterior, Micòl no iba en *shorts*. Llevaba una falda de lana blanca, muy a la antigua, una camiseta también blanca con las mangas remangadas y extrañas medias de hilo blanquísimo, como de dama de la Cruz Roja. Empapada de sudor y con el rostro encarnado, se esforzaba con todo su ser para lanzar las pelotas a los ángulos más remotos del campo, forzando los golpes. Pero Malnate, aunque había engordado y jadeaba, le hacía frente con ahínco.

Una pelota vino rodando a poca distancia de nosotros. Micòl se acercó a recogerla y por un instante

mi mirada se cruzó con la suya.

La vi hacer una mueca. Con cara de enfado evidente, se volvió de pronto hacia Malnate.

—¿Probamos un *set*?

—Probemos, pues —farfulló el otro—. ¿Cuántos *games* me das de ventaja?

—Ni uno —replicó Micòl, ceñuda—. Como máximo te dejo sacar. ¡Hale, saca!

Tiró la pelota al otro lado de la red y fue a colocarse en posición para responder al tiro de su adversario.

Por unos minutos, Alberto y yo los observamos jugar. Yo me sentía lleno de tristeza e inquietud. El «tú» de Micòl a Malnate, su ostentosa indiferencia hacia mí me daban de repente idea del largo tiempo que había estado yo lejos. En cuanto a Alberto, como siempre, sólo tenía ojos para el Giampi. Pero por una vez, noté, en lugar de admirarlo y elogiarlo, no cesaba un momento de criticarlo.

Ahí tenía a un tipo —me confiaba susurrando y ello era tan sorprendente, que, aun angustiado, no me perdía una sílaba de sus palabras— que, aunque hubiera recibido lecciones de tenis todo el santo día de



un Nüsslein o un Martin Plaa, nunca habría podido llegar a ser un jugador pasable siquiera. ¿Qué le faltaba para hacer progresos? A ver. ¿Piernas? Piernas, no, desde luego: de lo contrario, no habría sido, como sin duda era, un alpinista discreto. ¿Aliento? Aliento tampoco, por la misma razón. ¿Fuerza muscular? Tenía para parar un tren, bastaba con que te apretara la mano. ¿Entonces? La realidad es que el tenis —sentenció con extraordinario énfasis—, además de deporte, es un arte y, como cada forma de arte exige cierto talento particular, quien carezca de él nunca dejará de ser un «maleta», para toda la vida.

—Pero bueno —gritó en determinado momento Malnate—, ¿queréis estaros calladitos un poco, vosotros dos?

—Juega, juega —le replicó con viveza Alberto—, ¡y procura no dejarte vencer por una mujer!

Yo no daba crédito a mis oídos. ¿Era posible? ¿Qué había sido de la apacibilidad de Alberto, de su sumisión para con su amigo? Lo miré atento. Su cara se me reveló de improviso, flaca, demacrada, como arrugada por una vejez prematura. ¿Estaría enfermo? Estuve tentado de preguntárselo, pero me faltó valor. En cambio, le pregunté si era ése el primer día en que habían vuelto a jugar al tenis y por qué no estaban presentes como el

año pasado Bruno Lattes, Adriana Trentini y el resto de la zòzga (panda).

—Pero ¡entonces no sabes nada! —exclamó, descubriendo en una carcajada las encías.

Una semana antes más o menos —se puso a contarme al instante—, al ver el buen tiempo que hacía, Micòl y él habían decidido hacer una docena de llamadas por teléfono con el noble fin, precisamente, de reanudar los fastos tenísticos del año pasado. Habían telefoneado a Adriana Trentini, a Bruno Lattes, al joven Sani, al joven Collevatti y a diversos ejemplares magníficos de ambos sexos de las más recientes levas juveniles en quienes no se había pensado el otoño pasado. Todos, «viejos y jóvenes», habían aceptado la invitación con laudable prontitud: hasta el punto de garantizar a la jornada de inauguración del sábado, primero de mayo, un éxito triunfal, por no decir algo más. No sólo habían jugado al tenis, habían charlado, habían coqueteado, etcétera, sino que, además, habían bailado, ahí, en la *Hütte*, al sol del Philips «oportunamente instalado en ella».

Éxito mayor incluso —prosiguió Alberto— había obtenido la segunda «sesión» del domingo, dos de mayo, por la tarde. Pero ya el lunes, tres de mayo, por la mañana había empezado a perfilarse el escándalo. En

efecto, hacia las once se había presentado en bicicleta el abogado Tabet, que se había hecho preceder por una sibilina tarjeta de visita; sí, precisamente ese gran fascistón del abogado Geremia Tabet, en persona, quien, tras haberse encerrado con su padre en el estudio, le había transmitido la orden taxativa del secretario federal de interrumpir de inmediato el escándalo de las recepciones cotidianas y provocativas, carentes, además, del menor contenido deportivo sano, que desde hacía un tiempo se celebraban en su casa. No era admisible, la verdad —hacía saber el cónsul Bolognesi, por mediación del «común» amigo Tabet—, que el jardín de los Finzi-Contini fuera transformándose poco a poco en una especie de club competidor del Círculo de Tenis Eleonora d'Este, institución esta tan benemérita del deporte ferrarés. Conque alto ahí: para evitar sanciones oficiales, «del tipo de la estancia obligada en Urbisaglia por un período de tiempo por determinar», en adelante no se iba a poder alejar a ningún miembro del Eleonora d'Este de su ambiente natural.

—Y tu padre —pregunté—, ¿qué respondió?

—¿Qué quieres que respondiera? —dijo riendo Alberto—. No le quedaba más remedio que comportarse como don Abbondio<sup>[21]</sup>. Inclinar y

murmurar: «Dispuesto siempre a la obediencia». Creo que se expresó más o menos así.

—Para mí, la culpa es de Barbicinti —gritó desde el campo Micòl, a quien la distancia no había impedido, evidentemente, seguir nuestra conversación—. Nadie podrá quitarme nunca de la cabeza que fue él quien corrió a quejarse a Viale Cavour. Me imagino la escena. Además, hay que comprenderlo al pobre. Cuando se está celoso, se puede uno volver capaz de todo...

Aunque pronunciadas sin intención particular, esas palabras de Micòl me hirieron dolorosamente. Estuve a punto de levantarme y marcharme.

Y, quién sabe, tal vez lo habría hecho, si en ese preciso momento, mientras me volvía hacia Alberto casi para invocar su testimonio y su ayuda, no me hubiera detenido de nuevo a observar la palidez de su rostro, la delgadez de sus hombros, perdidos dentro de un jersey que ahora le quedaba demasiado ancho (me guiñaba el ojo como para invitarme a no hacer caso, al tiempo que hablaba ya de otras cosas: del campo de tenis, de los trabajos para mejorarlo «radicalmente», que, pese a todo, comenzarían esa misma semana...), y si en ese preciso instante no hubiera visto aparecer allí abajo, en las lindes del bosque, las negras y afligidas figuras emparejadas del profesor Ermanno y la señora

Olga, que se dirigían despacio hacia nosotros de vuelta del paseo vespertino por el jardín.

El largo período de tiempo que siguió, hasta los fatales últimos días de agosto de 1939, es decir, hasta la víspera de la invasión nazi de Polonia y de la *drôle de guerre*, lo recuerdo como una especie de descenso lento y progresivo en el embudo sin fondo del Maelström. Dueños exclusivos del campo de tenis, que pronto habían cubierto de una capa de un palmo por lo menos de tierra roja de Imola, habíamos quedado cuatro: Micòl, Alberto, Malnate y yo (con Bruno Lattes, perdido, era de suponer, tras las huellas de Adriana Trentini, no había que contar). Variando las parejas, pasábamos tardes enteras en largas partidas de dobles y Alberto, pese a su jadeo y cansancio, siempre estaba dispuesto, a saber por qué, a volver a empezar, a no darnos ni darse tregua ninguna.

¿Por qué motivo me obstinaba en volver cada día a un lugar donde, lo sabía, no podía recibir sino humillaciones y amargura? No sabría decirlo exactamente. Tal vez esperara un milagro, un brusco cambio de la situación, o acaso fuera en busca precisamente de humillaciones y amargura...

Jugábamos al tenis o bien, echados a la sombra en cuatro *chaises longues*, frente a la *Hütte*, hablábamos sobre los temas habituales de arte y política. Pero cuando después proponía yo a Micòl, que en el fondo había seguido mostrándose amable y a veces afectuosa incluso, un paseo por el jardín, era muy raro que ella dijese que sí. Si accedía, nunca me seguía de buen grado, sino con una expresión entre disgustada y paciente siempre, que me inducía enseguida a lamentar haberla alejado de Alberto y Malnate.

Y, sin embargo, no me daba por vencido, no me resignaba. Dividido entre el impulso de romper, de desaparecer para siempre, y el opuesto de no renunciar a estar allí, de no ceder a ningún precio, acababa en la práctica no faltando nunca. A veces, es cierto, bastaba una mirada de Micòl más fría de lo habitual, un gesto suyo de intolerancia, una mueca suya de sarcasmo o de hastío, para que creyera con toda sinceridad haber decidido y cortado. Pero ¿cuánto resistiría alejado? Tres, cuatro días como máximo. El quinto, allí me teníais de nuevo, con el rostro alegre y desenfadado de quien regresa de un viaje muy provechoso (hablaba siempre de viajes, al reaparecer, viajes a Milán, a Florencia, a Roma: ¡y menos mal que los tres hacían como que me creían!), pero con el corazón exasperado y con los ojos que ya empezaban otra vez a buscar en los de Micòl

una respuesta imposible. Era ésa la hora de las «escenas conyugales», como las llamaba ella. En ellas, cuando se me presentaba la ocasión, intentaba incluso besarla. Y ella se resignaba, nunca se mostraba descortés.

Sin embargo, una tarde de junio, hacia mediados de mes, las cosas fueron de modo distinto.

Nos habíamos sentado uno junto a otro en los escalones exteriores de la *Hütte* y, aunque ya eran las ocho y media, más o menos, aún se veía. Yo miraba a Perotti, a distancia, ocupado en desmontar y enrollar la red del campo, cuyo terreno, desde que había llegado de Romaña el nuevo polvo rojo, nunca le parecía bastante cuidado. Malnate estaba duchándose dentro de la cabaña (lo oíamos a nuestras espaldas resoplar ruidoso bajo el chorro de agua caliente); Alberto se había despedido poco antes con un melancólico «*bai-bai*». Nos habíamos quedado los dos solos, en una palabra, Micòl y yo, y enseguida había aprovechado yo para reanudar mi aburrido, absurdo y eterno asedio. Insistía como siempre en el intento de convencerla de que se equivocaba al considerar inoportuna una relación sentimental entre nosotros; como siempre, la acusaba (con mala fe) de haberme mentido, cuando, apenas un mes antes, me había asegurado que entre ella y yo no había nadie por medio. Según yo, en cambio,



alguien había por medio o al menos lo había habido, en Venecia, durante el invierno.

—Te repito por enésima vez que te equivocas —decía Micòl en voz baja—, pero sé que es inútil, sé muy bien que mañana volverás a la carga con las mismas historias. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que *intrigo* en secreto? ¿Que tengo una doble vida? Si eso es lo que quieres simplemente, puedo darte ese gusto.

—No, Micòl —respondía yo en voz igualmente baja, pero más excitada—. Seré cualquier cosa, menos masoquista. ¡Si tú supieras lo normales que son, lo terriblemente triviales que son mis aspiraciones! Ríete, si quieres. Si algo desearía, sería esto: oírte *jurar* que lo que me has dicho es verdad y creerte.

—Por mí, te lo juro al instante. Pero ¿me creerías?

—No.

—¡Peor para ti, entonces!

—Desde luego, peor para mí. Pero si *pudiera* de verdad creerte...

—¿Qué harías? Vamos a ver.

—Oh, cosas muy normales también, triviales, jeso es lo malo! Esto, por ejemplo.

Le cogí las manos y me puse a cubrírselas de besos y lágrimas.

Por un momento me dejó hacerlo. Yo ocultaba la cabeza contra sus rodillas y el olor de su piel lisa y tierna, ligeramente salada, me aturdí. La besé ahí, en las piernas.

—Ahora se acabó —dijo.

Separó las manos de las mías y se puso de pie.

—Adiós, tengo frío —prosiguió—, he de volver a casa. La mesa ya estará puesta y aún tengo que lavarme y vestirme. Levántate, anda, no te comportes como un niño.

—¡Adiós! —gritó después, dirigiéndose a la *Hütte*—. Yo me voy.

—Adiós —respondió desde dentro Malnate—. Gracias.

—Hasta luego. ¿Vienes mañana?

—Mañana no sé. Ya veremos.

Separados por la bicicleta, a cuyo manillar me aferraba yo espasmódicamente, nos encaminamos en dirección de la *magna domus*, alta y oscura en el aire

lleno de mosquitos y murciélagos del ocaso estival. Callábamos. Un carro abarrotado de heno y tirado por una yunta de bueyes venía en sentido contrario al nuestro. Sentado encima iba uno de los hijos de Perotti, que, al cruzarse con nosotros, se quitó la gorra y nos dio las buenas tardes. Aunque acusaba a Micòl sin convicción, igual me habría gustado gritarle que dejara de hacer comedia, insultarla, darle bofetadas incluso. Pero ¿y después? ¿Qué habría sacado con eso?

Igualmente me equivoqué.

—Es inútil que lo niegues —dije—, pues sé hasta quién es *la persona*.

Apenas había acabado de pronunciar esas palabras, cuando ya me había arrepentido de haberlo hecho.

Me miró seria, dolorida.

—Eso —dijo—, y ahora, según tus previsiones, yo debería desafiarte acaso a revelar el nombre y apellido que tú te imaginas, si es que te lo imaginas. Basta así, de todos modos. No quiero saber más. Pero, llegados a este punto, te agradecería que de ahora en adelante te mostraras un poco menos asiduo... sí... que vinieras a nuestra casa con menor frecuencia, en una palabra. Te lo digo francamente: si no temiese provocar las

habladurías de la familia, cómo así, por qué, etcétera, te rogaría que no volvieras nunca, nunca más.

—Discúlpame —murmuré.

—No, no puedo disculparte —replicó ella, sacudiendo la cabeza—. Si lo hiciera, dentro de unos días volverías a empezar.

Añadió que desde hacía mucho tiempo mi comportamiento no era digno: ni para mí, ni para ella. Ella me había dicho y repetido mil veces que era inútil, que no intentara transponer nuestras relaciones a un plano diferente del de la amistad y el afecto. Pero qué va. Apenas podía, yo, al contrario, me echaba encima con besos y demás, como si no supiera que en situaciones como la nuestra no hay nada más antipático y contraindicado. ¡Santo Dios! ¿Era posible que no consiguiese dominarme? Si entre nosotros hubiera habido antes un vínculo físico un poco más profundo que el determinado por algún beso, entonces si que habría podido comprender que yo... que ella me hubiera entrado, por así decir, dentro de la piel. Pero, dadas las relaciones que siempre había habido entre nosotros, mi afán por abrazarla, por frotarme contra ella, no era probablemente sino señal de una sola cosa: de mi substancial insensibilidad, mi incapacidad constitucional para querer de verdad. Y, además, a ver:

¿qué significaban las ausencias repentinas, los regresos bruscos, las miradas inquisitoriales o «trágicas», los silencios enfurruñados, los desaires, las insinuaciones estrambóticas: todo el repertorio de actos irreflexivos y embarazosos que exhibía incansable, sin el menor pudor? Si hubiera reservado las «escenas conyugales» para ella, estando a solas, paciencia. Pero que también su hermano y Malnate tuvieran que ser espectadores, eso no, no y no.

—Me parece que ahora exageras —dije—. ¿Cuándo te he hecho escenas delante de Malnate y de Alberto?

—Siempre, continuamente —replicó.

Siempre que volvía después de una semana de ausencia —prosiguió—, diciendo, qué sé yo, que había estado en Roma, y al tiempo venga a reír, con carcajadas nerviosas, de loco, sin razón alguna, ¿creía acaso que Alberto y Malnate no comprendían que estaba contando mentiras, que no había estado en Roma ni mucho menos y que mis estallidos de hilaridad «tipo *Cena delle beffe* » los dedicaba a ella? Y en las discusiones, cuando saltaba aullando y renegando como un obseso, con el resultado de crear a cada paso cuestiones personales (un día u otro el Giampi acabaría enfadándose y no le faltaría razón, ¡pobrecillo también él!), ¿creía acaso que la gente no se daba cuenta de que

ella era la causa, si bien inocente, de mis exaltaciones?

—Comprendo —dije, bajando la cabeza—. Comprendo que no quieras verme más.

—La culpa no es mía. Has sido tú quien te has vuelto poco a poco insoportable.

—Has dicho, de todos modos —balbucí tras una pausa—, que puedo volver de vez en cuando, mejor dicho, que debo. ¿No es así?

—Sí.

—Bueno... entonces, decide tú. ¿Qué debo hacer para no equivocarme?

—Pues, no sé —respondió encogiéndose de hombros—. Me parece que, al principio, deberías estar al menos veinte días sin venir. Después puedes volver a empezar, si tanto te interesa. Pero, te lo suplico, *aun después* no te presentes más de dos veces a la semana.

—Martes y viernes, ¿te parece? Como a clase de piano.

—Estúpido —rezongó, sonriendo contra su voluntad—, que eres un estúpido.

Aunque el esfuerzo, sobre todo al principio, era durísimo, me impuse por una especie de pundonor el deber de someterme escrupuloso a las prohibiciones de Micòl. Baste decir que, tras haberme doctorado el 29 de junio y haber recibido enseguida del profesor Ermanno una calurosa tarjeta de felicitación, en la que, entre otras cosas, iba incluida una invitación a cenar, consideré oportuno responder que no, que lo sentía, pero no podía. Escribí que sufría de amigdalitis y que mi padre me tenía prohibido salir por la noche. No obstante, lo único que me había inducido a decir que no había sido que de los veinte días de separación que me había impuesto Micòl sólo hubiesen pasado dieciséis.

El esfuerzo era durísimo. Y, si bien esperaba encontrar tarde o temprano alguna compensación, mi esperanza seguía siendo vaga, satisfecho como me sentía de obedecer a Micòl y, mediante la obediencia, mantenerme unido a ella y a los lugares paradisiacos de los que aún me veía excluido. Si antes había tenido siempre algo que reprocharle, a Micòl, ahora nada ya, el único culpable era yo, sólo yo. ¡Cuántos errores había

cometido! —me decía—. Recordaba todas las ocasiones en que había conseguido, con violencia muchas de ellas, besarla en los labios, pero exclusivamente para darle la razón a ella, que, aun resistiéndose, me había soportado por tanto tiempo, y avergonzarme de mi libido de sátiro, disfrazado de sentimentalidad e idealismo. Transcurridos los veinte días, me aventuré a reaparecer y en adelante me atuve disciplinado a las dos visitas semanales. Pero no por ello descendió Micòl del pedestal de pureza y superioridad moral en que, desde que había partido para el exilio, la había colocado yo. Ella siguió allá arriba. Y yo me consideraba afortunado de poder seguir admirando su lejana imagen, bella por dentro no menos que por fuera. «*Como la verdad / como ella triste y bella...*»: estos dos primeros versos de un poema que nunca acabé, pese a haberlos escrito mucho después, en Roma, nada más acabar la guerra, se refieren a la Micòl de agosto de 1939, a como la veía entonces.

Expulsado del Paraíso, esperaba en silencio mi readmisión. Pero sufría: ciertos días atrozmente. Y había sido por aliviar en cierto modo el peso de una lejanía y una soledad con frecuencia intolerables por lo que una semana después, más o menos, de mi última y desastrosa conversación con Micòl, se me había ocurrido la idea de ir a buscar a Malnate, mantener



contacto al menos con él.

Sabía dónde encontrarlo. Como en tiempos el profesor Meldolesi, también él vivía en el barrio de hotelitos situado justo a la salida de Porta San Benedetto, entre la Perrera y la curva del Doro. En aquellos tiempos, antes de que la especulación inmobiliaria de estos últimos quince años la alterara, la zona, aunque un poco gris y modesta, no tenía aspecto desagradable ni mucho menos. Los hotelitos, todos de dos pisos y con su jardincito, pertenecían por lo general a magistrados, profesores, funcionarios, empleados municipales, etcétera, a quienes, al pasar en verano por allí después de las seis de la tarde, no era difícil descubrir a través de los barrotes de las híspidas verjas, dedicados, tal vez en pijama, a regar, podar, escardar activamente. El dueño de la casa de Malnate era precisamente un juez del tribunal: un siciliano de unos cincuenta años, delgadísimo, con una gran cabellera gris. Nada más divisarme montado aún en la bicicleta, aferrado con ambas manos a las lanzas de la verja y curioseando dentro del jardín, dejó en el suelo la manguera que utilizaba para regar los arriates.

—¿Qué desea? —preguntó, al tiempo que se acercaba.

—¿Vive aquí el doctor Malnate?

—Sí, aquí vive. ¿Por qué?

—¿Está en casa?

—No sé. ¿Está usted citado con él?

—Soy amigo suyo. Pasaba por aquí y he pensado en detenerme un momento a saludarlo.

Entretanto, el juez había acabado de recorrer la decena de metros que nos separaban. Ahora veía sólo la parte superior de su rostro huesudo, fanático, sus ojos negros, penetrantes como alfileres, asomando por encima de la plancha que cubría, a la altura de un hombre, las lanzas de la verja. Me escrutaba con desconfianza. No obstante, el examen debió de concluir a mi favor, porque casi al instante sonó la cerradura y pude entrar.

—Vaya por allí —dijo por fin el juez Lalumia, al tiempo que alzaba su esquelético brazo—, y siga la acera que gira por detrás de la casa. La puertecita de la planta baja es la del apartamento del doctor. Llame al timbre. Puede que esté. Y, si no está, le abrirá la puerta mi esposa, que en este momento debe de estar abajo, haciéndole la cama.

Dicho esto, me volvió la espalda y, sin ocuparse más de mí, volvió a su manguera.

En lugar de Malnate, en el umbral de la puertecilla indicada apareció una mujerona en bata, madura, rubia y despampanante.

—Buenas tardes —dije—. Buscaba al doctor Malnate.

—Aún no ha vuelto —respondió con la mayor amabilidad la señora Lalumìa—, pero no debería tardar. Casi todas las tardes, al salir de la fábrica, va a jugar al tenis a casa de los señores Finzi-Contini, verdad, los que viven en Corso Ercole I... Pero de un momento a otro, como digo, debería estar aquí. Antes de ir a cenar —dio sonriendo y bajando como arrobada los párpados—, pasa siempre por casa a ver si hay correo.

Dije que volvería más tarde e hice ademán de coger de nuevo la bicicleta, que había apoyado en la pared, junto a la puerta. Pero la señora insistió para que me quedara. Quiso que entrase, que me sentara en una butaca, y al tiempo, de pie ante mí, me informaba de que era ferraresa, «ferraresa de pura cepa», de que conocía muy bien a mi familia y a mi madre sobre todo. «Su mamá», de la que «hace algo así como cuarenta años» (al decir esto volvió a sonreír y a bajar los párpados) había sido compañera de clase en la escuela elemental Regina Elena, la que está cerca de la iglesia de San Giuseppe, en Carlo Mayr. ¿Cómo estaba mi

mamá? —preguntó—. Que no me olvidara, por favor, de saludarla de parte de Edvige, de Edvige Santini, que mi mamá comprendería enseguida, seguro. Habló de la guerra tal vez inminente, aludió con un suspiro y sacudiendo la cabeza a las leyes raciales, añadió que, como desde hacía unos días se había quedado sin la «doncella», tenía que ocuparse ella de todo, incluida la cocina, tras lo cual se disculpó y me dejó solo.

Cuando hubo salido la señora, miré a mi alrededor. El cuarto, espacioso pero de techo bajo, además de para dormir, debía de servir también de estudio y salón. Eran las ocho pasadas. Los rayos del ocaso, que penetraban por la amplia ventana horizontal, iluminaban el polvillo del aire. Observé el mobiliario: el sofá-cama, a medias cama y a medias sofá, como confirmaban la triste colcha de algodón con flores rojas que disimulaba el colchón y el gran almohadón blanco, descubierto y aislado en un extremo; la mesita negra, de estilo vagamente oriental, colocada entre el sofá-cama y la única butaca, imitación de piel, en la que estaba yo sentado; las pantallas de falso pergamino colocadas casi por todas partes; el aparato del teléfono color crema, que destacaba sobre el negro fúnebre de un destartado escritorio de abogado, lleno de cajones; los cuadros al óleo colgados en las paredes. Y, aunque estaba pensando en el descaro del Giampi al hacer

ascos a los muebles modernistas de Alberto (¿era posible que su moralismo, que lo volvía censor tan riguroso de los demás, le permitiese después tanta indulgencia para consigo mismo y sus cosas?), de repente, al sentir que se me encogía el corazón de improviso pensando en Micòl —y era como si hubiese sido ella misma la que me lo oprimiera, con su mano—, renové el solemne propósito de ser bueno con Malnate, de no discutir más, no pelear más. Cuando se lo contaran, Micòl tendría en cuenta también eso.

Sonó, lejana, la sirena de una de las fábricas de azúcar de Pontelagoscuro. Poco después, pasos pesados hicieron crujir la grava del jardín. La voz del juez se elevó muy cerca, al otro lado de la pared.

—Eh, doctor —decía, con marcada entonación nasal—, tiene usted un amigo en casa esperándole.

—¿Un amigo? —dijo Malnate, frío—. ¿Quién puede ser?

—Vaya, vaya... —lo animó el otro—. Le digo que es un amigo.

Alto, grueso, más alto y grueso que nunca tal vez por el efecto del techo bajo, Malnate apareció en el umbral.

—Pero ¡hombre! —exclamó, con ojos como platos por el asombro y ajustándose las gafas en la nariz.

Avanzó, me estrechó con fuerza la mano, me dio varias palmadas en un hombro, y era muy extraño, para mí, que desde que nos habíamos conocido lo había tenido siempre en contra, verlo tan amable, atento, dispuesto a comunicar. ¿Qué sucedía? —me preguntaba, confuso—. ¿Había madurado también en él la decisión de cambiar de actitud hacia mí? Quién sabe. Lo cierto es que ahora, en su casa, no había nada en él del duro contradictor con el que, ante los atentos ojos de Alberto y Micòl, había yo combatido tantas veces. Me había bastado verlo y había comprendido: entre nosotros dos, fuera de la casa de los Finzi-Contini (¡y pensar que en los últimos tiempos nos habíamos peleado hasta el punto de ofendernos y llegar casi a las manos!), cualquier motivo de choque estaba destinado a desaparecer, a disolverse como niebla al sol.

Entretanto, Malnate hablaba: locuaz y cordial de modo increíble. Me preguntó si al cruzar el jardín me había encontrado con el dueño de la casa y si éste había estado cortés. Respondí que lo había visto y describí la escena riendo.

—Menos mal.

Siguió informándome sobre el juez y su esposa, sin darme tiempo a advertirle que había hablado un poco con los dos: personas excelentes —dijo—, si bien un poco pelmas en conjunto con su unánime pretensión de protegerlo contra las insidias y los peligros del «vasto mundo». Aunque antifascista convencido (era monárquico acérrimo), el señor juez no quería líos, por lo que estaba de continua alerta, por miedo, claro está, a que él, en quien con intuición se podía reconocer a un más que probable cliente futuro del Tribunal Especial (así se había expresado varias veces), le trajera a casa a escondidas tipos peligrosos: algún ex desterrado, algún vigilado, algún subversivo. En cuanto a la señora Edvige, también ella estaba siempre alerta. Pasaba días enteros apostada tras las rendijas de las persianas del primer piso o se le presentaba en la puerta hasta de noche, después de haberlo oído volver a casa. Pero sus inquietudes eran muy distintas. Como buena ferraresa (porque era ferraresa, la señora, Santini de soltera), ella sabía muy bien, aseguraba, cómo estaban hechas las mujeres de la ciudad, casadas y solteras. En su opinión, un joven solo, forastero, con carrera y pisito con puerta independiente, en Ferrara podía considerarse perdido: dale que dale, en poco tiempo las mujeres le dejarían la columna vertebral reducida a un auténtico *oss boeucc* (hueso hueco). ¿Y él? Él, por supuesto, había procurado

siempre tranquilizarla, a la patrona. Pero era evidente: sólo cuando hubiese conseguido transformarlo en un triste huésped en camiseta, pantalón de pijama y zapatillas, con la nariz eternamente encima de las ollas de la cocina, se quedaría tranquila la «señora» Lalumia.

—Bueno, en el fondo, ¿por qué no? —objeté—. Me parece haberte oído refunfuñar con frecuencia contra restaurantes y tabernas.

—Es cierto —reconoció con extraordinaria docilidad: una docilidad que no cesaba de asombrarme—. Por otro lado, es inútil. La libertad humana es sin duda algo hermoso, pero si en determinado momento no encuentra unos límites —al decir esto guiñó el ojo—, ¿adónde iríamos a parar?

Empezaba a oscurecer. Malnate se levantó del sofá-cama en que se había tendido cuan largo era, fue a encender la luz y después pasó al baño. Se sentía la barba un poco larga —dijo desde el baño—. ¿Le daba tiempo a afeitarse? Después saldríamos juntos.

Seguimos conversando así: él desde el baño, yo desde la habitación.

Contó que también aquella tarde había estado en la casa de los Finzi-Contini, que venía de allí ahora.



Habían jugado por más de dos horas: primero Micòl y él, después Alberto y él y, por último, los tres juntos. ¿Me gustaban a mí los partidos *a la americana*?

—No demasiado —respondí.

—Comprendo —convino—. Para ti, que sabes jugar, comprendo que los partidos a la americana no tengan demasiado sentido. Pero son divertidos.

—¿Quién ha ganado?

—¿El partido a la americana?

—Sí.

—¡Micòl, naturalmente! —dijo riéndose—. Cualquiera puede con ésa. Hasta en el campo de tenis es una auténtica fiera...

Me preguntó después por qué no había vuelto a aparecer desde hacía unos días. ¿Qué? ¿Había estado de viaje?

Y yo, recordando lo que Micòl me había dicho, es decir, que nadie me creía cuando, después de cada período de ausencia, contaba que había estado fuera, de viaje, respondí que me había cansado, que muchas veces, en los últimos tiempos, había tenido la impresión de no caer bien, sobre todo a Micòl, y que por eso había

decidido «alejarme un poco».

—Pero ¡qué dices! —dijo él—. En mi opinión, Micòl no tiene nada contra ti. ¿Estás seguro de no equivocarte?

—Segurísimo.

—Pues sí... —suspiró.

No añadió nada y también yo guardé silencio. Al cabo de poco, salió del baño, afeitado y sonriente. Advirtió que yo estaba examinando los feos cuadros colgados en las paredes.

—Bueno, ¿qué? —preguntó—. ¿Qué te parece mi guarida? Aún no me has dado tu opinión.

Sonreía burlón como siempre, mientras esperaba al acecho mi respuesta, pero al mismo tiempo, se lo leía yo en los ojos, decidido a no pelear.

—Te envidio —respondí—. ¡Si pudiera tener también yo algo así a mi disposición! Siempre lo he soñado.

Me lanzó una mirada complacida. De acuerdo —asintió—: También él se daba perfecta cuenta de las limitaciones del matrimonio Lalumà en materia de decoración. Pero su gusto, típico de la pequeña

burguesía («que por algo», observó entre paréntesis, «constituye el nervio, la espina dorsal de la nación»), tenía, de todos modos, siempre algo vivo, vital, sano: y ello probablemente en relación directamente proporcional con su propia trivialidad y vulgaridad.

—Al fin y al cabo, los objetos no son sino objetos —exclamó—. ¿Por qué dejarse esclavizar por ellos?

Que me fijara en Alberto —continuó—. ¡La Virgen! A fuerza de rodearse de cosas exquisitas, perfectas, sin errores, también él un día acabaría volviéndose...

Se dirigió hacia la puerta, sin acabar la frase.

—¿Cómo está? —pregunté.

Yo me había levantado, a mi vez, y lo había alcanzado en el umbral.

—¿Quién? ¿Alberto? —dijo estremeciéndose.

Asentí.

—Pues, sí —continuó—. En los últimos tiempos me ha parecido un poco cansado, un poco cascado. ¿No crees? Tengo la impresión de que no se encuentra bien.

Se encogió de hombros y después apagó la luz. Me precedió afuera, en la oscuridad, y no dijo nada más

hasta llegar a la verja, salvo para responder a medio camino a las «buenas noches» de la señora Lalumà, asomada a una ventana, y para proponerme, ya en la puerta, que fuera a cenar con él, a Giovanni.

No me hacía ilusiones, no. Malnate conocía perfectamente todos los motivos, sin excluir ninguno (me daba perfecta cuenta aun entonces), que me mantenían alejado de la casa de los Finzi-Contini. No obstante, en nuestras conversaciones ese tema nunca salía a relucir. Sobre el tema de los Finzi-Contini los dos mostrábamos una reserva y una delicadeza excepcionales y yo, en particular, le agradecía que fingiese creer lo que al respecto le había dicho la primera noche: que se prestara a mi juego, en una palabra, y me secundase.

Nos veíamos casi todas las noches. Desde primeros de julio el calor, que se había vuelto de pronto sofocante, había vaciado la ciudad. Por lo general, era yo quien iba a buscarlo, entre las siete y las ocho. Cuando no lo encontraba en casa, lo esperaba con paciencia, entretenido acaso con la charla de la señora Edvige. Pero la mayoría de las veces me lo encontraba ahí, solo, tendido sobre el sofá-cama en camiseta, con las manos cruzadas detrás de la nuca y los ojos fijos en el techo o, si no, sentado escribiendo una carta a su madre, a la que

lo unía un afecto profundo, un poco exagerado. Apenas me veía, se apresuraba a encerrarse en el baño para afeitarse, tras lo cual salíamos juntos, y estaba claro que también cenaríamos juntos.

Solíamos ir a Giovanni y nos sentábamos fuera, frente a las torres del Castillo, altas sobre nuestras cabezas como paredes dolomíticas y, como ellas, lamidas en las cimas por la última luz del día, o a Voltini, una taberna de la zona exterior a Porta Reno, sentados a cuyas mesas, alineadas bajo un ligero pórtico que daba a mediodía, al campo, podíamos extender la mirada hasta los inmensos prados del aeropuerto. En las noches más calurosas, sin embargo, en lugar de dirigirnos hacia la ciudad, nos alejábamos de ella por el bello camino de Pontelagoscuro, cruzábamos el puente de hierro sobre el Po y pedaleando uno junto al otro en lo alto del dique, con el río a la derecha y la campiña véneta a la izquierda, al cabo de otros quince minutos llegábamos, a mitad de camino entre Pontelagoscuro y Polesella, a la aislada casona de la Dogana Vecchia, célebre por sus anguilas fritas. Comíamos siempre muy despacio. Nos quedábamos en la mesa hasta tarde, bebiendo Lambrusco y vinillo de Bosco y fumando la pipa. Ahora bien, en caso de que hubiéramos cenado en la ciudad, en determinado momento dejábamos las servilletas

sobre la mesa, pagaba cada cual su cuenta y después, arrastrando las bicicletas, nos poníamos a pasear por la Giovecca, para arriba y para abajo desde el Castillo hasta la Prospettiva, o por Viale Cavour, desde el Castillo hasta la estación. Después era él, hacia medianoche por lo general, el que se ofrecía a acompañarme a casa. Echaba un vistazo al reloj, anunciaba que era hora de ir a dormir (aunque la sirena de la fábrica para ellos, los «técnicos», no sonaba hasta las ocho —añadía muchas veces, solemne—, siempre había que saltar de la cama, de todos modos, a las siete menos cuarto «como mínimo...») y, por más que insistiera yo, a veces, para acompañarlo, no había modo de que me lo permitiese. La última imagen que conservaba de él era siempre la misma: se quedaba ahí parado en el centro de la calle y sin desmontar de la bicicleta, esperando a que yo hubiera cerrado del todo el portal delante de él.

Después de cenar, dos o tres noches acabamos en los bastiones de Porta Reno, donde, aquel verano, en la explanada que daba, por un lado, al Gasómetro y, por el otro, a Piazza Travaglio, habían instalado un Luna Park. Se trataba de un parque de atracciones de mala muerte, media docena de casetas de tiro al blanco agrupadas en torno a la carpa de lona gris remendada de un pequeño circo ecuestre. Aquel lugar me atraía.

Me atraía y me conmovía la melancólica sociedad de prostitutas pobres, golfillas, soldados e infelices pederastas de suburbio que habitualmente lo frecuentaban. Citaba en voz baja a Apollinaire, citaba a Ungaretti. Y, si bien Malnate, un poco con expresión de quien se ve arrastrado contra su voluntad, me acusaba de «decadentismo de pacotilla», en el fondo también a él le gustaba, después de haber cenado en Voltini, subir allí arriba, a la polvorienta explanada, y parar a comer una raja de sandía junto a la lámpara de acetileno de un melonero o pasar veinte minutos tirando al blanco. Era un tirador excelente, el Giampi. Alto y corpulento, elegante con su sahariana bien planchada de tela color crema que había empezado a ponerse desde comienzos de verano, tranquilísimo al apuntar a través de sus gruesas gafas con montura de concha, había impresionado, seguro, a la pintada y descarada muchacha toscana —una especie de reina del lugar— en cuya caseta, en cuanto aparecíamos por la escalerita de piedra que de Piazza Travaglio llevaba a lo alto del bastión, nos invitaban imperiosamente a detenernos. Mientras Malnate disparaba, ella, la muchacha, no escatimaba sarcásticos cumplidos de connotaciones obscenas, a los que él respondía con mucho ingenio, con la tranquila desenvoltura típica de quien ha pasado bastantes horas de la primera juventud en los



prostíbulos.

Una noche de agosto particularmente sofocante, nos encontramos, en cambio, con un cine al aire libre en el que echaban, recuerdo, una película alemana con Cristina Söderbaum. Habíamos entrado con el espectáculo ya empezado y, sin hacer caso a Malnate, que me repetía que anduviera con ojo, que dejase de *bausciare*<sup>[22]</sup>, ya que, total, no valía la pena, aun antes de que nos sentáramos me había puesto a cuchichear comentarios irónicos. Le sobraba razón. En efecto, un tipo de la fila de delante, que se puso de pie de pronto contra el fondo lechoso de la pantalla, me ordenó amenazador que guardara silencio. Le repliqué con un insulto y el otro gritó: «Fora, boia d'un ebrei!»<sup>[23]</sup>, al tiempo que se me echaba encima y me agarraba del cuello. Y menos mal que Malnate, sin decir palabra, se apresuró a rechazar con un empujón a mi asaltante sobre su butaca y a arrastrarme fuera.

—Eres un verdadero cretino —me regañó, después de que hubiéramos recogido a toda prisa las bicicletas, que habíamos dejado en el aparcamiento—. Y ahora *scia*<sup>[24]</sup>, a escape, y reza a tu Dios para que ese cerdo no haya adivinado.

Así, una tras otra, pasábamos nuestras veladas, con apariencia siempre de felicitarnos mutuamente de que

ahora, a diferencia de cuando Alberto estaba presente, consiguiéramos conversar sin reñir, razón por la cual nunca pensamos en serio en la posibilidad de que también Alberto, tras una simple llamada por teléfono, saliera de casa y viniese con nosotros.

Ahora dejábamos de lado los temas políticos. Segurísimos los dos de que Francia e Inglaterra, cuyas misiones diplomáticas hacía tiempo que habían llegado a Moscú, acabarían entendiéndose con la URSS (el acuerdo, considerado por nosotros inevitable, salvaría tanto la independencia de Polonia como la paz y provocaría, indirectamente, además del fin del «Pacto de Acero», la caída por lo menos de Mussolini), de lo que hablábamos ahora era de literatura y arte casi siempre. Aunque con tono moderado, sin intención nunca de exagerar la polémica (por lo demás, él, de arte —afirmaba—, entendía hasta cierto punto, no era su oficio), Malnate rechazaba con firmeza y en bloque lo que yo más amaba: tanto Eliot como Montale, García Lorca como Esenin. Me escuchaba recitar conmovido *Non chiederci la parola che squadri da ogni lato* o fragmentos del *Llanto por Ignacio* y en vano esperaba yo todas las veces haberlo entusiasmado, haberlo convertido a mis gustos. Sacudiendo la cabeza, decía que no, que a él el «*ciò che non siamo, ciò che non vogliamo*»<sup>[25]</sup> de Montale lo dejaba frío, indiferente, pues

la poesía auténtica no podía basarse en la negación (¡que no le hablase de Leopardi, por favor! Leopardi era otra cosa y, además, había escrito la *Ginestra*, que no lo olvidase...), sino, al contrario, en la afirmación, en el sí que el Poeta, en último análisis, ha de elevar *por fuerza* contra la hostil Naturaleza y la Muerte.

Ni siquiera los cuadros de Morandi le convencían —decía—: Cosas finas, delicadas, sin duda, pero demasiado «subjetivas» y «desarraigadas», según él. El miedo a la realidad, el miedo al error: eso era lo que expresaban en el fondo los bodegones de Morandi, sus famosos cuadros de botellas y florecillas, y el miedo, también en el arte, siempre ha sido pésimo consejero... A lo que, no sin maldecirlo en secreto, yo no encontraba argumento que oponer. La idea de que el día siguiente por la tarde, él, el afortunado, vería sin duda a Alberto y Micòl, y hablaría tal vez de mí con ellos, bastaba para hacerme renunciar a cualquier veleidad de rebelión, para mantenerme encerrado dentro de mi concha.

No obstante, yo tascaba el freno.

—Bueno, también tú, al fin y al cabo —objeté una noche—, adoptas ante la literatura contemporánea, la única viva, la misma negación radical que, en cambio, no soportas cuando ella, *nuestra* literatura, la ejerce frente a la vida. ¿Te parece justo? Tus poetas ideales

siguen siendo Victor Hugo y Carducci. Reconócelo.

—¿Por qué no? —respondió—. En mi opinión, los poemas republicanos de Carducci, los anteriores a su conversión política o, mejor dicho, a su chochez neoclásica y monárquica, están por descubrir todos. ¿Los has releído hace poco? Prueba y verás.

Respondí que no los había releído y que no tenía el menor deseo de hacerlo. Para mí, hasta esos seguían siendo «trompetazos» hueros, hinchados de retórica patriotera. Incomprensibles, incluso. Y divertidas, si acaso, por eso: por ser comprensibles y, por tanto, en el fondo «surreales».

Sin embargo, otra noche, no tanto porque quisiera lucirme cuanto impulsado tal vez por la vaga necesidad de confesarme, de vaciar el saco, que desde hacía tiempo sentía apremiarme dentro, cedí a la tentación de recitarle un poema mío. Lo había escrito en el tren, de vuelta de Bolonia tras la lectura de la tesis del doctorado y, si bien por unas semanas había seguido creyendo que reflejaba fielmente mi profunda desolación de aquellos días, el horror que por mí mismo sentía entonces, ahora, a medida que se la decía a Malnate, veía bien claro, con malestar más que temor, todo su carácter falso y literario. Caminábamos por la Giovecca, allá abajo, por el lado de la Prospettiva, más

allá de la cual la oscuridad del campo aparecía espesa, una especie de muralla negra. Recitaba despacio, esforzándome por poner en evidencia el ritmo, cargando de emoción la voz en mi intento de hacer pasar por buena mi pobre mercancía deteriorada, pero cada vez más convencido, a medida que me acercaba al final, del inevitable fracaso de mi exhibición.

Y, sin embargo, me equivocaba. Apenas hube acabado, Malnate me miró con extraordinaria seriedad y después, dejándome con la boca abierta, me aseguró que el poema le había gustado mucho, muchísimo. Me pidió que se lo recitara otra vez (cosa que enseguida hice). Tras lo cual me salió con que, en su modesta opinión, mi «lírica», por sí sola, valía más que todos «los penosos conatos de Montale y de Ungaretti juntos». Notaba dolor de verdad en ella, un «compromiso moral» absolutamente nuevo, auténtico. ¿Era sincero, Malnate? Al menos, en aquella ocasión, creo que sí. Lo cierto es que, a partir de aquella noche, comenzó a repetir de continuo mis versos en voz alta y afirmaba que en aquellas pocas líneas se podía vislumbrar una «apertura» para una poesía, como la italiana contemporánea, encallada en los tristes bajíos del caligrafismo y el hermetismo. En cuanto a mí, no me avergüenza confesar que entonces quedarme escuchándolo me desagradaba mucho menos. Ante sus

hiperbólicos elogios, me limitaba a aventurar de vez en cuando alguna débil protesta, con el corazón henchido de una gratitud y una esperanza bastante más conmovedoras que abyectas, pensándolo bien.

En cualquier caso, por lo que se refiere a los gustos de Malnate en materia de poesía, aquí siento la obligación de añadir que ni Carducci ni Victor Hugo eran sus auténticos autores preferidos. A Carducci y a Hugo los respetaba: como antifascista, como marxista. Pero, como buen milanés, su gran pasión era Porta, un poeta al que yo, antes, siempre había considerado menor que Belli, pero no, me equivocaba —sostenía Malnate—: ¿Es que iba a comparar acaso la monotonía fúnebre y «contrarreformista» de Belli con la variada y cálida humanidad de Porta?

Podía repetirme de memoria centenares de versos:

*Bravo el mè Baldissar! Bravo el mè nan!*

*L'eva poeù vora de vegnì a trovamm:*

*t'el seet mattascion porch, che maneman*

*l'è on mes che no te vegnet a ciollamm?*

*Ah Cristo! Cristo! com'hin frecc sti man!*<sup>[26]</sup>

se ponía a declamar con su gruesa y un poco ronca voz milanesa, todas las veces que nos acercábamos paseando a Via Sacca, a Via Colomba, o subíamos despacio por Via delle Volte atisbando por las puertas entornadas los interiores iluminados de los prostíbulos. Se sabía completa la *Ninetta del Verzee* y fue precisamente él quien me la descubrió.

Amenazándome con el dedo, guiñándome el ojo con expresión picaresca y alusiva (alusiva a algún remoto episodio de su adolescencia milanesa, suponía yo), susurraba con frecuencia:

*Nò Ghittin: no sont capazz*

*de traditt: nò, stà pur franca.*

*Mettem minga insemma a mazz*

*coj gingitt e cont i s'cianca...<sup>[27]</sup>*

etcétera. O, en tono afligido, amargo, comenzaba:

*Paracar, che scappee de Lombardia.<sup>[28]</sup>*

subrayando cada verso del soneto con guiños,



dedicados, ya no a los franceses de Napoleón, sino a los fascistas, naturalmente.

El mismo entusiasmo e identificación traslucía al citar también las poesías de Ragazzoni y Delio Tessa: de Tessa, en particular, a quien, sin embargo —y no dejé de hacérselo notar una vez—, no me parecía se pudiese calificar de poeta «clásico», pues rebosaba sensibilidad crepuscular y decadente. Pero la realidad es que cualquier cosa que tuviese algo que ver con Milán y su dialecto lo predisponía siempre a una extraordinaria indulgencia. De Milán aceptaba todo, sonreía bonachón ante todo. En Milán, hasta el decadentismo literario, hasta el fascismo, tenían algo positivo.

Recitaba:

*Pensa ed opra, varda e scolta,*

*tant se viv e tant se impara:*

*mi, quand nassi on'altra volta,*

*nassi on gatt de portinara!*

*Per esempi, in Rugabella,*

*nassi el gatt del sur Pinin...*

*... scartoseij de coradella,*

*polpa e fidegh, barttin*

*del patron per dormigh sora...*<sup>[29]</sup>

y se reía solo, se reía lleno de ternura y nostalgia.

Yo no comprendía todas las palabras milanesas, claro está, y, cuando no comprendía, le preguntaba.

—Perdona, Giampi —le pregunté una noche—, Rugabella, ¿qué es? En Milán he estado, desde luego, pero no puedo decir que lo conozca. ¿Me creerás? Tal vez sea la ciudad en que peor me oriento: peor aún que en Venecia.

—Pero ¡cómo! —saltó con extraño ímpetu—. ¡Si es una ciudad tan clara, tan racional! ¡No comprendo cómo puedes tener el valor de compararla con esa especie de opresivo retrete inundado que es Venecia!

Pero después, tras serenarse de repente, me explicó que Rugabella era una calle, la vieja calle no demasiado lejana de la catedral en la que había nacido él, aún vivían sus padres y dentro de pocos meses, tal vez antes del final de año (¡siempre que en la Dirección General, la de Milán, no tiraran al cesto su solicitud de traslado!), esperaba volver a vivir también él. Porque, a ver si nos

entendíamos —precisó—, Ferrara era una población grande y hermosa, viva, interesante en muchos aspectos, incluido el político. Más aún: consideraba muy importante, por no decir fundamental, la experiencia de los dos años que en ella había pasado. Pero la casa propia es siempre la casa propia, la madre es siempre la madre y al cielo de Lombardía, «tan hermoso cuando está hermoso», no había ningún otro cielo en el mundo, al menos para él, que pudiera compararse.

Como ya he dicho, tras cumplirse el vigésimo día de exilio, había empezado de nuevo a frecuentar la casa de los Finzi-Contini todos los martes y viernes. Pero, como no sabía qué hacer los domingos (si hubiera querido reanudar las relaciones con los antiguos compañeros de instituto, con Nino Bottecchiari y Otello Forti, por ejemplo, o con los más recientes, de la universidad, que había conocido los últimos años en Bolonia, no habría sido posible: se habían ido de vacaciones todos), a partir de determinado momento había empezado a ir también los domingos. Y Micòl no había puesto objeción, nunca me exigía respetar al pie de la letra nuestro acuerdo.

Ahora éramos muy respetuosos el uno con el otro, demasiado incluso. Conscientes ambos de la precariedad del equilibrio que habíamos alcanzado, procurábamos no romperlo, mantenernos en una zona neutral de la que estaban excluidas tanto las frialdades excesivas como las confianzas exageradas. Si Alberto quería jugar —cosa que cada vez ocurría con menor frecuencia—, yo me prestaba de buen grado a hacer de

cuarto jugador. Pero la mayoría de las veces ni siquiera me cambiaba de ropa. Prefería hacer de árbitro para los largos y reñidos partidos individuales entre Micòl y Malnate o bien, sentado bajo la sombrilla al lado del campo, hacer compañía a Alberto.

La salud de este último me preocupaba, me angustiaba. No dejaba de pensar en ella. Le miraba la cara, que la delgadez hacía parecer más larga, me detenía a comprobar a través de su cuello, que, sin embargo, había aumentado, estaba hinchado, el paso de la respiración y se me encogía el corazón. Me sentía oprimido por una secreta sensación de remordimiento. Había momentos en que habría dado cualquier cosa por verlo restablecido.

—¿Por qué no sales un poco? —le había preguntado.

Se había vuelto a mirarme.

—¿Me encuentras desmejorado?

—Hombre, tanto como desmejorado... Pero me pareces un poco más delgado, eso es. ¿Te molesta el calor?

—Bastante.

Alzó los brazos para acompañar una larga inspiración.

—Desde hace algún tiempo, chico, me cuesta mucho trabajo respirar. Marcharme... Pero ¿adónde?

—Me parece que la montaña te sentaría bien. ¿Qué piensa tu tío? ¿Te ha reconocido?

—Pues claro. Mi tío Giulio me ha asegurado que no tengo nada y debe de ser verdad, ¿no te parece?: si no, me habría recetado algo... Más aún: según él, puedo perfectamente jugar al tenis cuanto quiera. ¿Qué más se puede pedir? Seguro que es el calor lo que me abate así. En realidad, como poco, casi nada.

—Entonces, si es el calor, ¿por qué no te vas quince días a la montaña?

—¿A la montaña en agosto? ¡Qué dices! Y además... —entonces sonrió—, *Juden sind unerwünscht*<sup>[30]</sup> en todas partes. ¿Lo has olvidado?

—Tonterías. En San Martino de Castrozza, por ejemplo, no. A San Martino aún se puede ir, como también al Lido de Venecia, por cierto, a los Alberoni... Lo decía el *Corriere della Sera* la semana pasada.

—Qué tristeza. Pasar el quince de agosto en un

hotel, codo con codo con deportivas multitudes de alegres Levi y Cohanin, no me apetece, lo siento. Prefiero resistir hasta septiembre.

La tarde siguiente, aprovechando el nuevo clima de intimidad que se había creado entre Malnate y yo después de que me aventurara a someter a su juicio mis versos, me decidí a hablar con él de la salud de Alberto. No había duda —dije—: En mi opinión, Alberto tenía algo. ¿No había notado con qué dificultad respiraba? ¿Y no le parecía por lo menos extraño que nadie de su casa, ni su tío ni su padre, hubiera adoptado hasta entonces la menor iniciativa para curarlo? El tío médico, el de Venecia, no creía en las medicinas, muy bien. Pero ¿y todos los demás, incluida su hermana? Tranquilos, sonrientes, seráficos: ninguno movía un dedo.

Malnate estuvo escuchándome en silencio.

—No quisiera que te alarmaras demasiado —dijo por fin, con ligero tono de embarazo en la voz—. ¿De verdad te parece tan desmejorado?

—Pero ¡Dios santo! —prorrumpí—. ¡Si en dos meses debe de haber perdido diez kilos!

—¡Un momento! ¡Mira que diez kilos son muchos!

—Si no son diez, serán siete, ocho. Por lo menos.



Calló meditabundo. Después reconoció que también él desde hacía un tiempo había advertido que Alberto no se encontraba bien. Por otra parte —añadió—, ¿estábamos seguros de verdad, nosotros dos, de no preocuparnos sin motivo? Si sus familiares más cercanos no se movían, si ni siquiera la cara del profesor Ermanno revelaba la menor inquietud, pues... El profesor Ermanno, eso: en caso de que Alberto estuviese mal de verdad, ¿era de suponer que no se le habría ocurrido siquiera hacer traer de Imola esos dos camiones de tierra roja para el campo de tenis! Y a propósito del campo de tenis, ¿sabía yo que dentro de pocos días comenzarían los trabajos para agrandar los famosos *outs*?

Así, hablando de Alberto y su presunta enfermedad, habíamos introducido sin darnos cuenta en nuestras conversaciones nocturnas también el tema, antes tabú, de los Finzi-Contini. Nos dábamos perfecta cuenta los dos de que caminábamos por terreno minado y, precisamente por eso, avanzábamos siempre con mucha cautela, atentísimos a no dar un paso en falso. Pero debo precisar que siempre que hablábamos de ellos como familia, como «institución» (no sé quién fue el primero en utilizar esta palabra; recuerdo que nos había gustado, que nos había hecho reír), Malnate no escatimaba las críticas, ni siquiera las más duras. ¡Qué

gente más difícil! —decía—. ¡Qué curioso y absurdo nudo de contradicciones incurables representaban «socialmente»! Ciertas veces, pensando en los millares de braceros que les labraban los campos, esclavos disciplinados, sumisos, del Régimen Corporativo, casi habría preferido, antes que a ellos, a los feroces terratenientes «normales», los que en 1920, en 1921, en 1922, decididos a organizar y pagar las escuadras de apaleadores y administradores de aceite de ricino en camisa negra, no habían vacilado un momento en abrir las bolsas. Ellos, «al menos», eran fascistas. Cuando se presentara la ocasión, no habría duda, desde luego, sobre cómo tratarlos. Pero ¿los Finzi-Contini?

Y sacudía la cabeza con la expresión de quien, si quisiera, podría comprender incluso, pero no quiere, no le apetece; las sutilezas, las complicaciones, las distinciones infinitesimales, por interesantes y divertidas que sean, en determinado momento basta ya: también tienen un límite.

Una noche de la segunda mitad de agosto, ya tarde, nos habíamos detenido a beber vino en una bodega de Via Gorgadello, junto a la catedral, a pocos pasos de distancia del que hasta hacía año y medio había sido el consultorio médico del doctor Fadigati, el conocido otorrinolaringólogo. Entre un vaso y otro, había

contado a Malnate la historia del doctor, del que, en los cinco meses anteriores a su suicidio «por amor», había llegado a ser tan amigo, el último que le había quedado en la ciudad (había dicho «por amor»: y Malnate no había conseguido reprimir una risita sarcástica, de tipo claramente goliárdico). De Fadigati a acabar hablando de la homosexualidad en general no había habido más que un paso. Malnate tenía, al respecto, ideas muy simples: de auténtico *goy* —pensaba yo para mis adentros—. Para él, los pederastas eran sólo unos «desgraciados», pobres «obsesos» de los que no valía la pena ocuparse, salvo desde el punto de vista de la medicina o la prevención social. Yo, al contrario, sostenía que el amor justifica y santifica todo, hasta la pederastia, más aún: que el amor, cuando es puro, es decir, totalmente desinteresado, es siempre anormal, asocial, etcétera: exactamente como el arte —había añadido—, que, cuando es puro y, por tanto, inútil, desagrada a todos los sacerdotes de todas las religiones, incluida la socialista.

Tras dejar de lado nuestros buenos propósitos de moderación, por una vez nos habíamos empeñado en discutir casi como en los primeros tiempos, hasta el momento en que, al darnos cuenta los dos de que estábamos un poco borrachos, habíamos estallado al unísono en una gran carcajada. Tras lo cual, después de

salir de la bodega, habíamos atravesado el Listone semidesierto, habíamos subido por San Romano, para encontrarnos al final caminando sin rumbo fijo por Via delle Volte.

La calle, carente de aceras y con el empedrado lleno de hoyos, aparecía aún más oscura de lo habitual. Mientras avanzábamos casi a tientas y con la única ayuda, para guiarnos, de la luz que salía por las puertecitas entornadas de los burdeles, Malnate se había puesto a recitar como de costumbre alguna estrofa de Porta: y no ya de la *Ninetta*, recuerdo, sino del *Marchionn di gamb avert*.

Recitaba a media voz, con el tono amargo y doloroso que siempre adoptaba cuando elegía el *Lament*:

*Finalment l'alba tance voeult spionada*

*l'è comparsa anca lee dai filidur...*<sup>[31]</sup>

pero ahí, de pronto, se había interrumpido.

—¿Qué te parece —me preguntó, y señalaba con la cabeza a la puerta de un prostíbulo—, si entramos a ver?

La propuesta no tenía nada de excepcional. No obstante, viniendo de él, con quien yo sólo había hablado de cosas serias, me asombró y me puso violento.

—No es de los mejores —respondí—. Debe de ser de los de menos de diez liras... Pero, en fin, entremos.

Era tarde, casi la una, y la acogida que se nos reservó no fue precisamente calurosa. Empezó una vieja, una especie de campesina sentada en una silla de paja tras un batiente de la puertecita, que se puso a refunfuñar porque no quería que entráramos las bicicletas. Siguió la encargada, una mujercilla de edad indefinible, flaca, lívida, con gafas, vestida de negro como una monja, quejándose también ella por las bicicletas y por la hora que era. Luego una criada, que estaba ya limpiando los saloncitos, con escoba, plumero y mango de recogedor bajo el brazo, mientras atravesábamos la salita de la entrada, nos dirigió una mirada cargada de desprecio. Pero ni siquiera las chicas, reunidas todas a charlar pacíficamente en un único

saloncito en torno a un grupito de asiduos, nos pusieron buena cara. Ninguna de ellas vino a nuestro encuentro. Y pasaron no menos de diez minutos, durante los cuales Malnate y yo, sentados uno frente al otro en el saloncito aparte al que nos había conducido la encargada, no cambiamos prácticamente una sola palabra (a través de las paredes nos llegaban las risas de las chicas, las toses y las voces somnolientas de sus clientes-amigos), antes de que una rubita de aspecto fino, con los cabellos recogidos detrás de la nuca y vestida sobriamente como una colegiala de buena familia, se decidiera a presentarse en el umbral.

No parecía demasiado molesta tampoco.

—Buenas noches —saludó.

Nos examinó tranquila, con sus azules ojos cargados de ironía. Después dijo, dirigiéndose a mí:

—Bueno, ¿qué, rubiales? ¿Hacemos algo?

—¿Cómo te llamas? —conseguí balbucir.

—Gisella.

—¿De dónde eres?

—¡De Bolonia! —exclamó, desencajando los ojos como para prometer quién sabe qué.

Pero no era cierto. Tranquilo, dueño de sí, Malnate advirtió al instante.

—¡Qué vas a ser de Bolonia! —terció—. Me parece que eres lombarda y ni siquiera de Milán. Debes de ser de la comarca de Como.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó ella, asombrada.

A sus espaldas, entretanto, había asomado el hocico de garduña de la encargada.

—Vaya —refunfuñó—, me parece que también aquí se os va la fuerza por la boca.

—Qué va —protestó la muchacha sonriendo y señalándome—. Ese rubiales tiene intenciones serias. ¿Qué? ¿Vamos?

Me volví hacia Malnate. También él me miraba con expresión alentadora, afectuosa.

—¿Y tú? —pregunté.

Hizo un gesto vago con la mano y soltó una breve carcajada.

—No te preocupes por mí —añadió—. Anda, sube, que te espero.

Todo se desarrolló muy rápido. Cuando volvimos abajo, Malnate estaba charlando con la encargada. Había sacado la pipa: hablaba y fumaba. Se informaba sobre las «condiciones económicas» concedidas a las prostitutas, el «mecanismo» de su rotación quincenal, el «control médico», etcétera, y la mujer le respondía con el mismo celo y seriedad.

—*Bon* —dijo por fin Malnate, al advertir mi presencia, y se puso en pie.

Pasamos al vestíbulo, fuimos hacia las bicicletas, que habíamos recostado, una sobre la otra, en la pared junto a la puerta de la calle, mientras la encargada, ahora muy amable, se adelantaba a abrir.

—Hasta la vista —se despidió Malnate.

Puso una moneda en la palma tendida de la portera y salió el primero. Gisella se había quedado atrás.

—Adiós, amor —dijo con voz cantarina—. ¡Vuelve, eh! —Bostezaba.

—Adiós —respondí, al tiempo que salía yo también.

—Buenas noches, señores —susurró respetuosa la encargada a nuestras espaldas y oí que echaba el



cerrojo.

Apoyándonos en las bicicletas volvimos a subir despacio por Via Scienze hasta la esquina de Via Mazzini y después torcimos a la derecha, por el Saraceno. Ahora era sobre todo Malnate quien hablaba. En Milán, unos años antes —contaba—, él había sido un frequentador bastante asiduo del famoso burdel de San Pietro all'Orto, pero hasta esta noche no se le había ocurrido recoger alguna información concreta sobre las leyes que regulaban el «sistema». ¡La madre de Dios, qué vida la de las putas! ¡Y qué abyecto era el Estado, el «Estado ético», que organizaba semejante mercado de carne humana!

En ese momento se dio cuenta de mi silencio.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Te sientes mal?

—¡Qué va!

Lo oí suspirar.

—*Omne animal post coitum triste* —dijo melancólico—. Pero no pienses en eso —prosiguió tras una pausa y cambiando de voz—. Duerme bien esta noche y verás como mañana por la mañana te encontrarás otra vez de maravilla.

—Lo sé, lo sé.

Torcimos a la izquierda, por Via Borgo di Sotto, y Malnate señaló las casuchas de la derecha, por la parte de Via Fondo Banchetto.

—Por aquí debe de vivir la maestra Trotti —dijo.

No respondí. Él tosió.

—Bueno, ¿qué? —añadió—. ¿Cómo va con Micòl?

Me asaltó de repente una gran necesidad de confiarme, de abrirle mi corazón.

—Pues mal. Estoy loco por ella.

—Hombre, de eso ya nos hemos dado cuenta —rio bonachón—. Hace tiempo. Pero ¿cómo va la cosa, ahora? ¿Sigue maltratándote?

—No. Como habrás visto, en los últimos tiempos hemos llegado a un *modus vivendi*.

—Sí, he notado que ya no os peleáis como antes. Me alegro de que volváis a ser amigos. Era absurdo.

La boca se me deformó en una mueca, mientras las lágrimas me nublaban la vista. Malnate advirtió al instante lo que me sucedía.

—Vamos —me exhortó turbado—, no debes desesperarte así.

Tragué saliva con esfuerzo.

—No creo que volvamos a ser amigos —susurré—. Es inútil.

—Tonterías —replicó—. ¡Si supieras cómo te aprecia! Cuando no estás y habla de ti, ¡ay de quien se atreva a tocarte! Salta como una víbora. También Alberto te estima y te aprecia. Te diré incluso que hace unos días (tal vez fuera una indiscreción por mi parte, disculpa...) les recité también a ellos tu poema. ¡Madre mía! No puede siquiera imaginar cómo les gustó: a los dos, eh, a los dos...

—¡De qué me sirve su afecto y su aprecio! —dije.

Entretanto, habíamos desembocado en la placita situada delante de la iglesia de Santa Maria in Vado. No se veía ni un alma: ni allí ni por Via Scandiana hasta el Montagnone. Nos dirigimos en silencio hacia la fuentecilla situada en uno de los lados de la plaza. Malnate se reclinó a beber y yo también bebí, tras él, y me lavé la cara.

—Mira —continuó Malnate, al tiempo que volvía a caminar—, en mi opinión, te equivocas. En épocas

como ésta, nada puede contar más entre las personas que el afecto y el aprecio recíprocos, en una palabra, la amistad. Por otro lado, no me parece que... Puede ser perfectamente que con el tiempo... Por ejemplo, ¿por qué no vienes a jugar al tenis a menudo, como hace meses? ¡No es seguro ni mucho menos que la técnica de las ausencias sea la mejor! Tengo la impresión, muchacho, de que conoces poco a las mujeres.

—Pero ¡si ha sido precisamente ella la que me ha obligado a espaciar las visitas! —prorrumpí—. ¿Qué quieres? ¿Que no la obedezca? Al fin y al cabo, ¡es su casa!

Estuvo callado unos segundos, pensativo.

—Me parece imposible —dijo por fin—. Aún lo entendería si entre vosotros hubiera habido algo... grave, irreparable. Pero, en el fondo, ¿qué ha habido? —me escrutó, inseguro—. Perdona la pregunta poco... diplomática —prosiguió, y sonreía—. ¿Llegaste a besarla alguna vez, al menos?

—Pues claro, muchas veces —suspiré desesperado—, por desgracia para mí.

Entonces le conté con todo detalle la historia de nuestras relaciones, empezando por el principio y sin

omitir el episodio del pasado mes de mayo, en su habitación, episodio que yo consideraba, dije, determinante en sentido negativo e irremediable. Le describí entre otras cosas cómo la besaba o, al menos, cómo en varias ocasiones, y no sólo aquella vez en su alcoba, había intentado besarla, así como las diversas reacciones de ella, unas veces más molesta y otras menos.

Me dejó desahogarme y yo estaba tan absorto, tan perdido en esas amargas evocaciones, que prestaba poca atención a su silencio, hermético de repente.

Estábamos parados ante mi casa desde hacía casi media hora. De pronto lo vi estremecerse.

—¡Caramba! —murmuró, al tiempo que miraba la hora—. Son las dos y cuarto. Tengo que irme; si no, mañana no voy a poder despertarme.

Montó en la bicicleta.

—Adiós... —se despidió—, ¡y ánimo!

Tenía un rostro extraño, noté, como ensombrecido. ¿Le habrían molestado mis confidencias?

Me quedé mirándolo mientras se alejaba veloz. Era la primera vez que me dejaba plantado de aquel modo,

sin esperar a que hubiese cerrado la puerta.

Pese a ser tan tarde, mi padre no había apagado aún la luz.

Desde que, a partir del verano de 1937, había empezado en todos los periódicos la campaña de la raza, lo había atacado una forma grave de insomnio que alcanzaba sus fases más agudas en verano, con el calor. Pasaba noches enteras sin pegar ojo, leyendo un poco, otro poco andando por la casa, otro poco escuchando en el comedor las transmisiones en italiano de las radios extranjeras y otro poco charlando con mi madre en la habitación de ésta. Si yo volvía a casa después de la una, era difícil que consiguiese cruzar el pasillo a lo largo del cual se sucedían una tras otras las alcobas (la primera era la de mi padre, la segunda la de mi madre, después venían las de Ernesto y Fanny y, por último, al final, la mía), sin que él lo advirtiera. En verano avanzaba de puntillas, me quitaba incluso los zapatos: el finísimo oído de mi padre percibía los menores chirridos y crujidos.

—¿Eres tú?

Como era de prever, tampoco aquella noche había escapado a su control. Habitualmente, ante su «¿eres tú?» me apresuraba a acelerar el paso: seguía derecho sin responder y fingiendo no haber oído. Pero aquella noche, no. Aun imaginando, no sin fastidio, la clase de preguntas a las que habría de responder, desde hacía años siempre las mismas («¿Cómo es que llegas tan tarde?» «¿Sabes qué hora es?» «¿Dónde has estado?», etcétera), preferí detenerme. Tras entreabrir la puerta, introduje el rostro en la rendija.

—¿Qué haces ahí? —dijo al instante mi padre desde su cama, atisbándome por encima de las gafas—. Entra, entra un momento.

Más que echado, estaba sentado con camisa de noche, la espalda y la nuca apoyadas en la cabecera de madera clara labrada y cubierto hasta la boca del estómago sólo por la sábana. Me impresionó que todo, de él y en torno a él, fuera blanco: argénteos los cabellos, pálido y demacrado el rostro, blanquísimos la camisa de noche, la almohada tras los riñones, la sábana, el libro que había dejado abierto sobre su vientre, y que dicha blancura (una blancura de clínica, pensaba yo) armonizara con la sorprendente, extraordinaria serenidad, con la inédita expresión de bondad llena de sabiduría que iluminaba sus claros ojos.



—¡Qué tarde! —comentó sonriendo, mientras echaba un vistazo al Rolex de pulsera, sumergible, del que no se separaba ni siquiera en la cama—. ¿Sabes qué hora es? Las dos y veintisiete.

Por primera vez, acaso, desde que, tras cumplir los dieciocho años, me había dado la llave de la casa, esa frase no me irritó.

—He estado por ahí —dijo tranquilo.

—¿Con ese amigo tuyo de Milán?

—Sí.

—¿Qué hace? ¿Aún estudia?

—Qué va. Ya tiene veintisiete años. Está empleado... Trabaja de químico en la zona industrial, en una fábrica de goma sintética de la Montecatini.

—¡Hombre! Y yo que pensaba que aún estaba en la universidad. ¿Por qué no lo invitas alguna vez a cenar?

—Pues... Pensaba que era mejor no dar a mamá más trabajo del que ya tiene.

—No, ¡figúrate! ¡Qué importancia puede tener! Un plato de sopa más o menos, da igual. Tráelo, tráelo, hombre. ¿Y... dónde habéis cenado? ¿En Giovanni?

—asentí—. Cuéntame qué cosas buenas habéis comido.

Accedí de buen grado, no sin sorprenderme yo mismo de mi condescendencia, a enumerarle los diferentes platos: los que yo había escogido y los de Malnate. Entretanto, me había sentado.

—Muy bien —asintió, por último, mi padre, complacido—. Y después —continuó tras una pausa—, *duv'èla mai ch'a si 'nda a far dann, tutt du?*<sup>[32]</sup>. Apuesto —en ese momento levantó una mano, como para prevenir una posible negativa mía—, a que habéis ido con mujeres.

Entre nosotros nunca había habido confianza a ese respecto. Un pudor feroz, una violenta e irracional necesidad de libertad e independencia me habían impulsado siempre a sofocar desde el principio mismo todos sus tímidos intentos de afrontar esas cuestiones. Pero aquella noche, no. Lo miraba, tan blanco, tan frágil, tan viejo, y era como si al mismo tiempo algo dentro de mí, una especie de nudo, de antigua maraña secreta, estuviese deshaciéndose poco a poco.

—Pues sí —dije—. Lo has adivinado.

—Habréis ido a un burdel, supongo.

—Sí.

—Perfecto —aprobo—. A vuestra edad, a la tuya sobre todo, los burdeles son la solución más sana desde cualquier punto de vista, incluido el de la salud. Pero dime una cosa: y de dinero, ¿cómo andas? ¿Te basta la *sabadina* que te da mamá? Si no te basta, pídemela a mí. Dentro de lo posible, procuraré ayudarte yo.

—Gracias.

—¿Dónde habéis estado? ¿En casa de Maria Ludargnani? En mis tiempos ya estaba ella al pie del cañón.

—No. En un sitio de Via delle Volte.

—Lo único que te recomiendo —continuó, adoptando de repente el lenguaje de la profesión médica, que había ejercido sólo en la juventud, para después, a la muerte del abuelo, dedicarse exclusivamente a la administración de la finca de Masi Torello y de los dos inmuebles que poseía en Via Vignatagliata—, es que no olvides nunca las necesarias medidas profilácticas. Es un fastidio, lo sé, estaría muy bien poder prescindir de ellas. Pero basta cosa de nada para pescar una fea blenorragia, lo que vulgarmente se llaman purgaciones, o algo peor. Y sobre todo, si por la mañana, al despertarte, notas algo anormal, ven *enseguida* a enseñármelo en el baño. En ese caso, yo te

diré lo que debes hacer.

—Entendido. No te preocupes.

Yo notaba que buscaba el modo más adecuado de preguntarme otras cosas. Ahora que había obtenido el título —suponía yo que iba a preguntarme—, ¿tenía por casualidad alguna idea para el futuro, algún proyecto? Pero no; cambió al tema político. Antes de que yo llegara a casa —dijo—, entre la una y las dos, había conseguido captar varias emisiones de radio extranjeras: Monteceneri, París, Londres, Beromünster. Ahora bien, en función precisamente de las últimas noticias, se había convencido de que la situación internacional estaba empeorando rápidamente. Pues, sí, por desgracia, se trataba de un auténtico *afâr negro* (un asunto muy feo). En Moscú, las misiones diplomáticas anglofrancesas estaban ya, al parecer, a punto de marcharse (¡sin haber conseguido nada, claro está!). ¿Se marcharían de verdad de Moscú así? Era como para temerlo. Después de eso no nos quedaría otro recurso que encomendarnos todos a Dios.

—¡Qué te imaginas! —exclamó—. Stalin no es un tipo con escrúpulos. Si le conviniera, ¡estoy seguro de que no se lo pensaría un minuto y se pondría de acuerdo con Hitler!

—¿Un acuerdo entre Alemania y la URSS? —sonreí débilmente—. No, no lo creo. Me parece imposible.

—Ya veremos —replicó él, sonriendo a su vez—. ¡Que Dios te oiga!

En ese momento, desde la habitación contigua llegó un lamento. Mi madre se había despertado.

—¿Qué has dicho, Ghigo? —preguntó—. ¿Que ha muerto Hitler?

—¡Ojalá! —suspiró mi padre—. Duerme, duerme, ángel mío, no te preocupes. —¿Qué hora es?

—Casi las tres.

—¡Manda a ese muchacho a la cama!

Mi madre pronunció alguna otra frase incomprensible y después calló.

Mi padre me miró fijo a los ojos por un buen rato. Después en voz baja, casi susurrando:

—Disculpa que me permita hablarte de estas cosas —dijo—. Pero, como comprenderás, tanto yo como tu madre nos hemos dado perfecta cuenta, desde el año pasado, de que te has enamorado de... de Micòl Finzi-Contini. Es cierto, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo van ahora vuestras relaciones? ¿Siguen mal?

—Peor no podrían ir —murmuré, advirtiéndole de pronto con extraordinaria claridad que decía la verdad exacta, que, efectivamente, nuestras relaciones no habrían podido ir peor y que nunca, pese a la opinión contraria de Malnate, conseguiría remontar la pendiente en cuyo fondo llevaba meses debatiéndome en vano.

Mi padre lanzó un suspiro.

—Lo sé, esas cosas duelen mucho... Pero, al fin y al cabo, es mucho mejor así.

Yo estaba con la cabeza gacha y no dije nada.

—Claro, hombre —continuó él alzando la voz un poco—. ¡Qué habrías querido hacer? ¿Prometerte?

También Micòl, aquella noche en su habitación, me había hecho la misma pregunta. Había dicho: «¿Qué te habría gustado? ¿Que nos prometiésemos tal vez?». Yo no había chistado. Como ahora —pensaba—, como ahora con mi padre.

—¿Por qué no? —dije, no obstante, y lo miré.

Sacudió la cabeza.

—¡No vayas a pensar que no te entiendo! —dijo—. También a mí me gusta esa muchacha. Siempre me ha gustado: desde que era niña... cuando bajaba, en el templo, a recibir la *berahá* de su padre. Graciosa, mejor dicho, guapa (¡acaso demasiado, incluso!), inteligente, muy viva... Pero ¡*pro-me-ter-se*! —dijo, recalcando las sílabas y poniendo ojos como platos—. Prometerse, muchacho, quiere decir casarse después. Y en los tiempos que corren, y sobre todo sin tener una profesión segura, ya me dirás... Imagino que para mantener a la familia no contarías ni con mi ayuda (que, además, ni siquiera habría podido prestarte: en la medida necesaria, quiero decir) ni menos aún con... la de ella. Esa chica tendrá sin duda una dote magnífica —añadió—, ¡ya lo creo! Pero no me parece que tú...

—Déjate de dotes —dije—. Si nos hubiésemos querido, ¿qué importancia iba a tener la dote?

—Tienes razón —asintió mi padre—. Tienes toda la razón. Tampoco yo, cuando me prometí con mamá, en 1911, me preocupaba de esas cosas. Pero eran otros tiempos. Se podía mirar adelante, al futuro, con cierta serenidad. Y aunque el futuro no haya resultado ser después tan alegre y fácil como nosotros dos lo imaginábamos (nos casamos en 1915, como sabes, con

la guerra comenzada, e inmediatamente después me presenté voluntario), la sociedad era distinta, entonces, una sociedad que daba garantías... además, yo había estudiado para médico, mientras que tú...

—¿Yo qué?

—Pues que tú, en cambio, preferiste estudiar Letras, y bien sabes que, cuando llegó el momento de decidir, yo no te puse el menor reparo. Tu pasión era ésa y los dos, tú y yo, cumplimos con nuestro deber: tú escogiendo el camino que, según sentías, debías seguir y yo no impidiéndotelo. Pero ¿y ahora? Aunque hubieses aspirado a la carrera universitaria, como profesor...

Dije que no con la cabeza.

—Peor —prosiguió él—, ¡peor aún! Es cierto que nada, ni siquiera ahora, puede impedirte seguir estudiando por tu cuenta... seguir cultivándote para probar un día, si es posible, la carrera mucho más difícil y aleatoria de escritor, de crítico militante, tipo Edoardo Scarfoglio, Vincenzo Morello, Ugo Ojetti... o bien, ¿por qué no?, de novelista, de... —y sonrió—, de poeta... Pero precisamente por eso, ¿cómo podías, a tu edad, con veintitrés años apenas y todo por hacer... cómo podías pensar en tomar mujer, en fundar una familia?



Hablaba de mi futuro literario —me decía yo— como de un sueño hermoso y seductor, pero imposible de convertir en algo concreto, real. Hablaba de eso como si él y yo estuviéramos ya muertos y ahora, desde un punto fuera del espacio y del tiempo, conversáramos juntos sobre la vida, sobre todo lo que durante nuestras respectivas vidas habría podido ser y no había sido. ¿Se pondrían de acuerdo Hitler y Stalin?, me preguntaba yo también. ¿Por qué no? Muy probablemente Hitler y Stalin se pondrían de acuerdo.

—Pero, aparte de eso —continuaba mi padre—, y aparte de muchas otras consideraciones, ¿me permites que te hable con franqueza... que te dé un consejo de amigo?

—Di, di.

—Comprendo que cuando uno, sobre todo a tu edad, pierde la cabeza por una muchacha, no se pone a calcular... Comprendo también que tu carácter es un poco especial... y no creas que hace dos años, cuando aquel desdichado del doctor Fadigati...

Desde que Fadigati había muerto, en casa no habíamos vuelto a nombrarlo. ¿A qué venía eso ahora?

Lo miré a la cara.

—¡Sí, hombre, déjame acabar! —dijo él—. Tu temperamento (me parece que tú has salido a la abuela Fanny), tu temperamento... Eres demasiado sensible, eso es, y no te contentas... siempre estás buscando...

No acabó, señalaba con la mano mundos ideales, poblados por puras quimeras.

—De todos modos, perdona que te diga —prosiguió—, pero tampoco como familia eran convenientes esos Finzi-Contini... no eran gente para nosotros... Si te hubieses casado con una muchacha de esa clase, estoy convencido de que tarde o temprano te habrías arrepentido... Sí, hombre, sí —insistió, temiendo tal vez algún gesto mío o palabra de protesta—, ya sabes cuál ha sido siempre mi opinión sobre ellos. Son diferentes... ni siquiera parecen *judim*... Sí, sí, ya sé: Micòl te gustaba tanto tal vez por eso... porque era superior a nosotros... *socialmente*. Pero hazme caso: es mejor que haya acabado así. Dice el proverbio: «*Moglie e buoi, de paesi tuoi*»<sup>[33]</sup>. Y ésa, pese a las apariencias, no era de tu pueblo. Ni siquiera un poco.

Yo tenía de nuevo la cabeza gacha y la vista clavada en las manos abiertas y apoyadas en las rodillas.

—Se te pasará —seguía mi padre—. Se te pasará y mucho antes de lo que crees. Desde luego, lo siento, lo siento: me imagino lo que estás pasando en este momento. Pero también te envidio un poquito, ¿sabes? En la vida, para comprender, comprender de verdad, cómo son las cosas de este mundo, *debes* morir, por lo menos una vez. Conque, siendo ésa la ley, mejor morir joven, cuando aún tienes tanto tiempo por delante para levantarte y resucitar... Comprender de viejo es horrible, mucho más horrible. ¿Qué hacer? Ya no queda tiempo para volver a empezar de cero, ¡y nuestra generación se ha llevado tantas, pero es que tantas, decepciones! En cualquier caso, gracias a Dios bendito, ¡tú eres tan joven! Dentro de unos meses, ya verás, hasta te parecerá mentira haber vivido todo esto. Acaso te alegres incluso. Te sentirás más rico, no sé... más maduro...

—Esperémoslo —murmuré.

—Me alegro de haberme desahogado, de haberme quitado este peso de encima... Y ahora una última recomendación. ¿Puedo?

Asentí.

—No vuelvas más a su casa. Ponte de nuevo a estudiar, ocúpate en algo, ponte incluso a dar clases

particulares, que, según he oído decir, andan tan solicitadas... Y no vuelvas más allí. Entre otras cosas, es más de hombre.

Tenía razón. Entre otras cosas, es más de hombre.

—Lo intentaré —dije, volviendo a alzar la vista—. Haré lo posible para conseguirlo.

—¡Así me gusta!

Miró la hora.

—Y ahora, vete a dormir —añadió—, que lo necesitas mucho. También yo voy a intentar cerrar los ojos un ratito.

Me levanté, me incliné sobre él para besarle, pero el beso que intercambiamos se transformó en un abrazo largo, silencioso, tiernísimo.

Así fue como renuncié a Micòl.

El día siguiente por la noche, manteniendo la promesa hecha a mi padre, me abstuve de ir a ver a Malnate y el siguiente, que era viernes, no me presenté en la casa de los Finzi-Contini. Así pasó una semana, la primera, sin que volviese a ver a ninguno: ni a Malnate ni a los demás. Por fortuna, durante todo ese tiempo no me buscaron y esa circunstancia me ayudó sin duda. De lo contrario, es probable que no hubiera resistido, que me hubiese dejado atrapar de nuevo.

Unos diez días después de nuestro último encuentro, hacia el 25 del mes, Malnate me telefoneó. Antes nunca lo había hecho y, como no había descolgado yo, estuve tentado de mandar decir que no estaba en casa. Pero al instante cambié de idea. Me sentía ya bastante fuerte: si no para volver a verlo, al menos para hablar con él.

—¿Estás bien? —comenzó—. Me has dejado lo que se dice plantado.

—He estado fuera.

—¿Dónde? ¿En Florencia? ¿En Roma? —preguntó, no sin un asomo de ironía.

—Esta vez un poco más lejos —respondí, lamentando ya el patetismo de la frase.

—*Bon*. No quiero indagar. ¿Qué? ¿Nos vemos?

Dije que esa noche no podía, pero que el día siguiente pasaría casi seguro por su casa, a la hora de costumbre. Pero si veía que tardaba —añadí—, que no me esperase. En ese caso, nos encontraríamos en Giovanni. ¿No iría a cenar él allí?

—Es posible —confirmó, seco. Y después—: ¿Has oído las noticias?

—Sí, las he oído.

—¡Qué jaleo! Anda, ven y hablaremos de todo.

—Entonces, hasta la vista —dije en tono afable.

—Hasta la vista.

Y colgó.

El día siguiente por la noche, inmediatamente después de cenar, salí con la bicicleta y, tras recorrer

toda la Giovecca, fui a detenerme a poco más de un centenar de metros del restaurante. Quería comprobar si Malnate estaba allí, nada más. Y, en realidad, una vez que hube comprobado que estaba (sentado como de costumbre en una mesa fuera, con la eterna sahariana puesta), en lugar de reunirme con él, retrocedí y después subí a apostarme en lo alto de los tres puentes levadizos del Castillo, el de enfrente de Giovanni precisamente. Pensaba que de este modo podría observarlo mejor, sin correr el riesgo de ser visto. Y así fue. Con el pecho apoyado contra el ángulo de piedra del pretil, lo observé largo rato mientras comía. Miraba, allá abajo, a él y a los demás clientes, alineados en fila de espaldas a la pared, miraba el rápido ir y venir entre las mesas de los camareros con chaqueta blanca y casi me parecía, suspendido como estaba, en la oscuridad, sobre la vítrea agua del foso, encontrarme en el teatro, espectador clandestino de una representación agradable e insensata.

Malnate estaba ya comiendo la fruta. Mordisqueaba de mala gana un grueso racimo de uvas, grano tras grano, y de vez en cuando, esperando, seguro, verme llegar, giraba con rapidez la cabeza a derecha e izquierda. En ese instante, las lentes de sus «gafazas», como las llamaba Micòl, brillaban: palpitantes, nerviosas... Acabadas las uvas, llamó con

un gesto a un camarero y estuvo hablando un momento con él. Pensaba yo que habría pedido la cuenta y ya me preparaba para marcharme, cuando vi que el camarero volvía con una tacita de café. La bebió de un solo sorbo. Tras lo cual de uno de los bolsillos del pecho de su sahariana, sacó algo muy pequeño: una libreta, en la que se puso a escribir con un lápiz. ¿Qué diablos escribiría? —sonreí—. ¿Poemas también él? Y ahí lo dejé, escribiendo inclinado sobre aquella libreta de la que, a raros intervalos, alzaba la cabeza para volver a mirar a derecha e izquierda o bien arriba, al cielo estrellado, como para buscar en él inspiraciones e ideas.

Las noches siguientes persistí en vagabundear sin rumbo fijo por las calles de la ciudad, observando todo, atraído imparcialmente por todo: los titulares de los periódicos que tapizaban los puestos del centro, títulos en grandes caracteres subrayados en tinta roja; las fotografías de películas y espectáculos expuestas junto a las puertas de los cines; los conciliábulos de los borrachos en el centro de las callejuelas de la ciudad antigua; las matrículas de los automóviles alineados en Piazza del Duomo; los diversos tipos de personas que salían de los burdeles o surgían en grupitos de entre el oscuro follaje del Montagnone para ir a tomar helados, cervezas o gaseosas en el mostrador de zinc de un quiosco recién instalado en las explanadas de San



Tomaso, al final de Via Scandiana...

Una noche, hacia las once, me volví a encontrar por el lado de Piazza Travaglio, espiando el interior en penumbra del famoso Caffè Scianghai, frecuentado casi exclusivamente por prostitutas de las que hacen la carrera y obreros del no lejano Borgo San Luca, y luego, inmediatamente después, en lo alto del bastión que domina la plaza, presencié una poco animada competición de tiro al blanco que estaban disputando dos muchachos ante los duros ojos de la muchacha toscana admiradora de Malnate.

Me quedé allí apartado, sin decir nada, sin desmontar siquiera de la bicicleta: hasta el punto de que la toscana, en determinado momento, me apostrofó directamente.

—Eh, muchacho —dijo—. Sí, usted. ¿Por qué no avanza y dispara unos tiros? Ánimo, no tenga miedo. Demuestre a estos blandengues lo que sabe hacer.

—No, gracias —respondí.

—No, gracias —repitió ella—. ¡Dios, qué juventud! ¿Dónde ha dejado a su amigo? ¡Ése sí que es un tío! ¿Qué? ¿Lo ha enterrado?

Yo callaba y ella se echó a reír.

—¡Pobrecillo! —me compadeció—. Váyase enseguida a la cama, que, si no, su papá le va a dar de correazos. ¡A la camita, a la camita!

El día siguiente, hacia medianoche, sin saber yo siquiera por qué, qué buscaba en realidad, me encontraba en la parte opuesta de la ciudad, pedaleando a lo largo de la callejuela de tierra batida, lisa y sinuosa, que bordeaba la cara interior de Mura degli Angeli. Había una luna llena magnífica: tan clara y luminosa en el cielo perfectamente sereno, que volvía superfluo el uso del faro. Pedaleaba despacio. Iba descubriendo sin cesar parejas de amantes tumbadas en la hierba. Algunos se agitaban uno sobre el otro medio desnudos. Otros, ya separados, habían quedado uno junto al otro, cogidos de la mano. Otros más, abrazados pero inmóviles, parecía que durmiesen. Fui contando más de treinta parejas. Y, aunque pasaba tan cerca de ellos como para rozarlos a veces con la rueda, ninguno daba señales de advertir mi silenciosa presencia. Me sentía, y era, una especie de extraño fantasma que pasaba: lleno de vida y muerte a un tiempo, de pasión y piedad.

Una vez que llegué a la altura del Barchetto del Duca, bajé de la bicicleta, la apoyé en el tronco de un árbol y, por unos minutos, vuelto hacia la quieta y

argéntea extensión del jardín, me quedé mirando. No pensaba en nada preciso. Miraba, escuchaba el griterío sutil e inmenso de los grillos y las ranas, asombrado yo mismo de la ligera sonrisa confusa que me estaba estirando los labios. «Aquí es», dije quedo. No sabía qué hacer, qué había venido a hacer. Me embargaba la vaga sensación de inutilidad de toda conmemoración.

Empecé a caminar por el borde del declive herboso, con los ojos fijos en la *magna domus*. Todo apagado, en la casa de los Finzi-Contini, y, aunque las ventanas de la habitación de Micòl, que daba a mediodía, no podía verlas, estaba seguro, no obstante, de que tampoco de ellas se filtraba luz alguna. Al llegar por fin a dominar desde lo alto el punto exacto del muro «consagrado», como decía Micòl, «*au vert paradis des amours enfantines*», me asaltó de repente una idea. ¿Y si entrase en el jardín a escondidas, escalando el muro? De niño, en una lejanísima tarde de junio, no me había atrevido a hacerlo, había tenido miedo. Pero ¿y ahora?

Al cabo de un momento estaba ya abajo, en la base del muro, y volví a sentir el mismo olor a ortigas y estiércol. Pero la pared del muro, no, era diferente. Tal vez precisamente porque había envejecido diez años (también yo había envejecido diez años, entretanto, y había crecido en estatura y fuerza), no me pareció tan

alta ni tan inaccesible como la recordaba. Tras un primer intento fallido, encendí un fósforo. No faltaban apoyos, los había en abundancia incluso. Estaba incluso el grueso clavo herrumbroso, que aún sobresalía de la pared. Lo alcancé al segundo intento y, tras aferrarme a él, me fue bastante fácil llegar a la cima.

Cuando me hube sentado allí arriba, con las piernas colgando por el otro lado, no tardé en notar una escalera apoyada al muro unos centímetros por debajo de mis zapatos. Más que sorprenderme, ese detalle me divirtió. «¡Hombre!», murmuré sonriendo. «Hasta la escalera». Pero antes de utilizarla, me volví hacia atrás, hacia Mura degli Angeli. Ahí estaba el árbol y, al pie del árbol, la bicicleta. Nada, hombre. Era un viejo cacharro que difícilmente habría tentado a alguien.

Toqué tierra, tras lo cual, luego de abandonar el sendero paralelo al muro, corté por el prado salpicado de árboles frutales, con la idea de alcanzar la avenida principal en un punto equidistante del caserío de los Perotti y del puente de tablas sobre el Panfilio. Pisaba la hierba sin hacer ruido: presa, cierto es, de vez en cuando, de un asomo de escrúpulo, pero todas las veces eliminaba al instante, encogiéndome de hombros, la preocupación y el ansia incipientes. ¡Qué bello estaba de noche el Barchetto del Duca! —pensaba—. ¡Con qué

dulzura lo iluminaba la luna! Entre aquellas sombras de leche, en aquel mar de plata, yo no buscaba nada. Aunque me hubieran sorprendido merodeando por allí, nadie habría podido echármelo demasiado en cara. Al contrario. A fin de cuentas, ahora tenía hasta derecho.

Salí a la avenida, atravesé el puente sobre el Panfilio y después, torciendo a la izquierda, llegué al claro del tenis. El profesor Ermanno había mantenido su promesa: ya estaban agrandando en terreno de juego. La red metálica de la cerca, derribada, yacía en una confusa maraña luminiscente junto al campo, en el lado opuesto a aquel donde solían sentarse los espectadores; el prado aparecía roturado en una franja de al menos tres metros a lo largo de las líneas laterales y de cinco tras las del fondo... Alberto estaba enfermo, le quedaba poco tiempo de vida. Había que ocultarle de algún modo, incluso de *aquel* modo, la gravedad de su mal. «Perfecto», aprobé. Y seguí adelante.

Salí a campo descubierto, con la intención de realizar un amplio giro en torno al claro y no me sorprendió en determinado momento ver avanzar, procedente a trote corto del lado de la *Hütte*, la silueta familiar de Jor. Lo esperé parado y también el perro, en cuanto estuvo a una decena de metros de distancia, se detuvo. «¡Jor!», lo llamé con voz apagada. Jor me

reconoció. Tras haber impreso a la cola un breve y pacífico movimiento de alegría, volvió despacio sobre sus pasos.

Se volvía de vez en cuando, como para asegurarse de que lo seguía. Pero yo no lo seguía o, mejor dicho, pese a acercarme progresivamente a la *Hütte*, no me separaba del margen exterior del claro. Caminaba a unos veinte metros de la curva formación de los grandes y oscuros árboles de esa zona del jardín, con el rostro siempre vuelto hacia la izquierda. Ahora tenía la luna a la espalda. El claro, el tenis, el ciego espolón de la *magna domus* y después, allí al fondo, alzándose sobre las frondosas cimas de los manzanos, las higueras, los ciruelos, los perales, el glacis de Mura degli Angeli. Todo aparecía claro, nítido, como en relieve, más iluminado que de día.

Avanzando así, advertí de pronto que me encontraba a pocos pasos de la *Hütte*: no enfrente, es decir, del lado de ésta que daba al campo de tenis, sino detrás, entre los troncos de los jóvenes abetos y los alerces en los que se apoyaba. Allí me detuve. Miraba fijamente la negra, escabrosa forma de la *Hütte* a contraluz. Inseguro de pronto, ya no sabía adónde ir, hacia dónde dirigirme.

—¿Qué hacer? —decía entretanto a media voz—.

¿Qué hacer?

No dejaba de mirar fijamente la *Hütte*. Y ahora pensaba —sin que mi corazón acelerara siquiera, con esa idea, sus latidos: acogiéndola indiferente como un agua estancada se deja atravesar por la luz— que sí, sí, al fin y al cabo, era aquí, a casa de Micòl, adonde Giampi Malnate venía todas las noches tras haberme dejado en el umbral del portal de mi casa. (¿Por qué no? ¿Acaso no era para eso para lo que antes de salir conmigo a cenar se afeitaba siempre con tanto cuidado?), pues, en ese caso, el vestuario del tenis sería para ellos un refugio sin duda magnífico, el más adecuado.

Pues claro —continué pensando tranquilo en una especie de rápido susurro interior—. Claro que sí. Él iba a pasear conmigo sólo para hacer tiempo y después, tras haberme metido, por así decir, en la cama, corría a todo pedal a reunirse con ella, que ya estaba esperándolo en el jardín... Claro que sí. ¡Cómo lo comprendía yo ahora, aquel gesto suyo en el burdel de Via delle Voce! ¡Ya lo creo! A fuerza de hacer el amor todas las noches, o casi, llega pronto el momento en que echas de menos a tu madre, el cielo de Lombardía, etcétera. ¿Y la escalera contra el muro? Tenía que haber sido Micòl por fuerza la que la hubiera colocado ahí, en

aquel punto.

Me encontraba lúcido, sereno, tranquilo. Todas las cuentas cuadraban. Como en un rompecabezas, todas las piezas ajustaban al milímetro.

Micòl, claro. Con Giampi Malnate. Con el amigo íntimo de su amigo enfermo. A escondidas de su hermano y de todos los demás de la casa, padres, parientes, criados, y siempre de noche. En la *Hütte*, normalmente, pero a veces tal vez arriba también, en la alcoba, en el cuarto de los *làttimi*. ¿A escondidas de verdad? ¿O bien los demás, como siempre, fingían no ver, dejaban pasar o incluso a hurtadillas lo fomentaban, pues en el fondo, es humano y justo que una muchacha a los veintitrés años, si no quiere o no puede casarse, tenga igualmente todo lo que la naturaleza exige? Hasta la enfermedad de Alberto hacían como que no la veían, en la casa. Era su sistema.

Agudicé el oído. Silencio absoluto.

¿Y Jor? ¿Adónde había ido Jor?

Di unos pasos de puntillas hacia la *Hütte*.

—¡Jor! —llamé en voz alta.

Cuando, mira por dónde, como en respuesta, ahí



llegó desde muy lejos por el aire nocturno un sonido débil, triste, casi humano. Lo reconocí al instante: era el sonido de la vieja y querida voz del reloj de la plaza, que estaba dando las horas y los cuartos. ¿Qué decía? Decía que una vez más me había retrasado mucho, que era absurdo y cruel por mi parte seguir torturando así a mi padre, quien, también aquella noche, preguntándose por qué no volvía yo a casa, probablemente no conseguiría conciliar el sueño, y que, por último, ya era hora para mí de recuperar la calma. De verdad. Para siempre.

—Qué hermosa novela —dije con una sonrisa burlona y sacudiendo la cabeza como ante un niño incorregible.

Y, tras dar la espalda a la *Hütte*, me alejé entre las plantas por el lado opuesto.

## Epílogo

Mi historia con Micòl Finzi-Contini termina aquí. Conque es lógico que también este relato acabe ya, pues todo lo que podría añadir ya no se referiría a ella, sino, si acaso, sólo a mí.

Ya he dicho al principio cuál fue la suerte que corrieron ella y los suyos.

Alberto murió de linfogranuloma maligno antes que los otros, en 1942, tras una agonía larguísima, por la que, pese al profundo surco excavado entre nuestros ciudadanos por las leyes raciales, se interesó de lejos toda Ferrara. Se asfixiaba. Para ayudarlo a respirar era necesario oxígeno, oxígeno en cantidades cada vez mayores. Y, como en la ciudad, a causa de la guerra, las bombonas escaseaban, en los últimos tiempos, la familia había hecho auténtico acopio por toda la región, enviando a gente a comprarlas a cualquier precio en Bolonia, Ravena, Parma, Piacenza...

Los demás, en septiembre de 1943, fueron apresados por los *repubblichini*. Tras una breve estancia en las cárceles de Via Piangipane, el noviembre

siguiente fueron enviados al campo de concentración de Fòssoli, junto a Carpi, y de allí, más tarde, a Alemania. Por lo que a mí respecta, no obstante, debo decir que durante los cuatro años transcurridos entre el verano de 1939 y el otoño de 1943 no había vuelto a ver a ninguno de ellos. Ni siquiera a Micòl. En el entierro de Alberto, tras los cristales del viejo Dilambda, adaptado para funcionar con metano, que seguía a paso de hombre el cortejo y después, apenas hubo cruzado el carro fúnebre la entrada del cementerio, al final de Via Montebello, volvió enseguida hacia atrás, me había parecido, por un instante, distinguir el rubio ceniza de sus cabellos. Nada más. Aun en una ciudad tan pequeña como Ferrara se consigue perfectamente, si se quiere, desaparecer por años y años unos para los otros, convivir juntos como muertos.

En cuanto a Malnate, a quien habían trasladado a Milán a finales de 1939 (me había buscado en vano por teléfono en septiembre, me había escrito una carta incluso...), tampoco a él volví a verlo, después del agosto de aquel año. Pobre Giampi. Él creía de verdad en el honrado futuro lombardo y comunista que le sonreía, entonces, más allá de la oscuridad de la guerra inminente: un futuro lejano —reconocía—, pero seguro, infalible. Pero ¿qué sabe el corazón en realidad? Si pienso en él, que, en 1941, salió para el frente ruso con

el CSIR y no regresó, recuerdo siempre con claridad las reacciones de Micòl siempre que entre partido y partido de tenis él se ponía de nuevo a «catequizarnos». Él hablaba con su voz tranquila, baja y zumbante. Pero Micòl, al contrario que yo, no le hacía nunca demasiado caso. No cesaba de reírse burlona, pincharlo, tomarle el pelo.

—Pero, tú, ¿a favor de quién estás, en realidad? ¿De los fascistas? —recuerdo que él le preguntó un día sacudiendo su gruesa cabeza sudada. No entendía.

¿Qué hubo, pues, entre ellos dos? ¿Nada? Quién sabe.

Lo cierto es que, como si presagiara su próximo fin, el de ella y el de todos los suyos, Micòl repetía de continuo también a Malnate que a ella su futuro democrático y social le importaba un bledo, que el futuro, en sí, lo aborrecía, ya que prefería con mucho «*le vierge, le vivace et le bel aujourd'hui*» y el pasado, aún más, «el querido, el dulce, el pío pasado».

Y como ésas, lo sé, no eran sino palabras, las habituales palabras engañosas y desesperadas que sólo un verdadero beso habría podido impedirle proferir, sean ellas, precisamente, y no otras, las que sellen aquí lo poco que el corazón ha sabido recordar.





GIORGIO BASSANI nació en Bolonia en marzo de 1916 y paso la infancia y la juventud en Ferrara, donde situó gran parte de sus historias. Siempre se consideró sólo un poeta pero, después de darse a conocer en la posguerra con dos libros de poesía, se adentró en la novela tratando, a menudo, sobre las comunidades judías de Ferrara durante los años del fascismo y sobre su convencimiento de que la gran desventura del hombre consiste en hacer el mal, no en sufrirlo.

Perteneció a la generación del neorrealismo de la posguerra italiana junto a Vittorini, Pavese y Moravia. Considerado uno de los escritores más populares de Italia de la segunda mitad del siglo XX, se consagró por *El jardín de los Finzi-Contini* (1962), una novela que describía la burguesía judía de Ferrara antes de que el fascismo decretara las leyes racistas y de que estallara la Segunda guerra mundial. Sus últimos años los vivió recluido en la residencia de su compañera, la estudiosa norteamericana Portia Prebys, debido al mal de Alzheimer. Falleció en Roma en Abril de 2000.

## Notas

[1] *Podestà*: alcalde en la época fascista. (N. del T.)<<

[2] *Sansepolcrista*: «camisa vieja» del Partido Fascista. (N. del T.)<<

[3] Organización juvenil del Partido Fascista. (N. del T.) <<

[4] Oh, rubia; oh, bella y leal emperatriz ... ¿De dónde viniste? ¿Qué siglos tan pura y bella a nosotros te transmitieron...? (N. del T.) <<

[5] *Matroneo*: balcón o una logia situada en el interior de un edificio (en particular de un templo) y originariamente destinado a acoger las mujeres (de *Wikipedia*). (N. del Ed.) <<

[6] *Minían* (o *minyán*): quórum mínimo de diez hombres adultos (esto es mayores de 13 años), requerido por el judaísmo para la realización de ciertos rituales, el cumplimiento de ciertos preceptos, o la lectura de ciertas oraciones (de *Wikipedia*). (N. del Ed.) <<

[7] «¿En qué estás pensando? ¡Ea, Giulio, levántate,



anda! Y procura que el chico esté también de pie...» (N. del T.) <<

[8] *Berahá* (o *berajá*): bendición. (N. del Ed.) <<

[9] «Que el Señor os bendiga y os guarde». Primera frase del *Birkat Kohanim*, o bendición sacerdotal. (N. del Ed.) <<

[10] *Hejal* o *ejal*: nombre que dan los judíos sefardíes al armario de la sinagoga en el que se guardan los pergaminos de la Torá. El *parojet* es cortina que tapa el *hejal*. (N. del Ed.) <<

[11] Los *Littoriali* eran manifestaciones culturales, artísticas y deportivas destinadas a los jóvenes universitarios, que se celebraron en Italia entre 1932 y 1940 organizadas por el Partido Fascista. (N. del Ed.) <<

[12] «Era la hora en que el deseo oprime» (Dante, *Purgatorio*, VIII) (N. del T.) <<

[13] *Arzdóra*: En dialecto de Ferrara, gobernanta de la casa. (N. del Ed.) <<

[14] «Quien la gran renuncia cometió...» (Dante, *Divina Comedia*). Se refiere al papa Celestino V, que renunció al papado en 1294. (N. del T.) <<

[15] «No me abandones aún, sufrimiento». (N. del T.) <<

[16] «*Todas las hembras de todos / los serenos animales / que están cerca de Dios*». (N. del T.) <<

[17] *Jaroset*: Pasta dulce, de color oscuro, hecha de vino y fruta, que forma parte de la mesa de la Pascua judía. (N. del Ed.) <<

[18] *El gâ*: tiene. (N. del T.) <<

[19] *Sogio mî*: ¡Qué se yo! (N. del T.) <<

[20] *Impizà*: encendido. (N. del T.) <<

[21] Personaje de *Los novios*, de Manzoni. (N. del T.) <<

[22] *Bausciare*: gritar. (N. del T.) <<

[23] ¡Fuera, cerdo judío! (N. del T.) <<

[24] ¡Largo de aquí! (N. del T.) <<

[25] «Lo que no somos, lo que no queremos.» (N. del T.) <<

[26] «¡Bravo, mi Baldissar! ¡Bravo, mi hombrecito! / Ya era hora de que vinieras a verme / ¿Sabes, cacho guarro, que hace más o menos / un mes que no vienes a follarme? / ¡Ah, Cristo, Cristo! ¡Qué manos más frías!» (N. del T.) <<

[27] «No, Margaritina: no soy capaz / de traicionarte: no, puedes estar segura. / No me consideres igual / a los chulitos y los golfos...» (*N. del T.*) <<

[28] «Carreteras, que os alejáis de Lombardía...» (*N. del T.*) <<

[29] «Piensa y obra, mira y escucha, / cuando más vives más aprendes: / yo, cuando vuelva a nacer, / ¡seré un gato de portera! / Por ejemplo, en Rugabella, / naceré gato del señor Pinin... / paquetitos de corazón, / bofes e hígado, y el sombrero / de mi dueño para dormir sobre él...» (*N. del T.*) <<

[30] En alemán, «los judíos son rechazados». (*N. del Ed.*) <<

[31] «Por fin el alba, tan ansiada, / apareció por las rendijas de las persianas.» (*N. del T.*) <<

[32] «¿Dónde han ido a hacer de las suyas, estos dos?» (*N. del T.*) <<

[33] «Mujeres y bueyes, de tu pueblo». (*N. del T.*) <<